


600028004K





TRADICIONES POPULARES

TEÓFILO RODRÍGUEZ

TRADICIONES POPULARES

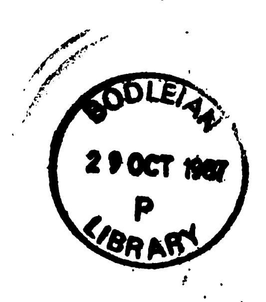
COLECCIÓN

DE CRÓNICAS Y LEYENDAS NACIONALES

NARRADAS

POR VARIOS ESCRITORES PATRIOS.

CARACAS
IMPRENTA EDITORIAL
7 --ESTE 6— 7
1885



El infrascrito, Gobernador del Distrito Federal, hace saber: que el ciudadano doctor Teófilo Rodríguez se ha presentado reclamando el derecho exclusivo para publicar y vender una obra de su propiedad, cuyo título ha depositado, y es como sigue: *Tradiciones populares (colección de crónicas y leyendas nacionales, narradas por varios escritores patrios).*—Y que habiendo prestado el juramento requerido, se le pone por la presente, con aprobación del Presidente de la República, en posesión del privilegio que concede el artículo 1º de la ley de 8 de Abril de 1.853, sobre producciones literàrias.

Dado, firmado y sellado en el palacio de Gobierno del Distrito Federal, y refrendado por el Secretario del Despacho en Caracas á diez de Mayo de mil ochocientos ochenta y cuatro. Año veinte y uno de la Ley y veinte y seis de la Federación.—N. AUGUSTO BELLO.—El Secretario del Despacho, *A. Alamo Herrera.*

INTRODUCCIÓN

Sea cual fuere el grado de civilización de un pueblo, ya antiguo, ya moderno, ora poderoso y rico, ora incipiente y débil, es es un hecho que jamás deja de tener como parte integrante de sus anales un conjunto de preocupaciones y creencias tan generalmente arraigadas, tan cuidadosamente conservadas, que llegan por sí solas á formar una como historia especial que puede subsistir y que en efecto subsiste aún cuando la nación por ese pueblo constituída se viere en el trascurso del tiempo trasformada, dispersa ó sometida á dominación extranjera. De esas tradiciones —palabra consagrada por el idioma y por el uso— los cronistas, los trovadores y poetas y, á las veces, los historiadores mismos sacan, como de fuente abundante y segura, los argumentos de interesantes narraciones y romances y en multitud de ocasiones no pocos é interesantes episodios históricos.

¿Y habrá por ventura en Venezuela creencias generales más ó menos erróneas, crónicas más ó ménos verdaderas, dignas de ser elevadas á la categoría de *tradiciones populares?*

Indudablemente que sí.

Y no hay que admirarse de ello. Un pueblo nuevo, sencillo, de buena y mansa índole, como es el nuestro; cuya primera escuela fué la colonia y entre cuyos directores espirituales no faltaron algunos que por exceso de celo llegaron hasta la superstición y el fanatismo; un pueblo de tales condiciones, decimos, ha tenido por nesidad que dar asenso á multitud de relaciones, cuentos y consejas, verdaderos en el fondo los unos, inventados los otros para aterrorizar los ánimos, siquiera los más de ellos tiendan casi siempre á objetos morales y piadosos.

En corroboración de nuestro aserto, bástenos citar el acuerdo celebrado por el Cabildo de Caracas en 1.593, por el cual se ordenó á los conquistadores y vecinos antiguos que trasmitiesen sus tradiciones á un soldado poeta, de nombre Ulloa, para que éste las pusiese en verso.

Tal medida que, como muy acertadamente dicen los ilustrados autores del *Almanaque y Anuario Directorio del Comercio, de la Industria y de la Administración pública,* (Sres. F. T. de Aldrey y Esteban Ponte) "echaba la basa del edificio de la historia nacional", es de lamentarse no se hubiera llevado á cabo. A haberlo sido, mucho se habría adelantado en la investigación de algu-

nos puntos de nuestra historia antigua no bien puestos en claro todavía.

Y si recordamos que en la altiva y poderosa Albión permanece aún muy arraigada la creencia en los *fairies* ó duendes; que en la espiritual y culta Francia (especialmente en los departamentos del Mediodía) se da general asenso á las *visiones de la noche*, tan bellamente descritas por la hábil pluma de Mme. Dudevant (George Sand); si son tantas las creencias supersticiosas reinantes hoy día en la hermosa península Ibérica, en la guerrera Alemania, en la vieja y nebulosa Escandinavia (Noruega, Suecia y Dinamarca), en el moderno reino de Italia, (inclusive Roma mismo), en el heterogéneo imperio austro-húngaro, en la heroica y desmembrada Polonia, en la ambiciosa y extensísima Rusia y en muchos otros países del antiguo y del nuevo continente, no debe causar extrañeza que en un pueblo de las circunstancias del de Venezuela se dé crédito á las relaciones exageradas ó imaginarias que la situación misma de nuestro suelo y el calor abrasador de nuestro clima intertropical hacen tan cónsonas con la ardiente y candorosa imaginación de nuestra raza..

Al cerrar estas breves líneas de introducción debemos hacer constar que no pretendemos en manera alguna erigirnos en colectores de todas esas tradiciones y que no nos atrevemos siquiera á ofrecer que en este libro se halle reunido el mayor número de ellas.

Nó; el objeto único, exclusivo, que son guía ne

la publicación de este modesto trabajo literario, es contribuir con nuestro débil contingente al grande acopio de materiales que para la compilación completa de nuestras tradiciones populares haya de formar cualquiera de nuestros aventajados escritores patrios que intentare llevar á cabo una obra que, en nuestra humilde opinión, es no sólo agradable y divertida, sino también de importancia y utilidad sumas para la literatura nacional. Con razón, pues, podrá aplicársele al escritor que realizare aquella laboriosa empresa el conocido y celebrado dístico del inmortal Horacio:

> Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci;
> Lectorem delectando, pariterque monendo.





TRADICIONES POPULARES

I

FUNDACIÓN

DE

Santiago de León de Caracas

(A la memoria del Dr. Alejandro Ibarra, etc.)

Vox populi, vox Dei.
(Prov. lat.)

La primera tradición que conservan los hijos de Caracas, se remonta al origen mismo, á la fundación de esta ciudad, capital de la Capitanía General de Venezuela desde el año de 1.576 [1], capital actual de la República.

Siguiendo la opinión común, que es la que prevalece en el pueblo, la fundación de esta ciudad se verificó en el año de 1.567, sin que pueda precisarse

1—Hasta entonces gozó de esa prerogativa la ciudad de Coro, fundada 39 años antes que Caracas. Don Juan Pimentel, en su carácter de Gobernador de la provincia de Venezuela, estableció su residencia en Caracas en el indicado año de 1.576; y ya desde esa fecha empezó ésta á disfrutar de los privilegios de ciudad Capital de la que era á la sazon mera colonia española.

día; sin embargo, según algunos, ese acontecimiento data del 25 de Julio de 1.566. La primera de estas dos distintas opiniones tiene en su apoyo autoridades respetabilísimas, á saber, la de los celebrados historiadores Yanes, Baralt y Ramón Díaz, la del eminente geógrafo, Coronel Codazzi y la de los ilustrados ingenieros Lino J. Revenga y Gregorio F. Méndez, á cuya habilidad se debe el primer plano topográfico que de esta población se ha levantado. La segunda no carece con todo de alguna aceptación, apesar de no tener en su apoyo fundamentos de valor y de pugnar además con la opinión general del pueblo, que cree y sostiene que fué en 1.567 que Don Diego Lozada echó los cimientos y trazó el plano de la que hoy es metrópoli de Venezuela.

Antes de pasar adelante juzgamos no del todo inútil dedicar un breve recuerdo al buen Lozada. Refiere la historia[1] que era Don Diego un capitán español que á fuerza de valor y constancia había conquistado casi toda la comarca comprendida en el extenso y rico valle poblado por las belicosas tribus de los indios *Caracas;* y el cual, viéndose en la necesidad de escoger un asilo seguro que le sirviese de atrincheramiento y refugio contra los asaltos repetidos de aquella nación heroica, que pugnaba por defender la independencia de su suelo, escogió para poblarlo precisamente el mismo sitio en que Francisco Fajardo había fundado algunos años antes un hato de ganado, sitio que creen muchos, aunque sin fundamento, ser el mismo que actualmente ocupa la pequeña población de *El Recreo*, (Sabana Grande) que es la parroquia foránea más cercana á la ciudad.

En apoyo de la segunda opinión enunciada,

---

1 Baralt y Díaz.

citan sus sustentadores la autoridad de Juan Diez de la Calle, quien en un largo escrito ó memorial sobre las Indias occidentales señala terminantemente como fecha de la fundación de Caracas el día 25 de Julio del año de 1.566; y como otro argumento muy poderoso también alegan la coincidencia muy notable que existe entre el nombre primitivo Santiago de León de Caracas, que á la ciudad dió su fundador, y el del santo bajo cuyo patronato fué aquella puesta desde su erección, y el ser el 25 de Julio el día consagrado por la Iglesia Católica á honrar la memoria del egregio apóstol Santiago el Mayor,[1] así llamado para diferenciarlo de otro apóstol que, por llevar idéntico nombre, denominan Santiago el Menor.[2]

El primero de los argumentos aducidos carece completamente de valor desde el momento que, segun arriba hemos expuesto, autoridades tan respetables en la materia como lo son Yánez, Baralt, Diaz, Codazzi, Revenga y Méndez en muy poco ó en nada han tenido la aseveración de Juan Diez de la Calle, el cual, á decir verdad, es tan poco conocido, que apenas si ha llegado á saberse por algunos que es autor del memorial sobre las Indias, gracias á la laboriosidad de nuestro condiscípulo y amigo, el distinguido escritor y malogrado Rafael Hernández Gutierrez, quien, valiéndose de la buena voluntad de algunos respetables sacerdotes desenterró ese oscuro trabajo de entre los legajos y trebejos del archivo de nuestra curía eclesiástica [3].

---

1 Santiago el mayor era hijo del Zebedeo y hermano del apóstol y evangelista Juan. Conócesele igualmente bajo la denominación de Diego.

4 Santiago el menor era hijo de Alfeo y hermano del apóstol Judas Tadeo.

5 Puede consultarse sobre el particular la serie de brillantes artículos que bajo el título de "Religión y Bellas Artes" publicó el Sr. Hernandez Gutierrez en "El Porvenir" en Agosto de 1867.

Si la opinión de aquel sujeto pudiera ser de algún peso en el particular, es seguro que no habría sido desatendida, sino por el contrario diligentemente acogida y aceptada, por historiadores de tan grande espíritu de investigación como lo fueron el Dr. Francisco Javier Yánes y los señores Rafael María Baralt y Ramón Díaz. Y si á esto se agrega que Oviedo, historiador del primer cuarto del siglo pasado, (año de 1723) nada puede decirnos sobre la cuestión que ventilamos, pues, según su propia confesión *no habían bastado todas sus diligencias á esclarecer punto tan importante*, vendrémos definitivamente á deducir que el argumento que hemos rebatido no poseía de suyo valor ni significación alguna.

Si entramos ahora en la consideración del segundo argumento propuesto, el de la identidad del primer nombre de la ciudad con el del Santo venerado por la Iglesia el 25 de Julio de cada año, nos convencerémos de que esa paridad de nombres, que tanto se ha invocado, es una circunstancia no sólo casual meramente, sino también de muy fácil y sencilla explicación.

En efecto, consultando las autoridades más respetables que sobre esta materia pueden aducirse, encontramos que el historiador venezolano Dr. Yanez, anteriormente citado, al hablar de la fundación de esta ciudad por Don Diego de Lozada, dice que éste le puso á la nueva población el nombre de Santiago de León de Caracas para que con esta combinación quedase perpetuada su memoria, (la de Lozada) la del gobernador don Diego Ponce de León y el nombre de la nación á quien había vencido. Y Baralt y Díaz en su "*Resumen de la Historia de Venezuela*" (6) dicen á este respeto: "El mismo sitio

6 Capítulo 12, Pág. 211.

en que Fajardo estableció la villa de San Francisco, fué el que designó (Lozada) para asiento de una ciudad que intituló Santiago de León de Caracas, á fin de perpetuar á un tiempo en ella su propio nombre, el del gobernador y el indígena de los habitantes del país" textos ambos cuyas palabras mismas aclaran perfectamente el punto cuestionado y que por sí solas destruyen la pretendida igualdad de nombres á que arriba hemos hecho referencia.

Examinemos siquiera sea brevemente las palabras de que se vale el respetable Dr. Yánez, y quedará plenamente comprobado nuestro aserto.

"Para que con esta combinación," la que resulta de los tres prístinos nombres de la ciudad, *Santiago*, *León y Caracas*—"quedase perpetuada su memoria," la memoria del fundador Diego de Lozada, pues, nadie ignora que el nombre de Diego es sinónimo del de Santiago ; la etimología es : *Jacobus*, *Jagus*, *Sanctus Jacobus*, *Sanct Jagus*, de que los modernos han formado *Sanct Diacus*, *Sanctus Didacus*, y de ambos el castellano *Sant Jago*, *Santiago* y *San Diego;* la del gobernador D. Diego Ponce de León" ¿y cómo no habría de quedar perpetuada la memoria de este personaje, y de modo cabal ciertamente, siendo también su nombre Diego, como lo era el de Lozada, y León su apellido, que es precisamente el segundo elemento de los que forman la combinación á que aludimos? "y el nombre de la nación á quien había vencido" la nación á que se refiere el doctor Yánez es la que componía la aguerrida y numerosa tribu de los indios Caracas, vencida y cuasi completamente dominada por el valeroso Lozada.

La explicación, en concepto nuestro, no puede ser, pues, más clara y más sencilla : el fundador de Caracas, soldado bravo y leal, subalterno deferente y hombre de fervorosas creencias religiosas, como lo

es todo buen español, juzgó sin duda justo y natural que la nueva ciudad cuyo plano había trazado llevase un nombre que, al mismo tiempo que conservara á la posteridad el suyo propio, el del jefe de la provincia en cuyo término se hizo la fundación y el de la belicosa nación cuyo territorio había logrado conquistar casi del todo, se prestase además á llamar sobre su naciente población la valiosa protección de un santo altamente reverenciado en toda la cristiandad; convicción que en su ánimo acaso fortificó aún más la circunstancia de ser el mismo apóstol Santiago el patrón invocado y reconocido en toda España. Circunstancia esta última de que, nos atrevemos á asegurarlo, no hubiera prescindido ningún español de aquellos tiempos, y sea dicho esto de paso, con perdón de los historiadores de nuestra Patria, que callan ú omiten aquélla en absoluto.

Y es tan lógico, tan naturalmente instintivo, si se nos permite la expresión, que cada hombre aspire á dejar tras sí un recuerdo, un legado, un monumento que guarde y perpetúe la memoria de sus hechos; es ello tan cónsono con ese sentimiento innato de la inmortalidad de nuestra alma, que Diego de Lozada, tratando de realizar una combinación que llenara los objetos anteriormente dichos, aparece hoy ante nosotros, después de trascurridos poco más de 300 años, como un hombre modesto y religioso al par que desinteresado y generoso.

Séanos lícito consignar aquí que aunque la ciudad capital de Venezuela no ha podido conservar el primitivo nombre dado por su fundador, y únicamente le ha quedado el indígena de Caracas, el objeto esencialmente religioso que aquél llevó en mira, ha tenido perfecta y cabal realización.

En efecto, nuestra iglesia matriz, desde tiempos remotos y á partir de su fundación misma, en los

principios como simple iglesia parroquial (fines del siglo XVI) de que era patrono Santiago el Mayor, que lo era también de la ciudad; luégo como Catedral, en que quedó erigida por haberse trasladado á ella la silla episcopal, que estaba en Coro (año de 1637) * y finalmente como sede arzobispal, á que fué elevada en 1803, hasta nuestros días, ha observado la constante é invariable costumbre de celebrar anualmente con gran pompa una festividad religiosa en conmemoración de aquel venerable apóstol de Jesucristo á quien el catolicismo tributa, en la fecha antes indicada, el homenaje á que es acreedor por los servicios que en pro de la causa de la redención de la humanidad supo prestar.

Rebatidos, aunque muy á la ligera, los dos especiosos argumentos en que estriba la opinión que fija como fecha de la fundación de Caracas el 25 de Julio de 1566, podemos ya concluir asentando que la opinión contraria que designa el año de 1567 [sin señalamiento de día fijo) como fecha de aquel suceso; opinión sustentada por casi todos los historiadores patrios, y que además se apoya en la tradición, es la sola verdadera y, por lo tanto, la única admisible.

Queda, pues, también comprobado nuestro aserto de que en no pocas ocasiones la historia tiene que ocurrir á la tradición popular, fuente segura casi siempre, en busca de la verdad, oscurecida á las veces por el trascurso del tiempo, por las pasiones é intereses de los hombres, por grandes cataclismos sociales ó físicos, ó por cualesquiera otras causas análogas.

---

* El Reverendísimo señor D. Juan López Agurto de la Mata, había verificado ya de hecho la traslación un año antes (1.636), y fué el siguiente que se expidió la real cédula aprobatoria de dicha traslación.— [11 de Junio del referido año de 1637.)

II

EL CERRITO DEL DIABLO

Raro antecedentem scoelestum
Deseruit pede poena claudo.
(*Horat.* 1, 3.—*O.* 2)

Un día allá por los años que mediaron entre el último decenio del siglo pasado y el primero del presente, recuerdan muchos de los individuos que han sobrevivido á aquella época, haber acontecido hacia la parte Noreste de la ciudad cuyos piés baña el Guaire, un suceso extraordinario, inaudito. Determinemos con alguna precisión la situación topográfica del lugar de la escena

En la calle antes denominada *de Rivas* (calle 13 de Norte á Sur) hay una esquina limitada al Norte por la de la *Saba*; (primitivamente de la Sabana) al Este, por la del *Platanal;* al Sur, por la de *Manduca* y al Oeste, rio Catuche en medio, por la de Punceles, esquina esta última más generalmen-

2

te llamada *de la Cruz de Punceles*, con motivo de la cruz de madera que á su costado izquierdo ostenta el puente por debajo del cual desliza el Catuche su apacible linfa, después de haberle donado á la ciudad la mayor y más rica porción de su caudal.

En uno de los ángulos de esa esquina estaba situada una casucha de grosera construcción y aspecto miserable, en la que sólo dos personas habitaban : una mujer entrada ya en años, piadosa y de muy dulce índole era la una ; la otra era una joven como de 25 años de edad y la cual, aunque hija de la primera, en nada se asemejaba á aquélla. Desobediente y testaruda, jamás cumplía las órdenes de su madre; de carácter soberbio y díscolo, no pasaba momento en que no diese algún disgusto á la anciana ; aborreciendo todo género de ocupación hacía recaer todo el trabajo sobre aquella pobre vieja que, en pié desde muy temprano y atareada con exceso hasta hora muy avanzada de la noche, apenas si lograba, merced á tan ímproba labor, subvenir á las necesidades de entrambas y satisfacer los menores caprichos de su desnaturalizada hija. Y como si esto no bastase, no contenta aquella perversa criatura con agobiar de trabajo á su desvalida madre, solía en ocasiones no poco repetidas, ¡ atentado inaudito ! descargar golpes y abrumar de improperios á aquélla á quien debía el ser.

El día mismo á que esta relación se refiere, suscitábase en la casa que arriba hemos mencionado, un altercado muy serio y animado entre ambas moradoras ; un frívolo adorno de mujer, uno de esos insignificantes y fútiles atavíos á que algunos de nuestros inteligentes comerciantes, para excitar el deseo y curiosidad de sus clientes –hacen en ello uso de un derecho perfecto– han bautizado con el exótico nombre de *hautes nouveautés* (grandes novedades); una friolera, en fin, era la causa de toda aquella pugna.

La hija exige imperiosamente la compra de aquel artículo de lujo; la madre con la prudencia y criterio previsivo que dan los años, en vano se esfuerza en demostrarle la inutilidad é inconveniencia de tal adquisición, extemporánea y superflua al compararla con las impuestas por necesidades reales y positivas á que preferentemente habían de atender. Lejos de desistir de su temeraria pretensión, la rebelde hija insiste en ella; niégase á acceder la anciana; impaciéntase entonces la joven y profiere gritos y amenazas contra su madre, que inútilmente trata de calmarla; y ya en el paroxismo de la ira, ármase de un palo con el que, entre improperios y blasfemias, se da á maltratar impíamente á aquélla á quien lo debe todo. Justamente indignada y dolorida la anciana, más por la inicua acción de aquella infame y desnaturalizada criatura, que por los golpes mismos, olvida por un momento que es madre y lanza contra la delicuente este terrible anatema: "Maldígate Dios como te maldigo yo; el diablo cargue con tu alma." No bien hubo acabado de pronunciar aquella maldición, cuando despidiendo la joven un agudo y doloroso grito y arrojando la vara de que se había servido para saciar su saña, cae, presa de horribles convulsiones, pronunciando con sofocada voz estas palabras que oyó distintamente su madre: "quítenmelo; quítenmelo, que me ahoga." En presencia de tal espectáculo y ante el peligro que su hija corre, la anciana no se acuerda ya de los agravios recibidos y la madre vuelve á ser madre. Corre á la casa del vecino más inmediato, pídele auxilio y torna desolada cerca de su hija, la toma en brazos y llenándola de caricias le prodiga los más tiernos y solícitos cuidados; todo, empero, es inútil. El espantoso mal que á la infeliz joven ha acometido, progresa rápidamente: sus dientes rechinan; entrechócanse sus fauces con estrépito y sus ojos giran en las ensanchadas

órbitas, causando pavor y lástima á un mismo tiempo; maldiciones y blasfemias escápanse de sus contraídos labios; hínchase su cuello cada vez más y su cabeza, como sacudida por una mano potente é invisible, oscila con sorprendente rapidez á uno y otro lado. Finalmente, lanza un grito atronador y cae inanimada sobre el duro pavimento.

El párroco de aquella feligresía y un médico que por acaso acertaba á pasar por aquel sitio, acuden presurosos al llamamiento que varios de los vecinos les hacen; pero al llegar sólo encuentran un cadáver. El sacerdote se prosterna al lado de éste y dirige al cielo fervientes oraciones en sufragio del alma que había animado aquel cuerpo, que no es ya sino triste despojo de la muerte; mientras que el facultativo, previo un examen detenido, pronuncia el solemne fallo y se dispone á certificar la defunción. Agregan algunos que en aquellos momentos un vapor denso y sulfuroso se extendió por el recinto y que poco después, cuando los caritativos vecinos se disponían á prestar á la difunta los piadosos cuidados que preceden á la tumba, no pudo hallarse el cadáver en parte alguna á pesar de las más activas y diligentes pesquisas. ¡ Había desaparecido sin dejar tras sí más rastro que aquel mismo vapor sulfúreo y misterioso que poco antes había invadido la casa!

El pueblo, que es de suyo inclinado á admitir la intervención de un poder sobrenatural en los sucesos que por extraña complicación ó sorprendente coincidencia son difíciles de explicar, creyó ver en aquel acontecimiento extraordinario el dedo de Dios, que había querido castigar los crímenes de una hija desobediente y desnaturalizada, permitiendo que el espíritu de las tinieblas tomase cuánto antes posesión de aquel cuerpo, que había sido habitado por un alma reo de abominables pecados, á reserva de apoderarse también de ésta, tan luego como hubiese dado

ante el tribunal del Eterno estrecha cuenta de su conducta en este mundo. En este supuesto, y en atención á ser un tanto inclinado y pendiente el terreno en que se asienta aquella esquina, dióse á ésta por nombre el de *Cerrito del Diablo.*





III

EL SANTO NIÑO DE BELEN

DE SAN FRANCISCO

Para el hombre que tiene fe, el Universo es una maravilla perpetua.

CHATEAUBRIAND.—*Genio del Cristianismo.*

HASTA ahora pocos años, quien quiera que habiendo penetrado en el templo de San Francisco de esta capital y, movido de curiosidad ó devoción, hubiese tratado de averiguar qué efigie guarda tan cuidadosamente dicha iglesia en la pequeña capilla que al extremo de su nave derecha se halla situada, estamos ciertos de que, lejos de haber visto satisfecho su deseo, lo habría sentido aumentado grandemente, cuando al interrogar al buen Cándido, * éste le hubiese contestado con su senci-

* Excelente sugeto que se hallaba al servicio del templo, en donde desempeñaba las funciones de sacristán.

llez característica: —" En esta capilla *guardamos* " con la mayor veneración la milagrosa imagen del " Santo Niño de Belén, la cual debemos á un frau- " de piadoso de uno de los señores franciscanos. " Este Santo Niño se hallaba en Jerusalén, de don- " de se lo trajo aquel respetable religioso para de- " positarlo en poder de los señores frailes de este " convento. Dicho suceso aconteció cien ó doscien- " tos años ha, y de entonces acá esa sagrada ima- " gen no ha dejado de ser reverenciada como es " debido."

En posesión de mejores datos que los que tenía Cándido, datos de cuya autenticidad somos deudores á fray Manuel de Jesús Nazareno, religioso lego de aquel extinguido convento, ** vamos á satisfacer plenamente la curiosidad de los devotos del Santo Niño de Belén.

I

MILAGROSA CONSTRUCCIÓN DEL SANTO NIÑO

En el año de gracia de 1677, habiendo deseado la serenísima República de Venecia poseer una imagen del Niño Jesús que en la noche de Navidad hubiese estado expuesta á la veneración de los fieles en el sitio mismo donde nació nuestro Salvador, el Dux y el Consejo Supremo de aquel aristocrático Estado dirigieron con tal objeto la correspondiente petición á los religiosos que habitaban aquellos santos y apartados lugares; y fué tan felíz el éxito que en su demanda obtuvieron, que á poco

[**] *Becerro* ó protocolo del convento de San Francisco "ideado, formado y escrito de comisión del venerable Difinitorio," año de 1774.

les fué remitido el simulacro que con tanto ahinco habían solicitado, en lo cual es presumible no dejaría de influir grandemente á su favor la suma devoción que por todo lo perteneciente á nuestra divina y sublime religión había demostrado en todos tiempos aquella poderosísima República. Mas, habiendo reflexionado los miembros del Consejo que, con motivo de habérseles enviado la imágen que en el aniversario natalicio del Redentor servía en la Gruta de Belén, los religiosos del "Convento de San Salvador" en Jerusalén habrían de verse en apuros para reemplazar aquella imágen—reducidos como se hallaban aquellos padres á vivir únicamente de las limosnas de los vecinos piadosos y de los peregrinos que iban en romería á visitar la Tierra Santa—los diez altos magistrados que componían aquel temible cuerpo resolvieron mandar hacer una efigie del Santo Niño que, por la perfección de la obra, fuese digna de ser enviada á Belén en cambio de la que de allí habían recibido.

Convocados al efecto los principales escultores de Venecia, el Consejo escogió cuatro maestros, entre los que se hallaba uno que, como dice el original de que extractamos esta relación "era tosco en sus obras, aunque buen cristiano" y dióles el encargo de hacer cada uno por su parte, y dentro del plazo que para ello se les fijó, una efigie del Niño Jesús, tal cual se requería para el objeto á que se le destinaba; advirtiéndoles al mismo tiempo, por vía de estímulo, que aunque el trabajo de cada operario sería remunerado debidamente, solo obtendría la preferencia y la envidiable suerte de ser remitido á Palestina el artefacto que, á juicio del Consejo y de los peritos designados al efecto, resultase ser el mejor de de todos.

Así las cosas, llegó el término del plazo señalado; y habiéndose presentado á los miembros del

Consejo los cuatro artistas llevando cada cual la escultura que había hecho, contra toda previsión aconteció que, cotejadas las imágenes, se halló ser la única perfecta la que había sido tallada por el maestro reputado menos hábil; siendo tan grande la admiración que en todos produjo la vista de aquel simulacro que, en el primer momento, nadie quiso creer que tan bella obra hubiese salido de sus manos. Y aumentóse hasta lo sumo aquélla cuando los inteligentes llamados para juzgar acerca del mérito de las obras presentadas en aquella especie de concurso, unánimemente declararon que la del escultor menos afamado era sin discusión un trabajo acabado, una obra maestra, un portento, una maravilla del arte!

Mas como, á consecuencia de este fallo, gran parte de los circunstantes y los tres artistas no favorecidos se permitieron expresiones inconvenientes, el Supremo Consejo, queriendo saber á punto fijo la verdad y conociendo además los sentimientos cristianos que adornaban al maestro, resolvió tomarle inmediatamente declaración jurada, en toda forma. La cual, á despecho de sus rivales en el arte y de algunos de los espectadores que en el fondo de su alma le envidiaban ya, á la vez que patentizó la buena fe del artífice, mostró claramente á todos la viva fe que aquel corazón sencillo tenía en el Artífice Supremo, pues, en ella ingenuamente declaró que, convencido de su ineptitud é impericia, antes de dar comienzo á la labor de que se había encargado, se encomendó muy de veras al Señor, pidiéndole que le concediese la luz y las fuerzas necesarias para producir una obra que fuese digna de ser colocada en el privilegiado lugar que su divino Hijo había santificado con su nacimiento temporal; que durante tres días consecutivos había ayunado á pan y agua ofreciendo humildemente al mismo Señor esta voluntaria penitencia; y que fué entonces cuando,

confiando siempre en el auxilio divino, puso manos á la obra, que tuvo la satisfacción de ver concluída de un todo antes del plazo prefijado; y agregó finalmente que en aquella escultura no había hecho él otra cosa que poner los medios ordinarios que suministra el arte; pero que una voz secreta é interior le había dado á conocer que era Dios mismo quien le había aplicado aquellas perfecciones que tan acabada la hacían en concepto de todos.

Satisfecho el Consejo de los Diez, despidió en paz al inspirado artista, levantó la correspondiente información sumaria del hecho, y remitió ésta, junto con la efigie, al convento de San Salvador, en cuyo archivo vió ese documento el reverendo padre fray Luis de Aranguren cuando estuvo de procurador general de Tierra Santa. Y asegura fray Luis que habiéndose vertido al italiano se envió copia de ella á España, buscándose quizá por este medio hacer conocer el suceso en toda la Cristiandad.

II

TIEMPO QUE PERMANECIÓ LA EFIGIE EN LA GRUTA DE BELÉN, Y CÓMO VINO Á SAN FRANCISCO

Como si hubiéramos de continuar esta relación, habríamos de vernos embarazados para referir el piadoso fraude á que debió el convento la adquisición del Santo Niño, habrá de perdonársenos que trascribamos aquí íntegramente la parte de la *Relación jurada del padre fray Luis de Aranguren*, tal como se halla al folio 210 vuelto del *Becerro ó protocolo de San Francisco.*

Dice así: "Estuvo este Santo Niño en Belén hasta el año de 1697 que remitió otro Santo Niño la señora reina madre Doña Mariana de Austria, (que santa gloria haya) y mandó á pedir éste en lugar del que despachó. Y en 18 de febrero de dicho año viniendo para España de aquellos santos lugares frai Luis de Aranguren, se lo entregaron en el dicho convento del Salvador el reverendísimo padre guardián del Santo Monte Sion, que lo era frai Baltazar Caldera de Milán, y el reverendo padre procurador general frai Domingo de Lardizábal, con todos los Discretos de aquella santa custodia, para que frai Luis lo entregase en Madrid á la dicha nuestra señora reina madre."

" Y sabiendo el dicho en el primer puerto que cogió de la cristiandad, que S. M. era muerta, retuvo la carta y la santa imagen, hasta que fué despachado por nuestro reverendísimo padre, Comisario general de Indias, á esta provincia de Caracas, por Vicecomisario de dichos santos lugares, y se lo trajo consigo. Y no dice dicho frai Luis otras cosas particulares, que con dicho Santo Niño le pasaron, por no ser dudoso en esta relación, la cual es cierta y verdadera, y siendo necesario lo jura en la forma que puede y que haga fe y lo firma para que conste, hasta que lo remita (llevándolo Dios con bien) un tanto de las informaciones dichas.—Caracas y julio 27 de 1707 años.—*Fray Luis de Aranguren.*"

Cuánto sea el crédito que merezca esa relación y cuáles las disposiciones que posteriormente se dictaron para asegurar el debido culto á esa imagen, nos lo refiere en su Becerro (*) el *buen fray Manuel* de Jesús Nazareno, á quien creemos conveniente ceder la palabra para conservar á esta tradición el sello de autenticidad que la caracteriza.

(*) Folios 210 y 211.

Dice fray Manuel de Jesús:

"Esta relación (la del padre Aranguren) es acreedora á toda la fe humana, sabiendo que el padre Aranguren fué un religioso amable y de toda confianza, no sólo para los prelados que tuvo en esta santa provincia, sino también para los Reverendísimos de Indias y en suma para toda la religión seráfica, que le confió la procuración de los santos lugares, que loablemente ejerció por dos años, hasta que, como expresó en su carta, renunció. Por lo que mira á justificar la traída de la sagrada imagen á este convento, es instrumento de la mayor excepción la patente que expidió nuestro muy reverendo padre fray Pablo Calderón en favor de los señores españoles é isleños que guardan en su archivo."

Inserta luégo la indicada patente y agrega:

"Consta de varios instrumentos que existen en los archivos de esta santa provincia, y este Convento, que el año 1697 en que conduciendo el Santo Niño, salió de Jerusalén el padre fray Luis de Aranguren para España, era lector de este Convento nuestro muy respetable padre fray Pablo Calderón, y que siguió en él su carrera hasta que fué electo en Ministro provincial por enero de 1708, y debemos suponer por indubitable, que su paternidad muy reverenda se halló en este dicho Convento, cuando el padre Aranguren arribó á él, con el preciosísimo tesoro; en la disposición que su paternidad muy reverenda formó en 24 de enero de 1708, se lee: Y un Niño Jesús, que dejó el padre fray Luis de Arangúren, que es el que trajo de Jerusalén para colocarlo en una capilla, que se está previniendo el componerla, cuyo valor no se pone aquí, por ser de tanta estimación la alhaja, que no se le halla precio, y que fué uno de los muchos padres que concurrieron á la abertura del cajón en que venía, y se ejecutó en el salón de la enfermería, según que así viene en cons-

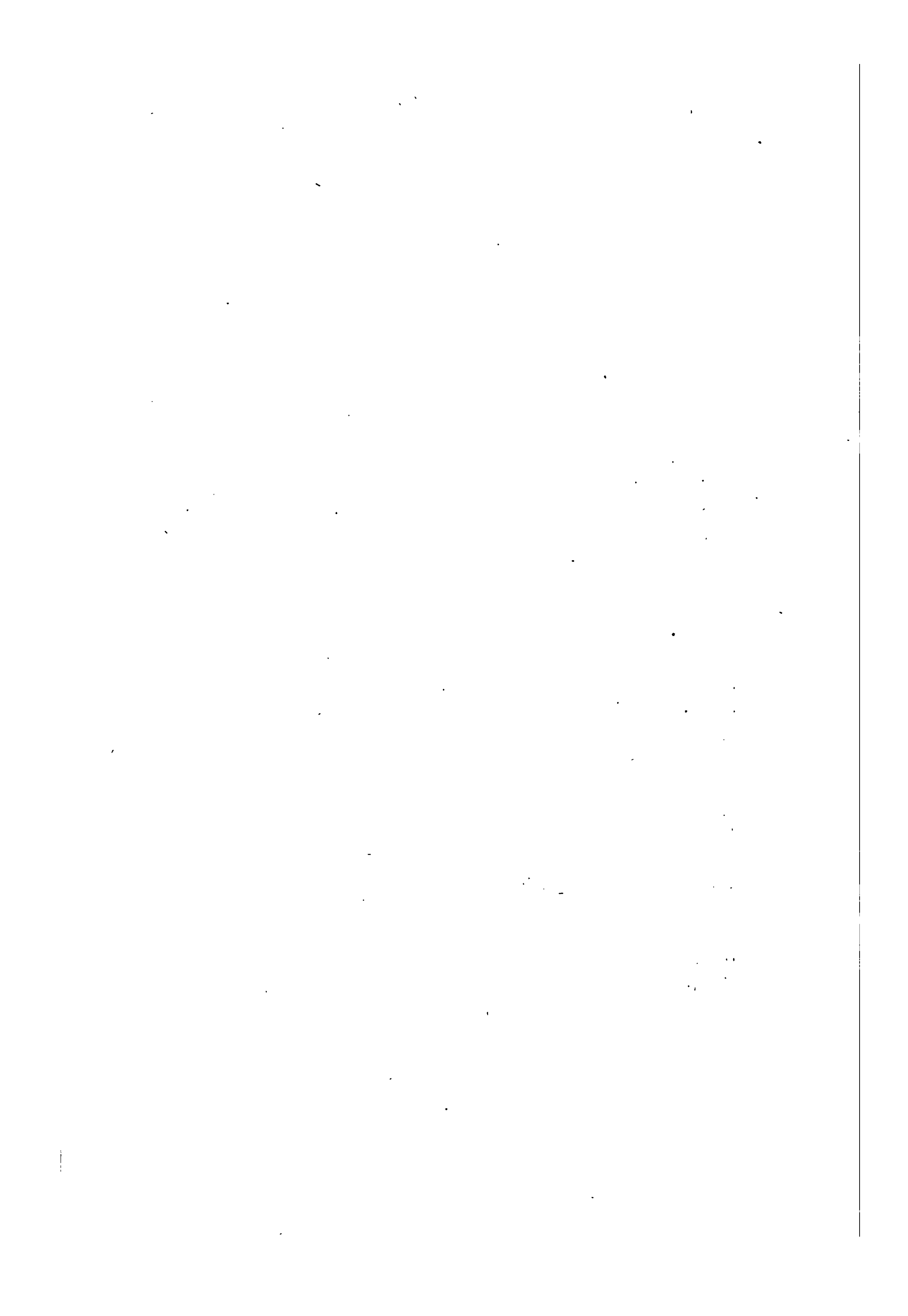
tante tradición, y que todos quedaron igualmente admirados, y devotos, al ver las maravillasas perfecciones del Santo Niño. Y pues un hombre acabado, como lo fué, y nos refieren cuantos al presente viven, y lo conocieron, aseguró en su patente, que el padre fray Luis de Aranguren trajo al Santo Niño de los lugares santos de Jerusalén, parece que debemos creer, sin el menor recelo de engaño, que su paternidad muy reverenda apoyó su dicho en aquella auténtica primera que el padre Aranguren expuso en su carta se había perdido por descuído, y que no tuvo la menor duda en ser el Santo Niño, que por particular dicha y por glorioso timbre poseemos, el mismo que se le entregó en Jerusalén al padre Aranguren. Igual fuerza de razón produce la gravedad de la santa Comunidad, á quien su paternidad muy reverenda dirigió la patente, siendo por ventura el más especulativo y escrupuloso de cuantos ha habido en la Provincia, nuestro muy Reverendo padre fray Francisco Valenzuela (en quien dejó depositado el Santo Niño el padre Aranguren el año de 1707) prelado de este santo Convento en aquella ocasión ; como fácilmente se deduce de varios instrumentos y entre ellos de los tres tratados que celebró con la comunidad á fin de darse la capilla de San Nicolás Tolentino y su patronato á los señores españoles é isleños, y el Santo Niño para colocarlo en ella, que por ser algo difusos, no inserto aquí ; pero el que quisiere podrá verlos en el archivo del Convento."

En la "Noticia sobre los objetos históricos que posée Caracas," estudio que en años atrás publicó en esta ciudad el distinguido escritor patrio, señor doctor Arístides Rojas, se cita, si mal no recordamos, la efigie del Niño Jesús de Belén como el único objeto artístico, verdaderamente digno de este nombre, entre todos los de su género que las iglesias de Caracas encierran.

Sin negar que en algunos de nuestros templos haya simulacros muy venerables y venerados, nos adherimos en un todo á la autorizada opinión del ilustrado miembro de la "Academia española de la Historia," quien al expresar su juicio, en un trabajo de aquella índole, sobre objetos que aunque destinados á usos piadosos caen bajo el dominio de la crítica, debió necesariamente considerarlos bajo el punto de vista estético del arte y prescindir de consideraciones puramente religiosas, muy respetables en verdad, pero ajenas al fin que el escritor se proponía.

En el nicho más elevado del altar de talla que decora la capilla que está al extremo superior de la nave derecha de San Francisco, cuidadosamente guardada y oculta tras denso velo, hállase la bellísima imagen del Santo Niño de Belén. La preciosa escultura veneciana que un capricho de la suerte nos deparó, espera allí la fiesta solemne que en enero de cada año se celebra en honra del Redentor ; y en ese día entre luces y flores ostenta sus perfecciones á la mirada amorosa de los fieles. Después ya no vuelve uno á verla hasta la noche buena en que á continuación de la *Misa de Gallo* se la pasea procesionalmente, según costumbre inmemorial, por el ámbito interior del templo. Al contemplar el sagrado simulacro en ese acto, ofrécense á la imaginación el pesebre de Belén con José y María, y los ángeles que anunciaron á los zagales el nacimiento del Salvador Divino, y los cánticos de gloria que en el cielo y en la tierra á la sazón resonaron, y la estrella que guió en su camino á los magos que fueron á rendirle adoración ; é involuntariamente exclama uno, con la milicia celestial que celebró la venida de Jesucristo á este mundo : " Gloria á Dios en las alturas ; y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad."







LAS DOS ERMITAS

ó

UN SANTO QUE DESPOJA Á OTRO SANTO.

Sic vos non vobis........
(*Virgil.*)

A DISTANCIA de dos cuadras de la Catedral, en dirección al noroeste y bajo la feligresía de aquélla, existía hasta no ha mucho una pequeña iglesia denominada de San Mauricio, precisamente en el mismo sitio donde se levanta hoy la *Santa Capilla* de Caracas.

Tan antigua como la ciudad misma, su fundación data del año de 1567, (*) según se deduce de un documento que puede consultarse en el libro IV de "Reales Cédulas," y de que se hace mención al

(*) Fecha de la fundación de Caracas, según asentamos en la tradición referente á este suceso. En la "Memoria de la Dirección General de estadística" [Año de 1873] pág. 206, parte 2ª, se fija como fecha de la erección de esta iglesia el año de 1568.

folio 19 de otro libro asaz importante que para esta narración hemos tenido necesidad de consultar.

Tan interesante es esa obra que en la publicación oficial á que en la nota primera nos referimos, se la encuentra citada como fuente abundante de datos fidedignos; lo que no se extrañará al saberse que es la "Relación y testimonio íntegro de la visita general de este Obispado de Caracas y Venezuela, hecha por el Illmo. Sr. Dr. Don Mariano Marti, en el espacio de 12 años, 3 meses, 22 días, transcurridos desde 8 de Diciembre de 1771, que la comenzó en la S. I. Catedral, hasta 30 de Marzo de 1784, que la concluyó en el pueblo de Guarenas." (*)

De lo expuesto en la mencionada obra y de lo que hasta nosotros ha llegado por tradición, resulta que los conquistadores del espacioso y fértil valle poblabo por la belicosa tribu de los indios *Caracas*, "por voto hecho en los trabajos de la conquista" construyeron dos ermitas, de las que pusieron la una bajo la advocación de San Sebastián, y bajo la de San Mauricio la otra; buscando de esta manera, según podemos colegir, conciliar los intereses espirituales de los indígenas con los de los conquistadores, pues, como es bien sabido, los naturales de esta región desde los primeros años de su conversión al cristianismo adoptaron por patrón y protector especial al mártir San Sebastián; mientras que los soldados españoles tenían particular devoción por San Mauricio, jefe de una legión tebana compuesta de cristia-

[*] Es esta la oportunidad de manifestar nuestro reconocimiento al virtuoso é ilustrado sacerdote, Sr. Dr. Manuel Antonio Briceño, Arcediano de la S. I. M. y Secretario que fué del Arzobispado de Caracas, [hoy muy discreto Vicario Capitular de la Arquidiócesis), quien, con su habitual benevolencia, puso á disposición nuestra tanto aquella obra, como algunas otras de las que reposan en el archivo que estaba á su cargo, tan luego como le informamos del trabajo sobre *tradiciones* en que entonces nos ocupábamos.

nos, quien por haberse negado á sacrificar á los dioses fué martirizado de orden del emperador Maximiano Hércules, el año 286 de nuestra era.

Apoyados en autoridades respetables, entre ellas la del Sr. Dr. Alejandro Ibarra, Rector y Decano que fué de la Universidad Central de Venezuela, debemos antes asentar que ambas ermitas, tanto la dedicada á San Sebastián, como la erigida en honor de San Mauricio, fueron mandadas construir en el año mismo de la fundación de Caracas de orden de don Diego de Lozada, á quien la historia y la tradición reconocen como padre de la ciudad que la Corte pontificia denomina aún Santiago de Venezuela. (*)

Pocos años después, y debido no sabemos á qué descuído ó accidente—la tradición no lo refiere, y en estos trabajos no nos permitimos añadir ni quitar nada á lo que nuestras investigaciones nos han suministrado—estalló en la ermita de San Mauricio un incendio tan violento que el edificio con todo lo que contenía fué consumido por las llamas, de cuya voracidad solamente pudo salvarse la efigie del patrono; lo cual para aquellos tiempos fué tenido por milagroso, como era natural acaeciese en un pueblo sobremanéra crédulo y sencillo. (*)

---

[*] El doctor Ibarra enumerando los estragos causados en esta ciudad por el temblor de 1641, conocido generalmente bajo el nombre de *terremoto de San Bernabé,* dice: "Cayeron las Iglesias de San Sebastián [hoy San Mauricio] la más antigua de todas y edificada por el mismo don Diego de Lozada, fundador de Caracas. [Serie de artículos publicados en 1862 en "El Correo de Ultramar," de París, y en "El Independiente," de esta ciudad, bajo el título de "Temblores y terremotos de Cumaná."]

[*] Nosotros en manera alguna rechazamos ni negamos los milagros; antes por el contrario, admitimos con los teólogos y canonistas que todo aquello que está fuera del orden de la naturaleza, constituye un milagro. Pero residiendo exclusivamente en la Iglesia la facultad de aprobar y proponer á la creencia de los fieles los hechos que deben ser considerados como milagrosos, no podemos concederles tal caracter á aquéllos que sólo provienen de una casualidad más ó menos rara.

Celebráronse con tal motivo rogativas en acción de gracias por haberse librado de las llamas el Sagrado Simulacro; el cual fué llevado luego con gran pompa á la ermita de San Sebastián, donde, dice el autor de la obra antes citada: "colocadas ambas imágenes perdió dicha ermita (la de San Sebastián) su propio título con el transcurso del tiempo y ha quedado hasta ahora con la sola denominación de San Mauricio; si bien que en su altar mayor están colocadas ambas imágenes."

De modo que, si entráramos en consideraciones ajenas á nuestro popósito, nos veríamos en el forzoso caso de declarar que en esta ocasión, como siempre, el elemento conquistador prevaleció sobre el indígena, resultando que el que entró como huesped, convirtióse á poco en dueño y que, ya que no pudo desalojar de su morada al propietario, quitó á éste el nombre y las prerogativas anexas al patronazgo; con lo que se patentizó así una vez más la exactitud de aquel antiguo adagio que enseña que "ninguno sabe para quien trabaja."

Para terminar esta lijera narración histórica creemos oportuno presentar aquí un breve resumen cronológico de las diversas peripecias por que ha pasado, desde su fundación hasta hoy, la que primitivamente fué ermita de San Sebastián, iglesia de San Mauricio luego, y últimamente la "Santa Capilla" de Caracas.

Edificada en 1567 por don Diego de Lozada, según antes apuntamos, el incendio que destruyó la ermita de San Mauricio dió origen á que la imagen de este Santo, acogida en aquélla como huesped, despojase de su hogar á San Sebastián, á cuya efigie gracias si le concedía un puesto á su lado en el altar mayor.

Setenta y cuatro años después, en 1641, el terremoto llamado de San Bernabé, acaecido el 11 de

Junio de ese año—terremoto tan grande que arruinó esta ciudad hasta el punto de no dejar en pié y buen estado sino cinco casas, según dice el Doctor Ybarra —destruyó hasta en sus cimientos á la que para entónces era generalmente conocida bajo el nombre de ermita de San Mauricio.

Reedificada luégo en 1667, no ya como mera capilla ó ermita, sino con las proporciones y extensión propias de un templo, fué nuevamente destruída por el grande y pavoroso cataclismo comunmente llamado entre nosotros *terremoto del Jueves Santo*, que acaeció el 26 de Mayo de 1812.

Finalmente, el edificio que luego se construyó y cuya inconclusa torre había llegado ya á convertirse en informes ruínas que desdecían de la cultura de una ciudad como Caracas ; ese edificio, decimos, á su vez desapareció también para ser reemplazado por la *Santa Capilla* que el Presidente de la República, Ilustre Americano General Guzmán Blanco, con asentimiento del finado Arzobispo Doctor Ponte, mandó erigir en el mismo sitio donde se levantaba la antigua iglesia.

El nuevo y bello oratorio, verdadera joya arquitectónica en que resonarán constantemente las plegarias de los fieles, ha sido, bajo diversos respectos, una de las más valiosas ofrendas que se dedicaron al Padre de la Patria, en Julio de 1883, con ocasión del primer centenario natalicio del gran Libertador de la América Española.



NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO

DE BARCELONA

¡Oh Virgen de Barcelona,
que desde tu antiguo templo,
del Neverí tú presides
las fiestas ha mucho tiempo!
Préstale, santa Patrona,
á mi humilde voz aliento,
para que la fe pregone
de ese tu querido pueblo.

Imitación de los *Cantares* de Trueba.

I

En mil seiscientos cincuenta,
contando á estilo moderno,
promedio cabal y justo
del siglo décimo sétimo,
acaeció en Barcelona
de aqueste hemisferio nuevo,
villa en Venezuela sita
cerca de un hermoso puerto, (1)
un suceso sorprendente
que en ese archivo del pueblo

1—Hoy "Puerto Guzmán Blanco."

que *tradición* denominan,
es tenido por auténtico.
En un frondoso *totumo,*
(con perdón del gran Linneo),
árbol en verdad muy útil
y de verdor siempre lleno,
apareció entre sus ramos,
cual si estuviera en un templo,
una imagen del Socorro,
de los mortales consuelo.
De *Cumanagoto* el sitio,
que de indígenas fué puésto,
á la sazón ocupábalo
de San Cristóbal el pueblo ; (2)
y es el caso, según dicen,
que un distinguido sugeto
al lugar había arribado
poco antes de aquel suceso
conduciendo de La Guaira,
entre otros varios objetos,
de la Virgen Sacratísima
aquel simulacro bello.
Y citan como testigo
que aseveraba aquel hecho
á Fernando del Bastardo,
que debía de saberlo. (3)
Apenas desembarcado
el citado caballero,
de su provisto equipaje

(2) Cristóbal de los Cumanagotos fué fundado en 1585 por Cristóbal Cobos. Don Juan de Haro en 1591 trasladó la población al sitio de Cumagotos cercano á la nueva Barcelona (hoy capital del Estado Bermúdez.) Véase á Codazzi, "Resumen de la Geografía de Venezuela."

[3] Don F. de Bastardo y Loaisa fué familiar del Santo Oficio y "sujeto muy distinguido y noticioso de aquella ciudad [Barcelona] y provincia," empleando la expresión del Rev. P. Fr. Antonio Caulín, quien refiere esta tradición extensamente y seguida de varios "*casos maravillosos*" en su "Historia Corográfica de la Nva. Andalucía, Provincias de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y vertientes del río Orinoco," dada á luz en 1779 y reimpresa en Caracas por George Córser en 1841.

la santa efigie echó menos.
A buscarla presurosos
todos al punto salieron
y en el *totumo* la hallaron
con gran júbilo del dueño.
¿ Escogería de su grado
la Señora aquel albergo,
ó llevósela allí acaso
con depravados intentos ?
Que ella misma fué al *totumo*,
nó por obra de tercero,
sino á virtud de milagro
que de la villa en obsequio
hizo la Madre Divina,
demostráronlo á las claras
los posteriores sucesos.

II

Trascurridos veintiún años
del hecho ya referido,
trasladóse á San Cristóbal
de su asiento primitivo
á la Nueva Barcelona
con que hoy permanece unido, (*)
(pues, es cosa averiguada
que establecimiento prístino
de la población moderna
fué aquel histórico sitio) ;
y es fama que lo primero
que mudaron los vecinos
fué de su Santa Patrona
el simulacro querido.
De la parroquial Iglesia

* En 1637 don Juan Urpín, catalán, había empezado ya á fundar esta última ciudad al pie de Cerro Santo, donde sólo duró 33 años. Finalmente, en 1671, bajo el gobierno de Sancho Fernández de Angulo, fué trasladada al punto que actualmente ocupa.—Codazzi, obra citada.—Véase también al R. P. Caulín.

y al cronista exigiría
más alto númen y vuelo.

. . . .

Libre cada lector sea
de darle ó nó darle crédito
á esta leyenda narrada
en sencillo y tosco verso.
Mas si el hombre es soberano
de su conciencia en el fuero
y no sufre se le impongan
leyes á su pensamiento,
justo y natural parece
que en la ocasión recordemos
que es la fe celeste bálsamo
que al ánimo da consuelo;
por lo cual los pensadores
la ven siempre con respeto.



EL NAZARENO DE CARACAS

—

> "En los grandes acontecimientos de la vida, ofrecen las costumbres religiosas sus consuelos á los desgraciados."
>
> *Chateaubriand.*

Pocas, muy pocas serán las personas que dejen de experimentar cierto sentimiento de respeto á la sola vista de la sagrada efigie que lleva el nombre que estas líneas encabeza.

Orgullosa de poseer tal imagen, la Basílica de Santa Ana—uno de los más bellos templos de Caracas—apenas si en determinadas ocasiones la expone á la veneración de los fieles. Ocultándola á las miradas indiscretas, cual pudiera un avaro con su tesoro, ella la reserva, cuidadosa, para ofrecérnosla en solemne exhibición el miércoles de la Semana Mayor, en cuyos días celébranse las fiestas clásicas de la cristiandad en todo el orbe.

Y no sin fundamento puede aquella hermosa iglesia vanagloriarse de la posesión de tan venerable simulacro. Si el Redentor del linaje humano se

muestra en todos sus actos superior en mucho al común de los mortales, forzoso es convenir en que en su pasión y muerte, sobrellevadas con resignación de que no hay ejemplo en los anales de la historia, su divinidad se nos revela tan manifiestamente, que la filosofía misma del siglo XVIII, por boca de su más ilustre campeón, Juan Jacobo Ronsseau, tuvo que proclamar que: "si la muerte de Sócrates es la muerte de un Justo; la muerte de Jesucristo es la muerte de un Dios." Así, no puede menos que enternecer nuestro ánimo la vista de aquella imagen, que al ofrecer á nuestras miradas el espectáculo sublime de un Dios que lleva él mismo sobre sus hombros el madero que ha de servir para su propia inmolación, nos recuerda que ese mismo Dios tomó también sobre sí la carga todavía más pesada de los pecados é iniquidades de los hombres........

Aquellos ojos fatigados, aquella mirada triste, apacible, exenta de toda ira en presencia de sus verdugos, aquella resignación sublime reflejada en el ensangrentado rostro; todo aquel conjunto trasporta nuestra mente á los tiempos en que el hijo de Dios vivo consintió en sufrir la más ignominiosa de las muertes, para que pudiese quedar reparada la ofensa hecha por el primer hombre al Padre Celestial.

A ese venerable simulacro, al que nuestro pueblo profesa predilección especial, á esa celebrada efigie se contrae la antigua tradición que pasamos brevemente á relatar.

Corría el año de 1696, cuando aun no repuesta Caracas de los estragos del pavoroso terremoto que en la mañana del 11 de Junio de 1641 la destruyó casi toda, aun no restablecida de los que le acarreó el saqueo de los franceses en 1672, vióse por vez primera acometida de la terrible peste del *vómito negro*, que no ha dejado de visitarla á intervalos en tiempos,

posteriores, y que azotó entonces su población por espacio de diez y seis meses continuados.

Afligidos los caraqueños y deseosos de grangearse la valiosa protección de la "Abogada de las pestes," fundaron un templo que dedicaron á Santa Rosalía de Palermo, que es actualmente una de las seis iglesias parroquiales que comprende la ciudad.

Agotados los escasos recursos de que á la sazón podía disponer la ciencia médica en la renaciente población; y como quiera que la invocación á los Santos no producía el resultado apetecido de alejar el tremendo mal, discurrieron acudir á Dios mismo, como fuente de toda gracia, en la persona de su Hijo. A este fin, obtenido el permiso de las autoridades civiles y eclesiásticas, sacaron en rogativa el Nazareno que para entonces se hallaba en la hoy extinguida iglesia de *San Pablo.* Parece que en el curso de la procesión, (dice una antigua crónica) (*) el Santo tropezó casualmente con una mata de limón agrio, perteneciente al corral de una casa que está situada en la llamada esquina del Reducto. (**) La mata, según se dice, estaba muy cargada de limones maduros, de los que, desprendiéndose algunos por el choque, fueron recogidos por los fieles, quienes aplicando el jugo á los atacados del mal, lograron arrancar muchos á una muerte segura. Como quiera, es lo cierto que en muchos casos se ha aplicado con buen éxito el caldo de limones agrios para curar la

---

[*] "Almanaque: Anuario-Directorio del Comercio, de la Industria y de la Administración Pública" que en 1866 principiaron á editar en esta ciudad los Sres. Fausto Teodoro de Aldrey y Esteban Ponte y de la cual sólo vieron la luz pública dos ó tres entregas.

[**] Este sitio está hoy notablemente mejorado por haberse construído en él nuevas casas y refaccionado algunas de las antiguas.

fiebre amarilla, y si esto no fuere un milagro, al menos es un precioso descubrimiento.

Para mejor inteligencia del suceso, parécenos bien advertir que para la fecha á que esta narración se remonta, las calles de la ciudad, carecían, por lo general, de pavimento; y de aquí que en la estación lluviosa, depositándose las aguas en el medio de las calles, formaban grandes lodazales que á menudo interrumpían el tráfico. Tal acontecía precisamente el día que se efectuó la procesión del Nazareno, y así se explica que en la necesidad de pasar la efigie, hubieron de tomar hacia un costado; y como las ramas del arbusto daban á la calle, no es de extrañarse que la Cruz chocando con ellas, tumbase parte de los frutos de que se hallaban cargadas.

Si no fuera contrario á la índole de estos trabajos y ageno á nuestro propósito, el dar acogida á las consejas que la superstición engendra, referiríamos también que algunos fanáticos aseveran que cuando el escultor de la celebrada imagen (que en verdad nada de artístico tiene), concluída su obra, la contemplaba extasiado, en un arranque de fervor le preguntó: ¿qué te falta, mi Dios? á lo que moviendo sus labios la imagen le contestó: ¿Dónde me has visto que me has hecho tan perfecto?.... y que al escuchar estas voces el escultor cayó muerto....

La sana crítica, de consuno con la Religión, rechaza tales patrañas; y si adrede hemos citado ésta, ha sido para que mejor se comprenda la diferencia que existe entre las verdaderas tradiciones que la historia acepta y los cuentos más ó menos ingeniosos, pero destituídos de fundamento, que la razón desecha.

LA DIVINA PASTORA

(TRADICIÓN)

Corría el año de gracia 1743 y era ya pasado el medio día del domingo 10 de febrero, estación muy agradable en este clima por las suaves y frescas brisas que en ella soplan. Las cuatro de la tarde serían próximamente, y en el barrio que demora al norte de la ciudad, que para entónces aun conservaba su primitivo nombre de Santiago de León de Caracas, notábase grande animación: numerosos grupos de individuos de ambos sexos se encaminaban presurosos desde el centro y las extremidades hacia la parte alta; y allí, casi á la falda del majestuoso Ávila, en un sitio abierto y desde el cual se domina el resto de la población y que en aquel momento era estrecho para contener la multitud que en su recinto se apiñaba, un venerable eclesiástico, asistido de otros varios y convenientemente revestido, bendecía con las solemnidades establecidas por el Ritual Romano la primera piedra de una ermita que la piedad de otro sacerdote

4

se prometía erigirle en aquel mismo lugar á la Madre Inmaculada del Redentor del mundo.

Era el segundo de estos sacerdotes el Bachiller don Salvador José Bello, varón dechado de virtud y que por tal motivo gozaba de universal respeto en toda la comarca; siendo todavía hoy grata su memoria, como lo demuestra el sentido recuerdo que, con ocasión del centenario de su muerte, acaecida en 1780, le dedicó pocos días ha *La Opinión Nacional.* Haciendo las veces del Obispo, que se hallaba enfermo, y por tal motivo lo había comisionado al efecto, funcionaba el Dr. don Pedro Thamarón, dignidad Maestre Escuela de la S. I. Catedral, elevado cargo que á la sazón llevaba anexos los no menos importantes de Cancelario, Conservador y Juez Académico de la "Regia y Pontificia Universidad de Santa Rosa de Lima de Caracas," según lo disponía la Real Cédula que á 7 de Julio de 1737 expidió en el sitio del Buen Retiro el monarca de las Españas y en la que concedía á aquel capitular atribuciones análogas á las que en la renombrada Universidad de Salamanca ejercía el Maestre Escuela de aquella antigua y respetable sede. (*)

Por cédula expedida en San Ildefonso el día 2 de setiembre del año anterior (1741), el rey Felipe V había concedido licencia al padre Bello para que fabricase una ermita "en el camino que de la ciudad de Caracas conduce á La Guaira," á fin de que en ella se colocara la imagen de María bajo la advocación de la Divina Pastora "en la conformidad y para el fin que en ella se expresa", á saber, "que se pueda celebrar el santo sacrificio de la misa, con calidad de que la fábrica y adorno se haga sin gasto alguno de mi Real Hacienda, y con la de que no re-

[*] Véase la "Memoria de la Dirección General de Estadística en 1873."—Documento Núm. 4.

sulte perjuicio á tercero.'' (*) Habiendo luego ocurrido Bello al Ordinario de la Diócesis, que para entónces lo era el ilustrísimo señor don Juan García Abadiano, Obispo Electo y Gobernador del Obispado de Venezuela y miembro del Consejo de S. M. Católica, ordenó este prelado por auto de 4 de Febrero de 1743 ''se diese vista á los curas rectores del Sagrario de Catedral,'' quienes impuestos, consintieron en que se procediese á la construcción de la ermita con la sola condición de que ''en manera alguna se haya de perjudicar en ningún tiempo el derecho que como párrocos les compete en las funciones y festividades que en dicha ermita se celebraren'' ; designó el domingo siguiente ''que se contará diez del corriente'' para concurrir personalmente á señalar el sitio y poner y bendecir la primera piedra, y permitió además que en la fábrica se trabajase los domingos y días festivos después de haber cumplido con el precepto de oir misa, á que todo cristiano está obligado. Por su parte, el Presidente Gobernador y Capitán General don Gabriel José de Zuloaga, cumpliendo también lo dispuesto en la enunciada cédula, concedió licencia para que la construcción de la ermita se llevara á cabo, expidiendo al efecto un auto que tiene fecha 8 de febrero del propio año.

¿ Quién fué el escultor de cuyo taller salió la efigie que el padre Bello guardaba como su tesoro

---

[*] "Documentos originales de la fundación de la Iglesia de la Divina Pastora, su Cofradía y Constituciones, y las Reales Cédulas de su aprobación, como también otros documentos de la Santa Sede Apostólica y de la Curia eclesiástica de esta ciudad de Caracas. Año de 1741." Tal es el título del legajo [que hemos copiado conservando la ortografía con que aparece escrito] que para la formación de este ligero trabajo hemos tenido á la vista, gracias á la benevolencia del actual capellán de dicha iglesia, Pro. Olegario Planas, á quien por este motivo presentamos el homenaje de nuestro reconocimiento.

más preciado? Fué ella obra de un hijo del país, ó como la Virgen de la Soledad y el Niño Jesús de Belén, que se veneran en la Iglesia de San Francisco de esta misma Capital, tiene por ventura esa imagen una historia peculiar que el transcurso del tiempo no ha podido aún desvanecer?

Sí, aquel sagrado simulacro aparece envuelto hoy en esa especie de misteriosa auréola con que la tradición exorna así á los más notables como á los más insignificantes sucesos.

Refiérese que el padre Bello, que profesaba particular devoción á María, bajo la advocación de la *Divina Pastora*, tuvo un sueño singular en una de las noches que antecedieron á la época á que esta narración se remonta. Soñó que hallándose en oración, en el momento mismo que invocaba á la Madre del Redentor ofrecióse á su vista una hermosa efigie de la *Pastora*, majestuosamente colocada en un recinto que, estático de admiración, comprendió ser una iglesia. Maravillado de su visión el buen Presbítero, concibió desde aquel instante la idea de erigir á su patrona ya que no un templo, pues sus escasos recursos no alcanzaban á tanto, sí una ermita en que con toda la espansión de su fervor pudiera él exclusivamente consagrarse a tributarle culto y á propagarlo entre los fieles. Añade la tradición que algunos meses después, yendo de paseo el padre Bello por las cercanías de la que aun se denomina "Puerta de Caracas," aconteció que por el camino de herradura que era entonces el único que unía á esta ciudad con el puerto de la Guaira, descendía un fraile anciano que, caballero en una mula, precedía á una cuadrilla de peones que conducían en hombros una caja al parecer voluminosa y de un peso extraordinario. Secreto presentimiento experimentó, sin saber por qué, el bueno de don Salvador; y permaneciendo en el sitio, aguardó la llegada

del religioso, quien á poco atravesó la *Puerta*, y dirigiéndose á aquél le preguntó cortesmente dónde pudiera él albergarse en la ciudad, siendo como extranjero nada conocedor del país ni de sus habitantes. Cariñoso respondióle Don Salvador y ofreciéndole su propia morada, comprometióle á aceptarla, con aquella naturalidad y sencillez con que la hospitalidad era ofrecida y aceptada en aquellos felices tiempos.

Habiendo trabado luego grande amistad el religioso regular y el secular, le contó á éste su huésped que la caja que con tanto trabajo y cuidado había venido conduciendo, contenía una efigie de la Virgen bajo la advocación de la Divina Pastora, de quien era devoto, y que se consideraría feliz si encontrara una persona que, siendo como él entusiasta por el culto de María, le diese una colocación conveniente en alguno de los templos de la ciudad; llegando en su reconocimiento hasta hacer formal donación de la imagen á quien tan señalado servicio le prestase. Alborozado de alegría el secular, ofreció al monje elevarle una ermita á la Divina Pastora para en ella reverenciar la efigie que así realizaba su sueño; y celebrado el pacto, ocurrió á poco (año de 1741) al Rey de España en solicitud de la licencia que hemos visto ya le fué otorgada.

Trabajóse con tanto ardor en la fábrica que para principios de abril de 1745, apenas trascurridos 26 meses escasos, leemos ya á los folios 21 y 22 del documento antes citado, un escrito en que don Salvador le manifiesta al Obispo que ha construído la ermita y pide se le mande reconocer y hacer formal inventario de lo que en ella y su sacristía "entregare él para el adorno y servicio de dicha ermita y dicte además las providencias necesarias para poder celebrar en ella el santo sacrificio de la misa

y establecer el culto á la expresada imagen." (*) Apresuráronse el Obispo (auto de 8 de abril de 1745) á designar los peritos, y el Provisor y Vicario General, Doctor Barreda (auto de 9 del mismo mes) á nombrar y juramentar los ya indicados por su prelado; de suerte que para el 21 del propio mes ya quedaba hecho el inventario, según el cual aparece que "el cañón de la iglesia era de 31 varas de largo y 9 de ancho con 10 y media de alto, y su portada principal con 22 varas de alto; con 5 arcos grandes de *medio punto* y dos más pequeños bajo el coro cerrados con tapia y adoves; con 2 puertas, la principal y la otra de *atraviesa*, ámbas de madera con clavazón y *quicialeras* de bronce" y que la sacristía "era de 14 varas de largo y 4 y media de ancho."

El 8° *Item* del inventario, que se contrae á la imagen, hace la enumeración de la vestidura y adornos de ésta, que en obsequio á la brevedad omitimos.

El 30 del expresado abril de 1745, según lo dis-

---

[*] En la "Memoria de la Dirección General de Estadística" dirigida al Presidente de los Estados Unidos de Venezuela en 1873, que en nota anterior citamos, se halla en la página 207: "Se principió á fundar la Iglesia de la Pastora de Caracas por el Obispo Padiano en 1742"; y en un "Estudio Histórico" recientemente publicado en esta capital por el doctor Arístides Rojas, miembro correspondiente de la Academia española de la Historia, leemos: "Durante el siguiente [siglo 18] aparecen: Candelaria en 1708......... el templo de la Pastora en el extremo Norte de la ciudad, junto al camino de La Guaira, en 1742."— Apoyados en los documentos fehacientes de que antes hemos hecho mención, podemos asegurar que el primer dato es exacto, pues que la real cédula que permite la construcción de la enunciada iglesia, está fechada es 1742; sólo que no fué por el Obispo García Abadiano, sino bajo su episcopado, que se somenzó la fundación de aquélla. En cuanto al segundo, que da por construída ya la iglesia para ese mismo año, con pena tenemos que observar que contiene un error de fecha que monta á tres años; lo cual no deja de ser un anacronismo, aunque pequeño.

puesto por el Provisor Doctor Angel Barreda en auto de 27 del mismo mes, numeroso gentío acompañaba con muestras del mayor regocijo la solemne procesión que de la Catedral se dirigía á la ermita conduciendo á su morada definitiva la sagrada efigie de aquella que, por ser Madre del Redentor, es llamada figuradamente co-redentora del linaje humano.

Allí reposa aún el simulacro: el terremoto de 1812 destruyó hasta los cimientos la vieja ermita; mas en el lugar mismo que ocupaba ésta, álzase hoy la nueva iglesia con sus tres hermosas naves, una de ellas actualmente en construcción merced al celo de su digno capellán y al fervor de los fieles y que fundadamente esperamos ver pronto concluída con el generoso auxilio que el Supremo Magistrado de la República acaba de decretar á su favor; y con su maciza y cuadrada torre coronada por el báculo pastoral, emblema del cargo de guardadora de almas que la piedad cristiana atribuye á María. (*)

Si se atiende al pensamiento que presidió á la fundación de la primitiva iglesia, ningún sitio en verdad más adecuado que aquél, pues que siendo ese templo dedicado á la *Pastora* de la cristiana grey, nada más propio y natural que el habérsele situado en un punto desde el cual aquella domine por completo el rebaño que abajo á sus plantas pace.

(*) Escrito ya este artículo, ha llegado á nuestra noticia que el donativo del Gobierno fué exhibido pocos días después del en que fué acordado.

EL REGALO IMAGINARIO

DE LA VIRGEN

"Parécome que si razón hay [como yo creo que la hay y muy grande] para recoger los cuentos y tradiciones populares de otro orden, como se están recogiendo y estudiando en todos los países cultos, no la hay menor para recoger y estudiar las tradiciones populares religiosas, que, á pesar del candor fervoroso que les ha dado vida y de lo sobrenatural que domina en ellas, son documentos muy expresivos y elocuentes para estudiar y conocer lo pasado."

ANTONIO DE TRUEBA.—*La Leyenda de Begoña.*

ERA el año del Señor 1817, según el cómputo de la moderna cronología que, aunque errado en cuatro años, ha logrado al fin prevalecer en el orbe civilizado.

Severísima disciplina mantenía en sus tropas—que dominaban desde Nueva Granada (hoy Colombia) y Venezuela hasta lo que entonces constituía la presidencia de Quito, á la sazón dependiente del

virreinato de Santa Fe—el capitán general y *pacificador* don Pablo Morillo, teniente general de los ejércitos españoles y jefe superior de la expedición enviada por el rey don Fernando VII al Nuevo Mundo para sojuzgar la insurrección que había cundido y propagádose por toda la extensión de Costa Firme.

Valeroso y sufrido, amante de la patria en grado sumo, abnegado y constante, es el soldado español tipo acabado del militar. Y lo decimos con orgullo porque al fin y á la postre es España nuestra madre, en ella se encuentran los sepulcros de nuestros antepasados, y sus hijos de América aunque emancipados hemos de ver siempre sus glorias y desgracias como nuestras; del mismo modo que nuestros hermanos de la Península verán como suyas propias nuestras glorias y desdichas.

Conserva el español como blasón inestimable la religion que de sus padres heredó; y á despecho de los horrores de la inquisición, que pudieran haberle hecho abominar de ella, y á despecho de los sectarios de la filosofía de que fué corifeo Juan Jacobo Rousseau, que pudieran haberla hecho vacilar en sus creencias, la generalidad de los descendientes de Pelayo y de los *reyes católicos* ha conservado con su primitiva fe aquel entusiasmo y fervor religiosos que á las veces los llevan hasta la superstición y el fanatismo. Lo que, á decir verdad, vale más, mucho más, que el excepticismo ó el indiferentismo religioso, que enervan las conciencias y degradan los caracteres.

No parecerá, pues, extraño lo que una tradición popular que ha llegado hasta nosotros refiere haberle acontecido en Caracas á uno de los soldados del ejército expedicionario que acaudillaba Morillo.

Es el caso—según cuentan—que con ocasión de una fiesta celebrada en honra de la Madre del Re-

dentor, bajo la advocación del Rosario, habíase expuesto en la extinguida iglesia de San Jacinto, perteneciente al antiguo convento de Domínicos, la efigie de María, exornada con las regias vestiduras y costosas joyas con que en tales solemnidades es costumbre ataviarla. Ancho y espléndido manto de tisú bordado de oro y tachonado de pequeñas estrellas de plata, hermosísima túnica de raso fino ricamente galoneada, corona de plata sobredorada en que lucían piedras preciosas de subido precio, largo rosario de cuentas de oro, anillo y pendientes cuajado de brillantes, constituían los principales adornos de la Virgen que, entre luces y flores, y montada en alto trono de macizas columnas de plata, se destacaba con refulgente esplendor en la parte superior de la nave principal de aquel templo.

Probablemente el brillo de las joyas atrajo más de lo regular la atención de un robusto y veterano militar que formaba parte de uno de aquellos hermosos regimientos que componían el cuerpo de tropas que regía el futuro conde de Cartagena. Es lo cierto que la mañana siguiente–la tradición no precisa el mes ni el día–con grande asombro del cura y de sus asistentes, hallóse á la Virgen despojada de sus más ricos y notables ornamentos: la corona, el anillo, el rosario y los pendientes habían desaparecido como por ensalmo. El guardián de la iglesia declaraba haber cerrado y atrancado bien las puertas después de la minuciosa requisa que acostumbraba diariamente hacer y que durante la noche ningún ruído extraño había percibido ni en lo interior ni en la parte exterior del edificio. Cundió en tanto la alarma por la ciudad y pocos días después comenzó á propagarse el rumor de que á un platero de la ciudad se le había presentado un desconocido proponiéndole venta de varios objetos de arte muy valiosos, por un precio ínfimo; por lo que concibiendo

sospechas el artesano dió parte á la autoridad, la cual seguía la pista al presunto ladrón sacrílego. No pasó una semana sin que se supiese generalmente que el autor del hurto había sido un soldado de los que actualmente se hallaban de guarnición en la capital y al que se le seguía ya por ello el correspondiente juicio criminal.

En efecto, llevado el militar ante el consejo de guerra ordinario que las reales ordenanzas españolas establecían para estos casos, y seguido el proceso por todos sus trámites hasta su conclusión, fué condenado como reo de sacrilegio á ser ahorcado, según lo estatuía la ordenanza del ejército para entonces vigente en España y sus dominios (art. 3° y 4°, tit. 10, trat. 8.°), sin que para no ser absuelto le hubiese valido la singular especie que ante el Consejo alegó al sufrir el interrogatorio por aquella ley prescrito. A despecho del oficial defensor á quien al principio se había negado á elegir por decir que no había de él menester, pero que al fin hubo de nombrar por disponerlo así la ordenanza; y con grande asombro de los vocales de aquel cuerpo, sostuvo el reo que era completamente inculpable del hecho que se le imputaba y que él francamente confesaba. Habiéndose dirigido á la iglesia, añadió, á visitar la imágen del Rosario, por la que tenía particular devoción,—porque le recordaba las glorias de Lepanto,—y hallándose de hinojos ante ella rogándole fervorosamente le protegiera en su carrera y lo remediara en su penuria, oyó una voz suave, dulce, celestial, que le dijo: "buen cristiano, acojo benigna tu petición; levántate, toma estas prendas de que no tengo necesidad y dispón de ellas como quieras; mas no olvides nunca á la Madre del Rosario." Lleno de santo temor y alborozado de júbilo al mismo tiempo, y sin cuidarse de que alguien le viese, tomó buenamente del cuello de la efigie el magnífico rosario que

ostentaba y la despojó también del anillo y los pendientes y de la corona que, en concepto suyo de nada servían al simulacro, y sí habrían de servirle á él de mucho para salir de la pobreza en que se hallaba.

Aquellos esforzados militares que, como toda la gente de guerra, entendían poco de cosas relacionadas con la fe ; pero que por su oficio mismo estaban habituados á jugar á menudo la vida, al oir aquel relato supusieron que algo insólito habíale pasado á aquel veterano cuyo valor era proverbial entre sus camaradas, por lo que no habría de recurrir á una mentira sólo por salvar la vida. Inclinados se sintieron, pues, á votar por la absolución del ajusticiado ; pero contúvoles el temor de infringir la letra de la ley, que terminantemente prescribía para el caso la pena de horca. Determinaron sí, hablar, con el respeto debido, al Capitán General para que, impuesto con anticipación de tan peregrina ocurrencia, desoyese el dictámen del auditor, si por ventura fuese éste de opinión que se aprobase la sentencia. Hiciéronlo así y lograron no sin trabajo, que Morillo consintiese en oir de boca misma del soldado la relación del suceso que algunos de aquellos mismos oficiales veían ya como sobrenatural.

La serenidad y calma del veterano en lance tan tremendo, el aplomo con que repitió ante el Capitán General lo que ya había contado ante el Consejo, la convicción que manifestó tener acerca de su inocencia y de no haber hecho en la ocasión más que cumplir un mandato superior aceptando el regalo que la V rgen buenamente quiso hacerle, él que como cristiano tenía fe en Dios y en sus santos, y como militar estaba obligado á la obediencia : todo ello contribuyó á salvarle, porque habiendo reflecsionado algunos de los personajes de aquella situación que no habría de ser prudente pugnar con la

opinión del vulgo, que daba proporciones de milagro al cuento del soldado, hubieron de persuadir á Morillo de la conveniencia que bajo el doble aspecto de la religión y de la política habría en no aplicarle al astuto militar la pena en que justamente había incurrido.

¿ Influyeron en el ánimo de Morillo, de quien dice Larrazabal (*) que era "hombre feroz y arriscado, soldado valeroso, pero general mediocre, de entendimiento poco capaz y no bastante para los cuidados del gobierno" ; influyeron, decimos, en el ánimo de aquel vulgar caudillo las observaciones de sus allegados ? ¿ Le guiaron acaso verdaderos sentimientos de piedad, ó por ventura decidieron de su conducta en esta vez móviles políticos de alguna trascendencia; ó bien quiso solamente el futuro y jactancioso *Marqués de la Puerta* ostentar su poderío haciendo uso del derecho que su cargo le atribuía de suspender la ejecución de la sentencia, como poco antes lo había mostrado en demasía diezmando la población de Santa Fe de Bogotá y cometiendo otros mil excesos más?

Lo ignoramos ; es lo cierto que habiendo desoído el dictamen del auditor de guerra, Morillo suspendió la ejecución de la sentencia librada contra el sacrílego soldado, mandando se reviera el proceso en la forma dispuesta por las reales órdenes que para entonces regían en los dominios de Indias (órden de 28 de febrero de 1804 y de 15 de Julio de 1806). Pero, deseoso al mismo tiempo de que la disciplina militar no se relajara con la repetición de hechos análogos, hizo publicar un bando en que dispuso que en lo adelante ningún individuo del ejército, cualquiera que fuera su empleo ó graduación,

(*) Vida de Bolívar, Tomo I.

pudiese recibir regalos de Dios, de María ó de los Santos, sin permiso especial otorgado previamente y con conocimiento de causa por el Rey de España ó por el Capitán General.



cuyo tipo envidiable va desapareciendo á medida de nuestro progreso. Era una de esas familias de que se ven aún entre nosotros pálidos reflejos, que son como un anacronismo en los presentes tiempos de dicha y bienandanza. Llamábase el jefe de ella don Juan del Corro, y su esposa, doña Felipa de Ponte y Villena. Dios había bendecido su enlace, y hermosos, robustos y bien educados hijos encantaban el recinto doméstico; unido esto á algunos criados que veneraban al buen hidalgo don Juan del Corro, como se venera siempre la virtud sin mancha y la ancianidad.

Al amanecer de un hermoso día de verano, don Juan entró á su sala después de haber presenciado la distribución de los trabajos del campo, y animando con su ejemplo y buenas palabras la laboriosidad de sus labriegos, á quienes hacía olvidar con cuidados paternos su suerte miserable.

Traía casaca de raso blanco con vueltas y acuchillados de paño azul bordado, pantalones de seda, estrechos y unidos á la rodilla con hebillas de piedras preciosas, y su peluca empolvada remataba en un largo lazo de cintas plegadas.

Acercóse don Juan á su esposa con el aire galante y caballeresco que usaban nuestros mayores aún en el hogar doméstico, y tomándola una mano se sentó en un mullido sillón coronado por sus armas.

—Felipa, la dijo don Juan con grave acento, haciendo sonar contra los botones de su casaca la cruz roja de Santiago; Felipa, cuando Dios en su infinita bondad bendijo nuestra casa mandándonos el último de nuestros hijos, tuve momentos dolorosos, temiendo que fuera llegada tu última hora.

—Sí, contestó doña Felipa de Ponte y Villena, tomando un polvo de su caja de oro y pasándola á don Juan; sí, Juan, momento fué aquél en que creí perder la vida al darla á nuestro pobre Francisco.

Y no fueron de tanto cuidado los dolores que sufrí pues al cabo, á Dios gracias, no han tenido malos resultados; pero sí me acongoja el estado infeliz de nuestro hijo que ha tenido un año, no de vida, sino de sufrimientos superiores á su edad.

—Así es, Felipa: en vano nuestro amigo el maestro don Santiago Ordóñez, ha apurado los recursos de su ciencia para salvar los días de ese niño que Dios nos deparó para consuelo de nuestra vejez; el infeliz se muere de una enfermedad de languidez y diariamente le veo consumirse como una lámpara que se apaga por falta de aceite.

—Pobre niño! murmuró doña Felipa, asomando dos lágrimas á sus ojos todavía hermosos.

—Al ver primero tus sufrimientos y después los de nuestro hijo, yo me encerré en mi oratorio para rogar humildemente á Dios por nosotros. En aquel momento de abstracción religiosa yo ofrecí al cielo que si salvaba tus días haría colocar la imagen de nuestra Señora de la Soledad en el templo de San Francisco de Caracas. Que allí arderían en su honor constantemente cuarenta cirios en los días santos; que sus vestidos sólo serían tocados por los hermanos de la orden, y eso con una hacha encendida en la mano izquierda. El cielo oyó mi oración, continuó don Juan haciendo una profunda reverencia, tú estás salva, aunque se muere nuestro hijo.

—Si tal promesa hiciste, Juan, es preciso cumplirla á cualquier costa, y tal vez la Santa Señora nos conserve por nuestra fe la vida de Francisco.

En este momento entró á la sala un joven robusto que tendría hasta catorce años de edad, con una fisonomía llena del candor y la inocencia de los primeros años.

—Fernando, le dijo don Juan con tono severo, ¿por qué has dejado solo á nuestro capellán, siendo esta la hora del estudio?

didriamente se levantan en su inmensidad tempestuosa.

Un día amaneció el cielo de color de plomo, amontonándose en el horizonte algunas nubes eléctricas cuya vibración luminosa aclaraba sólo de vez en cuando la oscuridad del espacio. Don Sancho de Paredes estuvo viendo estos preparativos con el ojo experimentado del marino, y llamando la chusma empezó á disponer su navío para resistir á la tempestad.

Un viento frío empezó á azotar las cuerdas del buque y algunas gotas de lluvia caían á veces sobre la cubierta. Las olas se encrespaban llevando la cabeza coronada de espuma y estrellándose con sordo rumor en los costados del buque. Bien pronto con el viento arreció la lluvia, y el pesado navío era arrojado por la tempestad, lanzándolo desde la cúspide de las olas furiosas hasta los abismos más espantosos.

Don Sancho hizo arrojar al agua toda la carga, derribó los masteleros para oponer resistencia á las ráfagas furiosas, y animaba con su voz y con su ejemplo á la medrosa tripulación. Sólo quedaba sobre cubierta la caja que contenía la imagen de la Soledad con sus suntuosos vestidos y unas piezas de galón de oro que traía á Caracas. Por un instinto religioso no había querido arrojarla á las olas sino en el último caso; pero ya el buque hacía tanta agua que hubo de verse en la dura extremidad de lanzar al mar la santa escultura y salvarse con sus marinos en los botes á todo trapo.

Bien pronto el *San Fernando* hundió la proa en las ondas rabiosas, giró con rapidez sobre las aguas y rompiendo la armazón de sus tablas con un ruído que parecia un quejido lastimoso, desapareció en un torbellino de espuma. Los náufragos fueron arrojados por el viento á las playas de Trinidad.

III

Casi á la misma hora y en la misma sala de su heredad, don Juan del Corro y su esposa doña Felipa departían amigablemente formando mil conjeturas sobre la próxima llegada del *San Fernando*, y la consagración de la imagen de la Soledad á quien debían la salud de su hijo Francisco, el cual estaba jugando á los pies de su madre.

Entró en la sala su hijo Fernando y con gozo infantil refería á sus padres cómo estando los criados desechando un desagüe al mar, habían dado con una gran caja cerrada que por su peso debería ser algún rico tesoro arrojado allí por las olas.

Suspensos y admirados del caso los nobles ancianos salieron apoyados en su hijo y se dirigieron á la playa, donde les esperaba una escena singular. Sus criados puestos en círculo, contemplaban con ojos ávidos de curiosidad y asombro una gran caja cerrada herméticamente y llena por todas partes de algas marinas y ramas de corales.

A la llegada de don Juan y su esposa, sus servidores se apartaron con respeto, y á una orden de su señor dos robustos negros empezaron á romper la caja misteriosa. Al quitar la cubierta descubrieron unas cuantas piezas de galón de oro de hilo mas puro, en el mejor estado de conservación ; más abajo había riquísimos paños de terciopelo morado oscuro con anchas franjas de bordados de oro ; y en último término la imagen de la Madre de Dios, pálida y macilenta, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos inundados de lágrimas.

Por un movimiento involuntario todos cayeron

de rodillas ante aquella aparición divina, y como eran tiempos aquellos de fe y bienandanza, el padre capellán entonó el himno Salve Maris Stella, que fué repetido en coro por todos los presentes. Concluídas las preces fué llevada la imagen con gran veneración y colocada en el oratorio de la casa, donde se le celebró un misa en acción de gracias, asistida por los habitantes de veinte leguas á la redonda, quienes, pasmados del caso venían á adorar la milagrosa aparición.

Doña Felipa de Ponte se cortó sus largos cabellos negros, sedosos y brillantes á pesar de sus cuarenta años, y formó con ellos un hermoso tocado á la virgen de la Soledad.

IV

Poco tiempo después los hermanos de la Tercera Orden de San Francisco, rica y venturosa entonces, colocaba en la nave de la derecha la imagen de Nuestra Señora; celebrando su inauguración con misa pontifical, repiques de campanas y cantos armoniosos.

Un gentío inmenso se amontonaba en las naves del templo, distinguiéndose entre todos á don Juan y su esposa, vestidos de ricas galas.

Concluída la función religiosa y desocupado ya el templo por los fieles, sólo quedaban bajo las naves perfumadas de incienso, los hermanos Terceros y la familia de don Juan, quienes referían con lágrimas de gozo á los buenos frailes la aparición de la imagen divina.

Estando en estas pláticas entró pálido y agitado don Sancho de Paredes y se arrodilló en silencio ante la Virgen, entregándose á una muda contemplación.

Los frailes y sus amigos respetaron su éxtasis religioso, y solo después que hubo concluído recibió las felicitaciones y abrazos de todes por su vuelta, recibiendo mil preguntas, ya sobre su viaje, ya sobre el *San Fernando* que todos creían perdido.

Don Sancho sin separar los ojos de la Virgen, exclamó con acento humilde: Hermanos, adoremos la voluntad de Dios. Un año no hace todavía que sorprendido por una tempestad en el Mar Caribe, arrojé á las aguas con la carga del navío una caja cuadrada que encerraba esa imagen, hecha ante mi vista y por mi dirección en Madrid. Con mis propias manos la entregué á las olas pidiendo antes perdón á Dios, y ahora la veo con sus mismos vestidos, bajo su solio mismo en las naves de San Francisco. Sólo Dios es poderoso, y en su mano está el orden de la naturaleza. El, en su infinita bondad, salvó la imagen de las aguas para presentarla á la humilde adoración de los fieles.

Don Juan refirió entonces lo que ya sabemos; y todos, después de adorar con santo recogimiento el divino milagro, salieron del templo para asegurar el hecho bajo su firma ante los alcaldes ordinarios, para ejemplo y edificación de los venideros siglos.

V

La imagen de Nuestra Señora de la Soledad se conserva todavía en San Francisco, con gran devoción de los fieles y sumo respeto de los dos frailes que quedan de aquella comunidad. (*)

El cabello que doña Felipa de Ponte y Villena

(*) El Reverendo P. Fray Carlos de Arrambide, que era el único sobreviviente de aquellos dos clérigos regulares, murió en 1881. [N. E.]

puso en la cabeza de la Virgen, conserva todavía su brillo y su frescura al través de tantos años sin el menor detrimento, como nos lo ha asegurado el buen lego que cuida de sus ornamentos y vestidos. Este hecho está consignado en el gran libro de los archivos de la comunidad, llamado *El Becerro*, el cual se conserva todavía.

Existe del mismo modo una tradición con que concluiremos este artículo, ya demasiado largo, y á la cual damos fe como los humildes sin hacer interpretaciones.

Las lluvias frecuentes habían obstruído los caminos de tal modo que era imposible hacer venir desde Macarao la madera que debía emplearse en la construcción del coro que llaman .de la Soledad. Estaban los frailes buscando el modo de traerla, cuando un día las vigas arrebatadas por una creciente impetuosa del Guaire, quedaron atravesadas en el paso del río donde termina la calle de las Leyes Patrias (*) De allí fueron conducidas por bueyes hasta el convento, y con ellas se construyó el pequeño coro que se vé á la derecha de la iglesia.

TEREPAIMA.
(*Juan Vicente Camacho*).

Caracas: 1852.

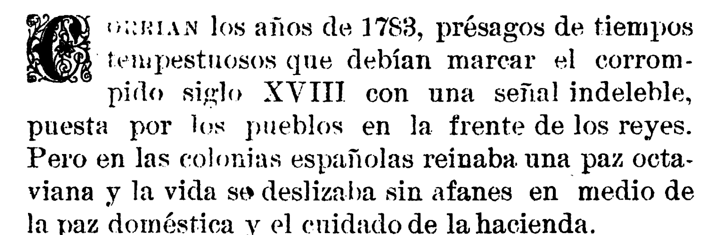
[**] Hoy Norte-Sur 2. [N. E.]



RECUERDOS DE ANTAÑO

I

LA PROFECÍA DEL CANÓNIGO



CORRIAN los años de 1783, présagos de tiempos tempestuosos que debían marcar el corrompido siglo XVIII con una señal indeleble, puesta por los pueblos en la frente de los reyes. Pero en las colonias españolas reinaba una paz octaviana y la vida se deslizaba sin afanes en medio de la paz doméstica y el cuidado de la hacienda.

En la tranquila capital de la capitanía general de Venezuela había en la plaza de San Jacinto una casa maciza, de pesada y solidísima arquitectura, cuyas series de balcones cruzados por sendos y circulares barrotes de hierro, daban indicios de que nuestros padres se curaban mucho de la seguridad individual. En esa casa va á pasar una escena que tendremos el gusto de hacer conocer á los bondadosos lectores, asegurándoles que á falta de otro mérito, lo que hemos de referir es de la más estricta veracidad.

En la casa que hemos mencionado de la plaza de San Jacinto en Caracas, hay una extraña animación; es el 30 de julio de 1783, y los criados van y vienen afanados, trayendo y llevando sendas fuentes de confituras y golosinas y botellas de lo puro. Todo indica que hay en la casa de San Jacinto uno de esos sucesos que forman época en los anales de la familia. Penetremos en el interior y pronto nos impondrémos de la causa que tal animación produce.

En un salón casi cuadrado, cuyas paredes ostentaban ricas colgaduras de damasco, estaban reunidas hasta doce personas á cual más grave y ceremoniosa. En el frente del salón y arrellanado en una poltrona de terciopelo carmesí, coronada por armas doradas, complicadísimas y capaces de hacer estudiar dos horas de seguida al más cumplido heraldista, estaba sentado un hidalgo cuya franca y serena fisonomía apenas manifestaba cuarenta años, aunque es cierto que frisaba ya en los cincuenta. Sus ojos azules y móviles, su nariz aguileña y dibujada con pureza, sus labios delgados y ligeramente arqueados en el extremo, su peluca empolvada y rizada con esquisito esmero, manifestaban el tipo caballeresco y digno del hidalgo español del último siglo. Era este personaje don Juan Vicente Bolívar y Ponte, marqués de Aragua, vizconde de Toro, Señor de Aroa, Coronel de las milicias de Aragua, Caballero Cruzado, Caballero de Santiago, regidor-perpetuo y opulentísimo propietario de Venezuela. A su lado estaba su digna esposa doña Concepción Palacios Sojo y Aresteigueta, departiendo en reposada plática con su primo el doctor don Juan Félix de Aresteigueta, canónigo doctoral de la Santa Iglesia Metropolitana y discreto Provisor del Arzobispado. Frente al Marqués estaba el honrado y digno peninsular, don Francisco de Iturbe, y otros no menos notables personajes completaban la escena de familia.

La Marquesa, pálida y débil, demostraba haber salido de una penosa enfermedad, la cual era justamente la materia de la conversación. En efecto, el 24 de julio de ese año la marquesa acababa de dar á luz un niño, que era el tercero de la familia, y como fuese varón y como la señora hubiese tenido un embarazo penosísimo, la feliz llegada del nuevo hijo había sido recibida con general júbilo y satisfacción. El día en que hemos traído al lector á esta reunión de familia, era el señalado para el bautismo del niño, y como ya estuviesen listos los convidados, el Marqués se dirigió á un criado de librea que estaba á la puerta, diciéndole:

—Has que pongan el coche.

—Es inútil, Juan, contestó un caballero, bajo de cuerpo, de serena y bella fisonomía; he hecho traer el mío y lo has de aceptar.

—Bien, muy bien, Manuel; no en vano he dicho siempre que en la corte aprendiste á ser un discretísimo cortesano: acepto, y vamos, porque Juan Félix ya está viejo, y no ha de esperar mucho la colación.

Estas palabras eran dirigidas al Conde de Tovar.

—El señor Canónigo es fuerte, señor Marqués, y tratándose de cosas de familia no se ha de impacientar porque una hora más tarde se le sirva su chocolate. Tales palabras dijo el joven Marqués de Toro, que treinta años más tarde debía figurar en la Guerra de la Independencia.

El viejo Canónigo se dirigió á Bolívar, y con la eterna sonrisa de su fisonomía angelical, le dijo:

—No te apures por la comida, pues no es la gula el pecado que me ha de llevar al infierno.

—Sí, como que apenas pruebas bocado y veinte veces ya te hemos dicho que has de caer en cama con tantas privaciones, observó la Marquesa, estre-

chando amigablemente la mano de su primo el Canónigo.

—No en balde el señor provisor es considerado como el sacerdote más virtuoso de la capitanía, dijo don Francisco de Iturbe con profunda convicción.

Iba á contestar el canónigo ; pero en el momento mismo, media docena de negras emperejiladas como ángeles del altar de Corpus, entraron trayendo al niño que debía recibir la bendición en el bautismo. Salió la comitiva conduciendo al niño á la capilla de la Santísima Trinidad, propiedad de la familia Bolívar, donde se le había de echar el agua bautismal. El marqués entregó un papel al canónigo Aresteigueta, donde estaba escrito el nombre del recien nacido, el cual debía ser Pedro José Antonio de la Santísima Trinidad.

Quedaron solos los esposos, conversando sobre la suerte del niño y formando esos deliciosos castillos en el aire, que sólo los padres saben hacer y que no deben ser oídos por ningún profano.

Servida la mesa, á poco andar se sintió en la calle el ruído del pesadísimo coche del conde de Tovar, y los amigos entraron de nuevo en el salón trayendo al niño ya libre de pecado original.

El Marqués de Toro y don Francisco de Iturbe condujeron al recien bautizado y se lo entregaron á sus padres, quienes con afectuoso júbilo le colmaron de cordiales caricias.

— Gracias á Dios, dijo la marquesa : su divina majestad permita que el agua del bautismo le haga un santo.

— Dame ese niño, añadió el marqués, pues quiero después de tí, echar la bedición paternal á mi Pedro José, cuyo nombre me recuerda el venerable de mi tío el Oidor, que en paz descanse.

— No le llames Pedro José, dijo á esta sazón el

canónigo, que otro nombre le he puesto y le has de llamar Simón.

— ¿Y por qué has hecho ese cambio, Juan Félix?

— No sé cómo esplicártelo á punto fijo; pero hay una voz interior, un extraño presentimiento, una inspiración que es probable venga de Dios, que me ha dicho, que este niño será, andando los tiempos, el *Simón Macabeo de la América.* Suspensos quedaron los oyentes de tales palabras, pues el canónigo don Juan Félix de Aresteigueta, alcanzaba fama de santo.

Aquel niño fué después Simón Bolívar, Libertador de un mundo.

El año de 1832, teniendo el autor de este artículo muy tierna edad, oyó referir esta escena al antiguo Marqués de Toro, testigo del suceso; y en 1840, estando en una casa de campo llamada el Empedrado á hora de las nueve de la mañana oyó á la señora doña María Antonia Bolívar y Palacios, hermana mayor del Libertador, referir el mismo suceso al reverendo padre Miguel de Valdepeñas, religioso capuchino español que decía la misa en la capilla de la señora Bolívar..........................

II

LA GORRA DEL PRÍNCIPE.—EL CAPITOLIO.—GARANTÍA DEL ESPAÑOL.

El marqués de Aragua no tuvo el gusto de conocer al Simón Macabeo de la América; poco tiempo después, tanto él como el canónigo habían pasado á mejor vida, y el joven Simón Bolívar fué mandado

por su abuelo, don Feliciano Palacios y Sojo, á recibir su educación en España.

En la Península obtuvo la situación que correspondía á su alto nacimiento y riquezas y pronto sirvió en el cuerpo de caballeros pajes de S. M.

Un día jugaba con el príncipe de Asturias, después Fernando VII, de funesta memoria, y en uno de los saltos de volante, arrojó la pelota con tan poca destreza, que en lugar de formar la curva natural, fué en línea recta á la cabeza del príncipe despojándole de su gorra.

Confusos los jóvenes cortesanos del suceso, esperaban el castigo para el niño Bolívar y le aconsejaron que se escondiese; pero contestó con mucha sangre fría:

— Pues no lo hice á mal hacer y Su Alteza nos hace el honor de jugar con nosotros al volante: nada tengo de qué arrepentirme.

Supo el rey el suceso á la vez que la respuesta de Bolívar, y exclamó lleno de bondad:

— Tiene razón el rapaz, y no hay motivo para castigarle; y pues el príncipe se entrega con ellos á juegos infantiles, decidle que en otra ocasión se ajuste mejor la gorra para jugar con esos chicos tan traviesos.

El niño Bolívar quitó la gorra de la cabeza al joven príncipe de Asturias; más tarde el general Bolívar debía quitar de su corona una de las joyas más preciadas.

Medios misteriosos de que se vale la Providencia para marcar el camino á aquellos seres á quienes quiere dar una parte mayor de su genio creador!

Chiniam la fronte al Massimo
Fattor chi voglie in lui
Dal Creator suo espirito
Piu vasta orma estampar.

Bolívar dejó la corte española y de allí pasó á Francia, donde es fama que obtuvo los favores de una elevada dama de la corte, la baronesa de * * *

Un día paseábase con don Simón Rodríguez por las ruínas de Roma. Las sombras de lo pasado, el recuerdo de los tiempos heroicos, la historia entera de la señora del mundo, se presentó á su poética imaginación. Entre las ruínas del Capitolio y en medio de sus columnas gigantescas, cuyos trozos despedazados desesperan á los arquitectos modernos, le pareció que se levantaban las sombras de aquellos graves senadores que esperaban á Breno en sus curules con su cetro de marfil en la mano; y su alma, llena siempre de grandes ideas vió en un punto desarrollado ante sus ojos el porvenir de la América. Allí de rodillas, á la luz de la luna y alzando su espíritu á Dios, juró dar libertad al continente de Colón, ó perecer en la demanda.

Sigámosle á la América.

Llega á la isla de Santomas y encuentra á ese genio portentoso que todavía no ha encontrado rival, al barón de Humboldt. Habla de América.

— Señor Barón, le dice Bolívar, usted que acaba de recorrer el continente americano y ha podido estudiar su espíritu y necesidades, ¿no crée que ha llegado el momento de dar á ese continente una existencia propia, desprendiéndolo de los brazos de la metrópoli?

—Creo que la fruta está madura, respondió el Barón; pero no veo al hombre capaz de llevar á cabo tamaña empresa.

—Puede ser que lo encontremos, señor Barón.

—¿Usted se va ahora á la Costa Firme? le preguntó Humboldt.

—Sí, señor Barón, voy á buscar á ese hombre en mi patria.

—¿Y si no lo encuentra usted?

—Lo formaremos.

—Quisiera dar á usted el poder de Dios para esta empresa.

—Los pueblos en los momentos en que sienten la necesidad de ser libres, se parecen á Dios, porque Dios los inspira.

Estas palabras proféticas se debían realizar muy pronto.

Los pueblos de América se habían conmovido del uno al otro polo, como su territorio se conmueve con los sacudimientos de la tierra.

El grito de libertad ya había sido arrojado, y el 19 de abril de 1810 abría la historia de esa guerra de titanes que concluyó el 9 de diciembre de 1824 en la siempre célebre jornada de Ayacucho.

Los patricios de América daban al pueblo lecciones de libertad. Esta palabra fué pronunciada por los Toros, Tovares, Roscios, Mendozas, Bolívares, Zeas, Montillas y cuanto había de más rancio y añejo en la aristocracia colonial.

Miranda, después de combatir en Francia por la libertad del mundo, después de haberse presentado á la Convención francesa que daba incesantes pastos á la guillotina, se acordó de su patria y voló allí á prestar el auxilio de su espada y experiencia á los débiles republicanos. Generalísimo de sus tropas, fué envuelto en una serie de desgracias, hasta haber capitulado con el célebre Domingo Monteverde en 1812. Vencido, calumniado y triste, fué aquel grande hombre á morir en una fortaleza de la Península, sin tener siquiera el gusto de saber que dejaba libre su patria antes de morir.

Era entonces Bolívar Comandante de la plaza y castillo de Puerto-Cabello. Después de haber combatido horoicamente, hubo de abandonar aquel sitio ya insostenible y se presentó en la capital. Era dueño de ella el imbécil Monteverde, el cual llenaba

las cárceles de republicanos, á pesar de la capitulación de Miranda. Bolívar debía ser remitido á España para morir como aquél en un inmundo calabozo. Sábelo Iturbe, aquel don Francisco de Iturbe, que estuvo presente en su bautismo, vuela donde Monteverde, interpone con él su poderoso influjo, y el *Pacificador* le ofrece su pasaporte para las colonias. Al día siguiente el joven Coronel Bolívar, cuya mirada de águila devora á Monteverde, está en su presencia con Iturbe. El honrado y buen vizcaino le toma de la mano, lo presenta y le dice estas notables palabras:

—Aquí está el Comandante de Puerto Cabello, por quien he ofrecido mi garantía. Si á él toca alguna pena yo la sufro, mi vida está por la suya,

—Que venga el Secretario y extienda el pasaporte á.... á.... ¿Cómo se llama U.? dijo Monteverde al joven Coronel.

—Simón de Bolívar, respondió con voz breve el interpelado.

—Bolívar! nunca he oído este nombre.... Pero ya se ve!.... estos insurgentes han salido de la nada á atentar contra los derechos de S. M. ¿Y á dónde se dirije U.?

—A Inglaterra.

—Vaya U. con Dios, respondió Monteverde entregando el pasaporte.

Bolívar se inclinó profundamente sin añadir una palabra y se retiró.

Al siguiente día estaba Bolívar en la cubierta del bergantín inglés *Good Hope;* Iturbe le daba el brazo, mientras el capitán se aparejaba para partir.

—Adiós, don Francisco, le dijo Bolívar, dándole un estrechísimo abrazo. Adiós; U. me ha salvado la vida y con ella la independencia de la América. Gracias por la patria y por mí.

— Qué ¿todavía piensas en esas locuras, chiqui-

llo sin cabeza? ¿No ves que la causa de los insurgentes está perdida? ¿Quieres exponer nuevamente tu patria á los azares de una revolución?

— Don Francisco de Iturbe, sólo las almas débiles se abaten al primer revés — El valor y la constancia corrigen la mala fortuna. Antes de diez años el pabellón español habrá dejado de flotar sobre aquella almena. Dijo Bolívar estas palabras, extendiendo el brazo hacia las murallas donde flameaba la bandera de Castilla.

Iturbe se retiró. Una hora después el *Good Hope* abría sus velas, hinchadas por el viento y se deslizaba sobre las aguas, como una gaviota que va rizando con sus alas las espumas del mar.

Don Francisco de Iturbe, cruzado de brazos, contemplaba desde la muralla el bergantín; al caer la tarde aún estaba allí. Cuando la oscuridad hubo borrado el punto blanco del horizonte, él español se retiró murmurando:

—Es preciso que la profecía del Canónigo se cumpla.... Aquel Juan Félix era un Santo.

Singular coincidencia! Un español salva á Bolívar en 1812. Un español le da asilo en la hora de en muerte, en 1830.

JUAN VICENTE CAMACHO.



CERTÁMENES Y VEJÁMENES.

[Tomado de los *Bosquejos histórico-literarios.*—1ª Serie.]

ALGUNA que otra muestra de la literatura española pudo penetrar en Venezuela, á la vez que multitud de libros insulsos en que la Península abundaba, siendo de notarse los certámenes poéticos y otras composiciones, en que solían lucir algunos pensamientos bien expresados en medio de una hojarasca inagotable.

Trataremos de dar una idea de esos certámenes, que eran funciones literarias en que se argumentaba y disputaba sobre algún asunto, comunmente poético, imprimiéndose después con minuciosidad el resultado.

Pasados en Europa los tiempos de justas y torneos, gimnacios de la agilidad corporal y en los que sólo algunos pensamientos romanescos inflamaban la imaginación de aquellos hombres, que en lugar de firmar con su nombre, ponían la señal de la cruz, vinieron los menos toscos en que se expresaban esos mismos pensamientos con toda la fuerza de la

galantería, con toda la fuerza de la pasión, y con toda la agudeza del ingenio, hasta venir á dar en el remontado é incomprensible gongorismo. Pasadas, pues, las justas de las armas, vinieron las justas de las letras, y los caballeros depusieron la lanza y los broqueles para empuñar la pluma y vestir el traje de los trovadores. Y así como en los antiguos torneos se recibían tajos y lanzazos, en los del ingenio también los había, recibiéndose en vez de aquellas heridas mortales, ligeras y festivas sátiras con el nombre de vejamen, en que se hacía cargo á los contendores de algunos defectos, ó personales ó cometidos en sus composiciones.

La competencia es tan natural en el hombre como el amor propio de que se origina; más todavía, en la naturaleza parece ser una de sus leyes primordiales. Y en efecto, la organización del Universo depende del equilibrio entre los diversos elementos, y esa pugna que precede al equilibrio, es la competencia. El mismo fenómeno se observa en los hombres; y por eso los vemos buscando el equilibrio de los principios, divididos en dos bandos en los campos de batalla, por eso vemos la lucha y la carrera entre los griegos, al mismo tiempo que el famoso Areópago y sus célebres Academias filosóficas; por eso vemos entre los romanos el combate de los gladiadores en el circo, el espectáculo de las fieras en el anfiteatro, los cómicos en la plaza pública, las arengas en el Foro, las conquistas de las naciones en el exterior y en el interior, las ondulaciones del pensamiento del pueblo rey, expresadas en sus distintas y brillantes formas de gobierno; por eso vemos después en los demás pueblos la pugna tremenda de todas las idolatrías contra la verdad evangélica; por eso después de la desmembración del grande imperio, vemos agitarse unas parcialidades contra otras, y en la Europa de la Edad Media, las justas y

torneos y las cortes de amor, esto es, la competencia en cada pueblo, modificada según las costumbres y el carácter nacional, como en España los juegos de toros, en Francia, Inglaterra é Italia, la caza, las carreras de caballo, etc.; por eso notamos más después los certámenes poéticos y literarios introduciendo la competencia en las universidades, que al fin fueron como una justa. En las ciencias y en las letras, pues la competencia trae la discusión; en la guerra y en todo lo material el valor, la agilidad y el desarrollo de todas las dotes corporales del hombre.

Poseemos un libro raro (1) impreso en 1663 en que se figura un certamen poético al que ocurren diversos curas, caballeros, escritores, etc., con sus composiciones al Tribunal de Apolo. Después aparece una composición con el título de "Vejamen" parodiando la presentada y burlándose de ella, que termina regularmente con algún epígrama de Juvenal, Marcial ú otros satíricos antiguos; siguiéndose una narración en prosa respecto de la impresión que produjeron los versos en el concurso de musas y genios que rodeaban al dios de la poesía. El secretario era casi siempre el vejamista, y en esa ocasión lo fué don Fernando de la Torre Farfán, tenido por *Torre y Alcaide de las sacras musas* (2) El fénix de los ingénios, Lope de Vega, fué también secretario de una justa poética celebrada en Madrid el año de 1620, en las fiestas solemnes que tuvieron lugar con motivo de la beatificación de San Isidro Labrador. Dicho certamen comprendió nueve temas que propuso la Villa.

---

(1) Templo panegírico al certamen poético que celebró la hermandad insigne del Santísimo Sacramento, extrenando la grande fábrica del sagrario nuevo de la Metrópoli Sevillana, etc. etc. Por don Fernando de la Torre Farfán. 1663.

[2] Soneto en ologio del autor al principio del libro citado.

De esos certámenes en que después de lucirse las galas del ingenio y encumbrarse el orgullo con los propios ó ajenos elogios, parece que nació el vejamen dando sueltas á la malignidad humana, con las apariencias de la caridad, á fin de abatir la soberbia en los hinchados pechos de los contendores, que al recibir el premio, elevaban sus cabezas tan altas como los cedros del Líbano, y de apaciguar el *genus irritabile Vatum*, origen de tantas querellas y discordias.

De esta manera imitaban nuestros mayores en las letras una costumbre popular antigua, que es en nuestro concepto, consideradas las formas sociales de entonces, altamente política y filosófica. Hay siempre en el fondo de las glorias mundanas dejos de hiel, provenientes, ora de fragilidad de nuestros sentidos, ora de la incontrastable rectitud de la conciencia, luz del alma, cuyos resplandores hacen visibles al hombre los senos más recónditos del corazón. Sea que quisiesen personificar esta verdad moral, sea que las inspiraciones del orgullo ó las susceptibilidades de partido sugiriesen á los romanos la idea de amenguar la gloria de los vencedores, para ponerla al nivel de la gloria popular, cortando así el vuelo á un presunto dominador, ó haciendo absorber en las masas el esplendor de un ciudadano, para poder intitular así al pueblo romano el *Pueblo Rey* y conservar ese prestigio de gloria y poderío que hizo de la ciudad de los Césares el centro de atracción á cuyo rededor giraban los demás pueblos del globo; lo cierto es que hacían seguir el carro triunfal del vencedor por insultadores públicos, que confundían sus gritos de excecración con las aclamaciones delirantes, frenéticas, que embriagaban de vanidad al héroe afortunado, recordándole, en medio de su apoteosis, que era un ciudadano. Detrás del Capitolio estaba la Roca Tarpeya. Por eso tuvo

Roma Camilos y Cincinatos. Volvamos á nuestro asunto. El vejamen literario era, pues, un festivo *memento homo*, y se extendió andando los tiempos, á todos aquellos actos que pudiesen enorgullecer, y ya se concibe que al declarar Doctor á un candidato el cuerpo universitario, debía aplicársele el consabido contrapeso, mucho más cuanto que al recibir la borla tenía que hacer la última probanza, esgrimiendo las armas peripatéticas contra un doctor de la facultad, un bachiller y un estudiante, es decir, contra un poderoso príncipe, un esforzado caballero y un doncel.

Concluída esta ceremonia, en que por supuesto salía vencedor el doctorando, se le daba vejamen por el doctor más moderno de aquella facultad, quien no debía propasarse á cosas que ofendieran al graduado, ni vejar á otro alguno que al doctorando, so pena de perder la propina que por el vejamen había de llevar.

Finalizado el vejamen, el Doctor Decano hacía una Oración de grados elogiando la Facultad, alentando á los estudios y así mismo elogiando al que acababa de recibir el grado.

Gran contento y solaz disfrutaba la concurrencia durante el vejamen por esa irresistible inclinación del hombre de mofarse de sus semejantes, y aquél era un escarnio autorizado que ponía en berlina á un candidato en el instante mismo de ver realizado su sueño de gloria. Si el vejamista era gracioso, la apiñada multitud le interrumpía á cada frase con estrepitosas carcajadas, semejando esos momentos la capilla Universitaria una casa de Orates ó la jovial Corte del dios de la risa, y aun después de la pomposa ceremonia del grado, quedábanse todos saboreando los epígramas lanzados contra el héroe y mártir de la fiesta.

Luego desviviánse por recitarlos más ó menos

bien á los que no habían tenido la fortuna de asistir; de modo que circulaban de boca en boca haciendo asomar la risa en todos, hasta que por fin obtenían copias manuscritas que satisfacían la pública expectación, proporcionando inagotable y sabrosísima materia á las conversaciones de todos los círculos. Allí se comentaba el vejamen, se añadían especies, se recordaban otras, y tal vez muchos no podrían contener la risa al ver llegar al inflado Doctor, con su episcopal anillo y su bastón de caña de la India ó de carey con puño de oro cincelado y grandes borlas de pelo.

Conocemos algunas personas que aun recuerdan con gusto los vejámenes y retienen en la memoria gran número de coplas. Nosotros conservamos algunos y entre ellos autógrafo, según creemos, el que pronunció el Doctor José Antonio Montenegro en el grado del Doctor Salvador Delgado, el día 8 de noviembre de 1801, que insertamos á continuación, tanto por ser una curiosidad literaria, como porque está reputada entre las de fama y puede considerársele tipo de ese género de composiciones.

VEJAMEN

¡O terram beatam, Llanos, quos vocantur Apure!
Doctores mulétos pariens ipsa sibi.

(*Roldán en el* 1° *de los Macarrónicos*).

No sé si es caballo ó mulo,
si es una yegua ó potranca
á quien á echar va la zanca
hoy mi númen cachirulo;
pero yo no me atribulo

Ni me da ningún cuidado
el corcobo, que ensebado
traigo un famoso ramal
y haré ver á este animal
que aquí se *ajila Delgado.*

Oh! tú, musa retozona,
que en la cima del Parnaso
te dió la vida el Pegaso
al beber en la Helicona,
mi mollera se abotona
si no me inspiras primero
cómo coleaba un ternero,
cómo ensillaba una jaca,
cómo ordeñaba una vaca
el más famoso *llanero.*

Pero no es esto no más
todo lo que este hombre sabe,
ni es posible que yo acabe
en veinte días ó más.
Da tuertas á Barrabás
en solfearse una *madrina*,
en su ciencia peregrina
sobre parar un *rodeo*,
y si lo echan al sorteo
Pepe-illo (1) *es un guabina.*

En hacer quesos de mano
es artífice asombroso,
y tanto, que más famoso
no se hallará en todo el llano.
Con un torazo orejano
jugando estará tres días,
le bailará unas folías,
le pateará el cerviguillo,
de *Toro* lo hará *novillo*
y otras cien mil guaperías.

Mandarle que un potro amanse,
que cure una gusanera,
que custodie una yegüera,
que una res corriendo alcanze,
que á vista de un tigre danze,
que eche á pasear un caimán:
esas son gracias que están
corruptas en la Misión,
pues las canta en galerón
el Fiscal y el Sacristán.

---

(1) Nombre de un tonto de aquellos tiempos.

En esto de galerón
es un maestro de capilla;
tráiganle una guitarrilla;
aunque no tenga bordón;
no importa que al primer son
no nos cante las folías,
pero oirán un verso Usías,
que acaba, al decirse entero:
le he de estar echando cuero
siete noches con sus días.

Se despidió del curato
con estas voces: mi grey,
si se atiende á aquella ley
que dice de *rato et grato*,
yo no soy un Monigato,

Porque yo soy Larraguista,
soy también Lugdunensista
y si aviento la fachenda,
ó me dan una prebenda
ó me soplan de organista.

....

....

Para que me hagan Obispo
yo tengo lo más andado:
un *apellido* he sacado
que vale por treinta mil:
Delgado dice *Sutil*,
Sutil llamaron á Escoto;
luégo el más rígido voto
me hará Obispo del Brasil.

¡ Qué lástima que no hubiera
un travieso monigote
que un sopapo en el cogote
con un garrote le diera !
¡ Oh fábrica cohetera !
con vosotros estudiantes
hablo : que sois fabricantes
de los truenos del Ucusque,
haced que á ese chamusque
vuestro fuego de montantes.

Echadle un buen busca-pié,
un retumbante truenito,
un triqui-traqui infinito
de los que hace don José.
Su moza edad también fué
como la vuestra, alegrona ;
y aunque le veis con corona,
sabed que está su pellejo
hecho una criba del rejo
que llevó su real persona.

Si no vamos á Palacio
corriendo y allí veréis
en fojas mil treinta y seis
de un escrito á cartapacio,
sus méritos que despacio
relatando dice así :
"Y tan Señor que sufrí
por algunas largantinas
ochocientas disciplinas
con un gordo manatí."

"Item más que como he sido
un párroco tan zeloso,

he impetrado fervoroso
cuantos bienes he podido ;
en el canon no he pedido,
en el *adfámulos* sí,
pues en él entrometí
en lugar de aquel *indorum*,
paisanarum paisanorum
del llano en que yo nací. "

Famosa madama Anfux,
ha sido en la Martinica
por un licor que fabrica
para alegrar el tus tus ;
pero el padre ha dado á luz
uno de más zumbaderas
que entre las gentes llaneras,
con alusión á Delgado,
es el Patriarca llamado
de las *Indias guaraperas.*

Pero musa, pára el trote
en que el Pegaso te trae ;
mira que si no, se cae
de la silla el monigote.
Con que, adiós, Señor Padrote,
quien lo dijo ya se fué,
y pues bajar no podré
sin la venia de esta audiencia,
Alma Parens, (6) tu licencia
pido para echarme á pié.

---

9 Palabras con que se hacía venia á la Universidad en los actos públicos.—[Const. Feb. 22.]



LA VIRGEN DE BELEN,

DE SAN MATEO

....

Como no hay tinieblas eternas sino en el corazón del egoísta, del hombre piedra, del hombre estorbo, que para sí solo respira, las de aquella noche cesaron á beneficio de su correspondiente aurora; tan parecida á las muchas de paz y bienandanza que ha visto la patria por los ojos de los que manejan sus rentas, que yo, luego que la columbré (bien que jamás la había visto, sino por entre las cortinas de mi cama) la conocí y dije alborozado: bienaventurada! así me anuncies día nublado como presagiaste á la Patria días serenos. Y con esto comenzé á lavarme y vestirme mientras la corte ambulante se disolvía dándose cita para después de almuerzo. Imagínese ahora el lector que contempla el progreso de la República y tendrá una idea exacta de lo que á mí sucedió en las calles de San Mateo. Diez veces las había recorrido ya, y parecía no haberme movido del mismo sitio; hasta que cansado de revolverme á uno y otro lado sin hacer camino chico ni grande, resolví estarme quedo para verlo todo

mejor; y sucedió que al dar el frente á donde tenía la espalda, reparé cerca de mí una cosa que antes no había visto. Era un gran número de personas que casi de repente se agruparon al rededor de una puertecita cuya entrada tenía ocupada un solo hombre, el cual asomándose de tiempo en tiempo repartía entre los más inmediatos algunos puñados de tierra. Devanábame los sesos para comprender la significación de aquella escena, que más por hormigas parecía representada que por hombres, cuando por fortuna ví venir desprendida de aquella especie de *bachaquero* una señora conocida mía.

—Ah! señora doña M. A., la dije vivamente, qué placer me causa en este instante su siempre amable vista; ¿ son racionales los entes que allí veo reunidos? ¿ Es tierra lo que están sacando de ese cuartito? ¿ Es tierra lo que U. misma ha recibido y trae en ese pañuelo?

—Sí, señor; gentes honradas son las que U. ve y es tierra y tierra santa la que ellos reciben y la que aquí traigo... ¿ Y por qué tan extrañas preguntas?

—Nada, señora, nada, cosa ninguna, la dije un poco avergonzado: he pasado una mala noche en mala compañía y deseaba con ansia conversar con personas sensatas.

—Pues si es así, amigo mío, y si el amor propio no me ciega, ya tiene U. lo que buscaba. Véngase conmigo, almorzaremos juntos y de camino le explicaré lo que ha visto, y aún le cederé una pequeña porción de esta santa tierra, aunque no sea mucha que me sobre, pues tengo dos hijas, un yerno y muchas nietas y á todos debo proveer.

Sabrá U., continuó la señora, que hace cosa de ciento cincuenta años, que hallándose un indio ocupado en cortar leña, en el mismo sitio que hoy ocupa esta pequeña capilla, vió saltar al golpe del ha-

cha, una cosa que brillaba, y que por su tamaño y forma tomó por una moneda de á real. Alegre con su hallazgo, se fué luego á gastarla á la primer pulpería, y no quedó poco asombrado cuando, volviendo á su leña, encontró la misma medalla en el mismo sitio. Repitióse tantas veces el prodigio, que muy luego se difundió por el pueblo, quejándose el pulpero de que por arte mágica, el indio le hurtaba la moneda, y haciendo éste mil protestas de inocencia. Llamó el cura á dirimir la cuestión, reconoció que en vez de la efigie del rey, había en la medalla una imagen de la virgen con un niño en los brazos, y resolvió colocarla en la iglesia; pero otra vez fué hallada por el indio en el mismo lugar.

Por tan evidentes señales comprendió el cura que la virgen quería ser venerada en el sitio de su aparición, é hizo construir aquel cuartito que apenas tiene cuatro varas cuadradas. No se abre sino el día de la fiesta, y la llave es guardada cuidadosamente por el cura. Y bien que corriendo los tiempos, la virgen ha perdido su repugnancia á la iglesia y se ha dejado trasportar á ella, la capilla ha conservado muchas propiedades milagrosas. Su piso no está enlosado, y un puñado de tierra tomado de él, basta para fertilizar el campo más estéril: echada en agua y bebida, cura varias enfermerdades y puesta al cuello en forma de relicario, preserva de todo accidente funesto; pero para obtener estas ventajas se necesita una fe viva, y como, gracias al cielo, aun no se ha perdido enteramente, muchos son los devotos que de todos los pueblos inmediatos vienen á esta fiesta, y ninguno deja de proveerse de una buena porción de tierra milagrosa. Con este motivo se han hecho algunas veces grandes escavaciones en el pavimento, hasta dejar los cimientos á descubierto; pero la tierra se repone después por sí misma, según me lo ha informado el señor cura.

Aun hablaba doña M. A. cuando llegamos á su casa. Los manteles estaban puestos y sólo se esperaba por ella para servir el almuerzo ; y aunque sus amables nietas manifestaban el más vivo deseo de despacharlo, doña M. A. declaró : que había obtenido del señor cura la gracia de besar la imagen y que no podía hacerle esperar. Quedó, pues, resuelto que todos participaríamos de la gracia, y nos pusimos en camino para la iglesia.

Hombre como de cincuenta años, rostro lleno y alegre, color trigueño, talla mediana, anchas espaldas y abultado vientre ; modales francos aunque bruscos á veces ; tono decisivo ; frases concisas, sentenciosas, suavemente dichas y con todo eso imperiosas, persuasión completa de hablar con inferiores ignorantes, persuasión que arraigó la costumbre y que el trato de la buena sociedad no ha corregido ; tal era el cura. Hízonos entrar por la sacristía para evitar el tumulto de los curiosos ; mandónos hincar y mientras murmurábamos una salve, tomó la imagen con una banda que tenía al cuello, se sentó gravemente, después de haber puesto á su lado un platillo de peltre, y nos mandó acercar uno á uno. Cuando mi turno llegó, hice lo que había visto hacer á los otros : besé y deposité mi moneda en el platillo (cuyo uso conocí de este modo á mis expensas) ; empero observando el cura la curiosidad con que yo veía la milagrosa imagen, tuvo la complacencia de dejármela examinar volviéndola de un lado á otro.

En una plancha de metal amarillo, como de nueve pulgadas de largo y seis de ancho, de forma elíptica está imperfectamente estampada una virgen, distinguiéndose con dificultad el relieve que figura un niño en sus brazos. Tiene U. á la vista, me dijo el cura, uno de los mayores portentos que jamás han admirado los hombres. La materia (si acaso es materia), de que está hecha esta imagen, no es

oro, no es plata, no es cobre, ni estaño, ni plomo, ni hierro; luego no es metal; luego no es obra de este mundo. No tuve que contestar á este raciocinio, aunque sin la aserción del señor cura, y guiado por los engañosos sentidos de la vista y del olfató, yo hubiera creído que era cobre.

—Pero señor cura, le dije, según la tradición, yo creía que esta imagen era mucho más pequeña. —Verdad es que cuando apareció, me dijo el cura, no excedía el tamaño de un real; pero el cielo, para ostentar su milagroso origen, ha querido que vaya creciendo constantemente.—¿Y qué, le pregunté, será indefinido ese crecimiento?—Todo lo que puedo deciros, replicó el cura, es que según la profecía de un santo hombre, que fué sacristán en esta iglesia, crecerá hasta alcanzar el tamaño que tenía la madre de Dios cuando vivía en este mundo; y que entonces Venezuela será una gran República, regida por instituciones libres y gobernada por magistrados íntegros y sabios. Cuando ese tiempo llegue, el pueblo de San Mateo, que se habrá extendido hasta unirse con La Victoria, Cagua y Turmero, ocupará el centro de una gran ciudad que será la capital de la República. ¡Muy consoladoras me parecieron las esperanzas que nos da esta profecía, principalmente para nuestra prosperidad! Dimos las gracias al señor cura por su complacencia, y después de rezada otra salve, nos despedimos de él y nos fuímos á almorzar.

....

RAMÓN DÍAZ.

[Tomado de un artículo intitulado "La fiesta de Belén en San Mateo" que se publicó por vez primera en el antiguo "Correo de Caracas" y luego, corregido y aumentado por su autor, en el "Mosaico", que editaba en esta capital el reputado escritor Luis Delgado Correa].—*N. E.*

BOLIVAR EN CASACOIMA

Era una de las noches más bellas y apacibles. La luna de mayo asomaba por el Oriente, ceñida de púrpura y de nieve. Prolongados palmares, la fecunda javia, el coco marítimo se mecían dulcemente al suave impulso de los aires. El majestuoso Orinoco paseaba en su inmenso lecho sus turbias y caudalosas aguas: ningún acento, ningún ruído, sino el sordo que arrojaban las aves nocturnas ó el del centinela que con el arma al hombre y fija la vista en el bosque, hollaba las hojas secas.

Allá distante, á la sombra de un árbol que los naturales llaman *Castaño de Marañón*, muchas personas platican al rededor de una hamaca colgada de fuertes ramas. Tristes los unos, el más profundo abatimiento se pinta sobre sus frentes; los otros parecen no pensar sino en lo que les habla desde la hamaca un personaje ardiente y lleno de confianza.

—Buena, dijo un hombre pequeño de estatura, de ojo sagaz y penetrante, de carácter pronto y arrebatado: buena ha sido la tarde: una oí silbar tan cerca, que si hubiera bajado un palmo, no tenían que pensar más en mí los margariteños: varias an-

duvieron cerca de U., general; y á fe que si no nos lanzamos en esa laguna, que tiene más olor de sepultura de cocodrilos que de ensenada del Orinoco, hubiéramos sido víctimas.

—En verdad que es un trabajo de Hércules, haberla atravesado, contestó uno de aquellos señores, alto, de nariz perfilada, de vista intelectual y segura, de aire cortés y en extremo reservado: mucho temieron los enemigos el tal lago, que á vista del hombre que les valdría más que la victoria, con sólo dos al lado y desarmados no se atrevieron á seguirnos. No deja de decir mi cuerpo que tuvieron razón. ¿Les parece á UU. que debíamos ser más cautos en esto de separarnos del Ejército para ir á comer frutas?

—¿Qué dice U. general? El peligro está pasado y todavía me acuerdo de las dulces piñas que hemos comido: excelentes son las piñas de la Esmeralda. ¿Y qué nos sucedió? Nos persiguió mayor número de hombres armados; fuímos más valerosos y henos aquí salvos. ¿No es nuestra vida una serie de asechanzas, riesgos y triunfos? Esto contestó, sentándose precipitadamente en la hamaca un hombre, que si bien quemado por el sol, endurecido por la fatiga, manifestaba en su cabello castaño y en sus ágiles movimientos, tener seis lustros apenas de edad. En su aire grandioso é imponente, en sus miradas, ya melancólicas como la luz de la luna que las alumbraba, ya ardientes como el fuego de un meteoro, bien se advertía ser el caudillo de la escasa tropa que le rodeaba.

—Pero esto no es prudente, general, ni de la aprobación de sus soldados, que saben depende la existencia de la Patria de la de U., exclamó un oficial calvo, de modales apacibles, de insinuante aspecto, en quien el juicio aventajaba á los años: nuestra posición es lamentable, continúa, estamos más esca-

sos de tropas y de municiones que de vestuarios, y ya UU. ven qué uniforme trae nuestro General en Jefe, el Jefe de Estado Mayor y el General margariteño.

—No tan malo, gritó el de la hamaca. Perdí mi uniforme, pero me hallo mejor con esta bata que me han regalado, mucho mejor que con las heridas de los piés; mañana me estreno la hermosa camisa de corteza de marina que me regaló un cacique: galanos, sí, que están los dos generales que me acompañaron, el de camisa de listas sobre todo.... y arrojaba sendas risadas, viendo al que primero rompió el diálogo, envuelto en una ancha camisa de listado.

Ya habrán conocido los lectores que era el Libertador quien hablaba desde su hamaca con los generales Arismendi y Soublette, el Coronel Briceño y varios oficiales del ejército.

La luna estaba ya en la mitad del Cielo, y Bolívar los animaba todavía hablándoles de sus proyectos y esperanzas.

—No sé lo que tiene dispuesto la Providencia, decía, pero ella me inspira una confianza sin límites. Salí de los Cayos sólo en medio de algunos oficiales, sin más recursos que la esperanza, prometiéndome atravesar un país enemigo y conquistarlo. Se ha realizado la mitad de mis planes: nos hemos sobrepuesto á todos los obstáculos, hasta llegar á Guayana; dentro de pocos días rendiremos á Angostura, y entonces.... iremos á libertar á la Nueva Granada, y arrojando á los enemigos del resto de Venezuela, constituiremos á Colombia. Enarbolaremos después el pabellón tricolor sobre el Chimborazo, é iremos á completar nuestra obra de libertar á la América del Sur asegurar nuestra independencia, llevando nuestros pendones victoriosos al Perú: el **Perú será libre....**

Sorprendidos, atónitos, se miraban unos á otros los oficiales que le cercaban: nadie osaba pronunciar una palabra. Los ojos de Bolívar arrojaban fuego, y al hablar de la España, de su ruína, tormentas eléctricas parecían ceñir su cabeza, como la cumbre del Duída, cuya sangrienta y encapotada cima alcanzaban apenas á divisar....

Un oficial llamó aparte al Coronel Briceño y le dijo llorando: "Todo está perdido, amigo: el que era toda nuestra confianza, hélo aquí loco, está delirando.... En la situación en que le vemos, sin más vestido que una bata, y soñando en el Perú....!!" Confortóle Briceño asegurándole que el Libertador se chanceaba para hacer olvidar el mal rato que él y todos habían pasado aquella tarde.... A los dos meses Bolívar había tomado á Angostura: dos años después la Nueva Granada le aclamaba vencedor en Boyacá; cuatro años más tarde destruye en Carabobo el ejército de Morillo; á los cinco da libertad á Quito; y al cabo de los siete años sus victoriosas banderas ondeaban sobre las altas torres del Cuzco.

J. V. González.



DOS EPOCAS DE BOVES

LEYENDA VENEZOLANA.

I

¡La loca! ¡La loca! gritaba una pandilla de muchachos que corrían tras una pobre vieja, cuya tez arrugada y ojos hundidos demostraban á las claras su ancianidad, y aun más que todo, sus asiduos padecimientos. Notábase, con todo, la delicadeza de sus facciones, y en sus maneras y en su modo de expresarse, tan ajeno del lenguaje grosero de algunos locos, podía muy bien descubrirse que había sido en otro tiempo y en otras circunstancias, de no escasa belleza, mujer de educación y persona de algún rango en la sociedad. Más para el tiempo en que hablamos, su belleza estaba marchitada; y de educación, no conservaba más que aquellos principios que mamamos, por decirlo así, y que no pueden olvidarse porque influyen en el genio de los hombres, como la leche de la nodriza en la constitución del niño. Su silencio era la respuesta que daba á preguntas indiscretas: con una

carcajada acompañaba los gritos de los muchachos: rara vez hablaba, interrumpiendo sus palabras con frecuentes ademanes.

—La loca! La loca! á ella.....! gritaron nuevamente los muchachos, y á la confusa vocería, acudieron algunas personas á contener la zumba de piedras que amezaba llover sobre la pobre loca.

— "La loca! á mí, á mí," contestó ella, "no hay ahora quien me defienda, ni me vengue.... El uno! la otra....!" Y señalaba con ambas manos el cielo. "El otro....! ah....!" y con ambas manos tapábase la cara y restregábase los ojos, como si quisiera ocultar ó desbaratar una lágrima, si alguna pudiera asomarse á sus secos y hundidos ojos. "Pero de éste" continuó la loca, llevando las manos á un pequeño cuadrito que tenía colgado del cuello á manera de reliquia, "de éste sí, hay quien me vengue........ á lo menos allí...." y sus ojos se dirigían al cielo.

En este instante la infeliz mujer echó á correr perseguida por la chusma de muchachos que á carrera suelta tras ella, le gritaban: "Párate, párate.... danos la reliquia....! Una piedra le impidió proseguir, cae y al golpe que recibe su cabeza, pierde el sentido. Agrúpanse sobre ella los muchachos: cada cual hace esfuerzos para arrancarle lo que ella guarda aún, conservando fuertemente asidas sus manos descarnadas. Impacientes tratan de saciar su curiosidad de cualquier modo, y hubieran sido hechos pedazos sus vestidos, á no ser por la aparición de un caballero que pasando, presenció aquel triste espectáculo, y herida vivamente su delicadeza y su compasión, "dejadla" dice, é intimidada al verlo llevar la mano al puño de la espada que pendía de su cintura, huye despavorida la desenfrenada turba de muchachos. Apéase el gallardo mancebo, toma la mujer en sus brazos, y con igual lige-

reza vuelve á montar, y parte con ella á todo escape.

Momentos después se hallaba la loca descansando en un mullido lecho, y se le administraban remedios á fin de volverla á la vida. El caballero después de aquella obra de piedad, tomaba informes sobre el carácter y situación de aquella mujer: algunos le aseguraron que tenía ciertos días en cada mes durante los cuales perdía el juicio y pasados ellos se volvía tan cuerda como los mismos que lo contaban; que su oficio era caminar, y que pasmaba verla sola en los solitarios caminos sin que la intimidasen las fieras que pudieran salirle al encuentro ni las frecuentes incursiones de las tropas, que atravesaban los caminos y cuyos jefes casi todos la maltrataban sin conmiseración; no pocos la llamaban para divertirse con ella y burlarse de sus padecimientos, y uno que otro alargaba la mano para darle una limosna. Hubo quien con más conocimiento que los demás, asegurase haberla conocido en Calabozo; y que desde allí había comenzado su peregrinación, sin que se supiese el término de ella. Asegurábase, sí, que lejos de huir de las tropas españolas, procuraba siempre aproximarse á ellas, por más feroces y desenfrenadas que fuesen. Satisfecho con esto y no pudiendo tampoco saber más, retiróse al lado de la enferma, queriendo volverle cuanto antes los sentidos, y ansiando después que le volviese el juicio. Un instinto natural había movido su compasión y le había arrastrado hacia aquella mujer; y el solo nombre de Calabozo había despertado recuerdos que yacían amortecidos; así como al soplo más leve, revive el fuego que yacía oculto y mal apagado.

II

"¿ Qué me ha sucedido ?" decía la loca ; " yo.. yo aquí en este lecho tan suave y tan blando. como no me he visto nunca desde años atrás.... yo no estoy loca: yo me acuerdo, sí: me perseguían para quitarme esto, esto que llevo siempre en mi pecho, como si fuera el retrato de mi esposo ó el de mi hija.... Ah ! del otro.... yo no debo llevar ni el recuerdo en mi memoria.... Es un ingrato ; no merece que me acuerde de él. Sin embargo, es mi hijo: cuando rezo por el alma de aquéllos, se me viene su nombre á la memoria, y rezo por él, porque quizá ha muerto como los demás.... Infeliz ! y sin recibir mi bendición ni la de su padre ! Hijo, hijo mío, yo te perdono.!"

Un suspiro entrecortado, como si se le hubiera querido reprimir después de haberse escapado involuntariamente, se dejó oir en el silencio del oscuro aposento.

"¿ Qué es esto ? Dónde estoy ?" exclamó : " yo he sentido un suspiro junto á mí : nada veo, nada oigo ya, porque todo está oscuro y en silencio. ¿ Dónde estoy ? Por qué me tienen en esta oscuridad ? Ah ! Si yo hubiera muerto, me tuvieran en la tierra entre sepulcros, en el cielo entre los santos. Pero este lecho no es un sepulcro : estaré entonces en el cielo. En el cielo todos son compasivos, y me habrán puesto este lecho tan suave para no maltratar mis huesos sin carne. Oh ! Si ahora vinieran mi esposo y mi hija y me tendiesen los brazos, y mi hijo se arodillara á mis piés, y me dijese: perdón, madre mía ! Yo lo perdonaría y le abraza-

ría también ... Pero yo quiero enloquecerme otra vez.... ¿Qué me ha sucedido? A ver.... yo corría, tropezé y caí : quedé aturdida, oí una voz muy dulce y no oí más después.... ¡Qué dulce era la voz! Yo hubiera querido no morirme para seguirla oyendo."

— "Señora, cómo estáis?" dijo una voz: parece que el que había pronunciado estas palabras sufría en su corazón la lucha del temor y del deseo: que deseaba hablar, y sin embargo no quería interrumpir, ni sabía como principiar.

— Oh! Dios mío! Dios mío! La voz, la misma voz! Oh! por Dios, decidme ¿estoy en el cielo ó en la tierra? ¿Sois mi esposo que me acompaña en el cielo, su sombra que viene á consolarme en la tierra?

— Señora, ni estáis en el cielo; ni soy tampoco una sombra como juzgáis: tocad mi mano y os convenceréis de lo que os digo.

— Sí, dejadme estrechar vuestra mano, porque se me figura que sois el ente compasivo que me ha hecho trasladar á esta cama; dejadme oir vuestra voz, porque vuestra voz me hechiza, y me parece oir la voz de mi esposo como en otros días de dicha y felicidad. Pero vos, señor, estrecháis una mano seca y descarnada, oís una voz que los pesares y las lágrimas han hecho ronca y desagradable.

— Y sin embargo, señora, yo os he oído hablar, y ni aun quería respirar para no interrumpiros.

— ¿Por qué me tenéis en la oscuridad? yo quisiera ver vuestro rostro, conocer la persona que me ha hecho bien, después que tantas me han hecho innumerables males.

— Habéis estado mala: el aire, la luz.... yo temía que os hicieran daño.

— No, no temáis: yo estuve loca, es verdad;

pero ya estoy cuerda: perdí los sentidos, pero ya los he recobrado: no temáis, estoy buena.

En este momento la persona que hablaba dió unos pasos, abrió los postigos de una ventana, y quedó perfectamente claro el aposento. Preséntase á la vista de la mujer el caballero que la había salvado.

— ¿ Quién sois ? por Dios ! exclamó la mujer: no me engañéis. Si supierais qué de recuerdos habéis revivido, y cuánto han lastimado esa voz y ese rostro las mal curadas llagas de mi corazón !

El caballero que palidecía y temblaba como si fuera un reo en presencia de un juez, apenas pudo articular estas palabras:

— Por qué engañaros ?

— Mis ojos vieron á mi pobre esposo morir, y vieron también su cabeza colgada en una esquina, como un pájaro en una jaula; pero ahora al veros, creería que mis ojos me engañaron aquella vez, ó que Dios Omnipotente y misericordioso había unido la cabeza al tronco, había vuelto el alma al cuerpo y el tierno esposo á la desventurada mujer. Pero ah ! yo me olvidaba.... sí, yo tuve también un hijo, y este hijo se llamaba.... Ambrosio.... !

Estas palabras produjeron el efecto de un rayo en el ánimo del mancebo que cayó arrodillado á los piés de su madre: en vano quiso ella rechazarle con aspereza: él conservaba sus manos entre las suyas, y la miraba con ojos suplicantes y prontos á brotar ardorosas lágrimas.

—Perdón, madre mía: dijo al fin con una voz quebrantada.

— Ingrato ! ¿me reconoces ? Ambrioso ! ves á tu madre ?

— Sí, os reconozco, sois mi madre, y hé aquí á vuestro hijo arrodillado á vuestros piés. Si no os mueven mis ruegos, mirad mis lágrimas, madre mía:

las lágrimas que no me han arrancado ni los pesares ni los dolores, me las arrancan ahora vuestra presencia y vuestras reconvenciones. Yo sé que he sido injusto para con vos, perdonadme; yo sé que vuestros ojos están secos y hundidos á fuerza de verterlas por mí; perdón, madre mía, perdón!

—Que te perdone! Ingrato! Cuando tú me abandonaste, cuando dejaste el solar paterno para ir en busca de una felicidad falsa y deslumbradora...

—Ah madre mía! Yo estaba entonces muy joven: el fuego de mi sangre juvenil hacía hervir en mi corazón la ambición de la gloria. Yo había estado en Caracas y había tenido amigos y compañeros en mis primeros estudios; me hallaba al lado de mis padres, oía yo sus nombres de boca en boca, y creía ver su sien coronada de laureles. La emulación me devoraba: quería tener como ellos un nombre pregonado por la fama, y una sien coronada de laureles. Los nombres de Patria y Libertad me entusiasmaban: yo quería dar vida á la Patria; hubiera vertido mi sangre para alimentarla, y le hubiera dado mi alma para animarla.

—Anda, anda pues, dale vida á la patria; en tanto mira.... (señalándole el cielo) tu padre y tu hermana muertos.... tu madre loca.... anda, hijo: corónate de laureles después qne has coronado á tu madre de espinas.

—No; madre mía, perdón; yo no me separaré de vos ¿no me perdonaréis? Acordaos, madre mía: yo os oía y decíais creyéndoos en el cielo: "si mi hijo se arrodillara á mis piés y me dijese, perdón: madre mía! yo le perdonaría y le abrazaría también" No estáis en el cielo, estáis en la tierra; pero vuestro hijo está á vuestros piés, ¿no le perdonaréis? ¿Aguardáis ir al cielo para perdonar? Perdonad en la tierra, madre mía, para que Dios perdone en el cielo.

La desventurada madre no pudo sufrir más: sus lágrimas empezaron á correr; madre é hijo se abrazaron tiernamente.

—Llorad, madre mía; dejad correr vuestras lágrimas: eso me muestra que no se han secado las lágrimas en vuestros ojos, ni la sangre en vuestro corazón. Yo las recogeré, madre; porque cada una de ella es un tesoro harto caro para mí.

Pasaron algunos instantes de silencio; enjugáronse las lágrimas, y en los rostros de ambos se dejaba ver la serenidad y la alegría que produce la satisfacción de una necesidad, así como después que deshecha en agua ha pasado la nube, el cielo aparece más sereno y el aire más purificado.

El joven Ambrosio se había separado de sus padres á la edad de diez y siete á diez y ocho años. Cuatro años habían trascurrido; y al verle ahora, se le hubiera tenido por un hombre de treinta años ó más: había crecido y se había desarrollado completamente; una barba negra contrastaba con el color pálido de su rostro; había pasado además algunos trabajos y necesidades durante el tiempo de su ausencia, como sucede con todos aquéllos que abandonan el seno de sus padres para correr tras una gloria incierta ó una felicidad engañosa. Cuando se hallaba al lado de sus padres, era más bien pequeño y delgado, tenía sin embargo las mismas facciones que su padre, que era alto y bien formado. Así no es de extrañar que aquella mujer, preocupada por otra parte, vista la variación que había sufrido Ambrosio, le hubiera desconocido, y que la semejanza de voz y de persona con su malogrado esposo, la obligasen á creer ó que sus sentidos la habían engañado, ó que su esposo por un milagro hubiese vuelto á la vida.

III

—Y bien, madre mía, decía Ambrosio, ya que habéis vuelto á ser mi madre, pues que me habéis perdonado, contadme lo que ha pasado durante mi ausencia; referidme la muerte de mi padre y la de mi hermana; explicadme el misterio que encierra lo que con tanto cuidado guardáis....

—La muerte de tu padre y de tu hermana....! Bien, tú la oirás, y temblarás como tiemblo yo cada vez que recuerdo lo pasado.... porque mira, hijo mío, cuando á las mujeres nos incita el odio á la venganza, no nos falta valor para llegar al que odiamos, y dejar en su corazón la huella de nuestra venganza, con la diferencia de que la mujer se presenta con una sonrisa en los labios, una lágrima en los ojos, la venganza en el corazón y un puñal en las manos....

—Mirad, madre mía, que tembláis; yo temo por vuestro juicio, porque así como vuestra vida, me es harto necesaria; yo deseo saber la muerte de mi padre, quiero saber el misterio....

—No temas: pasó el tiempo de perderlo. De aquí á un mes volverá la locura, pero antes de que vuelva, pueda ser que se haya presentado la venganza, ó me haya sorprendido la muerte. Escucha, hijo mío.

—Decid, madre mía, que os oigo con todos mis sentidos.

—No te habrás olvidado, hijo mío, de que mi esposo era juez: ocurrida la revolución, juzgó como desafecto á un hombre, y como tal le condenó á servir de soldado, después de haber estado algún tiempo en la cárcel. Mi esposo ha muerto; su fa-

llo inicuo ó justo, Dios lo habrá pesado en la balanza de su justicia. Al tal hombre lo devoraba la sed de venganza, sed que no ha podido saciar ni la sangre de mi esposo ni la sangre de tantos millares de víctimas.... ese hombre es Boves ! !

—Boves, madre mía !

—Sí, Boves ¿le conoces ?

—No, madre mía ; pero ¿ habrá algún hombre que no se estremezca, que no tiemble al oir tal nombre ? ¿habrá mujer cuyo corazón no palpite asustado, cuyos ojos no se hagan fuentes de lágrimas al nombrarlo ? Sólo los demonios sonríen y se regocijan, porque ven un semejante en la tierra, un semejante en figura humana. En todas partes se ven familias desgraciadas, madres que se desesperan, huérfanos que gimen y mendigan el pan que sus padres prodigaban. No hay una persona siquiera que no llore la pérdida de un esposo, un padre, un hijo, un hermano.... Va pasando como el huracán, y como el huracán va dejando en todas partes la huella de la desolación.

—Pues bien ; Boves era el hombre condenado por tu padre, y Boves deseaba vengarse. La fortuna favoreció sus deseos : Antoñanzas, enviado por Monteverde venía á apoderarse de Calabozo ; una batalla sangrienta le puso en posesión de ella. Todos los vencidos perecieron : sólo uno escapó. Hubo uno que intercediese por él: el que escapó era mi esposo ; el que intercedía, era Boves. En medio de todos los soldados y al lado del vencedor Boves, fué conducido mi esposo á su casa, acompañado de gritos y algazara ; la esposa y la hija le vieron llegar y la alegría que rebosaba en su corazón, se les pintó en el rostro. Ah ! mi hija tenía entónces quince años, y no se había abierto aún para ella la vida del amor ; se conservaba bella como un botón de rosa que espera el tibio sol de la mañana para abrirse, y pura como

su aroma. Ah ! mi hija era bella y hermosa. A la entrada del vencedor, madre é hija nos arrodillamos á sus piés; una sonrisa de triunfo fué la respuesta para nosotras, y una ojeada para sus compañeros. Poco después mi esposo y yo nos hallábamos atados á un poste, y nuestros ojos debían presenciar el más horroroso espectáculo.... ¡ Qué horror, Dios mío ! nuestra hija, nuestra querida hija, la única flor cuya aroma nos embriagaba en el triste valle de la vida.... iba á ser tronchada y deshojada.... iba á perder su aroma y su pureza.... Sí, nuestra hija, allí mismo, á nuestros ojos era víctima de la lascivia del vencedor.... Oh ! mil muertes, mil muertes, más bien que lo que tuvimos que presenciar ! Yo trataba de cerrar los ojos, pero el bárbaro había colocado un centinela con la lanza en las manos, para que nos martirizase si separábamos la vista de nuestra hija.... Oh ! martirio !.... ¡ Oh martirio, ¡ hijo mío!.... ¡Dios grande y misericordioso ! si graves eran nuestras culpas, mucho más duro era el castigo !.... ¡ Que me la hubierais quitado cuando la mecía todavía en la cuna y la alimentaba con la leche de mis pechos, yo me hubiera conformado ; que una enfermadad me la hubiera arrebatado cuando empezaba á sonreir y endulzar con sus caricias la amargura de nuestra vida, yo me hubiera resignado ; que pereciera á mis piés, herida por el puñal de Boves, yo lo hubiera sufrido.... pero nunca, nunca, Dios mío, verla sacrificada en los altares del deleite....!

Las lágrimas de la loca corrían en abundancia ; detúvose algunos instantes, así como el ave que cansada de volar se detiene para levantar más alto el vuelo.

—Aun era poco para Boves, continuó, también entregó mi hija á la soldadesca.... El demonio de los deseos sonreía en el infierno ; pero mientras él

sonreía, los ángeles con una lágrima pura en los ojos abrían las puertas del cielo, y mi hija era recibida en el coro de las mártires.

—Madre mía, no sigáis....!

Durante esta relación todos los miembros del mancebo estaban en movimiento : llevaba las manos á la cara, como si estuviese presenciando lo que su madre le contaba y tratase de evitar tan horrorosa vista ; parábase, caminaba, llevaba la mano al puño de su espada, como si tuviese á Boves por delante y fuese á atravesarle el pecho, y vengar así la afrenta de su hermana ; iba á hablar, y las palabras morían en sus labios ; deseaba marcharse, pero algo más que lo que había oído deseaba saber. ¿ Qué encerraba aquella especie de reliquia que con tanto cuidado guardaba su madre ? Algo interesante debía de ser: este pensamiento le determinó á interrumpirla ; la loca pareció comprenderle y le contestó :

—Aguarda, poco falta ya. Boves se dirigió á mi esposo : " Y bien, Antonio Bravante, le dice, tu me juzgaste con injusticia, me despojaste de mis bienes, me condenaste á servir de soldado, me tuviste por algún tiempo en la cárcel ; pero no sabías tú, Bravante, que yo en la cárcel misma guardaba en mi memoria lo pasado, y alimentaba en mi pecho la venganza. Sí, tú me hiciste un mal, y yo deseaba vengarme ; pero no estoy satisfecho con vengarme en tí : el mal que me ha hecho un americano, voy á vengarlo en todos los americanos. Mira : ¿ has visto la laguna de sangre que ha quedado en el campo de batalla ? Aun es poca para la que hay que derramar. Viles americanos ! es necesario recordarles que yo soy español, y que los españoles los conquistaron, que besaron el polvo bajo mis compatriotas Ojeda, Lozada, Pizarro y Cortés ; ¿ qué cosa es que se humillen ante mí ? Escucha : tú ibas á morir, y

yo te salvé la vida ; ¿ creías tú que era una gracia ? Necio ! Yo no quería que murieras en el campo de batalla, herido por uno de mis soldados : yo quería que tú vieras lo que acabas de ver ; hubiera tenido envidia de que otro derramara tu sangre ; quería hacerte el honor de que murieras por mi mano. Anda, muere, y si tienes algún hijo, inspírale desde el infierno que se guarde para que no muera."

Dichas estas palabras, ya su lanza había atravezado el corazón de mi esposo.

—¿ Y no bajó un rayo del cielo que le desbaratase en aquel instante ?

—No, hijo mío : el cielo estaba sordo á nuestros ruegos. Dirigióse el bárbaro hacia mí : "Qué mereces que yo te haga ? me dijo, nada más que esto," y me escupió el rostro el infame ; igual cosa hicieron sus soldados. Con la misma algazara se retiraron de aquella casa, teatro de tantos horrores. El cielo estaba sordo, y la tierra también, porque el hombre que podía vengarnos, ese hombre estaba ausente.

—Ah ! ausente ! es verdad....

—Hubo quien se compadeciera y me desatara. Yo había fijado muy bien las facciones del malvado y conservaba sus palabras ; sabía escribir y tenía algunos principios de dibujos, tú te acordarás. He aquí su retrato y sus últimas palabras.

Metió la mano en su seno y sacó el cuadrito aforrado que había logrado escapar de los muchachos, y que guardaba tanto como su vida.

—Enseñádmelo, madre mía.

Acercóse el mancebo : desenvainó, sin ser visto de su madre la espada, y sin que pudiera estorbásele, cortó las trenzas que pendían del cuello de su madre, y partió precipitadamente.

—Hasta la vuelta, madre mía !

Tendida en el lecho quedó la desventurada ma-

dre: había recobrado á su hijo para perderlo de nuevo. Llevaba siempre aquel retrato en su seno, y esperaba por él reconocer á Boves: conservaba oculto un pequeño puñal, y confiaba en Dios clavarlo en el corazón del asesino de su esposo: éste era el fin de su peregrinación. Hallábase á la sazón en la Villa de Aragua, en la provincia de Barcelona, á tiempo que el General Bermúdez, por fruto de su temeridad, sacaba la derrota de los Magueyes.

IV

Ibase á dar la batalla de Urica. Los dos jefes españoles, Boves y Morales, contaban con siete mil hombres; mucho menor era la fuerza de los patriotas á cargo de los generales Rivas y Bermúdez; hallábanse también los bravos lanzeros Zaraza y Monágas. Inteligente cuanto valeroso el primero, daba sus disposiciones para suplir con la superioridad de su inteligencia la superioridad de la fuerza; un grado se ofreció á cada oficial y un premio á cada soldado: del éxito de la batalla dependía la suerte de la patria: ó victoria, ó muerte.

Un intrépido caballero se adelanta: estaba pálido como la muerte, parecía un cadáver vuelto á la vida; sus pupilas brillantes en medio de sus ojos negros y hundidos, aparecían como dos hornos; sus miradas de fuego se dirigían á Boves, como si tratara de reconocerle; y Boves por la primera vez permanece inmóvil, como si una fuerza sobrenatural le sujetara; contra su costumbre deja de prevenir al enemigo: un grande pensamiento le preocupaba!

El choque principia.

Al estruendo que ocasiona la precipitada carrera de los caballos, á la inmensa polvareda que se levanta hasta el cielo, Boves vuelve en sí, y dirígese á la derecha donde juzgaba más necesaria su presencia. Pero era tarde ya: el intrépido Zaraza había embestido por aquel lado, y lo había puesto en desorden.

Nada vale la voz, nada valen las amenazas de Boves. Embiste él sólo queriendo valer más que toda su tropa; pero á su vista se presenta el desconocido; donde quiera que mira, allí le vé como si fuese su sombra. Trata entónces de retirarse sobrecogido de terror: grítale el desconocido, y aquella voz que parecía salir del fondo de un sepulcro, hace temblar al mismo Boves.

—Demonio! qué quieres? ¿A qué has salido del infierno?

—Boves!! soy ministro de la venganza del cielo: soy el hijo de Antonio Bravante; acuérdate de su hija....

Había sonado para Boves la hora que tarde ó temprano ha de sonar para todos los mortales: la fortuna había dejado de protejerle, y Boves debía perecer bajo la rueda que había aniquilado tantos héroes; su caballo mismo se rebela contra él, encabrítase, y los tiros de su lanza no pueden herir el pecho de su adversario. Empero la esperanza no le abandona; descarga una pistola y logra herirle en un muslo. Ambrosio, casi insensible y más sosegado, aguardaba con calma un momento favorable, y mientras Boves atento solamente á herir, descargaba sobre él la pistola; Ambrosio, que no veía obstáculo para su lanza, logra con ella atravesarle el pecho y le derriba muerto al suelo. Apéase al instante, vuelve á montar después, y se separa á toda prisa del combate.

La batalla continuaba: la suerte no fué tan favorable á Monagas, como lo había sido á Zaraza:

vióse en breve rechazado por la caballería de los contrarios. La infantería se halló enteramente cercada por el ejército contrario, y su valiente jefe, Blas Paz Castillo, dió el ejemplo de pelear como soldado y morir como valiente. Todos los infantes murieron, y los generales Rivas y Bermúdez regresaron casi solos á Maturín, de donde habían partido. Registrados los muertos, se halló el tronco de Boves, sin que se supiese quién le había muerto, ni encontrarse su cabeza. Creyóse sin embargo que estaría confundida entre la multitud que estaban regadas en el campo de batalla.

V

CONCLUSIÓN

Algunos días habían pasado desde que dejamos al hijo en marcha y á la madre desconsolada; cuando se dió la batalla de Urica.

La infeliz madre recibió pocos momentos después una carta de su hijo, la abrió y leyó lo siguiente: "Madre mía, yo os prometí no abandonaros; pero la sombra de mi padre y de mi hermana demandan venganza; vos misma me habréis justificado ya. Adiós madre mía: si no me viereis más, contadme entre las víctimas de Boves y rogad por mi alma." Esta carta le hizo derramar algunas lágrimas; pero ella quería acompañar, ó si era posible ayudar á su hijo á la venganza; resolvió partir; y teniendo que andar á pié tuvo que dilatarse algunos días. Hallábase descansando sobre una piedra: fuertes detonaciones hirieron sus oidos: se

daba la batalla de Urica. Levántase, el corazón le palpita y empieza á caminar apresuradamente.

Algún tiempo después alcanzó á ver un caballo y sobre él un caballero: el caballo parecía sudar sangre: el caballero traía en una mano una lanza y en la otra una cabeza humana asida por los cabellos.

—Ambrosio! gritó ella cuando más cerca pudo reconocerle.

—Madre mía, contestó Ambrosio con voz apagada: "Estáis ven.... ga.... da...."

Y la cabeza de Boves rodó á sus piés.

Caballo y caballero cayeron muertos al suelo: parecía que Dios les había concedido vida sólo para llegar allí. La madre maquinalmente se tendió sobre su hijo, le abrazó y espiró sobre él pronunciando su nombre.

RAMÓN I. MÓNTES

Caracas, 1844.



LAS LAVANDERAS NOCTURNAS

Todos los pueblos del Universo tienen leyendas y supersticiones tan semejantes que la imaginación del hombre se sorprende poderosamente.

La Guagira tiene también sus lavanderas nocturnas, leyenda que recuerda las tradiciones alemanas.

El indio hipoana es voluntarioso y bravo, como el jaguar manchado que asuela las montañas guagiras.

El cacique Caraire (*) era el jefe de la tribu hipoana; y tenía una sobrina, llamada Irúa, hermosa y dulce como la paloma, cuyo nombre llevaba.

Caraire quería enlazarla con el macuire Jarianare, el más rico y poderoso de todos los indios que habitaban la Guagira; pero Irúa amaba con la pasión del salvaje al gandul Arite, arrogante y valeroso indio, pero que no tenía otra fortuna que la cuchilla que llevaba al cinto y el arco que colgaba de sus hombros.

(*) Caraire, tigre.

Así, cuando el gandul Arite pidió la mano de la dulce Irúa, Caraire le contestó secamente con un movimiento de desprecio: *Pia camamuice, tache guacire.* (**)

Arite se retiró silencioso y sombrío, sintiendo en su corazón algo como la mordedura de una serpiente, porque el indio era orgulloso y amaba mucho á Irúa, que por hermosa brillaba entre las vírgenes guagiras, como una estrella solitaria en medio del cielo cubierto de nubes.

Desde aquel día su amor fué más violento y desesperado; y empezó una lucha terrible para decidir á Irúa á que huyese con él á lo más espeso de las Montañas Azules; pero Irúa, que no perdía la esperanza de vencer el corazón del indomable Caraire, le exhortaba á tener paciencia y á esperar.

Entretanto, Caraire, que continuamente llevaba guerra con los indios pusainas y que buscaba un pretexto para alejar á Arite y casar á Irúa, durante su ausencia, con el poderoso macuire Jarianare, propuso al gandul que marchase al combate; y el gandul aceptó con la esperanza del botín y de la gloria para alcanzar la mano de la dulce Irúa, la paloma blanca que codiciaban los más soberbios caciques.

—Parte, le dijo Irúa, que yo seré fiel á mis juramentos.

Y la india quedó luego solitaria y pensativa, dejando correr sus lágrimas, sentada al pié de una ceiba, cuya copa espesa la guardaba de los rayos abrasadores del sol.

A poco, con el oído ejercitado del salvaje, escuchó unos pasos lijeros que se acercaban agitando la *arama* (*) que las caballerías de los gandules habían

---

[**] Tú eres pobre y yo soy rico.

[*] Paja.

dado esparcida en aquel sitio, y vió al fin aparecer á Caraire con el gozo del triunfo retratado en su semblante.

—Irúa, dijo el inflexible cacique, ya no verás más á Arite; cuando llegue la próxima luna brillarán los *areitos* de tu matrimonio con el poderoso Jarianare.

Pero Irúa no escuchaba ya. Sus labios de continuo, rojos como la iguaraya, se habían puesto más blancos que los granos del iroro, y su cuerpo temblaba como si fuera á morirse. El indio se retiró grave y altivo; é Irúa, cubriéndose el rostro con las faldas de *tacein* color de rosa dió de nuevo rienda suelta á sus lágrimas.

Luego se levantó resueltamente, enjugó sus ojos y tomó el camino del caney del piache Pariosa. Pariosa era visto como el más sabio de los ancianos guagiros. Leía en las estrellas, en los pétalos de las flores, en el agua pura de las fuentes y en la gota de rocío que caía desprendida de las hojas de los árboles.

Irúa besó con veneración la tequiara del anciano, y en seguida le expuso sus temores y sus sufrimientos.

—Hija de Caraire, le dijo el piache, sólo puedo decirte que el gandul Arite no volverá á pisar los atures del indio Hipoana.

Si muerto tu amante, mueres también de dolor, tu espíritu errará por los espacios y estarás condenada á lavar á media noche en las orillas de la laguna, hasta que encontrando al hombre á quien amas le embriagues con tu amor y vueles con él á las regiones desconocidas. Hija de Caraire, escoje lo que tu corazón te exija.

La india lloró mucho oyendo las predicciones del piache Pariosa; y luego se dejó morir de dolor lentamente, como muere una flor al viento de la

noche, porque así, al menos, llevaba la esperanza de confundir su espíritu ¿con el que habia llenado de deleites las mejores horas de su vida.

Caraire sintió profundamente á Irúa, la dulce paloma, y la dió sepultura á las orillas de la laguna, con una pompa que recordaba los antiguos tiempos del poderío y la grandeza de los indios.

Pero Arite no había muerto.

Impulsado por el amor que profesaba á Irúa, combatía con heroísmo en medio de aquellos salvajes, cuando llegó á sus oídos la noticia de la muerte de la hermosa india.

Arite arrojó sus armas con desprecio, y con el corazón lleno de dolor y de lágrimas, exclamó:

—¿De qué me servirán ahora la riqueza y la gloria, si lo que mi corazón me pide es ir á llorar sobre la tumba de Irúa?

El indio, solo y desesperanzado, marchó tristemente hacia la tribu hipoana.

Atravesando extensas llanuras, y ya tarde de la noche, que era muy clara, llegó á avistar en la lejanía los atures y sendaguas de los hipoanas que se levantaban muy cerca de un pequeño lago.

A medida que se acercaba, oía en la soledad y en el silencio de la noche un ruído misterioso y monótono que á pesar suyo le sobrecojía de espanto.

Alzó la vista al cielo y comprendió que era ya media noche.

Las doce....! la hora del sabbat de las brujas y de los fantasmas sepulcrales.

El indio distinguió luego, al resplandor de la luna, un grupo de mujeres con largos taceines blancos y con los cabellos flotantes; vaporosas, indecisas, batiendo ropa sobre duras peñas á la orilla de la laguna.

Arite se estremeció; pero inmediatamente lanzó

un grito de salvaje alegría porque distinguió á Irua que llena de gozo corría hacia él.

El indio se detuvo, trémulo y embebecido, é Irua le estrechó con pasión entre sus brazos y le dió un beso helado, que conmoviéndole hasta el fondo del alma, derramó por sus venas el frío de la muerte.

A la mañana siguiente, los indios hipoanas dieron sepultura al infeliz Arite, que había sido encontrado muerto á la orilla de la laguna, cerca de la tumba de Irúa.

Caraire, cuyo carácter se había hecho taciturno y reservado, murió poco tiempo después á manos de los indios cocinas, y dicen que su alma anda errante por las quiebras de la llanura.

JULIO CALCAÑO.



LAS FIESTAS

DE LA

VIRGEN DEL VALLE

Tomado de la obra "Esbozos de Venezuela:—*La Margarita.*"

I

....

....

TODO el Oriente de Venezuela conoce, por lo menos de fama, este Valle (del Espíritu Santo), aunque ni sus pobres vecindarios ni sus reducidos cañaverales y cocoteros, conservados en perenne lozanía por uno de los tres únicos riachuelos de la isla, que se desliza por sobre piedras, entre quintas y huertas, merecen llamar la atención, porque doquiera en nuestra patria la naturaleza se ostenta espléndida en su bella é infinita variedad: su fama consiste tan sólo en la Virgen del Valle, imágen que se venera en el pueblecillo, cuyos milagros se refieren por millares y cuya devoción fomentan todos los que en algún peligro se han visto y

se acogieron á la protección de la Santísima Virgen ; pues se asegura que nadie en sus tribulaciones apeló á ella en vano, como lo prueba su trono cubierto de multitud de colgajitos de oro y plata, manecitas, piernas, bracitos, caras, barquichuelos y piedras preciosas de todas clases, sobre todo, perlas de un tamaño y un oriente tan superior, que formarían el orgullo de los tesoros de un monarca : todo ofrenda de la gratitud á la Virgen del Valle.

Los más entusiastas devotos de esta imagen son los *Guaiqueríes*, como llaman á los aborígenes ; y estos hombres que así viven en tierra como en el mar ; que tan bien cultivan el campo y soportan sin mella la inclemencia del tiempo, como arrostran las tempestades del océano ó bajan tranquilos á una profundidad de veinte y más piés de agua á bucear perlas de las que siempre reservan las mejores para su patrona ; estos hombres robustos, sanos é indiferentes á todo peligro, no tienen otra salvaguardia que su fe en la Virgen del Valle.

En ratificación de esa fe se cuentan muchas anécdotas, y entre otras mil, la siguiente merece referirse.

Un guaiquerí, en la cabecera de Coche, fué mordido por un tiburón en una pierna, en el acto de bajar al fondo con su *mamure* (cesta de mimbres), para sacar las ostras, y de resultas de esto se le formó una úlcera tenaz que le hacía sufrir horriblemente y le imposibilitaba moverse. El médico que le vió en aquel estado, principiada ya la gangrena, opinó que sólo lo amputación de la pierna podía salvarle; pero el enfermo, volviendo sus ojos á la Virgen del Valle, su constante protectora, le hizo fervorosamente voto de que, si lo salvaba de la amputación devolviéndole su salud con los remedios caseros que su familia le administraba, le dedicaría con cristiana humildad la primera perla que exprofeso iría á bucear después de

sano.—La Virgen, por supuesto, atendió al ruego; se curó nuestro hombre, y podría decirse que en el tiempo preciso para que la súplica llegara á los alcázares de la Omnipotencia. Inmediatamente pónese en acción y la vez primera que zabulle, saca una concha, ábrela, y en ella, como en un dosel de nácar, se ostentaba luciente y pura la perla más particular y preciosa: era como una piernita muy regularmente imitada; ofrecieron al guaiquerí lo que exigiera por esa maravilla de la naturaleza, pero el honrado y pobre indígena prefirió á todo cumplir su voto, y la famosa perla descuella hoy entre las joyas de la Virgen, donde nosotros la hemos admirado. Y es otro milagro que se repite anualmente, (lo hemos presenciado): las prendas que ya no puede contener el trono de la Virgen, ni cabe colocar en sus vestidos, durante los días de la fiesta se exhiben sobre una gran mesa en una choza que durante la procesión queda absolutamente á merced de la muchedumbre, y jamás ha faltado una sola.

Nos dirigimos con muchos amigos y amigas, unos á caballos, otros en burros, y los más á pié, al Valle, sin sentir absolutamente las fatigas del camino, divertidos como nos hallábamos con las ocurrencias y peripecias de aquel paseo, ó mejor dicho, de aquella sabrosa peregrinación. Llegamos.

Los alegres repiques de las campanas de la Iglesia, que se distingue entre aquellas palmeras; los tiros y la música; la algazara que produce la multitud reunida en lugar estrecho y el aire de pascua florida que domina en los semblantes, llaman la atención. Aunque el sol brilla en todo su esplendor, sopla un vientecillo por entre los cocos y las cañas, que refresca la atmósfera. Una vez aquí, atravesamos la parte de la plaza, sin otro adorno que las florecitas amarillas de la yerba de que está cubierta. Parecen topacios esmaltados en lechos de

esmeraldas. Pasemos luego el puente, muy bien construído sobre el riachuelo, y nos encontramos en la otra parte de la plaza donde está la Iglesia. Ahora debemos ir poco á poco, porque nos vemos por doquiera rodeados de gentes de todas condiciones y edades, y es difícil dar un paso.

Va á salir la procesión: se amontonan los grupos, redoblan sus repiques las campanas, sus tiros los triquitraques, las cajas y pífanos sus alegres dianas y entona sus acordes una verdadera música de aldea, pero no por eso menos tierna y conmovedora; un clarinete, dos guitarras, dos bandolas, el travieso triángulo y la respetable tambora, que por lo menos tiene el mérito de su vejez.—¡ Cuánta diversidad en las fisonomías !—Sin embargo, de pronto todas se parecen al revestirse de cierta expresión de profundo respeto: es que ya sale la Virgen y á su paso lento, muy lento, aunque tiene muchos cargadores, y otros y otros esperan impacientes su turno de llevar ellos también en sus hombros á la venerada imagen, todo el mundo cae de rodillas, los más, dominados por la convicción íntima; uno que otro arrastrado por el hecho general, porque el puritano más intransigente, allí en tal ocasión, aun inconscientemente se hubiera visto en la necesidad de postrarse. Allá se reza la Salve, acá más abajo un Ave María, por otro lado se oyen las letanías y varias personas, entre ellas nosotros, hacemos con el alma otra especie de oración, no menos sublime, y que se formula "en un suspiro, una lágrima ó una mirada al cielo," que encierra todo un poema de dolores ó esperanzas.

Fórmese el lector una idea de semejante escena y considere además el ruído sordo de la multitud, el susurro de las palmas, el murmurio del riachuelo y el incienso que se prodiga á la Virgen, todo en indefinible mezcla con los rezos y cantos, y la música,

subiendo hacia el cielo por sobre las frentes rendidas ante la imagen, representación de la idea que encarna la Inmaculada Virgen María; y si ese lector tiene corazón para sentir, se contestará satisfactoriamente las preguntas naturales que se hace el espíritu ante semejante espectáculo.—¿No llegarán esas ofrendas hasta el trono de Dios?—Y no merece Dios ese tributo del hombre, á Él tan sólo dirigido, en la persona de aquella purísima criatura que el mundo civilizado tiene por su madre?

Búrlense enhorabuena los espíritus fuertes, que nosotros, á quienes nuestros padres, ¡qué el Señor tenga en su gloria! enseñaron entre besos y caricias á santificar y bendecir á Dios y á la Virgen, nosotros, gracias al Cielo, creemos y esperamos, y esta fe y esperanza no las cambiamos por la entereza de los espíritus fuertes; y si es esto ser, como entienden algunos, pobres de espíritu, mejor, porque también creemos á pié juntillas que los pobres de espíritu gozarán de la más inefable de las bienaventuranzas.

....

....

ANDRÉS A. LEVEL.

EL EJERCITO DE LAS ANIMAS

. . . .

QUINCE días después de estos sucesos, (*) y estando en Barinas, el 5 de Diciembre, (1813), se me presentó un ayudante de Puy y me condujo á presencia de éste. Sin dirigirme siquiera una mirada, preguntó á un soldado que había servido bajo mis órdenes, con qué número de gente había yo atacado al Comandante Marcelino en la Sabana de Suripá; el soldado respondió, que con ciento cincuenta hombres. Volviéndose hacia mí me preguntó Puy, en dónde estaban las armas de aquella columna; pero al mismo pronunciar la palabra "señor," para darle mi respuesta, me interrumpió bruscamente llamando al Comandante Correa, á quien siempre tenía á su lado, y le dijo: "Lleve U. al señor á la cárcel, remáchele un par de grillos y póngale en capilla."

A las cinco de la tarde me hallaba en la misma posición de que la Providencia me había libertado quince días antes.

(*) Haber estado en prisión, luégo en capilla y haberse salvado de ser fusilado por Puy mediante el pago de la cantidad de 600 pesos, en que el mismo Puy intimó el rescate de Páez. (N. E.)

Sin duda el soldado había revelado á Puy, que la columna había sido desarmada por mí, y esto exasperó al monstruo. Convencíme de que mi última hora había llegado: las autoridades españolas habían adoptado el sistema de ejecutar á los prisioneros á lanzazos en la oscuridad de la noche, y desde que fueron muertos mis anteriores compañeros de prisión, noche tras noche habían sido sacrificadas varias partidas de prisioneros. Persuadido, pues, de que aquella misma noche sería inmolado, y no contando ya con auxilio alguno posible, me entregué al sueño de que gocé profundamente y sin interrupción hasta la hora de las once, en que los gritos de "Viva el Rey," y el ruído de tropas en la plaza me despertaron. Un rayo de esperanza penetró mi mente: acaricié de nuevo la idea de vivir; una reacción violenta se efectuó en mí; parecíame pasar de la muerte á la vida; multitud de pensamientos contradictorios se aglomeraban en mi cabeza; creía oír los gritos y algazara del ejército patriota y sentía en mi corazón el vehemente deseo de volar á sus filas. Repentinamente se presentó á mi memoria el recuerdo de que el mismo Comandante Puy, al acercarse las fuerzas patriotas que se retiraban de Barinas, había hecho asesinar en la cárcel de Guanare á todos los prisioneros que allí tenía, escapándose sólo de la saña de aquel bárbaro el Sr. Pedro Parra, que tuvo la feliz idea de esconderse detrás de la puerta de la cárcel á tiempo que la partida de lanceros entraba á ejecutar la sanguinaria orden. La incertidumbre entre la vida y la muerte, entre la esperanza y el temor, hacía mi situación muy penosa.

Fué la causa de aquel movimiento el haberse oído un tiro de fusil hacia la parte del río, y el haber informado Correa, mandado con un piquete á reconocer el paso, de que al otro lado se hallaba un cuerpo de infantería. Alarmado Puy, reunió las tropas

en la plaza y ordenó un nuevo reconocimiento. Al practicarlo y dar Correa la voz de "quién vive" se le contestó, según dijo después: "La América libre, Soldados de la Muerte." Entonces resolvió Puy marchar á San Fernando de Apure por la vía de Canaguá. Su primera idea fué hacer matar los prisioneros como lo había verificado antes en Guanare; pero fué tal el terror que se apoderó de él, que temiendo ser atacado por fuerzas superiores si se detenía más tiempo, marchó sin disponer la matanza de los presos, procurando únicamente escapar de los "soldados de la muerte," que según aseguró Correa, eran muy numerosos, habiéndole permitido la claridad de la luna hacer un reconocimiento detenido.

Este soñado ejército fué llamado después por los mismos españoles, "ejército de las ánimas," y dió lugar á que posteriormente los habitantes de Barinas me dijesen en tono de broma: "Usted es hombre tan afortnnado que hasta las ánimas benditas lo favorecen."

Puy continuó su retirada hasta Achaguas, y la ciudad de Nútrias fué también abandonada. Quedó Barinas sin tropas; pero al retirarse los españoles se acercó un oficial al carcelero y le recomendó el cuidado de los presos, amenazándole con la pérdida de la vida si abría un solo calabozo, y diciéndole que las fuerzas salían á hacer un reconocimiento cerca de la ciudad y pronto volverían.

La prisión de Barinas contenía ciento quince individuos, destinados á morir en el silencio de la noche, á manos de los verdugos españoles. Arrestados sin otra prueba que la suministrada por delatores mercenarios, y sin más delitos que sus simpatías por la causa de la independencia, permanecían en la cárcel el tiempo que el bárbaro comandante señalaba, y no salían de allí sino para ser conducidos

al suplicio. Tal era el medio que se había adoptado para aterrorizar á los patriotas, y para ahogar el sentimiento de libertad é independencia, que semejantes atrocidades estaban muy lejos de extinguir.

Observando que la plaza había quedado abandonada y que se había retirado el centinela de vista, salí de la capilla en busca del carcelero, para suplicarle que me quitase los grillos; pero aun cuando le ofrecí acompañarle en su fuga, no accedió á mis ruegos, por temor á las amenazas que se le habían hecho. Por fortuna se presentó en aquel momento el Sr. Orzúa, quien le suplicó también me pusiese en libertad, bajo la promesa de presentarme luego que se supiese la llegada del ejército español. Entonces condescendió el carcelero; y caro hubo de costarle aquel acto de generosidad, pues según supe después fué condenado á ser pasado por las armas.

Una vez fuera de la cárcel, me dirigí á mi casa en busca de mi espada y mi caballo para volver á libertar á los otros prisioneros. Al regresar á la plaza, lo primero que se presentó á mi vista fué la guardia de la casa de Puy, que me daba el "quién vive"—España! contesté.

—Quién es U.?

—Y Uds. quiénes son?

—La guardia del gobernador.

—Pues yo soy el demonio que pronto vendrá á cargar con todos Uds. Y volviendo riendas como si fuese á reunirme con otros, dí la voz de "Adelante."

Apenas la hubieron oído, cuando abandonaron el puesto y huyeron precipitadamente: ellos suponían que ya los españoles se habían marchado. Dirigíme entonces á la puerta de la cárcel: eché pié á tierra, y sin decir una palabra á la guardia, que tomándome tal vez por un oficial español no me opuso resistencia, comencé á repartir sendos sablazos con

tal furia, que todavía se conserva la señal de uno de tantos en una hoja de la puerta. La mayor parte de los soldados, sorprendidos y aterrados, se echaban por tierra, y al fin huyeron todos, quedando solo el carcelero, á quien mandé que abriese inmediatamente los calabozos donde estaban las ciento quince víctimas preparadas para el sacrificio, amenazándole con pasarle de parte á parte con la espada si no cumplía inmediatamete la orden. El carcelero se negaba tenazmente, hasta que me arrojé sobre él dándole un fuerte planazo con la espada. A semejante argumento se decidió á abrir las puertas, y tal fué el terror que se apoderó de él, que no acertaba á meter la llave en la cerradura, lo cual producía una demora que me llenaba de angustias, pues ansiaba salir cuanto antes de aquel lance para ir á tomar el caballo que había dejado en la calle. Por fin se abrieron las puertas, y los presos que tenían grillos, sin esperar á que se los quitasen, salían precipitadamente á esconderse cada cual en el lugar que creía más seguro.

La empresa de libertar los presos fué arriesgada en extremo, y temeraria por haberme introducido en la cárcel, expuesto á que llegara una partida enemiga, que fácilmente se habría apoderado de mí en aquel lugar tan peligroso y de tan fatales recuerdos. Puestos en libertad los presos, marché á la casa en que estaban también detenidas algunas señoras, é hice que se les abrieran las puertas.

. . . .

(Autobiografía del Gral. José Antonio Páez.-Tom. I, cap. III.)



COMBATE DE MATASIETE.

....

....

ERA la época pavorosa y cruenta en que Sud América batallaba contra la Metrópoli española, lidiando por conquistar su independencia y sus derechos autonómicos.

El proceso de la Revolución estaba en uno de esos períodos críticos en que el entusiasmo se entibia, á fuerza de reveses, y la opinión flaquea, por carencia absoluta de elementos para alentar sus manifestaciones.

Bajo tan desconsoladores auspicios, las legiones aguerridas enviadas por el Monarca de España en los numerosos bajeles que constituían la poderosa escuadra expedicionaria, mandada por el General Don Pablo Morillo, surgieron en las costas de Margarita, circunvalando la isla como dentro de un círculo amurallado de hierro.

En efecto, *veintidós buques* de alto bordo, conduciendo *tres mil soldados veteranos*, orgullosos de su cuna y envalentonados con los triunfos y la *santidad* de su causa, ¿cómo no habían de bastar en su concepto, para destruir aquel *nido de rebeldes*?

Con tal propósito y juzgando, sin duda, segura la victoria, el día 17 de Julio de 1817, desembarcó el General Morillo sus huestes sin oposición alguna, por el lugar llamado *Los Varales*, en momentos en que Margarita no contaba con más de 1,300 hombres, mal armados y escasos de pertrechos, á las órdenes del muy digno y patriota Gobernador de la Isla, General *Franciso Esteban Gómez.*

Una sucesión de combates, á cual más reñido y sangriento, tuvieron efecto en aquellas playas y colinas, teatros de hazañas prodigiosas y para siempre memorables.

Los valientes oficiales *Joaquín Maneiro*, *J. Tenías* y otros esforzados campeones, fueron de los primeros que escarmentaron la audacia de los invasores; habiendo sucumbido gloriosamente en esas jornadas, el bravo margariteño *Benítez* y el denodado hijo de Caracas, *Vicente González.*

Unos de los combates más terribles y el que reflejará por siempre gloria inmarcecible sobre nuestro *Héroe*, es la función de armas llamada la acción de "Los Cocos" en el cerro de *Matasiete*, que domina la Asunción, capital de la Isla.

Cuenta la tradición, que en las primeras horas del día 31 de julio de 1817, el temido General Don Pablo Morillo se dejó ver en la cumbre del cerro, rodeado de sus numerosas huestes, vestido de blanco, á la sombra de paraguas de color verde. Su alta talla y sus palabras llenas de soberbia vejatoria para aquel pueblo digno, llevaron la indignación al ánimo de los margariteños y exacerbó el alma del intrépido *Gómez*, quien á pesar de que sólo disponía de fuerzas inferiores, ordenó el ataque mucho más arriesgado y peligroso, cuanto que debían lidiar subiendo, pues quedaban dominados por las tropas españolas; pero se efectuó la carga con tal arrojo y habilidad, parapetándose los patriotas margarite-

ños de trecho en trecho, detrás de las matas de coco y las escabrosidades del terreno, que pasmó al denodado jefe español, é hizo inútiles los frecuentes choques de los invasores; porque los bravos neo-espartanos los rechazaron desesperadamente, durante siete horas y media de brega, en que literalmente no daban tregua á sus fuegos, pues hasta para comer algo, eran las mujeres las que le ponían el alimento en la boca, mientras aquéllos cargaban sus armas.

En medio de esta acción, tan porfiada como desastrosa, llegó á tal grado la bravura del héroe margariteño, que poniéndose faz á faz de Morillo, le dirigió la palabra intimándole á que decidiese aquella contienda el reto personal; y terminó apostrofándole con estos enérgicos conceptos. "Redime con tu sangre tantas vidas; y no cifres tus glorias en la matanza de nuestros hermanos." Tal apóstrofe tiene mucho de la sublimidad de Eschiles.

He aquí el alma de todos aquellos jigantes, hablando por la sola boca de un titán.

Ese reto de *Gómez* á Morillo, es algo así como una imprecación contra la tempestad.

Es la expresión tempestuosa del patriotismo, en su más sublime exaltación, contra la serenidad impasible del deber.

Véase ahora lo que dijo el famoso y valiente Morillo, en una nota á la Corte de España, con motivo de esta acción memorable y gloriosa para la patria: "El combate de *Matasiete* fué sangriento y tenaz; los rebeldes se batieron desesperadamente, y estuvieron tan obstinados que, á pesar de las repetidas pérdidas que sufrían en las cargas de su caballería, volvían á los ataques con tal furia, que muchas veces se les vió mezclados con las tropas lijeras."

A consecuencia de esta jornada, encaminóse el

ejército español al puerto de Juan Griego, en cuyas aguas permanecía surta su escuadra; y con tal motivo trabóse en este pueblo una de las luchas más cruentas y encarnizadas de la Isla.

Los margariteños, cediendo solamente al número, se refugiaron en el recinto de la fortaleza, defendida ésta sólo por 200 hombres al mando de los renombrados oficiales *Juan Rodulfo*, *Ceferino González* y *Juan Fermín;* que pelearon como leones, lo mismo que la valiente guarnición dirigida por el coronel Juan Bautista Cova y el capitán Juan B. Figueroa, quienes también hicieron prodigios de valor, "sosteniendo por cuatro horas un combate á todas luces desigual," hasta que, perdiendo toda esperanza y viéndose cercados, el capitán Juan Fermín, ínclito Ricaurte de esta escena terrible, dió fuego á un repuesto de pólvora que aun quedaba; echándose luego, los más de ellos al mar, por no rendirse, mientras que el bravo Ceferino González, se abrió paso á pedradas, por entre los enemigos; y el intrépido Francisco Adrián tuvo la serenidad de embarcarse solo, en un frágil barquichuelo que arrebató en la playa; y en vez de salvar su vida, fué á encerrarse en el fortín, á defender su causa hasta que pereció heroicamente, en unión de sus demás compañeros.

Muchas mujeres, heroínas de la libertad, que llevaban piedras á sus hijos y esposos para combatir al enemigo, sucumbieron al rudo golpe de las bayonetas españolas.

Allí también alzó monumento fúnebre, pero radiante de gloria, el valeroso *Cayetano de Silva*, comandante de las baterías. Murió como un héroe de las legiones de César, enarbolando el pabellón tricolor sobre la rueda de sus cañones.

Los pocos prisioneros hechos por los españoles

en esta acción espantosa, fueron atrozmente degollados.

Sucedía todo esto á tiempo que el impetuoso *Francisco Antolín* atacó, en Paraguachi, con tal denuedo un cuerpo de 200 españoles, que habían desembarcado en aquel punto, que los puso en completa derrota, obligándolos á reembarcarse precipitadamente por el lugar llamado *El Cardón.*

Mas luego, la escuadra expedicionaria se dirigió al puerto de Pampatar, conduciendo los restos del grande ejército español, el cual cumplido precisamente un mes de su desembarque, evacuó la isla el 17 de Agosto de 1817 "para no volverla á pisar jamás."

¡Gloria eterna á la invicta Margarita y á su insigne defensor!

El caudillo español, refiriéndose á la desastrosa toma de Juan Griego escribió estos célebres conceptos, para honra perpetua de los margariteños: "Estos malvados, dijo entónces Morillo, llenos de rabia y de orgullo con su primera ventaja, en la defensa parecían tigres, y se presentaban al fuego y á las bayonetas con un ánimo de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo..... Llegaron al último extremo de la desesperación y apuraron todos los medios de defensa: no contentos con el fuego infernal que hacían, arrojaban piedras de gran tamaño; y como eran hombres membrudos y agijantados, se les veía arrojar una piedra enorme, con la misma facilidad que si fuera muy pequeña."

Tales palabras en boca del valiente Morillo constituyen el más justo y digno elojio de los nobles hijos de Margarita.

ANDRÉS A. SILVA.

(Apoteósis del egregio neo-espartano Francisco E. Gómez.—Imp. de *La Opinión Nacional.* Caracas.)



HISTORIA DE UN NIÑO JESÚS

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

I

La guerra á muerte

ORRÍA el año de 1814. Fecha lúgubre y terrible para la causa de la emancipación de Venezuela.

Desde Oriente á Occcidente, el territorio aparecía como una inmensa charca de sangre americana, bajo una tempestad deshecha de cruentos combates.

El ángel de las derrotas batía sus fuertes alas sobre las armas republicanas. Y sin embargo, no hubo año más fecundo en rasgos de valor y heroísmo.

En ese año fué el memorable sacrificio de Ricaurte: sublime, edificante acción, cuya grandeza hizo suspender la encarnizada lucha, llegando su mágica influencia hasta hacer que amigos y enemigos, mudos de asombro y helados de espanto, doblaran muchos la rodilla ante la espesa columna de humo que se llevaba el alma del héroe.

Rívas Dávila exhalaba en el campo de batalla el último suspiro, dando víctores á la República.

Carvajal, el sin igual valiente apellidado entre sus conmilitones *Tigre Encaramado*, por lo extraordinario y rudo de su heroísmo, se dejaba matar abrazado á un cañón enemigo en el acto de hacerlo presa suya.

Las batallas degeneraban en combates particulares, provocados de ordinario por los patriotas.

En el ejército republicano, los soldados eran héroes, y los jefes dioses del valor.

Pero la causa estaba casi perdida. Los esfuerzos y los sacrificios se estrellaban contra la adversa suerte.

Subyugado el Occidente, las armas republicanas iban de derrota en derrota hacia el Oriente, buscando en una tierra patriota un asilo que pudiera servir de baluarte poderoso á sus aniquilados restos. Aquello más bien que una marcha, era una fuga. Y sobre sus huellas iban precipitadas las feroces bandas sostenedoras del rey Fernando, como cuervos hambrientos atraídos por los síntomas de la muerte.

Da horror hacer reminiscencia de las crueldades de aquellos tiempos. La atroz pasión de la matanza no se limitaba á cebarse en los venezolanos armados ni se saciaba en ellos solamente ; sino que penetraba en la familia sin respetar sexo ni edad, y desgarraba su seno. Al asesinato sucedía el asesinato, la rapiña y el despojo á la postrimera agonía. La misericordia había enmudecido ; y la fuerza impudente y brutal desplegaba, victoriosa, su ostentación en el crímen como un elemento desencadenado.

Para las familias patriotas no había hogar ni asilo seguro, y mujeres, niños y ancianos marchaban tras el ejército, como un pueblo nómade que no halla suelo donde levantar tranquilo sus tiendas. Era una población flotante, fatigada por las marchas,

abatida por la desgracia, mutilada y diezmada por los desastres de la guerra. Pobres mártires! Sufrían por la patria, y la patria era entonces para ellos apenas el limitado espacio de un sepulcro!

II

Consternación y lucha

El huracán de las derrotas había llevado á Cumaná una interesante caravana de emigrados; y la ciudad de cristalinas aguas y cielo trasparente, dulcificaba con su genial y espansiva hospitalidad, las amarguras de los huéspedes peregrinos. Era una tregua al cansancio—el agua pura y fresca para el jadeante viajero—el beso, que embriaga y adormece, de la casta enamorada al galán que llega, pasada larga ausencia.

Una tras otra aurora venía tranquila, saludando con su fresca brisa á la confiada ciudad, sentada, amorosa con sus huéspedes, á las orillas del alegre Manzanares.

Pero una mañana tornóse de súbito en ansiedad su faz risueña. Habíase levantado en su horizonte una densa nube de polvo, que aceleradamente aumentaba aproximándose á sus puertas.

¿Qué era?

En días de conflicto todos los síntomas parecen fatales. Al escondido fugitivo lo asusta su propia sombra, y hasta el lijero ruído de un pájaro que vuela le causa sobresalto. El militar sitiado ve ejércitos en lo que no es sino una hilera de palmas sembradas en la cercana colina. El nocturno cami-

nante que ha errado la vía, mira por donde quiera fantasmas amenazadores.

Una nube de polvo ¡ Pobre Cumaná ! El corazón no te engañaba en esta vez.

El sol ilumimaba de lleno la desnuda sábana que promedia entre la ciudad y el puerto, cuando la densa y alta polvareda comenzó á disiparse en campo raso, porque había hecho alto el cuerpo que la precedía.

Pudo entonces distinguirse, desde las blancas almenas, el brillo de las armas enemigas y el delineado conjunto de un ejército numeroso.

La ciudad se sintió como herida por el rayo, y tembló como al impulso de un choque galvánico.

—Boves ! ! ! exclamaron aquellas pobres gentes, dominadas por el espanto y el terror que inspiraba este nombre en aquellos crudos tiempos.

La población se lanzó á las calles, desatinada, sin saber á dónde huir.

Tronó el cañón republicano llamando á las armas á todos los que pudieran llevarlas, y el tambor y la marcial corneta dieron al aire los bélicos sones de la tremenda *generala*.

Todo era alarma y confusión.... Mas, dominando aquella situación desesperada, veíase á un joven adalid, de exterior agradable y palabra simpática, que interrogado y detenido á cada paso, iba y venía, inquieto y solícito, ora inspirando aliento, ora comunicando el valor, ó ya dictando acertadas y severas órdenes militares.

Oh, Piar ! En este momento en que se echan á tu cuello los brazos de una población desgraciada; cuando te rodean y mojan con sus lágrimas tu vestido de guerra numerosas familias por quienes te ofreciste al verdugo, yo quiero pedir para tí, sin reconvenciones ni tristes recuerdos, la admiración de mis compatriotas. ¿Qué es tu misma sentencia ?

¿qué es tu sepulcro? Ah! motivos de compadecimiento y de fascinación.—¡Héroe romántico del valor y de la desventura, tus cenizas exhalan un perfume que desvanece todas las sombras y hace eterno el prestigio de tu desdicha!

Antes que entregar la garganta á la implacable cuchilla del feroz asturiano, era preciso luchar, probar á detener al verdugo ante su víctima; y resolviéndolo así Piar, con singular gallardía, seguido de su escasa tropa, salió al encuentro del poderoso enemigo, desplegado el pabellón de la patria y dando víctores á la República. Aquello podría decirse que era un suicidio heroico. Pero no había alternativa posible. O ser alcanzados en la retirada y entregados al degüello, ó buscar en una lucha gloriosa la última probabilidad de salvación para una ciudad interesante.

Entre tanto la población llenaba los templos; inútil asilo en aquella época calamitosa, porque no era respetado por los mismos que vinieron, en nombre de la fe y con la santa enseña de la Cruz, á tomar posesión de la incauta América. Sabíanlo todos muy bien; pero aun para aguardar una muerte segura ¿qué desamparo es el que no se pone bajo la égida del Supremo Dios?

No tardó en dejarse oir el aterrador disparo del cañón, acompañado de un nutrido fuego de fusilería. A las puertas de la ciudad, en la Sábana del Salado, se había encontrado Piar con las huestes del temido Boves, más fuertes en número y en elementos; y como dos luchadores á brazo partido que se han jurado un duelo á muerte, trabaron frente á frente y con denuedo la pelea en el punto en que se vieron.

Había ésta comenzado mortífera, y debía concluir pronto.

III

En el templo

Ahora, mientras en tan desigual como pavorosa lid, se decide el destino de la ciudad consternada, penetremos en este recinto sagrado de la piedad y del amor divino. Aquí está Dios ! Esos sollozos y esos ruegos, esa muchedumbre puesta de hinojos mojando las baldosas con sus lágrimas, están denunciando su presencia misteriosa ; porque Él está donde están los que sufren....

El espectáculo es conmovedor ! Cerradas se hallan las puertas, y dentro de las cuatro santas paredes apiñada gente sella el suelo. ¡ Qué desconcierto y qué desolación ! Los niños lloran, como presintiendo en su inocencia la catástrofe que les aguarda. Las matronas y las vírgenes tienen el corazón desgarrado por el temor al oprobio, más bien que á la muerte. Los ancianos pegan la frente del suelo.... Una miniatura de los efectos que causará en el último día el sonido de la trompeta que anuncie al mundo la hora del juicio universal !

Tal era el indecible pánico que en aquella cruda época llevaba á los corazones ese ser, afrenta de la obra divina, de alma feroz é implacable y brazo destructor, que se llamó Boves.

El eco sordo del cañón hace mover de inquietud á los tristes asilados, como si la tierra temblara amenazando abrir sus senos.

Personas agrupadas al pie de la virgen del Carmen, hunden sus crispados dedos en los pliegues

del manto de la imagen, como para no dejarse desprender de allí.

Una joven madre, descubriendo el albo seno, en el olvido que ha hecho de sí misma, enajenada en llanto, muestra al Crucificado su recién nacido hijo.

Y delante de un altar en cuyas aras hay un *Niño Jesús*, está arrodillada una joven como de diez y ocho años, blanca, hermosa. Hondos suspiros agitan su abultado pecho, y del ropaje negro en que está envuelta, saca de vez en cuando su mano blanca y fina y lleva un pañuelo á los ojos, grandes y dulces, como debió tenerlos la Virgen de Sion.

Solloza y habla suavemente, pero con acento conmovido.

—Jesús! Jesús!— dice aquella voz simpática —Santo Niño.... esperanza del náufrago.... consuelo del triste!.... ¿Qué va á ser de tu pobre devota....?

Lloraba entonces amargamente.

—Jesús!— continuaba —Mi madre, que se extravió en el tumulto de la calle al salir conmigo.... ¿la volveré á ver, Jesús mío....? Sola.... sola, Niño adorado.... no me salvará tu misericordia....? Ah! por la Inmaculada Virgen que te tuvo en su seno, que vuelva yo á abrazar á mi madre! que mi persona no sufra ninguna afrenta....!

Y como si al pronunciar la última palabra un pensamiento sombrío le hubiera vagado por la imaginación, púsose de pie, cesaron de repente sus sollozos, y por sus mejillas rodaron silenciosamente dos gruesas lágrimas, amargas como el terrible sentimiento que las hacía brotar. Su rostro se tornó encarnado, como si toda la sangre del corazón le hubiera subido á la cabeza. Y juntando entonces las manos, en ademán suplicante, dió salida á un doloroso gemido, rompió á llorar y continuó con frases entrecortadas:

—Jesús, Jesús! antes la muerte.... que perezca yo al instante.... que los verdugos no encuentren sino mi cadáver, en este mismo sitio en que te adoro.... Ah! Dios mío.... !

Callaron en ese momento los sollozos, las súplicas y las oraciones. Habían cesado repentinamente las descargas de la artillería, señal inequívoca de que los republicanos tenían perdidos sus cañones; y aquella muchedumbre, pendiente su suerte del éxito de la batalla, angustiada, atento el oído, contaba anhelante los disparos de fusil, que sonando ya á desiguales intervalos, demostraban ser los últimos.

Supremo era el instante! El silencio de las armas de fuego podia tomarse como un signo de muerte, y ese fatal signo llegaba. Largo rato después de la última detonación, aquella indefensa gente estuvo aguardando como queriendo alargar el tiempo, como queriendo dudar de la certeza del sangriento drama en que iba á ser víctima. Pero en vez de una nueva señal de combate, lo que percibió á lo lejos fué el sordo rugido y la extraordinaria grita de la numerosa turba acaudillada por Boves, que invadía la ciudad, como una ola encrespada y furiosa que amenaza envolverlo todo.

—Perdidos! fué el grito unánime que resonó en el templo.

Aquí el terror, aquí la confusión! Hubo personas que buscaron un refugio en los retablos, otras que se ocultaron tras las imágenes, y otras que pretendieron levantar las lozas de las bóvedas sepulcrales, solicitando así una defensa contra la muerte en los recintos de la muerte misma!

En ese instante de suprema agonía, aquella niña de rostro interesante y delicada naturaleza, acercóse al altar, convulsa y trémula de espanto, y tomando en sus brazos al *Niño* que adoraba, lo estre-

chó contra su seno, lo besó, lo bañó con sus lágrimas; é iba á devolverle á su santo pedestal, cuando la multitud, agitándose en tropel, la obligó á separarse de aquel sitio, con el *Niño* aún en sus brazos, arrastrándola, envolviéndola en su confusión.

IV

El azote de Dios.

Vencida la pequeña fuerza republicana, pero después de haber cubierto el suelo con sus cadáveres, las huestes del rey se lanzaron sobre la inerme ciudad, como una manada de lobos sobre un cadáver abandonado.

La entrada de Boves á Cumaná es un episodio lúgubre y sombrío de nuestra historia. Las tradiciones refieren horrorosos detalles, con la inagotable elocuencia de la imaginación popular que, á través de la distancia, se complace en dar un interés romanesco á la memoria de los hechos característicos del tiempo.

Cuentan que, durante el tumulto y la confusión, los invasores se hallaban dispersos, entregados á todo género de horribles desmanes. La naturaleza sufrió allí sangrientos ultrajes. No hubo compasión ni tregua. La joven sorprendida á mano armda, no pudo hacer inviolable el umbral de la casa materna. Tras el ultraje, el degüello. La ciudad fué escarnecida y bañada en su propia sangre.

Uno de aquellos hombres impíos enarbolaba por las calles, sobre la punta de su lanza homicida, la cabeza de un patriota.

Un respetable anciano, conocido adicto á la causa del rey, sale de su morada en busca de un hijo, partidario de la República, para haber de salvarle. Encuéntralo en la calle, y no pudiendo hacer en el instante otra cosa, inminente como era el peligro, toma su sombrero, que llevaba la divisa de los realistas, y cambia con el hijo, que de este modo no podía ser ya confundido con los patriotas. El buen padre contaba con que sería reconocido por sus compañeros. Ambos se abrazan tiernamentè y toman luego opuestas direcciones, derramando el hijo lágrimas de amor y de gozo, por deber á su padre la salvación, y lleno de dulce expansión y rebosando dicha el padre, por haber libertado á su hijo de la muerte. Mas á poco de haber andado, el confiado anciano se vió perseguido por dos esbirros.

—*Insurgente!* le gritaron.

Volvió la cara y quiso hablar. Pero fué inútil. Un furioso golpe de sable lo hizo bambolear y caer sin vida.

Precedida por la algazara de la soldadesca, una matrona era extraída de un templo é inmolada cruelmente en medio de groseros chistes dirigidos á su visible maternidad.

Los templos fueron ocupados y puestos á saco; y Boves mismo se instaló en ellos, á pasar revista detallada de las personas patriotas, á elegir víctimas y á dictar sentencias crueles. Los altares fueron hollados, despojadas de sus ricas vestiduras y prendas de valor las imágenes, que una vez desnudas, eran arrojadas á las plazas con diabólica indiferencia. Aquella turba brutal estaba ciega, como dominada por un delirio feroz, obedeciendo á un insaciable vértigo de sangre y de esterminio.

Derribadas á pedazos bajo el golpe del hacha las puertas de los templos, los asilados que no hallaron escondite, ó que no se sintieron con el valor se-

reno que espera tranquilo la muerte, ó á quienes el miedo no dejó mudos y como petrificados en el sitio en que se hallaban, se lanzaron en tropel hacia afuera, á la ventura, mezclándose con sus victimarios, quienes descargaban sablazos en todas direcciones, como tira de la hoz el segador ansioso de concluir su tarea....

Suspendamos estos horrorosos detalles. Procuremos descanso al espíritu, que bien lo necesita después de haberse engolfado en el recuerdo de esa terrible tragedia que desgarra el corazón, á pesar de los años que han trascurrido.

Y sigamos los pasos de aquella joven de palabra espiritual y cristiana, ademán atractivo y romántica figura, ferviente devota del Hijo de María, y á quien hemos visto perderse en la confusa gente, llevando en sus manos la imagen del Niño Jesús.

V

Un talismán ignorado.

Juventud, belleza, espiritualidad. Rica presa para aquellos desalmados, que, teniendo de hombres la figura, abundaban en los instintos de la bestia.

Dos de los primeros que hollaron el sagrado sitio, fueron hacia ella. Estaba arrodillada y sin movimiento, tétrica, pintado el espanto en su fisonomía, con el Niño Jesús en sus brazos.

—Piedad! piedad! señores, dijo con doliente voz.

Ah! aquella actitud y aquel acento eran para ablandar el corazón más duro. Una niña que su-

plica, con la expresión de la más desolada angustia y poniendo por intermediario á Dios, entreabre, con el perdón obtenido, las puertas del cielo, como una sonrisa que dice al alma generosa: "todo lo demás está olvidado." Es la Divinidad misma mostrándose al pecador en su supremo momento, ya en la pendiente de su perdición, para decirle: "detente: es tiempo todavía de volver á mi amor."

Infeliz del que no atiende á esa voz secreta, que en las grandes peripecias de la vida nos grita á todos en la conciencia y en el alma!

Aquellos dos desgraciados ahogaron en una satánica carcajada los más sublimes sentimientos de la piedad y de la religión, y en sus semblantes se delineó el más brutal júbilo.

—El *Santo* y tú, le contestaron.

Y á la vez que uno arrancaba de sus brazos el Niño Jesús, el otro ponía la tosca y nervuda mano sobre su blanco hombro, en demostración de haberla hecho presa suya.

Pero un incidente prodigioso ocurrió en el instante. Al pretender el uno despojar de sus prendas al Niño, como tenía en sus manos el arma de infantería y se hallaba algo entorpecido por no desprenderse de un lío con objetos de valor que había tomado al comenzar el saqueo de la ciudad, cayósele la imagen, prendiéndose su vestido en la llave del fusil, que al punto disparó, yendo la bala á atravesar los ojos de un compañero.

La detonación y la sangre que bañó el rostro del herido, atrajeron inmediatamente al sitio otros soldados, quienes interpretando aquel casual hecho como una crueldad intencional, maltrataron atrozmente al agresor, y sin oirlo, irritados y coléricos, lo hicieron marchar á golpes de vara, como reo de traición que había atentado contra la vida de un

compañero; mientras que tomaban sobre sus hombros el cuerpo del ciego.

Aprovechándose la joven del suceso, separóse en oportunidad de aquel grupo, pronunciando el nombre de Jesús, su salvador, cuando ya el crimen la contaba segura entre sus garras. Pero, viéndose sola, sin la imagen querida que le inspiró valor en aquellas horas de angustia, resolvió salir, y cubriendo lo posible su faz con el negro pañolón que llevaba, apresuróse hacia la puerta principal del templo. Allí pretendió detenerla un soldado realista; pero en el instante fué llamado por su oficial que le ordenaba la persecución de un insurgente. Más adelante otro quiso con obstinación que se descubriera: y tuvo ella que mentir acerca de su edad y de la bandera que abrazaban los hombres de su familia. Fué un milagro que pudiera deshacerse de este lance. Y ya en la calle, sin poder volver atrás, conoció por lo que veía, que la rodeaban grandes peligros. Perdió entonces el valor, mas no su fe, y bebiéndose las lágrimas murmuró.— *Jesús! Jesús! ¿no me salvarás?*

Como si el suelo hubiera sentido su invocación, al pronunciar la última palabra, tropezó y cayó con las manos puestas sobre un obstáculo que se le oponía.

El miedo es uno de los sentimientos que con más prontitud debilitan la naturaleza física y sobrecogen el espíritu, anulando en ocasiones por completo la inteligencia. Un ser de quien el miedo se apodera, ni ve ni oye ni sabe adonde va ni acierta á nada. La delicada joven se sentía ya en esta situación, y podía decirse que estaba perdida. Incorporóse, y al alzar su cuerpo trajo maquinalmente en sus manos el pequeño bulto que la había hecho caer. Sin verlo siquiera, como una loca maniática, ocultó tras el abrigo y contra su seno aquel objeto,

y sin descubrirse el rostro continuó apresurada su camino hacia la casa de sus padres. Estaba dominada por una fiebre intensa.

Cómo en aquel día una niña sola pudo atravesar las calles sin ser víctima de los inclementes soldados realistas, es cosa que sorprende y parece increíble, si no alzamos cristianamente los ojos al Cielo, protector de la inocencia y de la virtud en desamparo.

Sufrió indecentes apóstrofes y grotescas lisonjas. Cada paso fué un peligroso encuentro; pero en todos ellos la Providencia, nada más que la Providencia, salvó el honor y la vida de aquella niña sola, indefensa, medio loca. En su desvarío, balbuceaba reiteradamente la misma frase: *Jesús! Jesús! no me abandones!*

Algunos que la detuvieron, al oirle esta invocación por única respuesta á todas las preguntas que le dirigían:

—Está loca, exclamaron y la dejaron.

Acertó á llegar en seguida una mujer, en cuya cabeza comenzaban á mezclarse al lustroso azabache hebras de cabello cano, y cuya figura y ademanes denunciaban á la matrona de buena estirpe y distinguida educación. Ansiosa, desolada, andaba aquí y allá preguntando á todos —"¿la habéis visto?"— y añadiendo siempre en tono suplicante: —"no le hagáis nada, es un ángel."

—A quién aludís, señora insurgente?— le replicaron con burlona risa. —Id á reuniros con aquella loca, para que juntas os mande el General á los hospitales.

—Loca! ¿Será ella? Dónde está? Decídmelo, por Dios!

—Hela allí, matrona. Aquella chica que cuida más del bulto que lleva bajo su pañolón, que de sí misma.

Con los brazos abiertos y latiéndole el corazón fuertemente, corrió la desdichada señora hasta reunirse á la joven. Al mirarse aquellas dos mujeres, dos gritos se escaparon de sus pechos.

—Hija!

—Madre!

Y se precipitaron la una en los brazos de la otra........

VI

El Santo Niño.

Un lecho sobre el cual hay una enferma. En un rincón del aposento un cuadro sagrado y una luz. El cuidadoso silencio; y apartando las cortinas de la cama é inclinándose hacia ella una madre llorosa y solícita: todo nos está revelando el ansiado asilo, el dulce hogar doméstico.

Por una misteriosa casualidad, junto á la luz, envuelto en el pañolón está el ignorado objeto con que la turbada joven atravesó las calles.

Ella ha sucumbido, después de la recia tempestad, como el lirio que se inclina, débil, terminada ya la lluvia que lo ha azotado.

Después de un letargo profundo vino el delirio. Soñaba probablemente que pisaba todavía sobre el espantable teatro del horrendo desastre que acababa de presenciar; y de sus labios salían nuevamente en angustiosa voz estas palabras:

—Jesús! Jesús! no me abandones!

Poco después, la calma se pintó en su semblante, y durmió. El sueño tranquilo y apacible es un

delicioso bálsamo para las fatigas del cuerpo y para el espíritu cansado: es un reparador dulce de los estragos que una situación angustiosa deja en nuestro corazón. La naturaleza hizo por sí sola su admirable prodigio, y la joven despertó serena, tranquila, con la luz de la inteligencia en sus melancólicos ojos, y la expresión del juicio en su tersa y blanca frente.

Antes de decir una palabra, hizo el ademán de querer recordar algo que no podía explicarse, hasta que al fin preguntó:

—Madre! ¿qué traía yo estrechado contra mi seno?

—No lo sé, hija mía. Por pensar en tí no he reparado en más nada. Aun está envuelto ese objeto en tu pañolón. Veámosle.

Acercóse al rincón, y á la claridad de aquella luz devota, desenvolvió el lío.

—Un Niño Jesús! exclamó.

—Ah, madre querida! El mismo que adoré en la iglesia, y á quien le pedí por tí y por mí. Nos ha salvado!

Y lloró, de inefable placer. Lágrimas de dicha, de reconocimiento, de fe. Lágrimas edificantes, que no derraman sino las almas buenas y cristianas.

El Niño Jesús había sido recogido del suelo por uno de los soldados que en el templo acudieron, atraídos por aquella detonación y aquella herida, que fué como un castigo prodigioso descargado contra el brusco realista, en momentos en que se declaraba dueño de la más bella, de la más pura y acaso de la más religiosa de las infelices asiladas. Despojado de sus prendas en el acto, el Santo fué arrojado á la plaza, en donde su fervorosa y constante devota, al invocarlo, tropezaba milagrosamente con él, levatándolo luego, distraída, sin saber aún lo que era. En sus brazos el precioso talismán recompen-

só su fe, escudándola con sus portentosas virtudes, contra los peligros de aquel día.

—

Y bien, lector, ese *Niño* existe, con un dedo quebrado desde el 16 de Octubre de 1814, que fué el día de la lúgubre catástrofe á que acabo de hacer mención. Intencionalmente se le ha dejado el descalabro que sufrió al dar contra el suelo. Es una linda imagencita que figura dormir, puesta la mejilla sobre la palma de la mano derecha. En mi infancia lo he besado mucho, y lo he tenido en mi presencia, mientras me referían su historia los labios más venerandos que ha habido para mí en el mundo.

P. Ezequiel Rojas.



TRADICIÓN

—

SOBRE la cumbre que domina una extendida ladera cubierta de verdes maizales, que al amor de las brisas mecen sus esbeltos tallos, se ve una choza pajiza, pero amplia y cuidada. Una sola habitación tiene el recinto: á media altura del suelo hay una troje de cañas unidas con fibras de pita, donde existen aún rubias mazorcas de la cosecha última; del muro penden dos arcos y un puñado de flechas; en un ángulo, las piedras del hogar, donde se dora la res que sorprende en su rápida carrera el cazador, y se cuece el humilde pan del indio; dos grandes piedras toscamente labradas, que sirven de asientos, una ancha estera y dos chinchorros adornados con plumas completan el pobre ajuar de la cabaña, donde reinan á no dudarlo, la paz y la alegría, porque en los bellos ojos de Soraima brilla el contento de una esposa amada; su tez de canela tiene cálidos tonos y vaga por sus labios dulce sonrisa de purísimos afectos.

"Tarda ya Amacaro," se dice la hermosa Soraima y dirige hacia la puerta sus pasos. El sol rendía ya su jornada; había dado calor al hombre y á la

planta de un hemisferio. y movido por el dedo de Dios iba á madurar la uva, á cuajar el trigo y á calentar los hogares del Europeo.

Y Amacaro, siempre solícito y amante, no llega aún á los brazos de Soraima.! Por ventura le ha alejado el ardor de la caza, y traerá rico botín.. y Soraima contempla el bosque, que confunde en lontananza su verdura con la púrpura que derrama el sol en Occidente.... y contempla el cercano maizal....¡y torna á sonreir.... y aguarda.

—

Llega por fin con paso tardo y severo semblante el cazador, sin que presa alguna oprima sus robustos hombros, sin que falte una sola flecha en el carcax.

"El día ha sido malo," exclama Soraima corriendo al encuentro del compañero amado. "¿Por qué tan perezoso, que no ha tendido hoy el arco el fuerte brazo? ¿Por qué tan adusta la noble faz de Amacaro, contento y orgullo de la noble Soraima?"

—Sí, ha sido malo el día, Soraima, más de lo que imaginas. Se condensan tempestades sobre la colina y el valle.... Anoche soñé que llovía sangre, que el rayo incendiaba nuestra pobre cabaña; y lloverá sangre, amiga mía, y el fuego agostará el maizal!

—¿Qué dices, Amacaro, qué sucede? pregunta trémula y azorada Soraima.

—Oye, Soraima, y no tiembles, que nacería trémulo el hijo de nuestro amor, y es preciso que sea más fuerte que su padre, porque vienen días de prueba en que no sobrará esfuerzo. Soraima, el hombre blanco se acerca, y es fama que dispara el rayo y que no ama; el terror y la muerte le acompañan, y aunque su corazón no es más grande que el

nuestro, aunque no supera al indio en ardimiento, dicen que manejando armas terribles y socorrido de fogosos brutos, abate á nuestras tribus como arrebata el hinchado torrente los sembrados de las vecinas vegas. El Grande Espíritu está enojado con sus hijos, Soraima, su diestra se ha levantado airada sobre el indio !

—Tú exageras, amigo mío.... ¿ por qué ha de hacernos mal el hombre blanco.... ? Acaso viene de paz.... tranquilízate !

—Los blancos vienen en pos de riquezas y goces y no tienen hogares, no traen esposas, Soraima ! ¿ Cómo esperar de ellos nobleza ni piedad ?

—¿ Y qué piensa el Cacique ?

—Vengo del bosque ; allí congregó á los ancianos del Consejo y á nosotros los jóvenes guerreros, y allí tendido el arco, bajo el samán sagrado, hemos jurado combatir hasta la muerte por la patria; é inmolar á los que vacilen en la tremenda prueba ; la cólera hinchaba el pecho de Guaicaipuro, había en sus ojos fuego, y en su palabra las palpitaciones del trueno que sacude la montaña.

—Que los labios de Soraima refresquen la fiebre que enciende tu frente, dice la enamorada esposa, y pone casto beso sobre los ojos del mancebo irritado, de los cuales brota ardiente una lágrima de coraje patriótico, al paso que anublan los de su hermosa compañera lágrimas de amor y de ternura.

—

Breves días han discurrido : el terrible español ha invadido los apartados valles donde moraban la paz y la ventura, destruyendo las eras, incendiando cabañas y requiriendo de amores á las sencillas indias ; ha llovido sangre sobre el prado y la colina ;

ha llovido fuego sobre los techos de paja. Pero Guaicaipuro ha jurado vivir libre ó morir, y lucha como el jabalí acosado, sin que turben su ánimo ni debiliten su pujanza las temerosas detonaciones del *rayo* español; y á su lado lucha también intrépido Amacaro, el esposo querido de Soraima.

En la falda que á la mansión humilde de Amacaro conduce, trábase lid sangrienta. Más numerosa es la hueste de indios que la tropa española, pero el arcabuz diezma á distancia la americana tribu, y el caballo desordena sus filas. "¡ Mueran los más, para que los menos castiguen la insolencia del blanco!" clama airado Guaicaipuro, y tras él, sin concierto, y ávidos de venganza, se precipitan los indios sobre el núcleo enemigo; la mitad queda en el campo; la otra mitad llega, rompe, destruye y sigue en pos de los vencidos, que huyen dirigiéndose al ameno valle en que empieza ya á alzarse ufana nuestra gentil Caracas. Amacaro derriba de su brioso corcel al español Diego Téllez; y mientras que los indios, dadas al viento las cimeras, corren tras los blancos fugitivos, Amacaro ofrece su mano al castellano herido, le lleva á su choza, y dejándole al cuidado de la bella Soraima, retorna en seguimiento de la vencida hueste. Empero, reforzados los blancos, y ansiosos de vengar el reciente desastre, vuelven caras y dan sobre los indios dispersos en el ardor de la persecución. Nada resiste entonces al brío del guerrero español, que sólo cesa de herir, cuando ya el brazo se rinde á la fatiga de la cruenta faena. Amacaro, herido, debe su salvación á la oscuridad de la noche, cuyas sombras cubren aquel escenario de duelo y de matanza. Pero Amacaro no puede tornar á su cabaña, y tiene que refugiarse en el bosque, dejando á su amante y hermosa compañera prisionera del enemigo.

—

En tanto Diego Téllez, convaleciente de su herida, pretende pagar el generoso perdón y la noble hospitalidad de su enemigo, hurtándole su único tesoro, el amor de Soraima la bella, adorno de la honrada estancia de Amacaro, gala y orgullo de toda la tribu. Pero Soraima es india, y su fidelidad incontrastable ; ama al esposo más que la yedra al muro, más que el pájaro al aire, más que á la flor el céfiro, más que á la onda el pez. Soraima es india, y tiene sangre de Guaicaipuro en las venas. El español la asedia, y ella, muda de indignación, le señala la puerta ; jura él no abandonar el puesto antes de oir una palabra de criminal amor, y lánzase la cuitada esposa camino del bosque, para ampararar en la espesura su fe y su honestidad. Síguela audaz el blanco pérfido, que poco ágil aún, á causa de su reciente herida, no logra alcanzarla ; y llega Soraima exánime al bosque sagrado ; se reclina en el pecho de Amacaro y espira de fatiga exclamando:

"Adiós, amigo, me llevo á tu hijo para que sea libre en el seno del Grande Espíritu.... amigo mío, véngate perdonando." Dice, y su alma vuela al seno del Grande Espíritu, al seno de Dios, donde se confunde toda virtud y de donde toda perfidia es inexorablemente rechazada.

—

No ha girado otra vez la luna en torno al planeta, cuando el tañido monótono del caracol salvaje convoca á los hijos de América á desigual pelea ; los convoca á la muerte. Nadie faltó á la lúgubre cita, y si alguno flaqueó delante del arcabuz ó del caballo, fué inmolado y sus manes consagrados al espíritu del mal. Terrible fué el conflicto ; de una parte la

destreza, el valor, la ambición; de la otra el patriotismo, el valor, la venganza. Fué esta la última vez que el Grande Espíritu protegió á sus hijos rojos: los castellanos dejaron el campo, y entre los prisioneros apareció, pálido y demudado, Diego Téllez á los ojos de Amacaro, que brillaron de súbito con siniestros fulgores. El que quiso matar con el deshonor á la esposa, y de hecho la mató de fatiga, el enemigo vencido y perdonado, el huésped desleal, ingrato y pérfido, está allí, no delante del juez severo y frío, sino delante del vengador. Tiembla de santa cólera el guerrero, y en su corazón hay conflicto más terrible que la brega del día. Extraviado por la venganza quiere derramar gota á gota la sangre del traidor; la voz de la pasión le enajena, mas la palabra de Soraima: "Véngate perdonando," tiene más resonancia en su alma, y con sobrehumano esfuerzo, con lágrimas de desesperación en los inyectados ojos y sollozos de dolor en la voz: "yo te odio," dijo, "pero Soraima te ha perdonado, blanco;" huye mientras las sombras de la noche te amparan, y no seas otra vez mi prisionero, porque entonces no podré comprimir mi corazón, que ya estalla, ni avasallar la tormenta que estremece mi alma." Y echó á huir el noble indio del enemigo vencido y prisionero, echó á huir de sí mismo, para no verse en trance de ceder á la terrible pasión.

A poco proyecta Guaicaipuro embestir á Caracas con numerosa hueste. Aterrado el conquistador, resuelve anticipársele, confía á Francisco Infante el atroz encargo de herir traicioneramente al noble Cacique. Regía la guardia de éste el desesperado Amacaro. De súbito, en lo más profundo

de las sombras, resuena el monte con los disparos de alevosos homicidas, y aparece sombrío Gaicaipuro en la escena con escolta de héroes. "La cólera del salvaje sombrea su semblante.... es el tigre que lucha con una jauría; mas el contrario, acobardado, pone fuego á la choza. Entonces, del fondo de las llamas sale de nuevo Guaicaipuro, poderoso y terrible como el incendio; mas, traspasado de heridas, invocando la cólera de sus dioses, cae...." (*) Y á su lado cae también Amacaro el intrépido, el infortunado esposo de Soraima, herido en el corazón por la espada del español Diego Téllez!

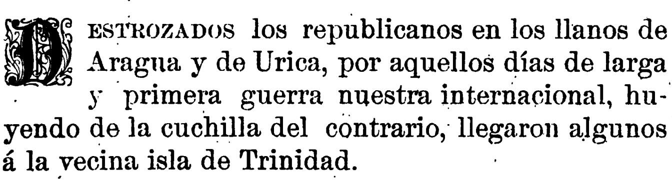
CRISTÓBAL L. MENDOZA.

---

* Felipe Tejera.

EL NAUFRAGIO DE SUCRE

—



DESTROZADOS los republicanos en los llanos de Aragua y de Urica, por aquellos días de larga y primera guerra nuestra internacional, huyendo de la cuchilla del contrario, llegaron algunos á la vecina isla de Trinidad.

Algo más tarde, en 1816—aprovechando la insurrección de la apellidada con justicia Nueva Esparta, arriba á sus puertos la escuadrilla de Bolívar, llegada de los Cayos de Haití, en la que era 2º el hidalgo Mariño. Parte aquél á Carúpano en pos de adictos, y éste al Golfo Triste, á formar en Güiria su Cuartel General. Una vez allí, excita á aquellos asilados en la antilla á la ocupación de la Costa de Paria.

Nuevas favorables de Bolívar, corrían válidas.—Con Mariño estaba Bermúdez, el que nunca tuvo miedo; y así, no había más que pedir para que, no vistos á causa de la noche, se embarcaran en la Trinidad, en una piragua conseguida al acaso, el General Francisco Cedeño, D. Manuel Antonio Pereira, D. José María Márquez, D. Vicente de Sucre y su familia, Doña María Guerra de Sánchez y

muchos más, que de treinta pasaba el número de los expedicionarios.

Navegaron, pues, y haciendo rumbo de Chacachacares, (*) alcanzaron felizmente la boca llamada de "Navíos," á cosa de las tres de la mañana. A esto cámbiase la marea levantando hileros y borbollones, y grandes olas cayendo en dicha boca al lado del Noroeste, produjeron tal embate á la pequeña embarcación que, abandonada á su suerte, crujió y fuese á pique.

Arrancaba la fuerza de la ola á los náufragos que luchaban con ella asidos al bajel, batiendo á unos contra las rocas, y llevando á otros camino de las aguas, hasta encontrar tumba marina. De estos, sólo un joven, de veintiún años apenas, llamado *Antonio José*, cuarto hijo de don Vicente de Sucre, iba impávido sobre los montes de agua que forma con las olas la borrasca.

Flotaba, como era natural, el equipaje de los náufragos; y dos pequeños baúles que seguían el mismo rumbo del joven, tropiezan con él, quien atándolos con los tirantes que portaba, forma una balsa, esperanza de salvación para este nuevo Moisés, á quien llevaba la corriente hacia el Norte de las Bocas de Dragos, á cosa de milla y media de la costa.

Quiso Dios que se hallara en el peñón de Chacachacares el nunca bien bendecido Fracisco Javier Gómez, quien aguardaba á las cuatro de la mañana á los que creyeron unírsele para tomar el camino de Güinima. (**) Así fué que pudo escuchar la noticia que regaban los habitantes de una choza á los extre-

---

(*) Chacachacares.—Una de las islas comprendidas entre la punta de la Península de Paria y Pto. España [Trinidad], célebre en nuestros fastos, porque de allí surgieron aquellos jóvenes patriotas que, acaudillados por Mariño, juraron en enero de 1813 la reconquista de la Patria.

(**) Hacienda de Mariño en Chacachacares.

mos del islote, de que por la punta de éste había embarcación náufraga.

Es costumbre en estos lugares que noticia de tal índole se trasmita por cien bocas; y sucedido esto, como asaltara una sospecha, se dió priesa el auxilio. Al punto tomó Gómez un bote de don Antonio Carrí, y acompañado de un moreno de nombre Antonio José Carrí, (*) se lanzó al mar, y encontrando la mayor parte de los náufragos agarrados á los peñascos, los dejó sobre éstos, asegurándoles que pronto llegaría bote en auxilio, é informándose de si faltaba alguien, con faz llorosa le contestó entonces doña María Guerra de Sánchez: —falta mi hija, falta Antonio Sucre y algunos más....

Gómez sigue rumbo al Norte, y á eso de las ocho de la mañana divisa un bulto, y á poco en medio de un hilero que partía hacia el mismo camino, los restos de la piragua náufraga. Toma la dirección de estos despojos y alcanza á ver, cuando se alzaba la ola, otro bulto que oscilaba, en el cual reconoce una persona. Corre á él y forzando más la boga, acércase, lo carga en peso y lo coloca en el bote, á su lado, vistiéndole su camisa; y en el acto encuentra á poquísima distancia y ahogada, la niña de la señora Guerra, cuyo cadáver coloca también á bordo. Sucre, que no era otro el náufrago recogido, preguntado por Gómez si había visto algo más á su alrededor, movió en señal negativa la cabeza, y levantando en brazos á la niña muerta, enternecióse al verla.

Regresaron á Chacachacares, y Gómez llevó la rica presa que arrebató á la muerte á la casa que era de doña Concepción Mariño de Sanda. Allí fué

(*) *Santiago Calderón*, dicen las crónicas escritas.

todo alegría por el destino de Sucre, y allí fué todo duelo por la suerte de los que murieron....

Y acaso para marcar el teatro de tamaña escena, los despojos de la inocencia—que no miente—señalaron al viajero en el árido peñón una tumba y una cruz....

Al día siguiente, embarcáronse todos en el lugar denominado "La Tinta," dirigiéndose al cuartel general de Mariño, donde Sucre tomó el mando del batallón "Colombia."

Lo demás lo sabe la historia.

—

Limítanse los biógrafos del *Gran Mariscal de Ayacucho* á referir este acontecimiento aisladamente, sin pormenores que lo ilustren. Bien que á nada conduzca esta noticia, lo cierto es que la crónica, ávida de los sucesos de las altas tallas, se complace en hacer rico acopio de ellos, porque en la vida de los genios, los más pequeños incidentes son parte á que el espíritu se recoja y vea en ellos algo de lo que se admira y no se explica, se venera y no se comprende. Esta página que hoy escribimos, y á la que, adrede, no hemos dado otro corte que la sencilla relación de una ocurrencia, es casi la copia de un documento amarillo por los años, surgido de entre papeles heredados y escrito con descuidada ortografía, que no acusa, por cierto, flagelación de hechos. Algunas enmendaturas de letra igual á la de una nota que á guisa de recibo lleva al pié, y el sentido de la dirección, revelan que fué redactado y corregido por el propio Gómez. (*)—Vaya, pues,

(*) "En 13 de agosto de 1826, [dice la nota], *me* escribió desde Chuquisaca el Mariscal; *me* remitió 1000 pesos y en su carta *me* dice así, entre otras cosas: "no sólo recibirá por ahora estos mil pesos que los remi-

esta noticia, que tiene visos de ser auténtica, á la pluma que trace la historia sin pequeñeces de nuestro ilustre compatriota.

J. C. VETANCOURT VIGAS.

Cumaná: 1883.

---

to á Caracas, por el conducto del General Santander, para que de allí sean remitidos á.... por el servicio tan grande y con tanto esmero que usted me hizo en Boca de Navíos, etc., etc." (Este concepto pone en claro la personalidad de Gómez.)



EL CEIBO DE CARVAJAL (*)

—

Allá en apartados tiempos,
Cuando los hijos de España
A su yugo sometían
Las tierras americanas,
Y hondos valles y anchos ríos
Y llanuras y montañas
En busca de oro, animosos,
Y en pos de glorias cruzaban;
Llegó á la tierra fecunda
Do tenían sus moradas

---

[*] *Ceibo* ó *Seibo*, voz haitina, nombre del famoso árbol de la familia de las *Bombáceas*, llamado *Bombax-ceiba*. El vocablo haitino lo llevaron los conquistadores hasta las regiones de la Plata. Desde tiempo inmemorial, del tronco del ceibo hacían los indios grandes canoas de una sola pieza:

Eran hobos los más y *ceibas* tales
Que su grandor admira á los mortales

Nos dice el cronista conquistador Juan de Castellanos, al describirnos la naturaleza vegetal de las costas de Cartagena.

Cumaca, llaman los descendientes de los Chaimas, en las costas cumanesas, al ceibo; *pisonai* dicen los peruanos; y los mexicanos, *pochotl*, por corrupción, *pochote*. En el árbol *ceibo* veneraban los antiguos Nahuas

Con los *Cuibas* y *Tocuyos*
Los valientes *Tirajaras*,
Aquel Carvajal famoso,
De corrompida y negra alma,
Que vino á ser, por amaños,
Gobernador en Coriana.
Los indios de agudas flechas
Llenaron presto la aljaba,
Y de sus bosques salieron
En belicosa algarada
A defender batallando
La Libertad y la Patria.
Con su sangre generosa
Regaron la tierra amada,
Y cual héroes combatieron
Contra aquella gente blanca
Que á arrebatarles venía
Sus dioses, sus chozas caras.
Y la fortuna rebelde
Fué para la noble raza
Que antes feliz por las selvas
Y por los montes vagaba.
Ella á raudales el oro
Correr hizo á las miradas
Del español: sus maizales
Y la paz de sus cabañas
Le ofreció.... Y aquél en cambio

á *Smoc*, reputado como el padre de la raza indígena en América: por esto aun se conserva uno que otro ceibo en la plaza mayor de muchos pueblos, frente al antiguo cabildo. En el camino que va del Tocuyo á Quíbor se conservó hasta ahora pocos años, el hermoso ceibo, en cuyos ramos fué ahorcado el famoso Carvajal, asesino del conquistador alemán Hutten; pero si este árbol secular desapareció á impulso del tiempo, aun se conserva á las orillas del Arauca el ceibo que presenció la primera entrevista que tuvieron Bolívar y Páez, en 1817.

(Extracto sacado de la obra inédita de *Arístides Rojas*, titulada: *Diccionario de vocablos indígenas en Venezuela.*)

Con perfidias inhumanas
Hizo caer y secarse
A los golpes de sus armas
Los bosques de las deidades,
El árbol de las alianzas....

—

Había en el valle ameno
De los bravos *Tirajaras*
Un ceibo de grueso tronco
Y anchas, extendidas ramas.
Verde y hojoso en el campo,
Como señor se ostentaba,
Y en él tropas de turpiales
Y hermosas palomas blancas
Sus cantos daban alegres
Al aire batiendo el ala.
Oía los juramentos
De las vírgenes indianas
Que á los piés del fiel amante
Decían embelesadas
Cosas de amor, y por premio
Sonar en sus frentes castas
Sentían besos süaves,
Besos que arrullan el alma.
Bajo él en fiestas sencillas
Feliz la tribu danzaba
Al son de cantos salvajes
Con poética algazara;
Y el trovador que sentía
De amores herida el alma,
Arrancaba tristes sones
De su instrumento de caña.
Bajo el venerado ceibo
Los últimos Tirajaras,
Después de sangriento choque

Con los valientes de España,
Tristes el adiós postrero
Dieron con gritos del alma
Al valle en que antes la tribu
Libre y feliz habitara;
Y con en el carcax vacío
Y la cabeza inclinada
Se alejaron silenciosos
Camino de las montañas.
Y teníanse las madres
A dirigir sus miradas
Al arroyo en cuyas ondas
Sus pequeñuelos jugaban.
E iban las vírgenes indias
Melancólicas y pálidas
Como temblorosas flores
Azotadas por la escarcha;
Y las piedras del camino,
Que tanto hollaron sus plantas,
Al correr tras de los ciervos,
Iban mojando con lágrimas.
Pobres indios sin ventura!
Valerosa y noble raza!
De ella, que dueño fué un día
De la tierra americana,
Hoy miserables, errantes
Por las selvas solitarias,
Ya próximos á extinguirse
Los últimos restos vagan!

—

Cayeron los anchos sauces,
Al recio golpe del hacha,
Y los cedros corpulentos
Y las magestuosas palmas.

Y sólo en el valle hermoso
De los bravos Tirajaras
El ceibo del indio, aislado
Quedó extendiendo sus ramas.
Allí Carvajal detuvo
Su aventurera campaña
Y á la ribera del río
De puras y dulces aguas,
De una ciudad, después célebre,
Alzó las primeras casas.
El frondoso ceibo que antes
Protegió la alegre danza
Del salvaje, en cuya copa
Los turpiales revolaban
Dando al aire sus amores
En notas almibaradas,
Vióse entonces convertido
Por Carvajal en odiada
Mansión de crímenes negros
Y de acciones inhumanas.
Ya en vez de flexibles arcos
Y de provistas aljabas,
De una horca la horrible cuerda
De su ramaje colgaba.
Ya ni rojos cardenales,
Ya ni grises paraulatas
Formaban en él alegres
Sus nidos de secas pajas ;
Ni á posarse en él venían
En numerosas bandadas
Palomas de blancas plumas
Y festivas guacharacas.
Sólo en los días de invierno
Lechuzas de voz ingrata
Y fatídicos zamuros
Plegaban en él sus alas.

Volvía el intrépido Utre, (*)
El de bravura envidiada,
Que al través de espesos bosques
Y llanuras solitarias,
En pos del río que en álveo
De oro desliza sus aguas,
Al país de los Omaguas
Llevó triunfante sus armas.
Allá en las fuentes remotas
Del claro Orinoco, ¡ cuántas
Tumbas de bravos iberos
Recién abiertas quedaban,
Lejos del hogar querido,
Lejos de la dulce patria,
Sin que la mano amorosa
De la madre ó de la hermana
Pudieran tejer para ellas
Coronas de flores blancas !
Volvía llena de harapos,
Por los martirios diezmada,
La expedición valerosa
De aquellas tierras lejanas.
El pérfido Limpias vuela,
De negra maldad en alas,
Y á Carvajal cuenta de Utre
Infames acciones falsas.
La expedición bajo el ceibo
Del indio tranquila pasa ;
Y á Carvajal Utre ofrece
Amistad sencilla y franca.
Mas el impostor inícuo
Del germano la confianza
Traiciona ; y asesinarle
De un banquete en la algazara
Pretende. Magnánimo Utre

* Corrupción de *Hutten*.

Que vence en la horrenda trama,
A su contrario perdona,
Y luego hacia Quíbor marcha.
Carvajal, león rabioso
A quien la presa arrebatan,
Le sigue con sus esbirros
Por las desiertas montañas.
Y el germano valeroso,
Que confiado hacia Coriana
Se dirige, cae sin vida
Bajo las pérfidas armas
De Carvajal.... Mas la hora
De la expiación se acercaba!
Tolosa llega: el verdugo
Va á ser juzgado; se ensanchan
Los corazones, ya libres
De la opresión se adelantan
Las víctimas del bandido
Gritando: justicia! airadas....
Llorosas, trémulas madres
De cabelleras ya canas
A quienes el único hijo
De sus brazos arrancara;
Míseros niños que lloran,
Al padre, sin pan ni casa;
Pálidas indias que miran
Ya ruinosa la cabaña
Que construyó el caro esposo
Con florecidas estacas....
Como justo sacerdote,
Severo Tolosa exclama:
¡A la horca....! El propio grito
De todos los pechos se alza,
Y á Carvajal por las calles
Tumultuado el pueblo arrastra.
Y, oh misterios del destino!
El hombre que con entrañas

De fiera mirado había
Colgar de las gruesas ramas
Centenares de infelices,
Ahora en el mismo ceibo,
La justicia lo levanta;
Y el verdugo cual la víctima
Terminó su vida odiada....
Aquel ceibo que otro tiempo
Cubrió del indio las danzas,
Y mudo testigo fuera
Del crimen, hora señala
El cadáver del bandido
Ante la justicia humana....
Y fué fama entre la gente
De toda aquella comarca,
Que desde el instante mismo
En que á Carvajal ahorcaron,
Del frondoso y alto ceibo
Las antes hojosas ramas
Amarillas se tornaron
Hasta quedar marchitadas;
Y que al mirar los salvajes
El seco tronco, pensaban
Que allí los terribles genios
De la celeste venganza,
De Carvajal día y noche
Martirizaban el alma.

José Gil Fortoul.

Caracas: 1882.

ITURBE

—

Fué el espíritu benigno que el Señor le deparó en sus conflictos; fué su ángel guardián; por eso no estuvo junto á él en la hora de su agonía.

I

EL RECIÉN NACIDO

—

Tú serás el profeta de la libertad que imponga el espanto á los enemigos de Israel.—[La Biblia.]

—

El 24 de Julio de 1783 tocaba á su fin: apenas rayaba en las altas regiones del cielo el resplandor moribundo del sol de ocaso. Las calles de la ciudad principiaban á animarse con el concurso, y en ventanas y balcones ostentaba Caracas la gala de sus bellezas y el primoroso lujo que en aquella época era de estilo. Colgada de damasco y deslumbrante de oro, al paso de cuatro hermosos caballos rodaba la pesada carroza del conde Tovar, paramentada con el escudo de sus armas y seguida de dos lacayos, cuya lujosa librea era envidia de

caballeros, regocijo de nobles damas, admiración de todos. Veíanse en apuestos palafrenes, retostados en las llanuras de Calabozo y pujantes y llenos del fuego que distingue á troteros del Unare, los jóvenes de la nobleza y los acomodados del comercio, que circulaban por la ciudad prendando femeniles miradas, robándose corazones incautos. La animación por todas partes, donde quiera el contento que nace del bienestar.

Pero muy especialmente se notaba un movimiento desusado en la plaza de San Jacinto, (1) por la que se cruzaban señoras y caballeros que ya entraban, ya salían de la casa de don Juan Vicente Bolívar, hidalgo de cuenta y gran valer entónces, que habitaba la linda casa en que hoy flamea el pabellón de España. (2)

Un suceso de gran consecuencia doméstica en aquella época de la dicha de los lares, época de hermandad de familia, que hoy va desapareciendo si no estuviese destruída, era el nacimiento de un hijo: cada superviviente era un lazo más que estrechaba á los individuos de una familia, era un suceso señalado con mucha especialidad. En la casa de que se hace mención había un recién nacido, y tal era la causa del no acostumbrado movimiento que en ella se notaba. Allí concurrían los parientes, los amigos (entónces eran una sola cosa) á la enhorabuena cordial que jamás se descuidaba.

Entre estos últimos departía en notable intimidad con el dueño de la casa un joven de franca y

---

(1) Hoy plaza de "El Venezolano" —N. E.

(2) El 31 de Julio del presente año, uno de los días destinados á festejar la memoria del Libertador, con ocasión de su primer centenario, se colocó en dicha casa una lápida de mármol que la Sección Bolívar, del Estado Guzmán Blanco, tuvo la feliz idea de dedicar como ofrenda al grande hombre, y que contiene en letras de oro la inscripción siguiente: "Simón Bolívar nació en esta casa el día 24 de Julio de 1783."—Id.

bondadosa estampa, ojos azules, cabellos rubios y hablar franco y sosegado. En sus nobles maneras, en la llaneza castellana de sus modales, bien se dejaban conocer la pureza de sus sentimientos, la aquilatada valía de su corazón. Tratábalo con apasionada deferencia el noble hidalgo, que blasonaba con la cruz roja que en la garra del león rampante brillaba en el escudo de armas de Caracas; y se enorgullecía al llamarlo su amigo.

A poco entraron ambos en un aposento de la casa, donde el joven recibió de los brazos del caballero un hermosísimo niño y estas palabras: "Recíbelo, Iturbe, con el cariño que yo le tengo: tú serás su padre cuando yo muera."

Una semana después y en el mismo aposento, el venerable sacerdote don Juan Félix de Arestiguieta entregaba en brazos de su madre al tierno infante. "Lo he bautizado, dijo á la respetable matrona, y le he puesto por nombre Simón. Me habían dicho que le impusiera el de Pedro José; mas no he querido, porque este niño ha de ser el Simón Macabeo de la América."

Iturbe estaba allí. Ante él se pronunciaron aquellas palabras de la profecía americana.

II

EL LIBERTADOR

Yo fuí presentado á Monteverde por un hombre tan generoso como yo era desgraciado. ¿ A un hombre tan generoso podré yo olvidar?—[Bolívar, al Congreso de Colombia en 2 de Agosto de 1821.]

La fortuna extendió sus alas para proteger al *Pacificador;* los hombres tal vez, tomaron parte con la fortuna. Desbandado Monteverde á la obediencia de Miyares, corrió de pueblo en pueblo y su enseña vencedora ¡ cuánto pesa el decirlo ! tremoló en el valle de los indómitos Caracas, señoreó la Casa Consistorial del 19 de Abril, impuso silencio á la patria, reencadenó la libertad á su carro venturoso.

De Siquisique á Carora, á Barquisimeto, á San José, á Valencia, á la Victoria, á Caracas, en fin, llegó el Pacificador ¡ ¡ triunfante ! ! Aquí la traición de un jefe, allá la vileza de un escuadrón de lanceros, más allá la torpeza de un militar: por todas partes la fortuna pertinaz en protegerlo; hasta el terremoto de 26 de Marzo (de 1812) se empeñó en que la victoria diese lauros al menos digno.

Una de estas causales, la traición, creo, bajó el puente levadizo del castillo de San Felipe: se rindió Puerto Cabello, y hubo de huir Bolívar, el Comandante del castillo, dejando antes probado, eso sí, que el heroísmo no puede resistir al imposible y á la traición coligados.

Los republicanos estaban anonadados en la provincia de Caracas: ellos en desorden, preso y maltratado con villanía en Puerto Cabello su jefe Miranda; el Pacificador se holgaba en su mando y á son de conquista oprimía á Càracas por cuantos medios pueden inspirar los humos del vencimiento en humana cabeza. Dormía la Libertad el sueño cansado del infortunio, y sólo allá, de la mar en un peñón extranjero, los Mariños, los Bermúdez y Valdeses, los Ascúes y Armarios, y el bravo francés Videau soñaban en patria, delirantes en su valor, confiados en él, que eran indomables.

El Comandante de Puerto Cabello, ese hombre que luego fué Libertador y que sus enemigos quisieron coronar, corría la suerte común; y si bien impaciente por dar salida á sus planes, había de reprimirlos, forzado como estaba entre enemigos, con el tribunal militar al frente, desencadenada la venganza, el espionaje en asecho y siempre, siempre ensangrentada la cuchilla.

Los héroes de Chacachacare, en número de 45, con cinco fusiles, atacaron entretanto la guarnición de trescientos hombres apercibidos y en armas que, á las ordenes de Juan Gabazo, custodiaban á Güiria. ¡Empresa fué aquella digna del país de los monumentos, y en la que protegió el buen éxito á la osadía! Acude á Güiria el Pacificador y ¿para qué decirlo? fué vencido. Vuelve cuitado á Caracas, y trata de cubrir su sonrojo con olas de sangre. La vierte á torrentes; y á cada dicho de un espía, cae una cabeza..

Bolívar en tanto, ocupado incesantemente en salvar el país con la inspiración del nuncio, resuelve pasar los mares y buscar salud para la América en treatro diverso del matadero de los americanos.

—Irme á ocultas, decía á un respetable anciano,

su pariente, es despertar sospechas: el ojo del espía vela sobre mí.

—Mas queda un medio, contestóle el anciano: presentarse á Monteverde.

—Eso sería presentar el cuello á la venganza; y ¿ quién salvaría la América.... ? ¿ quién me garantiza que no seré luego al punto degollado ?

—Yo, contestó presentándose Iturbe, (el honrado español que primero en el mundo recibió en sus brazos al niño predestinado, al Simón Macabeo, del sacerdote que lo inmergió en la pila bautismal.)— Yo respondo.

Al día siguiente en presencia del Pacificador, decía impertérrito el noble corazón de Iturbe al tigre de Canarias:

—" Aquí está, señor, el Comandante de Puerto Cabello, el señor don Simón de Bolívar, por quien he ofrecido mi garantía: si á él toca alguna pena, yo la sufro; mi vida está por la suya."

Grande fué el hecho, grande como el corazón de su autor.

El 10 de enero de 1827 entraba en Caracas Simón Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú, Fundador de Bolivia, el Semi-Dios de la América del Sur.

Iturbe lo salvó en 1813.

SIMÓN CAMACHO.



EL BAILE DE BOVES

(A mi tío don José Antonio Sánchez y á mi suegro don Manuel Sánchez.)

Hizo Boves su entrada á esta ciudad en Octubre de 1814, y venía precedido de ese terror que inspiraba su nombre. El triste espectáculo de la emigración caraqueña, la entrada de los restos del ejército patriota, de los derrotados del Aragua, del ejército triunfante de Morales, la dispersión de las familias caraqueñas y barcelonesas, el asesinato del joven Arguíndegui, innumerables personas de luto por las víctimas de la Puerta y del Aragua, el pavor que infundió la noticia del degüello de Santa Ana, todo reunido constituía el festejo con que recibía la afligida Barcelona al Nerón Asturiano; sin embargo, en Barcelona hubo un baile en obsequio de Boves. ¿Quiénes lo promovieron? Si en mi juventud hubiera tenido la *humorada* de hoy, de escribir algo sobre nuestras tradiciones, sin duda que hubiera podido dar los detalles de ese baile; pero ya no es fácil: pudieron ser los promotores los mismos oficiales de Boves, ó los godos del mantuanismo de Barcelona. Ya he dicho que una parte, aun-

que pequeña, de éstos, reaccionó en 1812 y siguió defendiendo la causa del rey ; y para 1814 figuraban en primer término mi pariente, coronel Ramón Pérez Bastardo, que mereció la confianza de Boves, quien le nombró Jefe civil y militar de Barcelona (fué reemplazado con el venezolano Don Rafael de López, 2º López) para que presidiese la horrible matanza de los baños del Neverí, y Don Pedro José Trías, coronel José María Hurtado, Don Diego Caballero, D. Ramón Jiménez, Don M. Manterola, Don Francisco Hernández Noya, Don José Gregorio Hernández, que hacían cortejo á Boves. Efectuóse pues, el baile, al cual sólo asistieron personas de la primera sociedad de aquella época ; había también en él algunas patriotas, dice la tradición, llevadas por la violencia ; lo que me resisto á creer ; aunque es verdad que algunas patriotas que no pudieron emigrar se quedaron en sus hogares, contando con la influencia de algunos miembros de sus familias pertenecientes al partido godo ; así el no aceptar la invitación para el baile, era para ellas una amenaza de muerte para los hombres de su familia, aunque fuesen godos, y el temor fundado las haría concurrir. Tuvo lugar el baile en la casa que ocupa actualmente el general Gabriel Salas y que entonces pertenecía á la señora Nieves Polo, casa en donde estaba hospedado Boves. Aquella señora era natural de Caracas, casada en primeras nupcias con el vizcaíno Don Martín Salaverría, y ambos eran antiguos vecinos de esta ciudad, donde fomentaron riquezas de importancia y formaron una de las familias más lucidas de aquella época. La Polo (así la llama la tradición), era dada á las formalidades de la etiqueta; á los festines, bailes, etc., pero presidiendo todos estos actos el respeto y buen tono. Esta señora manifestó en todos los graves conflictos en que se vió su familia, principalmente en el

fusilamiento de su yerno el General Pedro M. Freites, un carácter varonil, y si entónces abandonó horrorizada el país, ¿ hubiera esta señora soportado el horroroso crimen que revelan las crónicas, aun impresas, sobre el baile de Boves ? No! Sin embargo, esta señora cerró para siempre sus salones para fiestas. Además, los barceloneses que asistían al baile tenían allí sus familias, y deberes para los patriotas de Barcelona ; la Polo era suegra de Pedro M. Freites y de Juan José Arguíndegui ; Pérez Bastardo era primo hermano de don Luis Bastardo, patriota de gran nota, y de la madre de los Freites ; don José Gregorio Hernández, primo hermano de los beneméritos coroneles patriotas Diego Manuel y Miguel Hernández ; don Ramón Jiménez, hermano de don Leonardo Jiménez, (dominicanos), patriota y ya comprometido á casarse con otra hija de la Polo ; don Diego Caballero, hermano de don Andrés, patriota ; el coronel José M. Hurtado, segundo esposo de la Polo, era primo hermano del Pro. y coronel Eduardo A. Hurtado, patriota de grandes servicios ; y ellos no podían permitir los desmanes que refieren las crónicas (aun impresas.) La historia de los músicos, tal como está escrita, también es falsa ; no he podido averiguar si alguno de ellos fué sacado del baile para *los baños ;* pero puesto que la tradición es universal, debemos creer que algunos de ellos, después que salieron del baile, fueron de las cuarenta y ocho víctimas sacrificadas en esa noche. Ese baile quedó fijado indeleblemente, de una manera pavorosa en los anales de Barcelona, porque tuvo lugar la misma noche que se instalaron *los baños del Neverí :* la casa del baile dista sólo cuadra y media del puente, lugar de los baños, y hasta allí podían llegar los alaridos de las víctimas. Había también en esa época, (de 1814 á 16), otro matadero de patriotas detrás de la matanza ; allí

fué sacrificado, entre otros, el padre de don Ildefonso Bruzual, vecino de Cantaura.

LOS BAÑOS EN EL NEVERÍ

—

Hizo Boves su entrada á esta ciudad de mañana, y por el camino de San Mateo; se hospedó en la casa de la Polo, que había puesto su influencia y sus caudales á disposición de la causa realista; en el mismo día estuvo á visitarlo un anciano godo, y le manifestó que había en la ciudad algunas personas cuya residencia en ella no convenía.—¿Y cuáles son esas? interrogó Boves.—Las de esta lista— la cual había sido formada por el círculo godo, que escogió á aquel anciano para misión tan odiosa.—Bien, contestó Boves: ellas saldrán de Barcelona, y fueron decretados *los baños del Neverí*, que se establecieron en la misma noche en que también tuvo lugar el baile; estos baños y los asesinatos de las zanjas (detrás de la matanza) duraron hasta Setiembre de 1816, en que entró á esta ciudad el General Mac-Gregor. Callo los nombres de los ejecutores de estos asesinatos, porque nombres tan odiosos debe ignorarlos la posteridad; estos asesinatos recayeron casi exclusivamente en los patriotas del pueblo y de los campos, pues los patriotas de más significación estaban en las Antillas ó en los llanos.

Aquella lista principiaba con los nombres de los españoles don José Mª Escalera y don José Francisco Sánchez. Escalera estaba casado con

doña Mariquita Castro, nieta del mahonés don Antonio González, comerciante de los más ricos de Barcelona; era un hombre inteligente y dejó un recuerdo imperecedero, con la construcción de la toma de las haciendas de Capiricual, que es un trabajo de primer orden. Desde los primeros momentos de la Revolución dió notaciones de ser ya americano, y se le consideraba patriota, por lo que se ocultó á la entrada de Morales. Este le hizo presentar y aceptar el nombramiento de Gobernador, cuyo empleo desempeñaba el día de la entrada de Boves, siendo Comandante de Armas el Coronel Ramón Pérez Bastardo, que fué después Jefe Civil y Militar de Barcelona.

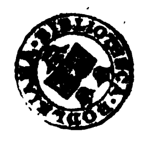
Don José Francisco Sánchez había hecho el estudio de dos años de derecho, y el de pilotaje en la Universidad de Salamanca; era comerciante y casado con doña Luisa Castro, y dejó por recuerdo haber fundado la familia Sánchez de esta ciudad.

El 27 de Abril de 1810 era regidor, dió su voto por la formación de la Junta revolucionaria, y siguió siendo patriota; fué comisario de guerra en 1814, y repartió los comestibles del ejército, é igualmente los de su propiedad á aquél y á la emigración el día que se evacuaba esta ciudad por consecuencia de la derrota de Aragua. Habiéndose visto abandonado en las playas del Morro, se refugió en su hacienda del Limón, de donde lo hizo salir Morales, y después de no aceptarle el nombramiento de Gobernador, acptó el de Tesorero por gratitud.

Escalera y Sanchez fueron sacados de sus casas como á las ocho de la noche; á las 10 viendo la esposa de Sanchez que no regresaba, sin embargo de aun estar en la cama por haber dado á luz un niño, se fué al baile, y por influencia de la Polo, llevó sus súplicas á Boves:—" Señora, le contestó, no tenga U. ninguna alarma, no hay orden de prisión contra

nadie, eso será algùna *chuscada* de los oficiales para meterle miedo, porque no vino al baile; muy temprano tendrá U. á su esposo en su casa.” Fueron asesinados, esa noche, 48; eran sacrificados al arma blanca, y arrojados los cadáveres al Neverí; el padre Améstica estaba allí (en el puente), para confesar al que pidiese confesión.

Al día siguiente navegaban en el Neverí lanchas y canoas pescando cadáveres. El de don José Francisco Sánchez no apareció. La viuda de Sánchez, con sus menores hijos y los de D. José Mª Escalera, hizo la peregrinación de toda la guerra con las penalidades naturales á ella; y terminada ésta, tuvo que vender sus propiedades por precios sorprendentemente baratos. Ella no recibió ningún montepío, y el nombre de su esposo no figura en ninguna relación histórica.



***

NOTA.—Terminado este artículo, viene á mis manos, por una extraña casualidad, la obra “Los ensayos sobre el arte de Venezuela por el General Ramón de la Plaza,” y en el folio 103 leo: “Landaeta (José Luis) fué víctima de su patriótica inspiración *Gloria al bravo pueblo*. Escribió sus cantos inmortales en la época más cruda del año de 1814, cuando los patriotas emigraban de las ciudades, huyendo de los peligros á que se veían expuestos de contínuo. Landaeta, como otros, se trasladó al Oriente, atravesando los caminos á pié con mil dificultades, disfrazado y escondido las más veces. Llegó por fin, con Isaza y otros artistas, que en la peligrosa ruta se les habían incorporado, á la ciudad de Cumaná, donde á la sazón acampaba el ejército español comandado por Morales. No tardó el Jefe

realista en saber la llegada de varios artistas patriótas, entre ellos el célebre autor de *Gloria al bravo pueblo*. Con tal aviso, y afectando una indiferencia capaz de alejar la desconfianza de aquella gente que venía en son de viajeros, urdió una trama para atraparlos fácilmente, y así hubo de promover un baile en que fueron ellos invitados á tocar. No bien había éste comenzado, cuando fueron advertidos sigilosamente por una señora de la casa, del atroz designio que para ellos guardaban los enemigos, de querer asesinarles, una vez terminado el festín. Cada quien pensó desde luégo en la manera de ponerse á salvo; pero sólo les cupo la buena suerte á Isaza y otros, que ganaron el monte maliciosamente, quedando Landaeta entre los que no pudieron salvarse. (*) Fué preso, y en la mañana siguiente, después de haberle hecho cargar con los cadáveres de los compañeros que á su presencia habían fusilado, le dieron muerte difamatoriamente, atando á sus sienes como *inri* el canto heroico de la República."

Despojada esta relación de inexactitudes históricas, como lo de Morales en Cumaná, donde no estuvo, lo de matazones hechas por él, cuando aquí no hubo sino el fusilamiento del joven Arguíndegui; (si á Boves se le dió baile en Cumaná, también se le dió en Barcelona); y despojada también de porme-

---

(*) La casa donde se dió el baile á Boves, en Barcelona, sólo dista dos cuadras del monte "El Guamal."

Las matazones del Neverí y de las Zanjas se ejecutaron simultáneamente. Los vecinos de esta ciudad situados al Norte del Puente, tenían que tomar el agua del río al Sur de dicho puente, que está bastante lejos del barrio del Palotal; por esta consideración mudaron el lugar de los asesinatos al sitio conocido con el nombre de Las Zanjas, que fueron abiertas para enterrar los cadáveres de los virolientos en años pasados; pues cerca estaba el degredo, cuyo nombre conserva todavía. — (*M. J. R.*)

nores, obra de la fantasía, la tradición sobre la muerte de Landaeta viene á confirmar la tradición de Barcelona, sobre asesinato de los músicos que tocaron *el baile de Boves.*

MIGUEL JOSÉ ROMERO.

SANTA ANA Y SU DEGÜELLO.

Yo te saludo, villa heróica de Santa Ana, cuna del partido republicano de las llanuras de Oriente, patria de héroes de glorias inmortales. ¡Yo te saludo!

Está la heroica Santa Ana situada en medio de las llanuras de la antigua provincia de Barcelona, al extremo Este del histórico Banco de los Pozos, á cuatro leguas al Oeste de la mesa de Guanipa. Su jurisdicción está bañada por ocho ríos inagotables, y favorecida además de los morichales y *escurrideros* de la mesa; tiene famosas sabanas para la cría y ceba de ganado mayor: por esto fué y es asiento de grandes hatos de los más antiguos de la Sección; y antes de la independencia había tomado tal importancia, que era rival de su vecina Aragua, y de las llamadas villa del Pao y Urica. Era residencia de familias acomodadas, que tanto vivían en Barcelona como en sus hatos, de familias que llamaban entonces mantuanas, y que formaban *la nobleza* de Santa Ana, según el lenguaje de la tradición; éstas eran: Juan Bautista del Bastardo y Loaiza, (octogenario asesinado en el Tigre en 1815), Antonio Jo-

sé Bastardo Loaiza, (murió en una trinchera de Maturín), Luis Bastardo (Gobernador de 1817 á 23, del 44 al 48), Francisco Antonio Bastardo (el ayudante Bastardo), Pascual Bastardo (sobrevivió), Lorenzo Romero Lobatón (octogenario, murió en la Casa Fuerte), su hijo Lorenzo Ramón Romero Santillana, (segundo de Tigre Encaramado, murió en Aragua, 1814,) Pedro Romero Rojas (murió en la Casa Fuerte), José Barroso (asesinado en su hato en el degüello de Santa Ana, en unión de su cuñado Pedro Luis Carvajal, su esposa Ciriaca Carvajal y 14 personas más, sólo escapó una niña llamada Ciriaca), Francisco Barroso (segundo de Monagas, murió de tétano de una herida en 1819 en la retirada de Bermúdez de Barcelona á Cumaná), Manuel Barroso (murió en la guerra, dejó un hijo llamado Sebastián, por lo cual no se extinguió este apellido heróico), Sebastián Barroso (octogenario, casado con doña María Figuera Sotillo, tía de los Bermúdez, eran los padres de los Barrosos, asesinados en su hato en el degüello de Santa Ana), don Vicente Blasco (español esposo de doña Petronila Freites), don Manuel de Freites de la Cova (asesinado en Cachipo, 1815), don José Antonio Freites Guevara, decano de los patriotas barceloneses, sus hijos Pedro María, Olegario, Antonio María y Raimundo Freites Bastardo, don Marcos (vivió 120 años) y don José Antonio Burgos (vivió 110 años, tío de los Monagas), Juan Francisco (teniente) y Lino del Pino (sobrevivieron á la guerra), los Gil, Pedro Vicente, Francisco Antonio (1er. Comandante de caballería), y Sebastián Guzmán Hurtado, Pedro Luis Carvajal (padre) murió de viruela preso en Barcelona por patriota, José Antonio Carvajal (asesinado en Urica), Miguel Carvajal, asesinado en su hato y Pedro Antonio Carvajal (godo), Francisco Perdomo, murió en el degüello de Santa Ana y 17 miembros de su fa-

milia, escapó herida y viveaún su hija Luisa. Manuel Rodríguez Droz, asesinado en Cumanantal por los indios de San Mateo, Juan Manrique, español, Carlos Barrios, Diego Barrios, perteneció á la división de Valdez que fue á nueva Granada en 1819, Isidro Barrios asesinado en Urica, los Cardozos, Pereira, etc.

Había también allí una familia por entonces poco conocida, pero que en el curso de la guerra se hizo ilustre por su valor y servicios á la independencia : era la familia Sotillo, que dió jefes de la nombradía de Jaime, Miguel, Pedro y Juan Sotillo. Era cura de esta parroquia el Pro. Br. Pedro Ramón Godoy, patriota ilustrado que convirtió la cátedra sagrada en tribuna revolucionaria, director del partido republicano llanero ; eran sus discípulos Francisco G. Manuel Barroso, José Godoy, José Antonio Carvajal, Eduardo Antonio Hurtado é Isidro Barrios. Todas las familias nombradas, con excepción de los españoles Blasco y Manrique y de don Pedro Antonio Carvajal, fueron patriotas de primera nota, fundadores del partido republicano de los llanos de Barcelona, reconquistadores en 1813, invencibles en 1815 y 16 y vencedores en 1820.

Perdida la patria en 1812, y establecido el sistema de las persecuciones, los patriotas de Barcelona tuvieron que refugiarse en las Antillas ó en otros puntos de la República donde no se les molestaba ; los patriotas llaneros, principalmente los Santaneros, se refugiaron en las selvas del Tigre, Monte Aventino de la patria en 1812 y 15 : allí compartieron con los guaraunos la vida nómade de estos salvajes. Existía entonces en las comarcas del Tigre un gran hato de un señor Fernández, de quien era socio Don Francisco J. Monagas, casado con Doña Perfecta Burgos, antiguos vecinos de Santa Ana. Valiosa fué la protección que recibieron los patrio-

tas del anciano Monagas, y mayor fué la cooperación mandando á sus hijos Francisco, José Tadeo y José Gregorio á las filas republicanas; ellos y todos sus peones y vecinos montaban caballos blancos. El grupo más importante era el de los Santaneros. Santa Ana se llamó el primer escuadrón organizado al mando de Francisco Carvajal (Tigre Encaramado, *Santanero*) y Lorenzo Ramón Romero; hízose este escuadrón de nombradía fabulosa. Tigre Encaramado era un héroe que la fantasía iguala á los héroes mitológicos. Los Romeros, Monagas, Sotillos, Rojas, Galindo, etc., los Barrosos servían entonces en la infantería al lado de sus primos los Bermúdez. Maturín, Bocachica, Carabobo, Arao, Las Puertas y Aragua, son nombres que pronunciados á los setenta años, hacen todavía estremecer las fibras del entusiasmo patrio.

Bajo estas impresiones llega Boves á Aragua; allí sabe que ya los santaneros, aun estando Morales en Urica, habían hecho una aparición repentina en el Banco de los Pozos, pasando á cuchillo un piquete que habían sorprendido; esto á pesar del campo volante que mandaba el aventurero Molinet, francés de memoria maldecida y el cual fué puesto para recorrer las cercanías de Santa Ana.

Desde Aragua forma Boves el plan de invadir á Cumaná, dejando á Morales la invasión de Maturín; dispone su marcha para Barcelona, y ordenó á Molinet que debía seguirlo con el ganado suficiente para llegar á Cumaná, dándole por punto de reunión San Mateo.

Molinet reune en el Chaparro el ganado, pernocta cerca de Santa Ana, encerrándolo en La Palencia ó en Chaparralito. Él estaba enamorado de una hija del Teniente de Justicia, gallarda y bonita joven, y por galantería empleó parte de la noche bailando con ella, y los soldados viendo la distrac-

ción de sus Jefes, descuidaron tembién la custodia del ganado: un grupo de santaneros capitaneados por don José y don Manuel Barroso, (el padre Barroso), se aprovecharon del descuido, matan á algunos de los soldados, largan y dispersan el ganado, y se apoderan de las bestias. Molinet llega á San Mateo con estas noticias á Boves; éste ordena el degüello de Santa Ana y sus alrededores, y el incendio del pueblo y de todas las casas de su jurisdicción. El encargado de su ejecución fué el mismo Molinet; puso á su disposición una fuerza de infantería. Este, conocedor de la localidad, mandó postas anticipados para que los caribes de Santa Ana que eran godos, circundasen la parte oriental del pueblo—por deducción en la noche del 3 de octubre de 1814— y antes mató en el Roble á don José Barroso y su familia; á las doce de la noche llega á la casa del Teniente de Justicia B. B., toca á la puerta, y al salir éste á abrirle le da muerte; salvando y llevándose á la hija de B. B.; tócase *degüello*, y no hay perdón para nadie. Los vecinos al sentir la novedad buscan la salvación en el monte, donde era más segura su muerte, dada inhumanamente por los caribes. Fué por la parte S.E. del pueblo que no estaba bien estrechado el cerco, que se salvaron algunas pocas personas: allí sí es exacto que dejaron de matar cuando no hubo á quien matar. De 400 á 500 muertos pueden calcularse en el degüello de Santa Ana; y entre los cadáveres apenas se contaban treinta de hombres, y esto debido á que se encontraban unos veinte presos desde el día que largaron el ganado, los demás eran de mujeres y niños. La soldadesca embriagada, los semi-salvajes caribes mandados por Diegote, sin freno de ninguna especie, se *entregaron á los más torpes y vergonzosos desórdenes*; allí no hubo un presbítero Ortiz ni un don Blas Ponce de León ni españoles de fina educación que salvasen

aquellas desgraciadas mujeres. A las ocho de la mañana reunen los caribes una pila de cadáveres en la plaza y le dan fuego, arden también las casas, y todo se reduce á ceniza. Siguen por quince días el degüello y el incendio en los campos, y las familias que se salvaron se dirigieron á las selvas del TIGRE.

Este es uno de los hechos más horrorosos que registra la historia de la Independencia. En la casa fuerte hubo al fin perdón para las mujeres; fueron devorados por las llamas en esta Sección, San Diego, Pao, Santa Clara, Cachipo, Aragua, Chaparro, Urica, Clarines, Margarita, Aribí, Guaicupa, Santa Cruz y Uverito, pero salváronse las familias. Cumanacoa, baluarte de los patriotas cumaneses, inagótable para proveer de batallones á la república, es reducida á cenizas, é igualmente sus valiosos campos; pero sus familias son notificadas para que abandonen sus hogares, y algunas encontraron asilo en la misma Cumaná ocupada por los realistas. En Aragua de Barcelona la matazón de familias se limita á las que estaban refugiadas en la iglesia, por las influencias del capellán de Morales (el mismo padre Ortiz).

Para 1817 principió á fundarse nuevamente el pueblo de Santa Ana: hoy es una buena población con muchas casas de tejas, y sus habitantes son todos ricos ganaderos.

Yo conocí entre las escapadas del degüello de Santa Ana, á Bárbara Pérez de Sotillo, (madre de los Coroneles Sotillo), con dos heridas, á Ursula Ledesma, con un brazo menos y una herida en la cabeza, á Ursula Barrios con un brazo menos, á Luisa Perdomo, (vive en Bardelina) herida por el pescuezo. La imajen de Santa Bárbara (en la iglesia), quedó con un brazo menos.

Salve, heróica villa de Santa Ana ! Si hasta hoy ningún historiador ha hecho referencia á tu degüello, un descendiente de familias santaneras hace esta crónica para que la nueva generación conozca tu historia.

MIGUEL J. ROMERO BASTARDO.

UN MATRIMONIO SINGULAR

(TRADICIÓN)

Vivía D. Luis Beltrán García de Urbaneja en la plaza de Santo Domingo de Cumaná, en una casa separada de la sacristía de la iglesia por un estrecho callejón, y tenía una hija llamada María Rosario, á quien obsequiaba el doctor D. Francisco Cabrillac de Fontaines. Como por las preocupaciones de entonces la medicina no se juzgaba profesión noble, D. Luis no creía que Cabrillac fuese digno de su hija y rechazaba tenazmente las pretensiones del doctor. El francés, hombre pundonoroso, sintió cruelmente herido su amor propio, y no pudiendo resignarse á soportar aquel desaire, procuró no economizar esfuerzos por llegar á casarse con la joven. Hacía á la sazón el obispo Martí la visita de estos lugares, y el doctor Cabrillac, tratando de obviar inconvenientes, logró que su Señoría, después de hechas las correspondientes justificaciones, dispensase las proclamas y le ordenase al cura proceder al matrimonio; pero como la resistencia de don Luis era invencible, se ocurrió á un expediente singular. Se facultó á un fraile domínico

para presenciar el matrimonio, y una noche (Diciembre 1766) burlando la vigilancia de sus padres, de dentro de la casa se asomó la joven á una de las ventanas laterales que daba al callejón, estando por fuera el sacerdote, el novio y los testigos ; y así ligeramente, se celebró el matrimonio, encontrándose don Luis al siguiente día con que su hija era ya la señora de Cabrillac.

José A. Ramos Martínez, *Pro.*

EL CUJÍ DE CASQUERO

A MEDIADOS del pasado siglo la ciudad de Caracas tenía por límite oriental el ex-convento de San Jacinto. Todo el terreno que se encuentra al Sur y al Este de dicho edificio, estaba cubierto de bosques de acacia, llamados vulgarmente cujisales. Pero chozas pajizas y alguna que otra casilla de tosca construcción, sobresalían á manera de barracas en muchos lugares del bosque. La más al Oeste, situada en la actual esquina del Cují, llamaba la atención, no sólo porque allí terminaban las casas de la capital, sino también por el corpulento cují que le daba sombra. (*) Vivía en ella un pobre zapatero, á quien llamaban el maestro Ño Casquero, hombre bueno, honrado, enjuto de cuerpo, flaco de carnes, de nariz aguileña y ojos azules, cuyas miradas ocultaban unos anteojos verdes que daban á la fisonomía del viejo artesano un aspecto de anticuario y de astrólogo.

(*) *Cují* es el nombre vulgar que lleva en una gran porción de Venezuela la *acacia olorosa*, de flor amarilla, silvestre en nuestros campos.

No contento con su suerte, pues que su trabajo apenas le proporcionaba el sustento de su familia, Casquero vivía inquieto y siempre quejoso. Afortunadamente, concibió una manía que le distraía y le hacía esperar en mejores días para él y los suyos. Fijóse en su mente la idea de un tesoro que él debía encontrar, y aguijoneado por esta visión halagadora, la tuvo como único tema de sus conversaciones. Sus amigos trataron de disuadirle, queriendo así descartar de la imaginación del zapatero una nueva causa de tormento; mas sordo el artesano á las reflexiones de sus relacionados, hubo de encontrarse al fin en ese estado de febril excitación que se apodera de todos los maniáticos.

Vivía en aquellos tiempos, en el convento de San Jacinto, un fraile ejemplar por su conducta, sobriedad y erudición: el padre Caraballo, querido de los habitantes de Caracas, sobre todo de Casquero, á quien le había llevado un hijo á la pila de bautismo. Con frecuencia visitaba el fraile al caer la tarde la casa de Casquero, y su tertulia, á la cual asistía uno que otro amigo, tenía siempre un carácter de espontánea familiaridad, pues era Caravallo hombre de agudos chistes y de variada y amena conversación, que sabía embellecer con la relación de anécdotas y aventuras risibles. Su influencia sobre el zapatero, que veía en su protector un oráculo, llegó á ser proverbial; de manera que, cuando el fraile, por una casualidad, no venía á la casa del zapatero, éste iba al convento para saber algo de su compadre y poder así acostarse temprano.

Un día, cansado el fraile de la manía de Casquero, preguntó á éste si era hombre de valor, pues sólo así podía conseguir el objeto de sus desvelos.

—¿Y de qué manera? compadre, exclama Casquero.

—El lance es grave, amigo mío, contesta el

fraile. Se necesita de gran presencia de ánimo, de valor heroico, pues de otra manera nada podrá conseguirse.

—Hablad, compadre de mi alma, replica el zapatero, clavando sus miradas sobre el fraile, que se encontraba revestido de una gravedad imponente.

—Por tres ocasiones consecutivas, contesta el fraile, y sólo por cumplir un voto, he tenido que bajar á la bóveda de Nuestra Señora del Rosario; y por tres ocasiones se me ha presentado un difunto á quien no he podido hablar, porque me han faltado valor y resolución.

—Continuad, continuad, interrumpe Casquero, como si una luz le hubiera ya indicado el camino del tesoro.

—Probablemente, continúa el fraile, esta alma en pena quiere hacer una revelación; y es muy probable que podáis conseguir algo de vuestros deseos, pues los muertos conocen todo lo de este mundo.

—Oh!...... contesta Casquero, llevándose ambas manos á la cabeza—¿de dónde sacaré yo el valor que se necesita para hablar con un alma en pena?—Esto es horroroso, padre mío.

—Valor, Casquero, replica el fraile; valor es lo que se necesita para encontrar la fortuna ó alcanzar el premio de tantas fatigas.

—¿De qué manera podré yo hablar con esa alma en pena? pregunta Casquero.

—Visitando la bóveda á las doce de la noche, cuando nadie os vea, y cuando no tengáis por testigos de vuestro sacrificio, sino á Dios y á ese difunto que tanto desea salir del Purgatorio.

Aceptó el zapatero la proposición del fraile, y preparándose como un hombre que va á morir, dejó escritas sus disposiciones respecto á su familia, á sus instrumentos de zapatería y á su casita de la esquina del Cují: confesóse, tomó la Extremaunción

y aguardó el día. Casquero debía ir al convento á la hora de cerrarse éste -seis de la tarde- y aguardar la última hora del día en la celda del fraile.

El antiguo convento tenía dos patios, ambos con claustros altos y bajos. La celda del fraile estaba en el claustro alto del primer patio, contigua casi á la escalera que conducía á la puerta de la sacristía. Por lo tanto, atravesar ésta y entrar en la nave del Rosario, era cuestión de un instante: aquí estaba la trampa de la bóveda que tenía salida al gran corral del convento. Las cocinas se encontraban á extremos del segundo piso y en dirección del mismo corral. De esta manera el padre, al querer ir á la bóveda, sólo tenía que bajar una escalera y atravesar la sacristía; mientras que el que debía ir por la entrada del corral, tenía que caminar todo el claustro de ambos patios, bajar tres escaleras para llegar á las cocinas, y desandar después todo este trayecto para poder encontrarse á la entrada de la bóveda: es decir, como cien varas.

Casquero llegó al convento á las seis de la tarde del día fijado: aguardó las doce en el reloj del claustro, y tan luego como sonó la última campanada, el fraile dijo al zapatero:

—Llegó el momento solemne, compadre: pensad en Dios y en vuestra familia, armaos de ese valor de que nos habla la historia de los mártires. Sí, partid. Y poniendo una linterna en las manos de Casquero le enseñó el camino que debía seguir.

Tan luego como Casquero se pierde de vista, el fraile toma una linterna ciega, cúbrese con el manteo, átase la capucha, baja la escalera de la sacristía, y abriendo la trampa de la bóveda desciende á ésta y se oculta en uno de los rincones.

A poco principia el fraile á divisar los reflejos de la linterna de Casquero; en seguida siente los pasos, y tan luego como se acerca á la bóveda el

zapatero, abre un poco el padre su linterna y puede contemplar el semblante del artesano. Este, casi no podía sostenerse en pié; temblábanle las piernas, la cabeza y los brazos, y la linterna se sostenía por la rigidez de los tendones; que la voluntad para llevarla, flaqueaba.

Reíase interiormente el fraile de la agitación de su compadre, cuando éste, lleno de pavor y sin poder articular las frases, dice:

—Her....ma.....no ...De....parte....de.... Dios....os....su.....plico....me....di....gáis.... ¿qué....es....lo....que....que....réis....de.... mí?

El difunto permanece mudo, impasible....

—Her....ma....no... exclama Casquero lleno de pavor. Un sudor frío corría por el rostro del zapatero, y con sus ojos clavados sobre el blanco espectro de la bóveda, parecía ser él el alma en pena.

—Por Dios, exclama Casquero. Ha...blad.... her. . .ma....no ....os...lo....su....pli...co.

—Hermano, responde el difunto dando á su voz un sonido sepulcral. Por amor de Dios, hermano, sacadme de las penas del Purgatorio.

¿Y qué . . . es .,. . pre . . . ci . . . so . . . ha . . cer . . . pa . . . ra . . con . . se . . guir . . lo? replica Casquero, trémulo y espantado.

La escena era terrible. La oscuridad y el silencio de la noche y los ecos de las voces que se repercutían en lontananza; la luz fúnebre; el espectro de la tumba; todo contribuía á enloquecer al pobre zapatero, el cual creía encontrarse en otro mundo.

—Hablad, her . . . ma . . . no . . . agrega Casquero, cuya cabeza bamboleaba como la linterna que tenía en una de sus manos.

—Cumplid estrictamente con el encargo que voy á haceros, dice el alma en pena.

—Os lo ju . . . ro. . . . contesta Casquero.

—¿Conocéis el Cují que llaman de Ño Casquero? pregunta el muerto.

—Sí . . . her . . . ma . . . no . . . Mi . . . casa . . es . . . tá . . . cer . . . ca . . . Cas . . . que . . . ro . . . soy . . . yo . . .

—Pues bien, hermano, agrega el difunto: medid la distancia de cinco varas, desde el tronco del cují hacia el Oriente: haced una escavación de otras cinco varas, y después, hacia el Norte, cavaréis otras cinco: allí encontraréis una pequeña botijuela, que contiene veinte reales; aumentad cuatro reales más, y mandadme á decir tres misas, de á un peso cada una, que con este sufragio yo saldré de penas y pediré á Dios para que os libre de ellas.

—Sí, her . . . ma . . . no... cum . . . pli . . ré. . . con vues... tro . . . en . . . car . . . go, contesta Casquero, que no aguardaba, en su grande turbación, tal resultado. Su casa, el cují, la botijuela con los veinte reales . . . . de nada podía darse cuenta su razón: todo zumbaba en sus oídos, mientras que sus ojos estaban como petrificados.

—Partid, hermano, idos con Dios y pensad sólo en Él, exclama el difunto ocultando por completo la luz de la linterna.

Casquero parte.

Cuando el fraile deja de sentir las pisadas de su compadre, sale de la bóveda y regresa á su celda. Pero pasan cinco minutos, pasan diez y Casquero no vuelve. Temeroso de que algo le haya sucedido, el fraile va en su solicitud y le encuentra sin aliento y lleno de sudor frío al pié de la tercera escalera. Con trabajo se lo echa á cuestas y lo conduce á la celda. En esto vuelve en sí, á fuerza de

asistencia y de los cuidados que le prodigaba su compadre.

—¿Qué os ha pasado, amigo mío? le pregunta el padre á Casquero, después que lo encuentra algo repuesto.

—Nada, nada, no me habléis de esto. He visto un espectro, un alma en pena, que me persigue.

—Esplicáos, Casquero: yo soy vuestro amigo y algo puedo hacer.

El zapatero relató entonces al fraile cuanto dejamos dicho, y le ofreció que al siguiente día se ocuparía en cumplir con lo que había ofrecido al alma en pena.

—No os ocupéis de eso, repuso el padre. Son veinte reales que no merecen la pena de tanto trabajo. Yo diré las misas para que el difunto salga del Purgatorio, y de esta manera todo quedará arreglado.

Desde aquel intante Casquero no volvió á hablar más de entierros ni de tesoros: estaba curado de la manía.

De su casa nada queda, y del cují sólo recuerda la tradición, que existió uno muy notable en la actual esquina de este nombre.

Arístides Rojas.

EL CUADRILÁTERO HISTÓRICO

—

I

La ciudadela, ó mejor dicho, el cuadrilátero comprendido entre la plaza de Altagracia, la esquina de Maturín y las de Traposos y la Bolsa, es el lugar de la ciudad de Caracas donde se han verificado los más notables acontecimientos de nuestra historia, en los días de la colonia y de la independencia. Doce manzanas comprende este recinto, y en ellas están las ruínas de la primera casa que edificó Lozada; el primer templo que éste levantó, San Sebastián, llamado después San Mauricio, (hoy la Santa Capilla); los dos más antiguos conventos de monjas; el palacio de los Capitanes generales; la Audiencia; la Intendencia; la cárcel real; el Ayuntamiento ó casa Municipal; la Universidad; el Seminario Tridentino; la Catedral, con su cimenterio y prisión para eclesiásticos; la Tesorería real; los almacenes y oficinas de la Compañía güipuzcoana; la Tercena ó venta del tabaco; el colegio de los Je-

suítas; la casa donde se instaló el Congreso constituyente de 1811; el primer teatro real; las oficinas de la primera imprenta de Caracas; el Arzobispado; la casa donde se instaló Humboldt; aquélla donde nació Bolívar; la casa patrimonial de éste, á la cual llegó en 1827; y últimamente, el templo en que estuvieron sus restos y la plaza en que se verificó su apoteosis.

Dos conventos de frailes, con sus respectivas plazuelas, limitan este hermoso cuadrilátero al Sureste y al Sur: el de San Jacinto (hoy Mercado y *Plaza de El Venezolano*) y el de San Francisco (hoy Museo, Universidad, etc. etc.) En el uno aparece en 1812, en los momentos de la gran catástrofe que derribó las dos terceras partes de la ciudad, aquel célebre Bolívar, carácter impetuoso, voluntad de hierro, hombre de acción, quien después de socorrer las víctimas y salvarlas de la muerte, se presenta en la plaza del templo y hace que descienda de la cátedra sagrada el eclesiástico que pintaba á la muchedumbre aquel espantoso terremoto como un castigo del cielo. "En el mismo día y á la misma hora en que hace dos años con sacrílega mano quitasteis el bastón al representante del Rey, dijo Dios: "no quiero templos," y la tierra, conmoviéndose, arruina vuestros hogares, sacrifica vuestras familias, sepulta vuestros tesoros y os sumerge en la orfandad, para castigar vuestra desobediencia y vuestra infidelidad al más generoso y bueno de los Reyes." Así comenzaba su discurso el Padre Sosa, espíritu realista, en la cátedra improvisada en medio de la desolación y el pavor, cuando Bolívar le interrumpe y le impone silencio. ¡Qué contraste entre las frases del orador sagrado, al pintar la cólera de Dios, y estas otras del fogoso mancebo. "Si la naturaleza se opone á nuestra independencia, la venceremos y haremos que nos obedezca."

Dos años después, este mismo pueblo, por medio de sus delegados, discernía á Bolívar en el templo de San Francisco el título de LIBERTADOR; y veintiocho años más tarde, en este mismo recinto, era recibido Bolívar, ya muerto, con los honores del triunfo. Había fundado la independencia de la América del Sur después de sacrificios y de luchas heroicas: había vencido á la naturaleza y á los hombres.

II

A la entrada Sur de la *Plaza de El Venezolano* se halla situada la casa donde nació Bolívar en 1783. (*) Hacia su lado Norte se encuentra otra casa de balcones: la que sirvió de Audiencia á principios del presente siglo. Había en la puerta de ésta una campana de la cual pendía una cadena de hierro. El culpable que, al ser perseguido, tiraba de la cadena, quedaba bajo el amparo de la Audiencia, y nadie podía tocarle. De ahí el que en distintas ocasiones la justicia quedara en las puertas, mientras que los culpables iban á arrodillarse delante del santo de su devoción. Sólo dos templos tuvieron este privilegio: San Pablo y Altagracia. Pero hubo también una casa particular á la cual se le dispensó esta gracia, concedida por los monarcas de España: la de la familia Arguinzones, ya extinguida, que vivió en la esquina del mismo nombre, hoy llamada esquina de Maturín.

(*) En esta casa, marcada con el número 22, fué colocada en los días del Centenario, por una comisión de la Seccion Bolívar del Estado Guzmán Blanco, una lápida que dice: SIMÓN BOLÍVAR NACIÓ EN ESTA CASA EL 24 DE JULIO DE 1783.

Esta esquina de Arguinzones ó de Maturín tiene todavía más celebridad: en ella construyó el fundador de Caracas, Diego de Lozada, su primera casa, circundada de hermosos corrales. De manera que, el lado oriental del cuadrilátero histórico, está limitado en sus extremos Norte y Sur por dos casas célebres: la que fundó Lozada y aquélla en que nació Bolívar.

En esta misma esquina y en una parte del templo masónico, estuvo la casa del Regidor Valentín Ribas, hermano del general Ribas, ambos de la conjuración del 19 de Abril. En ella se reunen por última vez, en la noche del miércoles santo, los conjurados, y de allí salen para desempeñar cada uno su cometido. ¡ Cuán adversa se ostenta la fortuna para muchos de aquellos hombres tan llenos de esperanzas ! Sin ocuparnos de los más, recordaremos la suerte de los hermanos Ribas.

Aquella mansión honorable desaparece en el terremoto de 1812, y dos años más tarde, en 1814, los soldados de Boves cortan al general José Félix Ribas la cabeza en el Valle de la Pascua, y después de conducirla como un trofeo de guerra, la colocan en una jaula en el camino de La Guaira. En 1815, el Capitán General Moxó ofrece cinco mil pesos por la cabeza de Valentín Ribas. Uno de sus asistentes, fiel hasta entonces, lo sabe, y ansioso de recibir el premio ofrecido, asesina inicuamente á su amo en el hato de Camatagua, córtale la cabeza y se presenta con ella á recibir el galardón. Comprobada la identidad, Moxó mandó entregarle la suma prometida.

No fueron estas desgracias las únicas que en aquellos días de sangre tuvo esta familia: en la misma época en que al golpe de la cuchilla realista caían de su tronco las cabezas de José Félix y Valentín Ribas, sucumbían á lanzazos sus hermanos

Juan Nepomuceno y Antonio José, víctimas igualmente de las pasiones políticas y de la onda vertiginosa que debía sepultar en sus antros, familias enteras, propiedades y pueblos.

III

En los actuales edificios del Registro y del Parque estuvieron las oficinas de la célebre Compañía Güipuzcoana, y en lo que es hoy Ministerio de Obras Públicas, la Tesorería real; mientras que la factoría del Tabaco, llamada la Tercena, se encontraba en el jardín que lleva el nombre de *El Casino.*

La casa de la Tesorería real nos recuerda la aventura grotesca que hubo de correr un intendente español que en ella habitaba á fines del pasado siglo. Hombre de cultos modales y de fina conversación era el intendente, al par que muchacho de aventuras y de escalamientos nocturnos. Vivía á la sazón, en la esquina de la casa limítrofe con la Tesorería, la respetable matrona señora Mercedes Pacheco de Galindo, mujer de espíritu cultivado y de gracia y donaire en sus maneras. El intendente visitaba esta casa, y en ella era siempre recibido con los honores debidos á la posición oficial que representaba; pero un día, desde su ventana, llegó á divisar una de esas caras simpáticas para quienes la luz del sol no llega nunca directamente, sino velada por la sombra de los jardines interiores. El intendente, estudiando la topografía de sus vecinas, había sorprendido esta beldad; y desde luego no pensó sino en llamarla y en ponerse al habla con ella.

Declararse y ser correspondido, todo fué obra de muy pocos días; mas, imposibilitada María para salir, tuvo al fin el intendente que aceptar el papel de escalador. Todo continuaba sin que nadie se apercibiese de aquella aventura, hasta que, avisada la señora Galindo de que por el fondo del jardín se desprendía con frecuencia una sombra, y sabedora la matrona de quién era el afortunado Romeo, se decidió á sorprenderle. Preparóse al efecto, y reuniendo algunos hachones y faroles que debían llevar sus sirvientes, aguardó. Cuando uno de sus espías le notificó cierta noche que ya la sombra había descendido, hizo al instante encender los hachones y faroles referidos, y con toda la astucia de una mujer resuelta á dar una lección á su atrevido visitante, se presentó de repente en la puerta del jardín, sin dar tiempo al intendente para huir.

—¿Vos por aquí, señor intendente? parece que habéis olvidado la puerta de esta casa, dijo la señora con la sonrisa en los labios.

—Señora, por Dios, os suplico.... contestó el intendente todo turbado.

—Calmaos, señor, pues yo no vengo en son de guerra. He hecho iluminar toda mi casa para recibiros, y como el jardín está oscuro, vengo acompañada de mi servicio para conduciros á mi sala.

—Señora, os suplico por lo más santo........

—No, intendente. Nada de extraño tiene esto. ¡Es tan fácil equivocarse y trocar el jardín por el zaguán! La juventud sufre con frecuencia estos estrabismos voluntarios, y por eso nos pertenece á nosotras, las ancianas, guiarla en estos trances difíciles. Venid, tened la bondad de ofrecerme vuestro brazo, y yo os conduciré. El deber de una señora como yo es rendir homenaje á vuestro rango y á vuestra respetabilidad. Y á ningún caballero le será permitido,

al entrar á mi casa, salir de ella por tras corrales. ¿Qué diría el Rey!

El intendente, confuso, sin poder hablar y lleno de despecho, bajó los ojos; y ofreciendo maquinalmente el brazo á la señora, pasó por en medio de dos alas de sirvientes, quienes, con sus hachones y faroles, simulaban un entierro nocturno en el interior de una casa de familia.

Cuando el intendente llegó á la puerta del zaguán, sin perder sus modales distinguidos inclinóse con reverencia delante de la señora, la cual, con gran serenidad y sonriéndose todavía, le dijo:—" Hasta mañana, señor intendente, buenas noches."

IV

Frente á la Tercena está la casa que fundaron los jesuítas en el siglo pasado, la única que se conoce en Caracas construida á prueba de terremotos. Esta casa sirvió á principios del siglo como plantel de educandas, y más tarde, de cuño y de teatro, pues había desaparecido en 1812 el único que en Caracas existía, situado en la esquina del Conde. (*)

La hermosa casa que habitaron oficialmente los antiguos capitanes generales, está en la Avenida Sur, marcada con el número 13. De los tres últimos representantes del Rey de España en Venezuela, dos de ellos nos dejaron sus huesos, y el tercero, su memoria: el mariscal Carbonel, que murió en 1804, y fué enterrado en el templo de las Monjas Carmeli-

* Véase nuestro Estudio RECUERDOS DE HUMBOLDT.

tas, y el mariscal Guevara y Vasconcelos, que murió en 1807 y está enterrado en el templo de San Francisco. Por lo que toca al mariscal Emparan, los revolucionarios del 19 de abril tuvieron á bien embarcarle para los Estados Unidos de América. Ignoramos cuál fué la suerte de este desgraciado mandatario.

Al Sur de la casa de los capitanes generales, en la calle Oeste 4, número 1, se instaló la *Sociedad Patriótica* en 1811.

Más al Norte de la casa de los capitanes generales estuvo la Intendencia, en la casa patrimonial de Bolívar. Esta casa la habitó el Libertador la última vez que visitó á Caracas, (1827) y después, en 1830, sirvió de casa oficial al Gobierno de Venezuela. Al frente, y hacia el Sur de la obispalía, está la casa que sirvió de imprenta en 1810 bajo la dirección de Baillío y Cª. La primera oficina tipográfica estuvo en la plazuela de Altagracia, y más tarde, frente á la puerta Norte de Catedral. Quizá nada queda hoy de las prensas introducidas en 1808. (*)

En la actual esquina del Palacio de Gobierno había dos casas contiguas: la Cárcel real, que ocupaba el ángulo y tenía rejas de prisión á uno y otro lado, y la casa del Ayuntamiento, hoy Ministerio de Relaciones Exteriores, que estaba hacia el Sur, con un balcón corrido y dos de tribuna. De la una salían los patriotas prisioneros que debían ser fusilados en la actual Plaza Bolívar durante la guerra á muerte: la otra nos recuerda la revolución de 1810 con todos sus pormenores, y sobre todo á Madariaga, presentando á Emparan, en el balcón del centro, ante la muchedumbre apiñada en la calle. Fué Emparan el ECCE-HOMO de aquel solemne día.

(*) Véase nuestro estudio *La Imprenta en Venezuela. La Opinión Nacional*, 1873.

Como ya lo hemos dicho, la *Sociedad Patriótica* tuvo sus sesiones en la esquina de la Sociedad, mientras que el Congreso Constituyente de 1811 se instaló en la casa del Conde de San Javier, situada en la esquina del Conde.

Esquina de los Condes debía llamarse este lugar, pues frente al de San Javier vivía el de la Granja, y más al Norte del primero, el de Tovar. No fué la Caracas colonial tan rica en Condes y Marqueses, como en Generales y Doctores la Caracas republicana. Para tres Condes hubo cuatro Marqueses y muchos caballeros de distintas órdenes.

En la casa de alto del Conde de Tovar, casa diagonal con el Ministerio de Hacienda, celebróse la jura de Carlos IV á fines del siglo pasado. En el banquete que dieron los notables de Caracas, el mantel de la mesa consistía en vidrios de espejos unidos. ¡Qué antítesis: abundancia de luz por dentro, mientras que afuera no había ni instrucción pública, ni imprenta, ni bibliotecas!

Puede considerarse la Plaza Bolívar como el centro del cuadrilátero histórico, y en ningún lugar de Caracas se aglomeran los hechos como en este recinto, en que cada uno de los edificios que lo circundan trae á la memoria escenas de júbilo y de dolor, episodios lúgubres, gritos de vida ó de muerte.

Cuando sentados en algunos de los bancos de este jardín, en cuyo centro descuella la estatua ecuestre del Libertador, se detiene nuestra mirada en los edificios del contorno, ¡cuántos recuerdos se agolpan entonces á nuestra memoria! Asistimos á las escenas del 19 de Abril de 1810, á los días indefinidos de 1811, á la desgracia de Miranda en 1812: escuchamos los gritos de la población y vemos los edificios que se desmoronan cuando, al sacudimiento violento de la tierra, acompañado de ruidos pavorosos, se lanzan á la calle las familias, y los ayes de

los moribundos se mezclan con los alaridos de los que huyen, y el aire se puebla de ecos lastimeros, de revelaciones lanzadas á la luz pública, y también de imprecaciones y blasfemias contra los revolucionarios de 1810.

¡ Cuántos recuerdos no despierta ese templo que, destruido por un terremoto en 1641, se levanta para resistir un segundo choque en 1812 ! Su torre rebajada no dirá á las futuras generaciones que los habitantes de Caracas quisieron ser cautos, sino que el arte aquitectónico de entonces era un enigma.

En este templo se ha festejado el advenimiento de los reyes y el nacimiento de los príncipes, y se ha llorado, al menos en apariencia, la muerte de los unos y de los otros : en ese templo festejó la revolución de 1810, en 27 de abril, sus triunfos, y celebraron después los suyos los gobiernos de 1811 y de 1812. A este templo llegó Monteverde, y después Bolívar, y después Boves, Morillo, Moxó, etc. etc. Realistas y republicanos, amigos y enemigos, todos los bandos políticos han celebrado en él sus triunfos. Afortunadamente, el Dios de los ejércitos, á quien van dirijidas todas las preces humanas, no tiene colores políticos, y escucha á todos para ser justiciero é inexorable.

Ha desaparecido ya, en su exterior, la antigua casa del Ayuntamiento, en cuyo lugar ostenta hoy su fachada elegante, al estilo moderno, el Ministerio de Relaciones Exteriores. Tras de esas blancas paredes se siente el murmullo de la discusión en la mañana del 19 de abril, mientras que en la plaza y en las calles, los conjurados aguardan entre la duda y la esperanza.

¡ Cuántos pormenores aún ignorados en la historia de este día !

¡ Cuántos episodios verificados en esta Plaza Bolívar ! El ángulo Noroeste era el lugar desig-

nado para la horca y para el fusilamiento de los reos políticos. Por muchos años, en tiempo de la colonia, existió en este lugar de la plaza un botalón pintado de verde, con una argolla de la cual ataban las manos de los delincuentes condenados al castigo de azotes. Hubo azotes con dolor, que se aplicaban como castigo, y azotes sin dolor, (como un juego) que se infligían á los condenados á la vergüenza pública.

Los patriotas principiaron los fusilamientos políticos en la plaza de la Trinidad en 1811, y después los continuaron, patriotas y realistas, en la Plaza Bolívar, durante los días de la Revolución.

En el ángulo Sureste se quemaron en 1806, por mano del verdugo, el retrato del general Miranda, sus proclamas y el hermoso pabellón tricolor que había traído al frente de su expedición. Cinco años más tarde, en la misma plaza, se reunía Miranda con todos los ciudadanos de Caracas para festejar el primer aniversario del 19 de Abril de 1810. Al lado del viejo girondino se destacaba la bandera tricolor que conducían tres jóvenes distinguidos de aquella época: Lorenzo Buroz, José Vargas y Pedro P. Díaz. El primero debía ser en ese mismo año una víctima gloriosa de la Revolución; los otros dos debían figurar en los últimos días de Colombia.

¡Qué júbilo en esta plaza en los días de 1813, y sobre todo en aquél en que la procesión ordenada por Bolívar conducía á la Catedral de Caracas el corazón de Giraldot! Tan luégo como la comitiva se divisa en las cercanías, la muchedumbre llena las calles y las casas se visten de duelo y de gala. Fué una verdadera ovación con los honores de funerales, un Viernes Santo con vestido de pascua, una farsa política que todos aceptaron á lo serio, menos Bolívar, único autor de esta procesión singular desde Valencia hasta Caracas.

¿Quién salvará este pobre corazón, que viaja como los antiguos cruzados, cuando todos los patriotas huyan y quede Caracas á merced de las hordas salvajes de Boves?

Cuando lleguen los días lúgubres de 1814; cuando á Bolívar, perdido por todas partes y estrechado por los realistas, no le quede sino Caracas para defenderse—¿quién nos describirá esos primeros días de Julio, en los cuales aquel hombre, templado por el infortunio, apela á las medidas extremas y domina con su voluntad de hierro á la sociedad, que le contempla como la única tabla de salvación en medio del naufragio general? Una noche, en ese mismo lugar donde su estatua se levanta, habla á los padres de familia congregados en torno suyo, y les pinta la situación con todos sus horrores, y les promete defenderla con todas sus fuerzas. Había perdido en los campos de batalla la flor de la juventud caraqueña, que había sacado de los cláustros universitarios: había visto desaparecer todo su prestigio de 1813, como los resplandores de un incendio: se encontraba sin recursos, sin soldados, sin caballos, solo, solo; y sinembargo, quería todavía combatir y defenderse. Desde esa plaza ordena abrir los fosos de la ciudadela, que le servirán de última trinchera. Las obras principian, mas una inspiración parece que lo detiene, y en lugar de la defensa imprudente que haría de Caracas una necrópolis, ordena al punto la huída. Triste mañana aquélla en que el cañón anuncia á la ciudad la hora de la fuga. En esa plaza se reunen las familias que deben partir y también aquéllas que deben quedarse, para hundirse ambas en torrentes de lágrimas, en presencia de los primeros albores del crepúsculo, bello como siempre y como siempre indiferente á las desgracias humanas.

Previsivo anduvo el prelado Coll y Prat, después de la salida de Bolívar, al sacar el corazón de

Giraldot del pié del altar mayor, donde estaba enterrado, para depositarlo junto al cimenterio de la misma iglesia. Vió á lo lejos la tempestad que debía desatarse y tomó posiciones. A los pocos días, una avanzada de Boves, al mando del comandante González, corazón de buena índole, aparece por el camino del Valle. Insubordinados aquellos hombres feroces y sin que su jefe pudiera contenerlos del todo, asesinan inícuamente en el camino al conde de la Granja y al señor Joaquín Marcano, que iban en comisión del real servicio. A poco se presentan en el palacio arzobispal dos de los oficiales de aquel cuerpo de vanguardia, y manifiestan al Prelado el proyecto de pasar á cuchillo las familias de la capital, excepto aquellas que se refugiasen en la obispalía. Coll y Prat se indigna al escuchar tan horroroso proyecto, y sin perder la calma, trata en medio de la reunión que le acompaña de domar aquellas fieras salvajes. En esto aparece en palacio el infame Rosete, de las tropas de Boves, y reclama del Prelado el corazón de Giraldot. Por una causa que ignoramos, una polémica se establece entre los oficiales de González y Rosete; tírase de las espadas en presencia del Prelado, y ya Rosete va á ser víctima de sus compañeros, ya su cabeza va á rodar en la alfombra de la sala, cuando Coll y Prat logra arrancar la víctima de la mano de sus asesinos para ocultarla en uno de los dormitorios del palacio, mientras que los oficiales de Boves continúan en sus propósitos en medio de la concurrencia que llena las salas del arzobispado. De nada sirven las observaciones de los hombres de orden que acompañan al Prelado, de nada los consejos y súplicas de éste, cuando Coll y Prat, lleno de noble dignidad y armado con esa fuerza interior que sostiene la conciencia y da la justicia, apostrofa á

aquellos bárbaros, les domina, y hace que le obedezcan. La tempestad se disipó.

En estos instantes fué cuando Coll y Prat envió un emisario á Boves para que apresurase su entrada á la capital, espuesta á los horrores de su vanguardia, insubordinada y desobediente á las órdenes del jefe González.

Boves llega á Caracas el 16 de julio y el Arzobispo le recibe con todos los honores. Su primera exijencia és reclamar del prelado el corazón de Giraldot; pero tan luego como Coll y Prat se explica, Boves desiste de su propósito.

Pocos días después, Juan Nepomuceno Quero, implacable enemigo de los patriotas, es nombrado por Boves gobernador de Caracas. Al instalarse, el 1º de agosto, su primer deseo es reclamar el corazón de Giraldot. Nuevo trance para Coll y Prat, del cual debía salir airoso

"Mañana á las 10, escribe Quero al arzobispo con fecha 2 de agosto, entregará U. S. I. el corazón del traidor Giraldot, en la puerta mayor de la Santísima Iglesia Metropolitana, donde impíamente se halla colocado, al verdugo y acompañamiento que tengo dispuesto para recibirlo y darle el destino que merece.

"Para satisfacción del público conviene que en el acto de la entrega se sirva U. S. I. manifestar á los espectadores, con aquella influencia y energía que le son características y el caso exije, lo escandaloso de aquel hecho, incompatible con la inmunidad del santuario y que sólo podía haber permitido U. S. I. á la fuerza y tenacidad del mónstruo Bolívar. —*Juan Nepomuceno Quero.*"

No se hizo aguardar Coll y Prat, y al siguiente día contestó á Quero de una manera tan terminante, que no dió ocasión á nuevos reclamos. El corazón de Giraldot no estaba ya al pié del santuario sino

al lado del cimenterio. La previsión de Coll y Prat había salvado á Caracas de un hecho ignominioso, que, al realizarse, habría manchado el carácter nacional, pues era Quero, venezolano al servicio de los realistas. Estaba escrito por otra parte que un realista, el Prelado, enemigo constante de la revolución, á la cual hostilizó con todas sus fuerzas, con toda su conciencia, con todas sus más puras convicciones, fuera el hombre que salvara á Caracas en los días críticos de Boves, sin rebajar su dignidad caballerosa, sin mancharse como varón justo, sin faltar á la noble misión de su apostolado. Coll y Prat fué un enemigo noble y definido que, ni patrocinó los ultrajes, ni alimentó las venganzas, ni acrecentó los odios que hacen del enemigo político una víctima y de cada verdugo una hiena.

V

A la izquierda del Palacio arzobispal está el Seminario tridentino. En la capilla de este instituto se firmó en 1811 el acta de nuestra independencia, y se celebraron himnos á Bolívar en 1842.

Hé aquí los episodios ignorados que nos recuerda cada uno de los edificios que circundan la Plaza Bolívar, centro del cuadrilátero histórico. Esta plaza, hoy jardín y paseo públicos, fué una charca de sangre, un lugar de patíbulos y de escarnio, y también de júbilo y de alabanzas. Por ella han pasado las generaciones de tres siglos, los magnates de la colonia, los adalides de la guerra magna, los defensores del realismo. En ella han flameado las banderas de Castilla, de Colombia y de Venezuela.

Desde Lozada hasta Osorio, desde Ricardos hasta Vasconcelos, como representantes de los reyes de España, incluso Carlos IV; desde Emparan, la Junta de 1810, Monteverde, Miyares, Cajigal y Moxó, hasta Morillo, como representantes de Fernando VII; desde el constituyente de 1811 hasta Miranda y Bolívar con todos sus tenientes, como representantes de la emancipación venezolana, todos han pisado este recinto célebre, y todos han dado páginas á la historia de América. Mas sólo á uno le estaba reservado llegar á la más brillante eminencia, á las regiones del genio... ¿ Quién es, en dónde está ?... Acá.... en la plaza que lleva su nombre, sobre el caballo que él conduce en dirección de esta América que pregona su gloria inmortal !.... Allá..... en el Panteón, al pié del Avila, sobre el mármol que cubre sus despojos ! Es el arte, que en ambos sitios se encarga de trasmitir con sus creaciones, á la posteridad, las conquistas del genio.

Arístides Rojas.



EL ESCUDO DE ARMAS

DE LA ANTIGUA CARACAS

En la procesión cívica que tuvo efecto en la mañana del 24 de Julio de 1883, día del centésimo aniversario del natalicio de Bolívar, á la cabeza del gremio de sastres de la ciudad figuraba un guión de seda blanca, con borlas de oro, que conducía el señor Pablo Velásquez. En este guión está bellamente pintado al óleo el antiguo sello ó escudo de armas de Caracas; y el gremio de sastres, al ofrendar á Bolívar con tal obra, quiso sin duda recordar con esto, que aquel escudo había sido concedido por el monarca castellano á Simón de Bolívar, fundador en Venezuela de esta ilustre familia.

Ninguna ofrenda más meritoria, desde el punto de vista histórico, que aquella que recordaba al primer Bolívar, el cual tanto contribuyó con sus talentos al desarrollo material y moral de la sociedad venezolana. Sábese que Bolívar, después de contribuir en unión del gobernador Osorio en 1587 á la fundación del actual puerto de La Guaira, fué enviado por la

colonia venezolana con el carácter de procurador cerca del monarca español, y que pudo conseguir de éste varias reales cédulas que fueron de mucho provecho al comercio y engrandecimiento de Caracas.

Entre los grandes beneficios conseguidos por Bolívar, fué uno de los principales el que á La Guaira llegaran de España dos navíos anuales de menor porte, con flota ó sin ella, para aprovechamiento de los vecinos; y además, un navío de registro anual, por cuenta particular de los habitantes de la capital. Así, la costa de Caracas, al crear su puerto, comenzaba directamente su comercio con el de la madre patria, prescindiendo del de Borburata.

Muchas fueron las reales cédulas traídas á Caracas por el Procurador Bolívar, figurando como principales, además de las mencionadas, las siguientes: por la de 4 de Setiembre de 1591, Felipe II concede á Caracas un sello de armas; por la de 22 de Junio de 1592, la creación de un Seminario, y por la de 14 de Setiembre del mismo año, un preceptorado de gramática castellana. Estas primeras concesiones del Monarca de España en pró de Caracas, pueblo pobre y reducido que apenas contaba veinte años de haber sido fundado, y sobre todo, las que se conexionaban con el adelanto intelectual de los pobladores, como la creación de un Seminario, y en defecto de éste, de un preceptorado de gramática castellana, están de acuerdo con las concesiones que desde un principio hiciera la corte de España á las diversas capitales de América.

El sello de armas concedido por Felipe II á la ciudad de Caracas consiste en un león pardo rapante, en campo de plata, que tiene entre sus brazos una venera de oro con la cruz de Santiago, y por timbre una corona con cinco puntas de oro; todo exornado

con trofeos de guerra. (1) Desde esta época, Caracas llamóse *muy noble y muy leal ciudad*, tuvo el tratamiento de *Señoría* y se le concedió el goce de los privilegios y preeminencias de *grande*, como cabeza y metrópoli de la Provincia de Venezuela, según lo confirman todas las ordenanzas municipales de la época colonial. (2) El origen de la venera en el escudo de armas de los pueblos que llevaron el nombre de Santiago, no es sino un recuerdo de la batalla de Clavijo en 808, donde por la primera vez, según la tradición, se presentó *el apóstol* á los españoles en medio de sus batallas. Al visitar el campo después de la victoria, vióse que, por todas partes, estaba lleno de veneras fósiles: de aquí esta concha en la orden de Santiago, instituída desde aquellos tiempos. La ciudad de Santiago de los Caballeros, en la Española, tuvo por sello de armas un escudo colorado con veneras blancas; sobre el escudo había una orla blanca y en ésta siete veneras coloradas. Santiago de Chile tuvo su escudo en campo blanco; en medio de él se veía un león rapante con una espada en la mano, teniendo por orla ocho veneras de oro. Así figuraba casi siempre la venera en los pueblos que llevan el nombre del apóstol Santiago; mas, en el escudo de armas de la ciudad de Santiago de León de Caracas, debía figurar también la cruz roja de la orden, que da al conjunto mucho realce. Este bello escudo de armas púsose en los pendones, estandartes, banderas, escudos y sellos; en las casas, reposterías y principales sitios y lugares de Caracas, así como tam-

(1) Más tarde, por Real Cédula de Carlos III, de 13 de Marzo de 1766, este Monarca concede al escudo de armas de Caracas, llevar una orla con la siguiente inscripción: *Ave María Santísima, sin pecado concebida en el primer instante de su sér natural.*

(2) Antiguamente se marcaba con el sello de armas de Caracas, cuanto se ponía en venta; operación que era vigilada por el empleado del Cabildo conocido con el nombre de *Fiel ejecutor*.

bién en las impresiones oficiales y documentos municipales. Pero hoy sólo existe, que sepamos, como un recuerdo que nos ha dejado el tiempo, sobre la antigua fuente pública de la calle Oeste 2.

En la historia de la numismática americana figura este sello en monedas de cobre de 1817 y 1818, y en una medalla de plata de 1812. Las primeras monedas de $\frac{1}{8}$ y $\frac{1}{4}$ acuñadas en Caracas en la fecha indicada, llevan por una de sus caras el sello de armas de que hemos hablado. La medalla de plata es la conmemorativa de la jura de la constitución en 24 de Setiembre de 1812, fundida en Caracas por orden del general Domingo de Monteverde. Es una pieza del tamaño y espesor de una moneda de dos francos, que lleva por el anverso el busto de Fernando VII, con el lema: *Fernando VII, Rey de las Españas*, y por el anverso, el sello de armas de Caracas y el lema: *D. Domingo Monteverde le proclamó en Caracas en Setiembre* 24 *de* 1812. Más antes, en el siglo pasado, figura este sello en las medallas conmemorativas de la jura de Carlos IV, mandadas á fundir por el Alférez real D. Feliciano Palacios, en 1789.

¿Cómo es posible, nos hemos preguntado muchas veces, que una ciudad abandone el más bello recuerdo de sus primitivos días, el sello de armas que brilló sobre su cuna y la acompañó en los años de su adolescencia, en todos sus reveses y triunfos, cuando sus primojénitos tanto hicieron para fundarla y conservarla? Este sello debería guardarse con veneración, no sólo porque fué timbre de la primitiva ciudad, sino también por haberlo conseguido el primer Bolívar, quien, en unión de Osorio Villegas, contribuyó al progreso y desarrollo de Caracas. En los dos extremos de nuestra cadena histórica, al lado del sello de Colombia y después del de Venezuela debe figurar el sello de la primitiva Caracas,

porque son inseparables el Bolívar de la Independencia y el Bolívar de la Colonia. El sello de armas es timbre de la familia caraqueña, porque sintetiza la historia de su desarrollo, de sus conquistas, de sus aspiraciones, durante el espacio de tres siglos. Cuando se visita cada una de las capitales de la Edad Media, se remonta el pensamiento á la noche de los tiempos, al ver cómo cada una conserva con veneración su sello de armas. Son éstos como libros de piedra con figuras esculpidas, que hacen desfilar por los campos de la memoria todas las generaciones que se han hundido en el sepulcro. El sello de armas de Caracas, concedido á esta capital por Felipe II, nos recordará siempre á los primeros moradores que plantaron el trigo en el valle del Guaire, los primeros templos, los primeros triunfos en el orden político y al primer Bolívar, que tanto contribuyó con sus luces á la fundación de la colonia y al engrandecimiento de aquella república compuesta de hombres trabajadores y probos.

Arístides Rojas.



IGLESIA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

CUANDO pasábamos junto á la fábrica de este templo y veíamos sus paredes sin blanquear, el aspecto casi ruinoso que toma siempre toda fábrica abandonada por algún tiempo, su situación misma, á uno de los extremos de la ciudad, todo nos hacía juzgar que este edificio, semejante á algunos otros de la República, era una obra en cuya construcción sólo había entrado la piedad y que carecería absolutamente de todo principio de arquitectura. Pero debemos á una feliz casualidad el haber conocido lo errado de nuestro juicio acerca de uno de los más bellos proyectos concebidos por el ingenio venezolano. Una casualidad, decimos, nos ha proporcionado la ocasión de admirar en todo su desarrollo el pensamiento que se trata de realizar en dicho templo, y que es una prueba de lo que acabamos de decir y de que la Iglesia de la Trinidad está concebida bajo un plan magnífico.

El malogrado joven ingeniero Lcdo. José Gregorio Solano, hijo querido de esta tierra y nunca bien sentido por ella, levantó el plano adoptado pa-

ra dicho templo, y si lo hizo acertadamente, de ello podrá juzgar el público con sólo ver esa muestra de arquitectura gótica que aquel jóven ha dejado como un recuerdo de sus talentos.

Nada más bello ni más suntuoso que esa arquitectura ojival. Sus dos torres, bordadas de adornos y engalanadas con los variados atributos del orden gótico, sus elevadas flechas terminando en punta, el conjunto todo de la obra, es de lo más majestuoso á la vez que pintoresco y adecuado al objeto.

Prescindamos de hacer una relación detallada de lo que es la obra en su parte arquitectónica, y pasemos á dar á conocer algnuas circunstancias relalativas á su fundación y reedificación, que por ser demasiado interesantes creemos no deben silenciarse.

La fundación de la Iglesia de la Santísima Trinidad envuelve un misterio que no procurarán penetrar los que jactándose de incrédulos y despreciando cuanto no pueden reducir á números y á cálculos puramente materiales, se apartan completamente de la grande idea, de la idea de Dios; pero que el hombre que considera á la Divinidad como la única fuente del saber humano, y su inspiración como un medio de trasmitirnos su soberana voluntad, ese hombre, decimos, lee donde el incrédulo no lee y ve luz donde aquél no ve sino tinieblas.

Veamos, pues, cuál fué el origen de la fundación del templo á que nos referimos.

Por el año de 1744 habitaba en Caracas un individuo llamado Juan Domingo del Sacramento Infante. Piadoso en extremo este sugeto, concibió la idea de elevar una capilla á la Santísima Trinidad; y al efecto eligió el lugar que hoy ocupa la fábrica. Vendió algunas casitas de su propiedad y con su producto compró el área que aquélla ocupa y parte

de la que sirve de plaza. Hecho ya este propósito, pero agotados sus propios recursos, no contaba para realizarlo sino con la piedad de los fieles.

Estando un día en el lugar donde pensaba levantar la capilla, recibió la primera limosna de la manera más misteriosa, como verán nuestros lectores en el párrafo que á continuación copiamos del libro en donde el mismo Infante llevaba la cuenta de las limosnas que recibía y de la inversión que á ellas daba.—"El día 3 de Marzo de 1.774, dice Infante, dando el reloj las *tres* de la tarde, recibí *tres* reales de limosna en el propio sitio donde actual está plantada la Iglesia de la Santísima Trinidad, cuya limosna me dió una persona para la fábrica de dicha Santa Iglesia, y al volver yo la cara se me desapareció." (*) Triple coincidencia que por sí sola hace detener la atención del cristiano y que simboliza el sagrado misterio de la Trinidad! Lo repetimos, el incrédulo, el hombre de poca fe pasará sobre esta circunstancia con la misma indiferencia con que el salvaje asienta su planta sobre las luminosas facetas de la piedra preciosa, sin que sus destellos hieran la vista del habitante de las selvas; pasará sin dignarse profundizar el misterio, porque su imaginación, materializada, se niega á comprender lo que no puede ver ni palpar.

Aquel hombre que, sin recursos, sin otro apoyo que una voluntad emanada de lo Alto, concibió un proyecto que para sus débiles fuerzas era colosal, había desmayado ante las múltiples dificultades que tiene que vencer todo buen propósito; pero el Señor le tocó, le hizo conocer por uno de los tantos medios

---

(*) La tradición se había encargado de conservar la memoria de este suceso, que el reputado escritor corrobora con el testimonio irrecusable del piadoso Infante.—(*N. del E.*)

que tiene á su alcance, que aprobaba sus esfuerzos, le dió valor y vivificó su piadoso entusiasmo.

Más tarde, en 1777, cuando recibió Infante la recompensa que de ordinario tiene en este mundo el que dedica sus afanes á una buena obra, cuando la ingratitud de los hombres empapó en acíbar su corazón, la existencia de aquel hombre piadoso se envenenó, y casi moribundo ya, y entristecido, trazó las últimas líneas del libro en que reposan sus apuntes, y depositó en ellas toda la amargura de su dolor, á la vez que la expresión de su amor por aquella obra que él principió y que le arrancaban junto con la vida.

Murió Infante, y el Pro. Br. Santiago de Gastro continuó la construcción del templo, sucediéndose á su vez en esta misión los Presbíteros Dr. Rafael de Castro, Br. Luis Acosta, Dr. Hilario Bosset y Dr Rafael Hrnández, (1) quien hizo que el Licenciado José Gregorio Solano levantase un nuevo plano; y fué entonces que este joven ingeniero adaptó la antigua construcción al modelo que hoy presentamos. (2)

---

[1] Aunque abrigamos dudas, que no nos ha sido dable desvanecer acerca de la exactitud del orden cronológico en que el escritor nombra á los respetables eclesiásticos que prosiguieron la obra de Infante; y aunque se nota un vacío en lo referente á los èstragos que el terremoto de 1812 ocasionara á aquélla, hemos querido sin embargo conservar el texto primitivo, dando con ello prueba de nuestro respeto á las ajenas producciones. Como aclaración, diremos sí que el Pro. Dr. Castro hizo una gran parte de la nave mayor y del presbiterio: que el Pro. Acosta techó dicha nave y la concluyó hasta ponerla en estado de ser bendecida; y que el Pro. Dr. Rafael Hernández, (más tarde Canónigo de merced de la Catedral de Guayana, y hoy Canónigo Penitenciario de la S. I. M.), siguió la fábrica de la nave lateral izquierda y llevó la de la torre de esa misma nave hasta el asiento de campanas.—(*N. del E.*)

[2] El periódico en que por vez primera se publicó esta narración traía en este pasaje una hermosa perspectiva del plano de la Iglesia entonces en construcción.

El actual edificio poco ó nada difiere del plano que trazó el malogrado Solano.—N. E.

Posteriormente fué nombrado capellán de la Trinidad el señor Presbítero doctor Santiago Delgado, quien continuó los trabajos desde Marzo del presente año, (1865), y venciendo mil dificultades y tropiezos va aumentando paulatinamente la fábrica, gracias á la constancia con que este sacerdote desempeña tan grata misión. Verdadero discípulo de Jesucristo el doctor Delgado, sabe que la única base del progreso del mundo es el cristianismo, que cada piedra que se pone sobre otra en el templo del Señor, es una ovación á su inmensa bondad, y que de las bóvedas donde se quema el incienso y resuenan los cánticos de alabanzas á la Divinidad, de allí sale el corazón purificado; porque el alma recorre en férvida oración los inmensos espacios de la Eternidad, en pos de la paz y del consuelo que el Supremo Ser ofrece á sus criaturas.

N. B. P.

Hasta aquí llega esta interesante relación, que hemos tomado del número 3º del *Museo Venezolano*, periódico de literatura, ciencias, artes, etc., que vió la luz pública en esta ciudad el año de 1865 y cuyos editores fueron los señores Bolet hermanos, (Nicanor y Ramón, este último, muerto prematuramente para el arte de la pintura, de que fué cultivador distinguido).

Para completar la historia del extinguido templo, réstanos añadir tan sólo breves frases.

Sucedió al Dr. Delgado en la capellanía de la inconclusa iglesia de la Trinidad, el señor Pedro Luis Osío; y á éste, el señor Pro. Dr. Bartolomé Suárez, (hoy Canónigo Doctoral de la Catedral de Caracas.) Con perseverancia y contracción ejempla-

res prosiguió el doctor Suárez la fábrica (*) hasta el año de 1874, en que el Supremo Gobierno, á cuyo frente se hallaba á la sazón el Ilustre Americano, General Guzmán Blanco, tomó á su cargo la terminación del edificio que, luego de concluído, destinó á depósito de los restos venerandos de los próceres y ciudadanos eminentes de la Patria.

El actual *Panteón* ó templo de la inmortalidad, inaugurado con fastuosa pompa el 28 de Octubre de 1875, guarda desde entónces en su recinto las cenizas del Fundador de la Independencia hispano-americana, de aquel enamorado de la gloria que, empuñando en su poderosa diestra el lábaro de la libertad, fué redimiendo pueblos y creando naciones desde Venezuela hasta los confines del hemisferio. Allí, de lo alto del suntuoso monumento que el cincel de Tenerani sacó de la afamada piedra de Paros y que expone á la admiración de la posteridad la imagen del grande hombre, el Libertador preside la falanje de héroes y sabios que bajo su dirección efectuaron el prodigio de nuestra emancipación política, y la de los esclarecidos varones que más han contribuido luego á consolidar la obra de aquellos semidioses de la grande é histórica Colombia.

Bien están los inmortales en aquel augusto é imponente asilo, que el patriotismo es también una religión, en cuyos altares debe quemarse el incienso de la veneración á las grandes virtudes y elevarse constantemente al Señor Dios de las Naciones el himno de la gratitud por los beneficios que, valiéndose de los hombres superiores, les prodiga.

TEÓFILO RODRÍGUEZ.

(*) El doctor Suárez continuó la construcción de la nave lateral izquierda y la de la torre respectiva hasta su conclusión, y comenzó inmediatamente la de la nave lateral derecha. De orden del Presidente de la República, siguió luego al frente de la Junta especial, á quien el Supremo Magistrado encomendó la obra. [*Idem.*]



TRADICIONES BARCELONESAS.

Á MI AMIGO MARCO A. SALUZZO

Entre los primeros que invadieron el recinto de la Casa-Fuerte por la trinchera del Norte, se distinguía un joven de buena presencia que á la cabeza de una guerrilla, con alta voz y con todas las apariencias de una de las furias del infierno, gritaba: ¿ Dónde está Meza ? ¿ Dónde está Meza ? Donde lo encuentre lo mato y lo.... ; y con la espada desenvainada se dirigió á un cuarto donde había tres mujeres abrazadas, temblorosas: una de ellas estaba próxima á dar á luz, y las otras dos eran bastante jóvenes; una de éstas, que era de Carúpano, al verlo, corre, se le arrodilla y le dice: "hermanito, sálvanos, ya Meza es mi esposo."—Si es tu esposo lo mato, y si no es, también lo mato; y le dió un empellón que la arrojó al suelo, y logró entrar á otro cuarto, donde estaba el coronel Meza tendido en un lecho, con una pierna desbaratada de una bala de cañón.— Infame ! te buscaba.... pero en el mismo tiempo un gran número de mujeres le hicieron una

trinchera con sus cuerpos y quisieron defenderlo ; (*) pero haciendo uso de su espada y de sus soldados, hiere, mata, corre al lecho y grita.... Ya estoy vengado.... Esta tradición no refiere más ; pero hay otras vagas é inciertas que aseguran que se encontró en la Casa-fuerte un cadáver con la mutilación de Abelardo.

Vuelve al cuarto donde dejó á su hermana, la tira fuertemente del brazo y le dice : " ahora, ven tú....:" y las otras compañeras se agarran de ella fuertemente, y arrodillada ante su hermano, le suplica : " Salva también á mis compañeras."—No! sólo á tí. Esas.... que queden allí para que.... y les dió tan fuerte empellón que la pobre señora embarazada, que era guaireña, cayó de espaldas: la otra era Doña Bárbara Arrioja, esposa del Capitán José Godoy, uno de los defensores de la Casa-fuerte. (Esta señora vive.)

Estas dos desgraciadas se pusieron á rezar esperando la muerte.

Cuando oyeron la voz, "cese la matazón de mujeres," se atreven á salir; pero en el mismo momento recibe Doña Bárbara un machetazo en la cabeza, y cae aturdida en el suelo ; y volvieron á su escondite.

Preséntase después un español ebrio, y al verlas exclama, hola, hola ! ¿ Aquí ustedes ?.. ya que las buscaba, palomitas mías !.... Ya ustedes me pertenecen por derecho de conquista.... Déjense ver.... ah ! una es más gruesa que un botijón y la otra no tiene carne para una albóndiga ; pero, en fin, me conformo con mi suerte.... De frente, paso redoblado, marchen ! !

---

[*] Según otra tradición Meza tenía nueva *querida*, y fué quien quiso defenderlo : recibió una herida en la cabeza.

La guaireña, que era mujer avispada, le dice: "Señor oficial ¿quiere usted salvarnos por una buena recompensa?......—Toma! qué me gusta la proposición; con dinero hay morenas, tajadas gordas y buen añejo.—Cuánto pintan?—Una onza.—Poco.—Dos.—Poco.—Dos onzas de oro y algunas prendas.—Aceptado. Vengan, cuélguense de estos brazos.—¿Adónde vamos?—A la iglesia; y aquellas dos patriotas confiaron la salvación de su vida y honra á un sargento español ebrio.—Dando tamboronazos y traspiés, tropezando ya con una, ya con otra, llegan á un cuerpo de guardia de una de las esquinas de la ciudad.—Eh! el sargento! Usted no tiene derecho sino á una mujer, y lleva usted dos. —Dispense, mi capitán, que no llevo dos mujeres, sino una mujer y una tambora!—Bravo! bravo! pase el sargento con una mujer y una tambora, por la gracia.—Cuidado, sargento, como haces tortilla. —Sigue mi consejo, primero toca violín y después tambora.—Gracias, mi capitán.

Aquellas pobres mujeres no sabían dónde estaban, dónde quedaba la iglesia, qué calle debían coger: pero el sargento, preguntando á unos y á otros llega por fin á la iglesia; y en la puerta de ésta encuentran al talarista Francisco Rojas, que tenía olores de godismo.—No pueden entrar, no se abre la puerta, porque se mancharía de sangre humana el pavimento, y sería una profanación.—Toda esperanza de salvación había desaparecido! pero al ruído se presentó la varonil Petronila Freites.—Ah! mi ahijada, eres tú? y en ese estado!—Panchito, déjalas entrar.—Bárbara! esprime bien la ropa, toma las precauciones para que no se manche la iglesia. Hízolo cuidadosamente, y ella y su compañera trataron de entrar en la iglesia!—Ola! gritó el sargento sacando su chafarote, trato es trato y si me engañan les echo abajo los *manirotes*...... Con que vean lo

que hacen.... —Qué es eso, ahijada?—Mi madrina, yo le ofrecí á este sargento dos onzas y unas prendas para que nos salvase: él ha cumplido y nosotras no tenemos con qué pagar.

—No te aflijas, que aquí están tus amigas. Ella se pone á recoger prendas y dinero: pronto reune lo suficiente, y con toda generosidad contribuyen Clara Blasco de Parejo, Chepita Blasco, (vive), Teresa, Juana y Anastasia Parejo, Francisca ó María Rosario González, Inés M. Muñoz de Hernández. Rosalía Gómez de Saa de Muñoz, Isabel Romero de Romero, Inés Petronila, (de apellido francés pero barcelonesa), Juana Pastrano, Lucía Barrios, Antonia García de Guevara, María Josefa y Magdalena Guevara, Leonor Noya y su hijo José Hernández Noya, que estaba vestido de mujer, María Guevara, María Rosario Luces de Guevara, Carlota Hernández, Rosario Alemán, Josefa Guevara, Isidora y Concepción Grafe, Rosalía Guevara de Luna y sus hijas Encarnación, Josefa, Teresa y Soledad Luna, Ramona Osti, Facundina Arrioja y sus hijas Catalina Reyes de Gibet y Soledad Reyes, Magdalena Rojas de Carvajal, Teresa Rojas, Inés Rojas de Ortiz, Candelaria Salazar de Sabino, quitándose *peinetas engastadas*, sortijas, aretes, collares y alfileres que tenían de su uso, y todo se lo dan al sargento que se retiró gritando: Viva el rey! Viva mi coronel! Viva la torre de la Casa-fuerte!

A fin de ocultar á doña Bárbara, la colocaron detrás del altar mayor.

—Eh! eh! las insurgentes, grita un español ebrio, entrando á la Iglesia, bailando el *tenguerengue* y haciendo ruido amenazador con la espada El uniforme del General Freites, ó no dejo una perra viva.—Señor! aquí no hay ningún uniforme. —Sí que lo hay; y hubiera rodado la primera cabeza, si la jovencita Domitila Pastrano, (vive), no

tiene bastante agilidad para correr, suspender la tarima, sacar el uniforme y arrojárselo al español... Viva el rey!—Esto me vale un par de doblones, y fuese.

—Juro á Sanes! gritaba el sargento de un grupo de españoles que se presentaron á la puerta de la Iglesia conduciendo dos cadáveres, que he de vengar la muerte de mi coronel, que vale más que todos los perros insurgentes. Hola, ese uniforme! se necesita para el entierro de mi Coronel! un soldado no tiene derecho á un uniforme como botín! y el español tuvo que obedecer, lo entregó y siguió su marcha con el rabo entre las piernas. Eh! Sacristán! abre la puerta ó la echamos abajo. Si no andas más ligero te cortamos la cabeza; y el padre Ahullama se cuidó muy poco de que el pavimento se manchase ó no de sangre humana, (como se manchó, pero dice la tradición que fué la única profanación que hubo); y abrió la puerta sin chistar.—Señor Sacristán, pronto, pronto traiga usted los mantones, los candelabros, las velas y haga usted un catafalco digno de mi Coronel! Y Francisco Rojas cumplió todo con una velocidad admirable: es verdad que fué ayudado, por caridad ó por miedo, de las patriotas! Estas aun hicieron más, se pusieron á rezar un rosario, y cuando llegaron al *gloria patri et fi*.... no pudieron concluír la frase porque montado en ira el sargento, arrebata los velones y cae á golpes á las patriotas; pedazos de.... todavía tienen ustedes valor para pedir gloria para la patria; y aunque el chasco era para reír, nadie chistó.

Estos cadáveres fueron enterrados en la iglesia.

En seguida entró un español (*) con gran reverencia á la iglesia, se arrodilló é hizo una corta ora-

(*]. Tal vez Doña Chepita Blasco, -Caracas- sabe el nombre de este español, ó los descendientes, de las Parejo. -Caracas-.

ción en un altar. Las patriotas se llenaron de más miedo que nunca, pues formaron de él la opinión de que era el *chocuto:* se dirigió al grupo de patriotas y en voz grave preguntó. ¿Cuál es la madre del General Freites? —No está aquí —Y la hermana? —Tampoco—Doña Petronila Freites, creyendo que por ella se iban á comprometer sus compañeras, se arrodilla—Soy yó, señor! pero antes de matarme, suplico á usted que mate primero á mi hija, (Gumercinda Blasco.)—Señora! le dijo levantándola, no se trata de matar:—vengo á cumplir la bendición de mi madre: al despedirme de ella, me dijo, acuérdate hijo, que has nacido de una mujer; en todos los casos que puedas, salva siempre á la mujer más desgraciada en nombre de tu madre! Por la orden general me tocan dos mujeres de botín; yo la elijo á usted para salvarla y llevarla donde usted me indique.—En ese momento entró un ayudante con un salvo-conducto para Doña Petronila Freites, viuda del español Don Vicente Blasco, y ella y sus hijas políticas, (Clara ya casada y en cinta,) fueron escoltadas por ambos, y conducidas á la casa que ocupa el señor Ramón Gómez Izaci, que era la de Manterola, donde estaba la gobernación; así dice la tradición, pero el señor Montenegro dice en su obra, que él se quedó en Clarines. Añade la tradición que Aldama tenía la comandancia en la casa del señor Miguel R. Vargas.

También se presentó el coronel Jiménez ofreciéndole iguales garantías á la señora Inés María Muñoz de Fernández por recomendación de la familia Guzmán, de Onoto; instábale á que las aceptase porque *ni en la iglesia podía él favorecerla*, si no se trasladaba á la gobernación. Cuando ella se preparaba en la Capilla de San Celestino á salir, forman un grande alboroto: su hijita Rosalía se moría; y se moría de hambre. El coronel Jiménez pudo

proporcionarle una taza de chocolate, y recuperó las fuerzas.

Durante la noche hubo un gran ruído con los machetes que arrastraban adrede por el suelo, y las patriotas creyeron que ya había llegado la hora de que el *diablo* dispusiera de ellas, y Doña Magdalena Guevara lo vió tan de cerca que se encaramó en un altar, de donde se desprendió y cayó dentro de una batea de platos, y con el ruido creyeron las demás que se había caído la iglesia.

—

La joven seducida por el Coronel Meza se llamaba...... tiene una hermana viva, á quien refería su hermano que se vió obligado á matar á Meza para salvarla. Esta joven no volvió á Carúpano: fijó su residencia en Caracas, donde vivió muchos años. El padre de esta familia fué un patriota distinguido, condenado en 1812 á prisión en Puerto Rico, donde murió. El joven que dió muerte al Coronel Meza por venganza, se pasó á la patria en 1819 é hizo importantes servicios en la pacificación de la antigua provincia de Cumaná y en la rendición de aquella ciudad. Así, pues, la tradición sobre el Coronel Meza debe tenerse como un hecho histórico en su parte esencial.

MIGUEL JOSÉ ROMERO.

Julio 26 de 1884.

EL SARGENTO DOMINGO RAMOS

1814

CONTINUACIÓN DE LAS TRADICIONES BARCELONESAS

A mi amigo y compadre General Ramón Irigollen, uno de mis activos colaboradores en solicitud de datos históricos.

DON Francisco Ramos era marino, natural de Puerto Rico, hacía viajes á las Antillas ; y habiendo casado en Cumaná con doña Bárbara Guzmán, se avecindó en esta ciudad de Barcelona. Era D. Francisco hombre de *la vida airada*, que corría *soberanas turcas*, más tormentosas que los *cordonazos de San Francisco*. Cuando se encontraba *bajo atmósfera tempestuosa*, hacía andar á doña Bárbara á *salto de corrales*, y á tanto subía su mal humor, que á golpes de hacha derribaba una vez su casa, (la que ocupa Antonia la holandesa). Fué *godo* y emigró en la *época de los empréstitos forzosos* de los catalanes, (en la primera patria) ; y pasó sus últimos días en su país natal, adonde no lo quisieron acompañar ni su esposa ni sus hijos, que eran patriotas. De este matrimonio nacieron Francisco,

marino que murió ahogado con la tripulación de una flechera patriota, echada á pique por dos buques españoles; y se sospecha que uno de éstos fuese mandado por su padre, pues dicen las crónicas que Francisco se ahogó huyéndole á su padre entre Puerto Rico y San Thomas; Lorenzo, que murió en las Puertas; Domingo en la acción de Aragua; Agustín en los Barrancones; Pedro José en la *Casa Fuerte;* José, que escapó herido, detrás de un altar de la capilla de la *Casa Fuerte*, y finalmente Pedro. Doña Bárbara, acompañada de un español, de algunas de sus hijas, de Felipa Avilé de Lao y Francisca Mejía de Liendo, fué en solicitud del cadáver de este último, que no encontró; mas sacó sí de su escondite á José, que se salvó por el bando de perdón que el 8 (Abril 1817) por la mañana hizo publicar Aldama. José á luego casó con la señora Juana Brito, tía del General Irigollen, (que fueron los protectores de su niñez.) También nacieron de ese matrimonio Anastasia, María Leocadia, Ana Josefa, Rosa, Juana Paula y Andrea, (vive).

Esta familia gozaba de las prerogativas del *mantuanismo*, es decir, *sus partidas* se asentaban, sin necesidad de pleitos, en *los libros de blancos;* las mujeres podían llevar alfombras á la iglesia y podían ser monjas; los hombres podían ser clérigos, corregidores, hermanos del Santísimo, oficiales de milicias, sin tener que comprar *el don*, pues tenían derecho á usar *tan valioso* título, y si el viento daba, podían ser *hasta Justicia Mayor* y *Teniente Gobernador* de la Nueva Barcelona de Cumanagoto; pero en estricta verdad, esta familia pertenecía á *una escala social* que hacía (¿y hace?) el desprecio de los unos y la burla de los otros, *eran blancos pobres*.

Domingo Ramos era sargento de uno de los batallones *reglados* de esta ciudad para 1810: co-

nocía con toda perfección el servicio y el manejo de armas; era mozo divertido y de *averías; escobillaba un zambe* (1) á las mil maravillas, y era admirable con un *discante* (2) en la mano, y en la improvisación de *trobos* (3) *á lo divino y á lo humano*; pero en lo que más llamaba la atención era, *¡en las bombas para las damas!* Cuando llegaba el turno de decir la suya al sargento Ramos, hombres, mujeres, niños, todos se apiñaban para celebrar su ingenio y agudeza; cuando no salía con alguna diablura, bailaba muy bien *el minué*, la *cachucha* y hasta en las contradanzas era buen pareja. En punto á amoríos no era menos aventajado, pues nunca le faltaba su docena de cortejos, fuera de algún otro por conquistar. Tomaba parte en las reyertas de *arroyeros* y *paloteros*; era siempre el espíritu malo, que poniendo la *pajita* en los hombros de los guapetones, ayudaba á formar la *singuizarra;* (4) se unía á los *paloteros* para desbaratar los *fandangos* (5) de los *arroyeros*, y á estos para echar *pica-pica* á los bailes de los *paloteros*. Sin embargo, nuestro sargento era un *muchacho* querido, de prestigio en su batallón, oía misa los domingos y fiestas de guardar, se confesasaba por cuaresma, pertenecía á muchas de las cofradías de esta ciudad, ayudaba á componer la iglesia y tomaba parte en las procesiones de Semana Santa.

---

1 Baile peculiar, muy usado por los campesinos de Venezuela.-(*N.E.*)

2—Guitarra pequeña.

3—Trovas, versos en que se parifica alguna historia ó fábula— *N. E.*—

4 Voz provincial, sinónima de gresca, riña.—(*N. E.*)

5 La palabra *joropo* es moderna, ó sea republicana; para 1838 se bailaba mucho en esta ciudad el *tambor*, baile de los africanos.

Llega el año de 1810 y entra en la fiesta, ó según el lenguaje de hoy, en la *parranda:* él es patriota porque sus jefes son patriotas; reconoce la Junta de Caracas, porque esta es la consigna del batallón; se desconoce aquella Junta y se proclama la de Cádiz, tanto se le da al sargento Ramos, y también reconoce ésta; se reacciona contra ésta y se proclama nuevamente la de Caracas, pues viva la Junta de Caracas! grita él y añade "Viva el Mariscal de Campo don José Antonio Freites Guevara." ¿Hay expedición para Guayana? El sargento Ramos es de los más entusiastas; regresa á Barcelona, y los batallones reaccionan á favor del rey el 4 de Julio de 1812, pues "viva el rey," grita el sargento Ramos. Pero llega á su noticia la matazón de Aragua al entregar los patriotas llaneros las armas, el grito de *guerra á muerte* á los españoles que dieron aquellos al retirarse á las selvas del Tigre; presencia el sargento Ramos los ultrajes que para remitirlos á las bóvedas de La Guaira sufren Don José Antonio Freites Guevara y su hijo Olegario, el coronel Sebastián de Blesa, el coronel Agustín Arrioja, el coronel Juan Miguel Isturdi, el Pro. Br. Pedro Ramón Godoi y su hermano José, el comandante Manuel Antonio Lobatón, José Antonio Anzuategui, Pedro Martínez, Isidro Carrasquel, Francisco y Vicente Villegas, Vicente Larroca, Dr. Juan Buscate, Jacinto Lamar, Carlos Pérez, Diego Castro y un Martiñán (*) presencia que el barcelonés Juan Brito fué remitido á Ceuta, (no regresó jamás), porque en alta voz dijo en la esquina del puerto de las galeras: *Hasta cuando irán barceloneses á morir á Maturín!* sabe las inauditas crueldades de Monteverde; que los barceloneses prisioneros en la campaña de Angostura habían sido remitidos á Puerto Rico entre los 500

(*) No respondo de la exactitud de esta lista.

que para aquella isla mandó el Gobernador de Guayana, y el sargento Ramos se vuelve de pronto taciturno y meditabundo.

Y vino á impresionar más su ánimo el tremendo ultraje que se le hizo á Don Buenaventura Guevara. Era éste, miembro de la distinguida familia Niño Ladrón de Guevara; y en 1812, cuando la regencia de Monteverde, sufrió en Barcelona, por patriota, la más horrible vejación, según refiere una tradición que hasta hoy se conserva y que debemos dejar aquí consignada. Habiéndole rapado bien la cabeza, desnudáronle casi por completo, y después de embadurnarlo de arriba á abajo de *melado de caña* le regaron por todo el cuerpo plumas de gallinas. Así *emplumado*, montáronlo en un burro y al son de una música burlesca, lo pasearon por las calles de la población á los gritos de *viva la patria*. Fué tan grande el bochorno que el señor Guevara experimentó, que después de aquel aciago día no se le vió más en Barcelona, ni aun en *la patria de* 1813. Este buen patriota murió en la pérdida de Maturín, en diciembre de 1814.

Desde entónces Ramos no asistió ya á *fandangos*, ni tocó más *discante*, ni cantó más *trovas*, y si acaso conservó cortejos, no pasaron de dos á tres, por no perder la costumbre: una idea constante le preocupaba. El había escapado de los primeros reclutamientos que se hicieron para formar las fuerzas que iban á Maturín; en el último, hallándose oculto, en el silencio de la soledad acrecentóse su preocupación, y sintió más poderoso que nunca el impulso de su corazón que lo llevaba á matar todos los españoles y á sus partidarios; y á los descendientes de éstos; en una palabra, el sargento Domingo Ramos se hizo verdaderamente *patriota*, pero á su modo: poco le importaba la forma de Gobierno que se adoptase, ni que Venezuela dependiera ó no

de otra Nación: su programa político se reducía á "mueran los españoles"; así, no obraban en él las *convicciones políticas* sino el odio de raza; así es que el sargento Ramos, propiamente era colaborador de una guerra social. Cuando en agosto de 1813 entra Mariño en esta ciudad y fusila unos nueve prisioneros; cuando el sargento Domingo Ramos oye en un bando "Españoles y canarios, cualquiera que haya sido vuestra conducta, contad con la muerte"; cuando de orden de Piar y Arrioja se fusila al padre Marquez y al Coronel Arias, el sargento Ramos sintió nueva vida; asistía á los bailes, tocaba el *discante*, cantaba himnos patrióticos, enamoraba muchachas por docenas; era eficaz en sus deberes de soldado, activo en las reclutas y de los más listos para salir á campaña: en una palabra el sargento Domingo Ramos era el modelo de un buen patriota. Salió á la primera campaña con el Coronel Arrioja, y cuando se hizo la formal y desgraciada campaña de Occidente, (enero 1814), el sargento Ramos siempre á la vanguardia. El sargento Ramos de *miliciano* se transformó en veterano, se familiarizó con la muerte, llego á ser uno de los valientes que hacían honor al ejército de Oriente, se acostumbró á la *vida de campaña*, afincaba bien el *cópiro* (los dados), no era *ladrón*; pero con un gallo que cargaba era siempre el primero que hacía *su rancho*, y su gallo siempre vivo. El sargento Ramos se encontró en la serie de batallas de esa campaña que casi acabó con los patriotas de Caracas, del centro y de parte de Oriente. En las Puertas fué de los muy pocos escapados del batallón Barcelona, que con los Jefes Coronel Antonio M. Freites y Teniente Coronel Manuel Antonio Lobatón, quedó casi todo en el campo; y los pocos prisioneros que hizo el enemigo fueron fusilados en La Victoria.

El sargento Ramos presenció los sufrimientos de la emigración caraqueña y llegó á Barcelona con las reliquias del ejército patriota. Traía por remordimiento -de- haber matado pocos españoles: estaba agitado, inquieto, descontento, y sólo sentía consuelo cuando interiormente ó en alta voz decía: "guerra á muerte á los españoles". La entrada del ejército derrotado en las Puertas y de la emigración de Caracas, la evacuación de esta plaza después de la derrota de Aragua, la entrada de Morales, (Agosto), y la de Boves, (Octubre); las matazones de ño Yorro, la entrada del segundo López, después de su derrota en los Alacranes, la catástrofe de la Casa Fuerte y el fusilamiento de los jóvenes Freites y Carvajal, son acontecimientos que han sellado los barceloneses con el martirio y con las lágrimas, y el recuerdo de ellos hace aún conmover á las nuevas generaciones. Las noticias de la acción de las Puertas habían llegado á esta ciudad en términos que debían tenerse por exagerados; sin embargo, á la entrada de las reliquias del batallón Barcelona, se comprendió que la verdad era hasta superior á las narraciones. Una matrona acariciaba con abrazos y besos á un hijo querido, llorando á la vez la muerte del esposo; otra recibiendo las caricias de su marido y anegada en lágrimas pedía pormenores de la muerte de su hijo ó de su hermano; finalmente, una joven enamorada lloraba la muerte de su prometido. No fué posible conservar la formación ante aquellas barcelonesas que lloraban la muerte de los suyos. Estaban también allí Bárbara Ramos y sus hijas, participando de la emoción general, llorando la muerte de Lorenzo y celebrando el retorno de Domingo, á quien estrechaban entre sus brazos, lo colmaban de caricias y le regalaban golosinas preparadas de sus manos para obsequiar al hijo y hermano querido,

salvado de la muerte y que traía al hogar parte de la alegría de tiempos más felices.

El sargento Domingo Ramos abraza á su madre y á sus hermanas, recibe con cariño sus obsequios y regalos; pero con aire descontento, preocupado, pues no lo abandona un instante su propósito, su pensamiento constante. Llega á su casa y distingue á un recién nacido acostado en una frazada que fué de él.—Mamá, qué niño es ese?—Ah! hijo! nos ha sucedido una desgracia en tu ausencia: tu hermana Anastasia ha dado á luz.—A luz? ¿Y quién es el autor de su deshonra?—Ah! no quisiera decírtelo, pues eso hace precisamente mayor nuestra desgracia; pero es necesario que te resignes, como lo ha hecho tu madre: ha sido un español. (*)—¡Un español! y el hijo de un mónstruo está acostado en mi frazada? Nó! nó!! y avanzó hacia la inocente criatura.—Domingo! ¿qué vas á hacer? y madre é hijas tratan de contenerle; pero con la culata de su fusil se desembaraza de ellas, y coge por dos puntos la frazada y la tira con furia. El niño cae y llora, y aquel llanto, lejos de aplacar al iracundo sargento, lo enfurece más; agarra al recién nacido por los piés, y le desbarata la cabeza contra un pilar. Piedad! grita su madre, piedad! grita la desventurada Anastasia, y el sargento Domingo Ramos arroja á la cara de su hermana el cadáver de su hijo, diciéndole: "Por las venas de ese mónstruo no debe correr la sangre de los Ramos!!! Y el sargento Domingo Ramos descendía de españoles!!!

MIGUEL JOSÉ ROMERO.

Barcelona: 16 de Febrero de 1885.

(*) El español que acompañó á doña Bárbara Guzmán á buscar á sus hijos en la Casa Fuerte, [y era el padre del hijo de Anastasia].—[*Nota del autor.*]

ÑO MIGUELACHO.

SABIDO es que cuando Monteverde ocupó á Caracas, después de su afortunada campaña que empezó por la insubordinación de Siquisique, sus paisanos, creyéndole un semi-dios, no hallaban dónde ponerle ni qué títulos y honores acordar al llamado Pacificador. Este, muy agradecido de ellos, también los colmó de distinciones y empleos; y dice la historia que muchos obtuvieron el título de *acendrados* patriotas. Estos mismos patriotas inmaculados, fueron los que le aconsejaron todas las iniquidades, tropelías y persecuciones que cometió el desertor de Ceballos, metiendo en las cárceles y en los cepos, á más de mil personas honradas é inocentes, después de sus célebres palabras de *olvido eterno de lo pasado.*

En esa época aciaga, vivía por el barrio de Candelaria un isleño llamado Miguel Rodríguez, á quien el vulgo había confirmado con el apodo de "Ño Miguelacho." Ejercía nuestro protagonista, desde muchos años, la industria de *pulpero* y tenía su establecimiento en la esquina que se halla al sur de la plaza. Nadie más conocedor que él de la mencio-

nada industria, tan de moda en aquel tiempo, pues hubo cuadra que llegó á tener hasta nueve pulperías; por supuesto, la mayor parte de ellas, podían valorarse al paso de un caballo desbocado. Ninguno de sus rivales aventajó á Miguelacho en lo cambalachero y en las mil habilidades que el oficio requiere, y si bien preparaba la madre del guarapo fuerte, mejor picaba el papelón, sacando de los más pequeños hasta cuarenta y dos pedazos; en el cuchillo era una notabilidad, pues además de lo dicho, se pintaba sólo para cortar unas tajadas de queso, tan delgadas y diáfanas, que podían contarse con ellas los días de la luna nueva; y en las barretas de jabón, también hacía primores tales, que le hubieran hecho alumno sobresaliente en una clase de dibujo. Si á esto se agrega su gracia para acomodar la mercancía en los trebejos de la armadura; su competencia para componer *amargos* de ajenjos, cidra y yerba buena, y para freir carite y *ángel de vaca;* su labia para encomiar los artículos malos y su recalcitrancia para no fiar á nadie un centavo, tendrán ustedes el perfil exacto del tipo que me propongo bosquejar.

Pero ño Miguelacho, como todos los mortales, tenía su lado flaco, su desaguadero, como dicen vulgarmente: eran los muchachos, á quienes tenía un amor incomparable y un cariño que rayaba en manía; de tal modo, que jamás levantó cabeza en su negocio, pues las utilidades se iban en las dispendiosas *ñapas*, los superflos *sábados* y vendajes que les daba, sin reparar en el tamaño de la compra.

En cambio, los muchachos lo adoraban y venían á comprar desde veinte cuadras á la redonda; de tal manera, que su pulpería era un enjambre permanente de pilluelos de cinco á catorce años.

Por una distracción incalificable, había olvidado decir que ño Miguelacho tenía cuarenta años de edad,

que era de mediana estatura, grueso, muy barbón, cejijunto, piés muy grandes y manos idem, ennegrecidas por el frecuente contacto del carbón; y por un olvido imperdonable, también se me había quedado en el tintero agregar, que era casado con una paisana, aun que estéril, muy frescota y conservada, á quien llamaban doña Paca. No dice la historia por qué la consorte llevaba el calificativo de los nobles y el marido el de los plebeyos; más es lo cierto, que así era, y debajo de aquel techo feliz vivían unidos en legítimo consorcio, un *ño* con una *doña*.

Era doña Paca mujer de alguna instrucción, no desprovista de buenos modales y muy amiga de las cosas grandes; y á pesar de su humilde condición de pulpera, tenía muy buenas prendas de oro macizo, un vestido de seda color de cielo con cuadros encarnados y una gorra blanca con plumas verdes. Estos objetos, cuya antigüedad nunca fué puesta en duda por nadie, veían la luz pública una vez todos los años, cuando su orgullosa dueña, el día de Jueves Santo, concurría á la ceremonia del *lavatorio* en la Catedral y después andaba las estaciones por los demás templos.

Decían las malas lenguas que ella gobernaba á su marido por una oreja; pero el siguiente diálogo desmentirá la especie y hará convencer á ustedes, como lo estoy yo, de que ño Miguelacho Rodríguez era un hombre de carácter, de ideas fijas y muy independiente en sus procederes.

—Virgen santa! exclamó Paca, quitándose su traje de bautizar y sus pesadas joyas; qué función tan regia has perdido, Miguel; oh! si hubieras visto á don Domingo, qué imponente estaba con su gran uniforme, y con qué garbo llevaba las llaves del sagrario y la bandera dorada en la procesión! Ese sí que es militar de verdad, y no aquel vejete

cabeza blanca que teníamos aquí de generalísimo y de....

—Por Dios, Paca! déjate de esas cosas, dijo Miguelacho contrariado. Quién te mete en camisas de once varas, mujer? ¿Acaso nos importa algo que sea Monteverde el que mande en lugar de Miranda, ó que sea Pedro en vez de Juan? Nosotros vivimos trabajando, y santas pascuas!

—Si señor, eso está muy bien; pero una tiene sus simpatías, y no puedo negarte que cuando ví hoy en la Iglesia á los miembros del muy Ilustre Ayuntamiento, llevando las varas del santo palio y reconocí en ella á don Bruno Regateo, don Antolín Manso y don Luciano el orejón, todos paisanos de la Orotava, dije para mí: ¿Por qué Miguelacho tendrá un genio tan raro? ¿Conforme están aquí tantos canarios gozando de honores y empleos, no podría él también ocupar algún puesto distinguido en el gobierno? ¿no debería, el muy tonto, echar su uñadita en esta ocasión, en que estamos de moda los isleños?

—Conque eso pensabas, Paquilla? No me hagas reír; tú sabes que todo palo no sirve para trompo; además, no le rindo las ganancias á esos señorones; en estos tiempos la política es un gallinero, y no sabemos lo que pueda suceder de aquí á mañana. No tengo mucha fe en la duración de don Domingo, pues los patriotas son gente que no se duermen, mujer.

—Qué de majaderías estás diciendo, pedazo de borrico! ? Supones, acaso, que don Domingo es algún palo de maracas? Pues, mira, que es gallo que sabe donde le aprieta la zapatilla; y si no, mira como en un puño de días ha barrido con todo verbo de criollos, triunfando en Siquisique, Carora, Barquisimeto, San Carlos, Valencia, y la Victoria; por lo cual, el generalísimo tuvo que pasarle el monigote,

entregándole á Caracas. ¿Conque los patriotas son gente que no duermen? ¿Amenazas y roncas á mí? Pues, mira, chiquito; diles que meneen la oreja, para que los metan en las bóvedas de La Guaira, donde estan el generalísimo y sus compañeros.

—Mujer del diablo, tu vas á ser mi perdición. ¿Quién te ha metido tantas cosas en la cabeza? ¿Por qué te ocupas en lo que no te incumbe? Mira que Dios nos castigará por tu entrometimiento en cosas de guerra.

—Si Dios está con la santa causa realista, pedazo de alcornoque. ¿No ves tú que el terremoto ha castigado á los rebeldes el mismo día en que, ahora dos años, se desconocieron y desterraron las autoridades de España, y que sólo se han escapado Maracaibo, Coro y Guayana, que son poblaciones adictas al rey? Pues, mira, chico, más claro no canta un gallo.

—Esas son blasfemias, Paca, dijo Miguelacho ya de mal humor; doblemos la hoja, que no es bueno reñir en este día. Para adelante vamos, y en la bajadita te aguardo....

—Sí, gran mentecato, respondió la Paca muy sulfurada, tú no tienes más placeres en la vida, sino dar ñapas y más ñapas á los muchachos de la calle; ni más ambición que estar metido en tu ratonera friendo pescado y vendiendo carbones.

—Y qué quieres tú que yo haga?

—Pedir un empleo á don Domingo y dejarte de boberas, hombre.

—Si yo no se escribir, mujer.

—Eso no le hace; pueden nombrarte peajero, alcaide de cárcel ó regidor de la plaza.

—Yo no me meto en esas cosas, Paca; vamos, se acabó!

—Pues usted se mete, sí, señor; yo lo quiero!

—Que nó!

—Que sí! Insolente patriota!

—Canalla realista!

Y el diálogo terminó á empujones, mordiscos y puñetazos, saliendo, como era natural, maltrecha doña Paca, la cual se encerró en su cuarto, echando tacos y reveses y lamentando, sobre todo, que aquella tierna escena de amor conyugal hubiera tenido efecto en Jueves Santo. Afirma la historia que, á pesar de aquella tempestad de uñas y dientes, en la noche, muy arrepentidos, rezaron juntos el rosario ño Miguelacho y doña Paca, reconciliándose en santa unión, como lo manda la doctrina cristiana.

II

Un año después de lo que acabo de referir en el anterior capítulo, entraba el Libertador á Caracas después de su celebérrima campaña de 1813. Monteverde, el envanecido canario que se hacía llamar *pacificador*, después que en la famosa derrota de Maturín perdió hasta el equipaje, vino á la capital, y al acercarse Bolívar, vencedor en todas partes, huyó despavorido á ocultar su vergüenza tras las murallas de Puerto Cabello.

El terrible pero necesario decreto de guerra á muerte hacía que las represalias fueran arma de ley en uno y otro campo; y en la capital las tropelías, asesinatos y escándalos cometidos por Monteverde y sus secuaces, acarrearon odios y venganzas que trajeron como consecuencia la persecución, destierro y fusilamiento de gran número de canarios. Muchos sin mayor culpa, en verdad; algunos inocentes; pero

así es la cuchilla ensangrentada de la guerra á muerte : hiere con furor salvaje, sin reparar en la mayor ó menor culpabilidad de las víctimas.

Caracas por aquellos días quedó espurgada de isleños, pues los buscaban como palito de romero para ajustarles las cuentas de don Domingo y las suyas ; el pueblo se ensañó con furia contra los que habían sido sus perseguidores, y hubo una especie de época de terror en que sólo bastaba comprobar la identidad de persona, diciendo el paciente *naraja*, en lugar de naranja, por ejemplo, para que fuese reducido á prisión ó expulsado sin más fórmula de juicio.

Y ¿ cómo se las compusieron ño Miguelacho y y doña Paca en aquellos días fatídicos para la estirpe canaria ? preguntarán impacientes los lectores.— ¿ Qué fué de aquellos cariñosos cónyuges durante aquel chubasco desagradable y peligroso ?

Ya vamos á saberlo, pues es muy justa la curiosidad de ustedes, amabilísimos lectores.

El buen Miguelacho había estado muy metido en barajas y con el credo en la boca, al ver rapadas tantas barbas vecinas ; y merced á sus buenas relaciones, á su sana conducta y ejemplar proceder, nadie le había molestado ni denunciado, logrando así pasar desapercibido, agachadito detrás de su mostrador, en íntimas pláticas con los muchachos que cada día lo querían más.

En cambio, doña Paca era una energúmena é imprudente de marca mayor, que se la pasaba como un carabinero de enaguas, echando ternos contra los patriotas, pronosticando la vuelta de don Domingo con un gran ejército, y otras tantas paparruchas que provocaban la ira de los vencedores.

Un domingo en la tarde se hallaba sentada en una de las puertas de la pulpería, con todas sus jo-

yas y vestida con los colores de la bandera española.

Su marido estaba furioso al ver aquella acción tan perversa, aquella humorada tan peligrosa; y sin asomar el bulto á la calle, por temor de ser visto, le gritaba:

—Paca, por la Virgen Santísima! Qué haces ahí, mujer, con ese vestido? Entra para adentro!

—Y por qué he de quitarme de aquí? respondía la infame esposa. ¿A quién ofendo con usar lo que es mío y me ha costado mis reales?

—¿Pero no ves que me estás comprometiendo con esos colores? Déjate de esas chocancias, Paquilla mía, por Dios te lo pido; entra, mi puchunguita, mi amor, mi costilla; entra á hacer tus empanadas y tu carato, que es lo que nos deja cuenta.

—Empanadas te hiciera yo los hígados, solemne dominguejo, pues en lugar de interesarte por la santa causa, te la pasas ahí en esa huronera, dando tu sudor en ñapas á esa partida de muchachos ociosos!

—Por los huesitos de tu abuela, Paca, quítate de la puerta; mira que si te ve un agente del nuevo gobierno, soy hombre muerto!

—Qué no me quito, hombre!

—Que te quites, mujer!

Mas, todas las súplicas fueron inútiles y la empedernida Paca siguió en la puerta, llamando la atención de todos los transeuntes que la miraban con repugnancia manifiesta.

De pronto, desembocó en la esquina de la Cruz un grupo de individuos á caballo, en medio de los cuales venía uno con uniforme de general republicano.

Doña Paca, léjos de entrarse á su casa como se lo suplicaba el marido y se lo aconsejaba la prudencia, al ver el grupo que se acercaba, se puso de

pié y empesó á pasearse con cierto airecito de chocancia.

El general Tres Estrellas, muy conocido y célebre en aquellos días por sus buenos servicios á la patria y por el odio que profesaba á la raza canaria, era el que acompañado de sus oficiales, paseaba aquella tarde las calles de la ciudad.

Al ver aquellá mujer con tan inusitado é impropio traje y cuyas toscas facciones denunciaban orígen sospechoso, sofrenó el caballo y acercándose á nuestra heroína le dijo:

—¿Cómo se llama usted, señora?

—Francisca Requesones, para servir á usted, contestó la interpelada.

—¿Es usted isleña?

—A mucho honor lo tengo, caballero.

—Ola! con que á mucho honor, replicó amostazado el general, y ¿es casada usted?

—Sí, señor, mi marido se llama Miguel Rodríguez y está en su trabajo.

—¿Es isleño también?

Aquí la Paca titubeó un poco, se cortó algo, se puso pálida; pero respondió al fin con aplomo:

—No, señor general, es criollo de pura sangre.

—Llámelo usted acá.

—Si usted pudiera escusarlo por ahora de salir, caballero, sería un gran favor; está enfermo, tomó sal de higuera esta mañana, y........

—Que salga en el acto, de cualquier modo; gritó montado en cólera el general.

—Miguelacho! exclamó con voz trémula, doña Paca; ven acá, que quieren conocerte estos señores.

El aludido, que había escuchado toda la conversación detrás de la puerta, salió más blanco que un sudario, y con las quijadas trémulas, dijo:

—Para qué me llamas, Paquilla?

—Acérquese usted aquí, ordenó el general, con

una voz tan aguda, que atravesó de medio á medio el corazón del recien llegado.

—¿Qué me quiere Su Excelencia? balbuceó ño Miguelacho.

—¿Es usted isleño, señor mío?

—Yo, no señor, nó, mi general; yo soy venezolano, caraqueño, de aquí mismo, sí señor, de aquí.

—Muy bien; entonces, diga U. naranja!

—¿Y para qué voy á decir eso? murmuró el infeliz, temblando de miedo.

—No replique usted, diga naranja, ó no respondo de lo que pueda suceder!

—Pero, señor, es que........

No pudo acabar la frase. El general, furioso, desenvainó su sable, puso la punta en el pecho de su interlocutor, y repitió:

—Diga usted naranja!

—*Naraja!* gritó ño Miguelacho, creyéndose ya ánima del purgatorio.

—Ah! bien sabía yo que eras de la familia, bribonazo; dijo alegremente el general, envainando su sable. Luego dirigiéndose á su comitiva, agregó:

—Salgan dos y háganse cargo de ese isleño para que page las chocancias de su mujer.

Y meneando las riendas á su hermoso caballo zaino, continuó muy tranquilo su paseo, miéntras dos oficiales amarraban á Miguelacho y lo conducían al Principal.

Doña Paca creía que todo aquello era una broma; pero cuando vió el santo de bulto y se convenció de que realmente se llevaban á su esposo, asegurado con una libra de mecate, empezó á dar voces, á llorar y á correr por las calles, gritando:

—Se llevan á Miguelacho! van á matar á ño Miguelacho! socorro! auxilio!

Aquellas palabras fueron como un cañonazo

de alarma, como un repique de somatén, como un toque de generala infantil, pues á las dos horas del suceso que acabamos de presenciar, había en la plaza de Candelaria y sus alrededores, sin exageración en la cifra, más de mil muchachos que repetían la palabra de doña Paca y gritaban y silbaban á más y mejor.

No contentos con esto, diputaron comisiones á los otros barrios, y como la fama y las simpatías de ño Miguelacho no eran aisladas, resultó que acudieron como enjambre, muchachos de todas partes ; desde Palo Grande hasta Quebrada Honda y desde el Teque á la Alcabala y Muchinga. Todos corrían á Candelaria, gritando: "Salvemos á Miguelacho!"

No era más prestigiosa y arrebatadora la voz de "Dios lo quiere" en tiempo de las Cruzadas.

Los muchachos brotaban de todas partes como hormigas, y cuando eran las seis de la tarde, formaban ya un ejército respetable de dos mil bocas que chillaban, silbaban, maullaban, ladraban y gruñian; y de cuatro mil piés que pateaban, corrian y levantavan polvo ; y de cuatro mil manos que tiraban piedras, palmoteaban y hacian demostraciones de todo género. Aquello era una torre de Babel, un mare-magnum, un infierno indescriptible. La escasa ronda de serenos que había, acudió á disolver el motín á mandadorazos ; pero cayó sobre ella copiosa lluvia de piedras que la puso en vergonzosa derrota. Envalentonados con aquel triunfo, se formaron en filas y de entre ellas salió una voz que dijo :

—Vamos á la casa del Gobernador!

—A la casa del Gobernador! repitieron las dos mil boquitas y el ejército se puso en marcha al son de improvisadas cajas de hojas de lata, de silbidos

agudos que remedaban pífanos, de lajones golpeados que imitaban el sonido de los platillos y de vástagos de lechosa que fingían admirablemente el toque de las cornetas.

¿Quién podía resistir el empuje maravilloso de aquellos soldados del porvenir? quién hubiera pretendido atravesarse en su camino para estorbarles aquella campaña de gratitud que emprendían? ¿qué jefe pundonoroso hubiera sido capaz de mandarles hacer fuego para disolverlos? Nadie lo intentó siquiera, y más bien excitaron simpatías y palabras de ánimo y aplauso de los hombres y de las mujeres. Todos celebraban aquel nunca visto hecho y riendo seguían detrás del ejército por curiosidad.

El Gobernador estaba en su casa muy alarmado y con el Ayuntamiento reunido allí extraordinariamente en vista de los inesperados sucesos que ocurrían.

La multitud llegó al frente de la casa y se oyeron gritos, rechiflas, silbidos y voces innúmeras que decían: "Que salga el señor Gobernador, queremos hablar al señor Gobernador! Dos palabritas nada más!"

El Gobernador salió al balcón, acompañado de los miembros del muy ilustre Ayuntamiento.

¡Viva la Patria! Viva Bolívar! Viva el Señor Gobernador! gritó la turba entusiasmada.

—¿Qué queréis, caballeritos? preguntó el Gobernador con afable acento.

Queremos la libertad de ño Miguelacho, respondieron los revoltosos.

—¿Y no sabéis que ese hombre será condenado al destierro, por ser compañero de Monteverde?

—Eso es falso, Señor Gobernador, muy falso, es un buen hombre que nos da magníficas ñapas y que no es capaz de quebrar un plato!

—Pero yo no puedo dároslo sin consultar al Gobierno.

—Queremos á ño Miguelacho! queremos á nuestro protector! repitió la menuda turba; pero con tales chillidos y con escándalo tal, que era imposible soportar aquello.

—Esperad! dijo el Gobernador y entró á su despacho.

Los amotinados se tranquilizaron un tanto y esperaron.

A poco, salieron varios empleados con pliegos en la mano en distintas direcciones, los cuales regresaron trayendo otros pliegos. Según se veía, la cuestión de Ño Miguelacho era cuestión de Estado. Al cabo de dos horas y cuando ya el ejército empezaba á dar señales ensordecedoras de impaciencia, se abrió el balcón y apareció el Gobernador con un papel en la mano.

Hubo un silencio repentino, que permitía oír hasta las respiraciones.

—Caballeritos, dijo el Gobernador, aquí teneis la orden de libertad para vuestro Miguelacho; idos en paz!

Pretender describir lo que sucedió entonces es difícil tarea; la orden fue recibida por mil manecitas que se la disputaban como bomba apagada que desciende al espacio; resonaron estrepitosos vivas, hurras, cohetes, triquitraquis, buscapiés y el diablo y su abuela.... El ejército triunfante llegó al principal, recibió en sus brazos á ño Miguelacho, que lloraba de alegría y de reconocimiento hácia sus salvadores, y casi cargado fué conducido á su pulpería en nunca vista ovación.

Cuando llegó á la casa, ebrio de satisfacción y de placer, quién lo creyera! abrazó á doña Paca y entre sollozos, le dijo:

—¿ Ya tu ves, Paquilla, como ibas siendo causa de mi perdición por meterte en enredos de política ? ¿ Y qué te parece lo que han hecho por mí los muchachos ? Ah ! gran simplona, ese es el resultado de mis ñapas : haz bien y no mires á quién ; no hay amigo inútil ni enemigo pequeño !

Dice la historia que doña Francisca Requesones quedó curada para siempre de sus humos de politicastra, y la esquina donde vivió nuestro héroe, conserva todavía religiosamente su nombre á pesar de las innovaciones urbanas, como una muestra imperecedera de la gratitud pública hácia sus grandes benefactores.

F. Tosta García.

Noviembre de 1877.

EL PUENTE DE LOS SUSPIROS.

HACE algunas noches que paseándome á la luz de la luna por el camino de Occidente, me detuve ante un puentecillo llamado de los "Suspiros"; y siempre con la manía de buscar origen á los nombres de las cosas y de las personas, me acerqué á un rancho anexo, donde vivía una viejecita octogenaria, y le dije:

—Buena vieja, ¿sabe usted por qué este puente se llama de los "Suspiros"?

—Eso es largo de contar, me respondió.

—Pues la escucho á usted, le repliqué.

La vieja se acomodó en un butaque de cuero, yo me senté en el tronco de un sauce.

Ella se volvió toda lengua.

Yo me volví todo orejas, y escuché lo siguiente:

Don Luis de Sandoval, rico propietario de Santiago de León, que después se llamó Caracas, tenía en el año 179.... una linda casa de campo á inmediaciones de la ciudad, en un pintoresco sitio llamado el Empedrado, por la irónica contrariedad de no encontrarse allí ni una piedra, sino menuda arena, flores, cañaverales, mangos, chaguaramos, ceibos y

frondosos javillos, que acarician con sus abatidos ramajes las cristalinas aguas del poético Guaire.

Eran numerosos los bienes de don Luis y sólo tenía un hijo, á quien, según las costumbres retrógradas de aquella época de preocupaciones frailunas, había educado en un convento de franciscanos, en el cual estuvo bajo estrecha clausura, hasta la edad de veinte y dos años. Don Esteban, este era el nombre del mancebo, fastidiado un día de aquel perpetuo encierro, en la preciosa edad en que las más doradas ilusiones halagan la fantasía y en que el corazón, ávido de emociones, salta lleno de esperanzas, y por motivo oculto, abandonó clandestinamente el convento, llegó á la casa del padre y le dijo:

—Padre mío, el canario ha desplegado las alas porque le aburría la jaula.

—Esteban, ¿qué has hecho, y qué significa tu extraña visita? preguntó el padre lleno de ansiedad.

—Nada, buen viejo, sino que he resuelto no volver más al colegio.

—Pero, hijo mío, esa es una gran calaverada; estás al finalizar tus estudios.

—Yo soy muy rico, soy jóven, tengo buena presencia y el dinero es el mejor doctor de la humanidad, cura todos los males, decide los pleitos más perdidos y hace canonizar hasta los herejes.

—Está bien, muchacho, no contrarío tus inclinaciones, *eres dueño* de tu voluntad, y desde mañana tendrás á tu disposición toda mi fortuna, que es tuya porque eres mi único heredero.

El padre se mostró débil, como se ve, dando calor y prohijando aquel mal paso, lejos de reprimirlo como era su deber.

¡Cuántos calaveras de menos si no hubiera por desgracia padres consentidores de más! ¡Qué de

malos pasos se evitarían en el mundo si no hubiese padres tan buenos !

Al siguiente día se buscaron pintores, mueblistas y tapiceros, quedando instalado Don Esteban en la casa paterna, en dos lujosas habitaciones. Cuando Don Luis visitaba gozoso en compañía de su hijo el nuevo departamento, le llamó la atención un cuadro algo extravagante que se hallaba colgado en la cabecera del lecho de Don Esteban.

El cuadro tenía un riquísimo marco, hecho con cañuela de oro y nácar, el fondo era de damasco azul y en el centro se destacaba un dibujo al creyón, que representaba una joven hermosísima en traje de monja. Al pié tenía la siguiente inscripción: " Laura—8 de noviembre." A los lados ardían dos pequeños y perfumados quinqués, sujetos por una abrazadera de oro incrustada en el muro.

¿ Qué significa ese caprichoso cuadro,—preguntó don Luis, y porqué le has hecho colocar en este sitio preferente y está alumbrado como una imagen ?

—Padre mío, ese es un secreto.

—¿Y tu tienes secretos para un padre como yo, que te adora y no tiene nada vedado para tí ?

—Es verdad, respondió Esteban fuertemente conmovido, yo no debo callarte nada, más que un padre, eres mi amigo, mi confidente ; oye pues esta revelación de un secreto que había jurado llevar hasta la tumba.

—Habla pronto, hijo mío.

—Hace dos años, que en una preciosa tarde del mes de noviembre, después de haber terminado mi habitual estudio, salí al jardín del monasterio y por una humorada de muchacho y por contemplar otra perspectiva menos monótona, me subí á lo más alto de un higuerote que había en el centro de la arboleda. Magnífico fué el paisaje que se ofreció á mis ojos ; el Avila majestuoso con inmensa faja de nieve,

las blancas torres y campanarios de la ciudad iluminados por los últimos rayos del sol, los verdes campos y sementeras de las inmediaciones y los siempres encantadores horizontes de este valle favorito de la zona tropical. Al fin mis miradas, pasado el primitivo deslumbramiento, empezaron á fijarse en otro jardín vecino que correspondía al convento de madres Concepciones. En uno de sus callejones sombríos y solitarios se paseaba una joven en traje de profesa, con un libro de oraciones en la mano. Tendría diez y ocho años, era rubia y sus grandes ojos, émulos del azul del cielo, se elevaban á él por intervalos y volvían á fijarse en el libro. Su rostro era bellísimo y por sobre su tosco sayal se dibujaban formas admirables.

Experimenté en aquel instante como una conmoción eléctrica, sentí algo desconocido y quedé como petrificado contemplando aquella joven cautiva. De súbito, ella por una especie de afinidad misteriosa, fijó sus miradas en el árbol donde yo me hallaba, me examinó largo tiempo como sobrecogida de admiración, dejó caer el libro de sus manos y huyó hacia el interior del convento, como una tórtola sorprendida por el cazador. Desde aquel día yo subía todas las tardes á la misma hora sobre el higuerote y mi vecina se paseaba por su callejón favorito, se estableció una corriente magnética entre nuestras almas, nos hicimos amigos, nos amamos y nuestros espíritus se unieron para siempre con el lazo invisible de un amor puro, platónico, poético, casi divino. Por señales convenidas supe que se llamaba Laura, que era hija de padres ricos y que había profesado á perpetuidad. Así trascurrieron diez y ocho meses, que considero los más felices de mi existencia. Todas las tardes concurríamos ambos á la entrevista de nuestras almas y

así pasábamos dos horas, llevados por las doradas nubes de la ilusión al cielo de la felicidad. Una tarde subí al árbol y Laura no apareció, esperé la siguiente y tampoco la ví, y desde entonces han pasado seis meses y no la he vuelto á ver.... Oh! Cuánto he sufrido en este tiempo, cuántas noches, sin dormir, cuántas ideas extravagantes han cruzado por mi mente, y cómo se me hizo insoportable el monasterio sin la presencia de mi ángel vespertino!

Para consolarme en las horas de amargura dibujé al creyón ese retrato que es mi talismán; y como sabes, padre mío, abandoné el claustro que era para mí una tumba y he venido al mundo para aturdirme del hondo pesar que me devora.

Don Luis enjugó una lágrima que rodaba por sus mejillas, abrazó á su hijo y le dijo:

—Esteban, comprendo tu dolor, debe ser inmenso; pero eres muy rico y ya te olvidarás de ese juvenil ensueño y serás feliz.

—Dios lo quiera, respondió Esteban, y en sus labios pálidos se dibujó una sonrisa, que hubiera impresionado hasta el más indiferente.

A poco tiempo Esteban Sandoval era el rey de la alta sociedad, el mimado de los salones, el admirado en los paseos, el solicitado en los cafés, el ídolo de la moda, el querido en todas partes. Joven, talentoso y con dinero que gastaba á manos llenas, tuvo multitud de adoradores, amigos, novias y queridas. Nada de eso le satisfizo, su mal estaba en el alma, y en el mundo rara vez se cura esa enfermedad. Hastiado de esos placeres, buscó otros más bajos y degradantes, asistió á los garitos, se embriagó en frecuentes orgías y pasaba días y noches sin ir á la casa paterna.

Pasó un año.

El infeliz padre se hundía bajo el dolor de ver la irremediable perdición de su hijo. Las cajas es-

taban vacías y ya había tenido que vender sus fincas todas, para llenar aquel tonel sin fondo que se llamaba Esteban y que todos los días hacía grandes pérdidas en el juego. La miseria tocaba ya á las puertas de aquel hogar, antes tan rico y opulento.

Una noche, (era el 8 de Noviembre), regresaba á pié para su casa, triste, abatido y el en colmo de la desesperación.

La luna estaba magnífica y su argentada luz bañaba misteriosamente los árboles de las orillas del camino.

Acababa de resonar la última campanada de las doce en el reloj de la iglesia metropolitana.

Todo estaba en calma, los hombres y la naturaleza.

Al llegar aquí don Esteban, sintiéndose fatigado se sentó á reposar en el asiento del puente: allí estaba con toda la imaginación puesta en el recuerdo de su infortunado amor, cuando oyó á pocos pasos unos suspiros muy tiernos que parecían brotar de un corazón muy lacerado, alzó la vista y sintió un espeluznante calofrío al contemplar una forma blanca delante de sí. Se frotó los ojos creyéndose víctima de una horrible pesadilla; pero en vano, allí estaba una mujer en traje blanco de profesa.

—Laura, exclamó fuera de sí, Laura mía, ¿ qué haces ahí?

La forma blanca permaneció inmóvil. Entonces el pobre joven, presa de un vértigo y frenesí fatal, se precipitó sobre la que suponía Laura, quiso abrazarla y cayó en el suelo sin sentido.

—La mujer era sólo una sombra fantástica, una aparición sobrenatural.

Al día siguiente, doblaban tristemente las campanas del Convento de monjas Concepciones.

Sor Laura de los Dolores había muerto, después de año y medio de doloroso martirio.

Ocho días después, las campanas de la iglesia de los Capuchinos también doblaban tristemente.

Don Esteban Sandoval había muerto de una enfermedad desconocida.

Sobre la tumba de la primera pusieron una cruz solitaria; sobre la tumba del segundo pusieron el retrato de Laura.

Don Luis murió al cabo de algunos años en un hospital de caridad; y yo, caballero, he quedado para contar el cuento y decir á los curiosos: que todas las noches, á las doce, se oyen suspiros muy tiernos á inmediaciones de este puentecito.

Esto me refirió la vieja, yo lo cuento á mis lectores, sobre todo á los padres, lavándome las manos y salvando mi responsabilidad.

F. Tosta García.

Octubre 6 de 1877.

✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱✱

EL MODERNO REGULO

(EPISODIO DE LA INDEPENDENCIA)

DESPUÉS de las gloriosas acciones de Bárbula y Las Trincheras, se encerró Monteverde en Puerto Cabello para dar aliento y descanso á sus fatigadas fuerzas y curarse la herida que en la última batalla había recibido en la cara. Era su segundo el Coronel Salomón, que se había salvado milagrosamente de caer en manos de Rivas en la Guaira y que, llegado al cuartel general español con 800 hombres, había tomado parte en aquellas dos memorables acciones.

Bolívar puso sitio á Puerto Cabello.

Era su segundo el General Urdaneta, Jefe de la Vanguardia y Mayor General del glorioso Ejército Libertador en los años de 1813 y 1814.

Estamos en Octubre del primero de dichos años.

A cada momento se combatía, los sitiados salían á sorprender á los sitiadores; y éstos penetraban muchas veces hasta la plaza; y de ambas partes se hacían prisioneros, que eran llevados al Jefe enemigo, retenidos ó fusilados, según el capricho ó la necesidad. Regía el tremendo Decreto de *guerra á*

muerte, dado por Bolívar en Trujillo el 15 de Junio del mismo año. Trascendental decreto, que igualaba á los contendores y legalizaba lo que era una práctica iniciada por los españoles.

En uno de esos encuentros, cayó en poder de los patriotas una partida de soldados españoles ; y fué conducida inmediatamente á presencia de Bolívar. Todos debían ser pasados por las armas.

Mas, en aquellos momentos, Bolívar deseaba tener un gran número de prisioneros, por lo que en el siguiente párrafo se verá ; y en consecuencia remitió aquéllos á la casa que servía de cárcel.

El Libertador había enviado comisionados á Monteverde, á proponerle *canje* de prisioneros y por esto retenía á los que le traían. Entre los prisioneros que tenía Monteverde se encontraba el Coronel Diego Jalón.

Bolívar ofreció á Monteverde dos ó tres españoles por cada republicano que le mandara; y especialmente interesado por el activo y valeroso Coronel Jalón, le propuso enviarle por éste á Zuazola y ocho españoles más.

Zuazola, el cruel Zuazola, que había espantado el Oriente con sus crueldades, desolaba el Occidente y lo llenaba con su feroz nombradía. Prisionero de Bolívar, quiso éste salvar al bravo Coronel Jalón, que gemía desde el año anterior en las mazmorras de Puerto Cabello.

Monteverde se negó á todo canje ; y en consecuencia Zuazola fué ahorcado en presencia del Ejército patriota y en frente de la plaza sitiada.

Monteverde hizo morir á varios jóvenes patriotas, fusilados, y cometió la inaudita crueldad de encerrar en una pieza cerca del Castillo á más de 80 personas y dejarlas morir de asfixia y desesperación.

Los pormenores de esta funesta escena que

horrorizan el alma y encienden la sensibilidad, se ven en las historias; así como las comunicaciones cruzadas entre Monteverde y el Mayor General del Ejército Libertador.

Mas, cortemos la digresión y volvamos á reanudar el discurso y el asunto del episodio que vamos narrando.

Retrogrademos unos días y volvamos á nuestros prisioneros, que se hallaban con Zuazola en la cárcel, custodiados por cuatro centinelas, á distancias proporcionadas.

Entre los prisioneros se hallaba uno como de 28 años, sencillo, jovial y tratable, de conversación chistosa y expansiva, en quien todos ponían los ojos cuando empezaba á hablar. Entre los suyos tenía fama, por esto, más que por valiente, aunque siempre era de los primeros en hacer descalabros en nuestros ejércitos y sorprender á nuestras guerrillas, las pocas veces que corrían ellas con tal desgracia. Mas, su carácter naturalmente cambiado ante la fatalidad de su suerte, no entretenía á sus compañeros, como de costumbre lo hacía, con sus cuentos de amores, sus escenas de guerras y pendencias y demás por el estilo; sino que ya hondos suspiros ahogaban frecuentemente los dulces nombres de *madre* y *hermanitas*, y las dulces frases de *querida patria, ya no te volveré á ver*.... y el llanto ahogaba sus palabras.... Y los compañeros lloraban y gritaban, maldecían y se desesperaban.

Muchas de estas escenas eran presenciadas por algunos oficiales y soldados patriotas, que se acercaban á la ventanilla donde vigilaba el centinela más aproximado á los presos, y que, por curiosidad ó por interés, compartían las emociones que sentían los interlocutores. Algunas veces estaban allí los Jefes de mayor graduación del Ejército.

Un día, pues, se lamentaban los presos en voz

más alta que la de costumbre: se decía que al día siguiente los iban á fusilar.... Véian acercarse el tremendo instante! Infelices!

A poco reinó hondo silencio, interrumpido sólo por suspiros y algunas imprecaciones y maldiciones.... De repente uno de ellos, alto, renegrido, y de espeso bigote, se puso de pié y dijo: "Compañeros.... rezar lo que sepáis y poner el alma con Dios: mañana moriremos.... Y al rato exclamó: "Maldito sea ese Libertador!"

—No! gritó con voz varonil y fuerte nuestro españolito, aquel de los 28 años, jovial y entretenido. Nó! compañeros: quejémonos á nuestro destino. Dios quiere que muramos.... Y luego, hay un Decreto que nos condena; un Decreto igual para ellos y para nosotros. Nuestros jefes lo aplican, lo mismo que ellos,.... Nos harán lo que les haríamos.... Justicia por justicia....¿No es verdad"?

" Lo que siento es no volver á mi patria. "

" Mas, si de esta escapo...."

—¿"Qué harás?" le dijo uno."

—¡"Volveré á ver á mi madre...."

Mortal silencio siguió á estas palabras.

Aquel diálogo era oído por Bolívar, Urdaneta D'Eluyar y algunos dos ó tres más Jefes patriotas. Sufrían también.... y tuvieron que retirarse conmovidos y en horrible lucha de sentimientos, en que competían la compasión, el deber, la generosidad y el patriotismo.

Al día siguiente todo el Estado Mayor y algunos otros Jefes y Oficiales estaban á la mesa, que presidía Bolívar. Eran las doce del día...... de Noviembre.

Inquieto, taciturno el Libertador casi no había almorzado, como si lo devorase algún profundo pensamiento.

De pronto, volviéndose al Mayor General que

estaba á su derecha, le dijo: "¿Se acuerda U., General Urdaneta, del españolito?"

— Sí, contestó el interlocutor.

—Me interesa.... dijo el Libertador. Su manera de hablar, su juicio, su resignación me enternecieron.... Quisiera hallar el modo de salvarlo.

—Es muy fácil, dijo el General Urdaneta.... Démosle una comisión al Cuartel General Español, ahora que estamos de negociaciones, y él tendrá cuidado de no volver."

—"Efectivamente, General, contestó Bolívar: y mandó traer al prisionero español.

A poco entró éste, entre cuatro soldados; saludó cortés y desembarazadamente á los circunstantes, y haciendo una reverencia al Libertador, permaneció con la gorra en la mano.

—¿Quiere U. ir en comisión á Puerto Cabello? le dijo Bolívar.

—Lo que Vuecencia mande, mi General, contestó el español.

—Bien, repitió aquél: diga U. á Monteverde, que tengo en mi poder 90 prisioneros: que por cada patriota que me mande le enviaré dos españoles.

—"Hasta más ver," dijo el preso calándose galanamente la gorra y haciendo una cortesía á los presentes. "Volveré con la contestación."

Bolívar dió orden á un Oficial para que hiciera conducir al español con seguridad hasta las últimas avanzadas patriotas; y se puso á pasear acompañado del Mayor General, conversando sobre los grandes asuntos de la guerra. Sobre todo le preocupaba la alarmante situación de los Llanos de Calabozo, donde se robustecía Boves, según noticias que el día anterior había recibido.

Bolívar, que era como todo verdadero genio, violento y rápido en sus determinaciones, de arranques muchas veces bruscos é impremeditados; pero que, como esos grandes genios, se reposaba y al meditar y conocer algún error lo confesaba francamente, recordó en esos momentos el consejo ó más bien la opinión que le había dado el General Urdaneta, —á quien siempre oía con atención, como á hombre de calma y buen consejo,— en los días anteriores á su entrada á Caracas, y aun le confesaba que sentía no haberlo seguido.

Fué esto así:—Cuando entró á Valencia dos meses antes el Ejército Libertador, después de su rápida carrera de triunfos, desde Cúcuta y Carache hasta dicha ciudad, Bolívar dispuso la marcha á Caracas, pues grandes ventajas se prometía con la toma de la capital, entre otras, la consecución de recursos de los ricos valles del Tuy y Barlovento, estando ya agotado el Occidente.

Habiendo comunicado el plan á su Mayor General, éste lo encontró muy bueno, "aunque mejor sería, agregó, ir con todo el Ejército á los Llanos, destruir á Boves y volver después triunfantes á Caracas sin dejar ese semillero de enemigos, que nos será muy funesto, si no lo destruimos ahora."

Bolívar aprobó, aún sintió no haber pensado en eso antes; pero ya el plan estaba bien adelantado y, al efecto, marcharon á Caracas.

Todos saben las consecuencias.

—Volvamos á nuestro asunto; y dejemos esta otra digresión.

—Un día, cinco después de aquel en que se había dado la oficiosa comisión al soldado español, se presentó un oficial al aposento donde estaba Bolívar con algunos Jefes, tratando de un asunto de gratitud nacional, como era el de los honores decreta-

dos al inmortal Giraldot, célebre granadino que hizo aciaga con su muerte la victoria de Bárbula, y que en compañía de Urdaneta y D'Eluyar había desalojado del cerrito de aquel nombre á los españoles que corrían despavoridos por la campaña, ante el arrojo de los republicanos. Al consumarse el triunfo, una bala perdida quitó la vida á aquel joven heroico que

"Vivió para su patria un solo instante;
Vivió para la gloria demasiado."

—El oficial que entró, dijo al Libertador que un soldado español quería hablarle; que era portador de algo muy importante, según la precipitación y emoción que traía.

—"Que entre," dijo Bolívar.

Todos fijaron la vista en la puerta.

De pronto se presentó el soldado español.

Era el mismo comisionado.

"¿Qué es esto?" gritó Bolívar, lleno de estupor y saltando de la hamaca en que estaba acostado. Sus oficiales hicieron un movimiento de admiración y sorpresa y, maquinalmente, repitieron las mismas palabras del Libertador.

—"¡Qué ha de ser!" dijo el español. "Que Vuecencia me mandó tratar con un tigre.... y aquí vengo á que me fusile Vuecencia.... Dice, agregó después de un rato de silencio y pasmo, dice que, poco le importan sus compañeros.... y yo vengo á cumplir mi palabra de volver á poder de Vuecencia.

Bolívar corrió hacia el español: le echó los brazos y dijo:

—"De hoy más estarás á mi lado, noble español.... ó si quieres ir á tu tierra, la República te costeará el viaje."

—El español, con ánimo de ir á su país, quiso

acompañar algún tiempo á Bolívar, y efectivamente estuvo con él varios años, en calidad de asistente fiel y buen servidor, hasta que el año 1820 volvió á España con Morillo, á quien el Libertador lo recomendó especialmente.

Este moderno Régulo se llamaba RAFAEL GÓMEZ.

El episodio que acabamos de referir, lo oí narrar al General Urdaneta en Ciudad Bolívar, el año de 1842. Habiendo venido á esta ciudad como Gobernador de la Provincia de Guayana, fuimos á visitarlo varios jóvenes, ansiosos de contemplar á aquel hombre ilustre, jovial, cortés, de amable conversación y cultura; aquel veterano que, según Bolívar, era el "*más constante, activo y sereno oficial del Ejército Libertador;*" y sin duda una de las glorias más sólidas de Colombia. Allí nos contó la escena que acabo de narrar.

Z.

[Venezolano]

Ciudad Bolívar: 26 de mayo de 1883.

(De *El Argentino* de Paraná, número 1,249)

NOTA

UN MATRIMONIO SINGULAR

El señor don Luis Beltrán García de Urbaneja, nombrado en la interesante tradición que corre impresa en las páginas 211 y 212 de esta colección, fué padre del señor don Manuel María García de Urbaneja, quien á su vez lo fué del señor licenciado Diego Bautista Urbaneja, uno de los más notables próceres de nuestra independencia. De este último son hijos los señores doctores Manuel María, Diego Bautista y Modesto Urbaneja, las señoras Anastasia Urbaneja de Ibarra y Josefa Manuela Urbaneja de Zárraga y el señor Carlos Alberto Urbaneja; habiendo muerto los demás hermanos, según tenemos entendido.

Respetabilísimo sugeto, por diversos conceptos, fué don Luis, cuya memoria es guardada con veneración por las numerosas y distinguidas familias que de él descienden.

(*N. E.*)



LOS DE CHAQUETA AL SUDARIO!

[Tradición del tiempo de Ño Morián.—1834]

Á MI AMIGO EL DR. TEÓFILO RODRÍGUEZ

I

ERAN aquellos bonachones tiempos que nuestros vetustos abuelos llamaron *la edad de oro*, quizá porque habiendo tenido ellos guardado mucho de este precioso metal, bien convertido en prendas y joyas, ó bien en onzas ó peluconas españolas, no hallaban sin embargo qué hacer con las tales riquezas.

Pero no es nada extraño que los particulares no supieran á qué aplicar su dinero; que al fin: quien guarda, tiene. Lo admirable es, que ni á los Gobiernos de entonces, se les ocurriese nada útil qué hacer con él, en beneficio público.

Y pasaban así el tiempo, tan pobremente como el avaro; pues ha de saberse de paso, que no hay nadie más pobre que el rico avaro, porque aún el mendigo que no es tacaño, el día que coge dos pesetas, les dá fresco, y se empapuja el estómago y

se calienta el gaznate; y hasta pone joropo y come arróz y olleta de gallo viejo.

Y ahora sigo mi cuento; y digo verdad que no es cuento, sino pura *tradición* del tiempo de ño Morián.

Pero sepamos quién era este personaje haciéndole *montar á la escena*, frase que ahora se estila, y que aquí empleo, con perdón de los modernos dramaturgos.

Era el ciudadano *Francisco Antonio Morián*, natural de Coro, de cabeza redonda, alto y robusto, medio gibado de espaldas, color atezado claro, de 50 años de edad, más ó ménos. Como buen hijo del pueblo, era bueno y honradote, de suaves maneras, aunque escaso de instrucción; pero, eso sí, severo cumplidor de sus deberes.

Su proverbial honradez, unida á su asombrosa actividad y buenas costumbres, hicieron que el Gobierno de aquella época, le confiase el delicado encargo de Jefe de la policía de Caracas. En obsequio de la verdad, decimos que este hombre infatigable constituía, él solo, toda la policía de entonces en esta capital, pues que atendía á todo, en los distintos barrios de la ciudad; y apenas empleaba, para que le ayudasen como subalternos, ocho ó diez hombres, en clase de alguaciles ó corchetes. Ordinariamente cabalgaba en una mulita pequeña, flaca, amarilla, peluda, de andar patriarcal, la cual se paraba en todas las esquinas, como caja de música italiana; y era tan bien educada, que adivinaba hasta el pensamiento de su amo; y como era este de tan elevada talla, casi tocaba el suelo con sus enormes piés. Este hombre, verdadero prototipo de la policía, en tiempos de paz octaviana, cargaba por toda arma un mandador, ó sea una correa de cuero atada á un palo, á manera de foete, el cual solía sacudir sobre

la espalda de algún muchacho rebelde, pues que en ningún tiempo, jamás podrá mandarse con sólo palabras dulces y cortesías: la prueba es, que hasta nuestro abuelo Adán, con haber sido tan bueno y dócil, fué menester que el Padre Eterno le pegara tres gritos y lo echara del Paraíso, en castigo de su culpa, la cual, de paso sea dicho, todavía la estamos pagando, sin haberla comido ni bebido.

Por lo dicho se comprenderá, cuánto era el miedo que le tenían los muchachos y traviesos de Caracas.—Bastaba decir: "ahí viene ño Morián," para que, aún en la mayor sarracina, todo garrote viniera al suelo, todo machete á su vaina, todo mochuelo á su cueva; y hasta los inocentes espectadores barajustaban asustados, sacudiendo las alpargatas que era un gusto.

Nuestro respetable jefe de policía, era generalmente conocido con el nombre de *ño Morián*:

Entonces no usaba *don*,
Sino el hidalgo ó mantuano:
Hoy está el *dón* que *cachea*....
Lo lleva hasta Juan *Marrano*.

Morián inspeccionaba constantemente la ciudad con admirable actividad, tanto de día como de noche; y como entonces no había alumbrado público, se exigía de los vecinos que pusiesen en las ventanas un farol con su correspondiente velita de sebo de las llamadas *de cuchara*. En esta tarea, Morián era incansable; y por eso, al cerrar la noche, recorría las calles en su consabida mulita, vociferando así:

La de afuera! la de afuera que no se olvide; que la de adentro no alumbra!

Era una especie de monomanía la que tenía con las luces, al oscurecer; por lo cual los muchachos cantaban, eso sí, muy por lo bajo, porque le tenían más miedo, que los niños al *coco:*

"Ño Morián subió al Calvario, (*)
Acompañando á Jesús ;
Y al bajar venía diciendo :
Señores, pongan la luz."

II

UN DÍA DE AYUNO.

Había terminado la Cuaresma, y era ya el Viernes Santo ; más como ese día está *Dios muerto*, los habitantes de Santiago de León de Caracas, aparentaban estar todos tristes, andando cabiz-bajos y encojidos, como pollos remojados.

Desde la hora nona, ó sean, las tres de la tarde, del día anterior, Jueves Santo, (que, según los Evangelistas, fué la hora en que murió el Salvador), ya ninguna dama ni damisela, se lavaba la cara, ni se peinaba ; y además, se vestían de negro, en señal de luto. Dejaban de sonarse las campanas en los templos ; y las horas se daban con *matracas*, que sacaban de las Iglesias los monaguillos recorriendo las calles.

El *Viernes santo*, por supuesto, era día de obligado ayuno, el cual consistía en no comer nada por la mañana, sino que el cristiano penitente se tomaba, trago á trago, una enorme jícara de café negro, ó sea, sin leche.

El almuerzo se hacía precisamente á las doce, medio día en punto, ni minuto más, ni minuto menos ; y para cerciorarse de la hora, salían á la calle ó á las azoteas, á ver desde lejos el reloj de Catedral.

En ese almuerzo se desquitaban nuestros pobrecitos padres del mal rato de la mañana.

[*] Hoy paseo GUZMAN BLANCO.

V

Principiaban los ayunantes abriéndose el apetito, no como ahora, con cuatro ó seis *coktails*, sino con cuatro tragos de guarapo fuerte de concha de piña, ó chicha, á cuyo líquido mezclaban una copita de anisado, como eficaz remedio para el viento y para la buena digestión. No conocían el brandi Biscuit, ni 3 estrellas, ni *Vieux cognac*, aunque de este último algún mantuano ya se pegaba su palito. La verdad sea dicha: se *espiritualizaban* menos, y se materializaban más; comían más, y bebían menos; molestaban menos, y gozaban más. Después del aperitivo, seguía el famoso sancocho de pescado fresco con plátano verde y aceite, llamado de Castilla, del que se traía de España en botijuelas de loza, en cuyo caldo violado, migaban un par de arepas. Servíase despues la pira que era una hermosa torre, compuesta de la hoja llamada *pira*, mezclada con verdolaga, repollo, harina de trigo, manteca y queso, molido todo; y después cocido en forma de pasta. Más luego, el suculento relleno de morrocoy con pasas, almendras, alcaparras, etc; y finalmente una enorme jícara de chocolate con queso de Flandes y una hogaza de pan. Terminado este mal rato de *penitencia*, se fumaban un aromático tabaco de *la vuelta abajo;* y de allí salían soñolientos y atracados, á dormir la siesta.

Llevaban su *martirio* hasta no comer nada en la tarde, para esperar que se recogiera la procesión á las diez ú once de la noche; hora en que, por vía de *colación*, se engullían dos hogazas de pan, con un plato del tradicional dulce de lechoza, remojándolo después con una copa del sabroso vino moscatel.

Pero, asistamos á la procesión; y bien merece el viaje capítulo aparte.

III

LA PROCESIÓN DEL VIERNES SANTO

A las 6 de la tarde después del toque de tinieblas, principiaban á salir los pasos de la Iglesia de Catedral. En primer término, salía el Sudario flameando en los dos extremos de la Cruz un lienzo angosto blanco, manchado de pintura roja, á semejanza de sangre humana. Luego, la Verónica, las tres Marías, la Magdalena, los Apóstoles, entre ellos los tres dormilones, Pedro, Juan y Diego, San Juan Evangelista, el Santo Sepulcro; y finalmente, la Virgen Dolorosa, detrás de la cual era que se agrupaba mayor concurrencia, especialmente de mujeres.

Delante del Sepulcro, venían vestidos de negro, los altos empleados y los miembros de la cofradía del Santísimo, llevando en forma de bastones, sus largas velas de cera y sebo, encendidas, dentro de farolillos de papel, con orillas encarnadas ó azules.

Por de contado, que nuestro activo Jefe era también el encargado de ordenar los pasos y de hacer guardar el debido respeto á los concurrentes. En efecto, allí estaba Morián, andando de arriba abajo, y de la Vírgen al Sudario, empuñando su largo mandador, hasta que advirtió detrás de la Virgen, entre la gente del pueblo, un grupo de mocetones, vestidos de chaqueta, rodeando una mestiza, de esas de rechupete, graciosos injertos de blanco é india, de cutis trigueño y picante, como la canela; de sonrisa dulce y seductora, como el caramelo; de labios encarnados y húmedos, como la flor del granado, con dos hoyuelos en la cara, de esos llamados *nidos de amor*, que son verdaderos

ganchos de pezcar novios; y finalmente con unos ojos más negros, que la conciencia de Judas; y parecidos en lo pícaros á los escribanos y agentes judiciales; y además medio dormidos, como Ministro que no quiere despachar.—Ainda mais, tenía un lunarcito sobre el labio; de esos que arrastran, más que una yunta de bueyes.—Al ver Morián aquella guaricha tan *rebonita*, dijo para su capote, (porque en esa noche llevaba capote): "Aquí me planto: ni Dios pasó de la cruz, ni yo de atrás de la Virgen. Esta es la Santa de mi devoción; y hasta el Cura chupa si *me se* atraviesa."

Y sacudiendo con fuerza en el aire el mandador.... *¡ lápiti!* gritó á todo pulmón:

¡ Los de chaqueta al Sudario!

Y volvió á chasquear el látigo, por si algún importuno chaquetudo quedaba junto á la guaricha; pero ¡ quien iba á quedarse por allí! La voz de Morián tenía tal fuerza eléctrica, que el que no barajustaba, caía patas arriba, temblando como epiléptico.

Hasta el Cura se apartó respetuosamente; y entonces él, arrimándose con disimulo á la guaricha, le dijo al oido:

"Me tienes la cabeza
Caliente y loca....
Ese lunar que tienes
Júnto á la boca;
Que no lo toque nadie,
Que á mí me toca."

La bella mestiza recompensó este requiebro con una graciosa sonrisa, de esas de *quiero y no quiero;* y se cubrió la cara con el velo; mientras que Mo-

rián, por tercera vez, hizo resonar el látigo *¡ lápiti !* y gritó de nuevo:

¡ Los de chaqueta al Sudario !

Así me han contado el orígen de esta *tradición.*
Y si alguno dudare lo que expongo ;
Que se compre un mondongo.

(AURELIO.)

ANDRÉS A. SILVA.

Caracas : 29 de Junio de 1885.

NOTA DEL COLECTOR DE LA OBRA

La graciosa tradición anterior llegó á nuestras manos después de estar ya impresa la mayor parte de la obra. Esta circunstancia y el deseo de que no quedase fuera del cuerpo de la colección tan interesante trabajo, nos han movido á darle colocación al final de la 1ª parte, que comprende las tradiciones propiamente dichas, á fin de que su intercalación no viniese á alterar el orden que en la edición tipográfica se ha seguido.

La numeración de las páginas que la contienen es por tal motivo diversa de la observada en lo restante del volumen.

A riesgo de perjudicar á la belleza de la forma, —los lectores habrán de perdonárnoslo— hemos preferido aumentar el caudal del conjunto ; en lo cual gana el público y gana también el autor de la colección, que no lleva otra mira que la de contribuir al cultivo de este ramo de la literatura en nuestra patria.

SEGUNDA PARTE

VISIONES DE LA NOCHE EN LA CIUDAD

POR

TEOFILO RODRIGUEZ



VISIONES DE LA NOCHE EN LA CIUDAD

AL SEÑOR PEDRO TOLEDO BERMUDEZ

—

> "El número de los errores y de las preocupaciones que han subyugado á los hombres es incalculable, aun dejando aparte su más fecunda rama, que es sin duda la que se levanta en el vastísimo campo de las creencias religiosas."
> EUGENIO DE OCHOA. "Errores y preocupaciones."

INTRODUCCIÓN

LA renombrada escritora que bajo el seudónimo de Jorge Sand oculta su verdadero nombre (Mme. Dudevant), ha escrito en cuadros de encantadora sencillez *las visiones de la noche en el campo*, contrayéndose á su país nativo, Francia, esa espiritual nación acerca de la cual ha dicho Lamartine: "Todo hombre pensador tiene dos patrias: el suelo que lo vió nacer y la Francia, país del pensamiento" y tierra de la imaginación, agregaríamos nosotros, si nos fuera permitido añadir algo á aquel expresivo concepto del ilustre autor de la "Historia de la Restauración" y de la de "Los Giroudinos."

A Mr. Hersat de la Villemerqué debe la misma Francia una preciosa colección de canciones tituladas, *Barzar Breiz* (Historia poética de la Bretaña), que comprende cantos mitológicos, históricos y heroicos, cantos domésticos y amatorios, leyendas y cantos religiosos. (1)

Mr. Jules Canongo publicó también sus bien narrados *Cuentos Meridionales* y Mme. Amalie Bosquet la *Normandía Novelesca y Maravillosa*, interesante libro en que se hallan compiladas las leyendas de todas las poblaciones francesas, aun las más ínfimas. Publicaciones análogas hechas en Inglaterra, Alemania, Suecia y otros países del antiguo y del nuevo continente, pudiéramos también citar si creyéramos necesario detenernos á demostrar que la inclinación á lo maravilloso es achaque á que la humanidad se halla sujeta así en los pueblos cultos como en los que se reputan bárbaros.

Se comprende que la vida campestre, en la que, por decirlo así, vive el hombre más cerca de la naturaleza y tiene por ello ocasión frecuente de observar los variados y extraños fenómenos que en la soledad de los bosques ó durante el silencio de la noche se suceden; se comprende, repetimos, que ese género de vida induzca á considerar como efectos sobrenaturales *las simples aberraciones de los sentidos*, según observa Jorge Sand; pero si la imaginación, á no dudarlo, es la causa eficiente de todos esos efectos, y las más de las veces obra ella con más fuerza en las personas de entendimiento cultivado que en las destituidas de luces, ¿por qué dudar

---

[1] César Cantú.—Historia Universal, tomo IX.—Eugenio Sue en sus "Misterios del pueblo", [nota puesta al fin del tomo I], citando esa misma obra la llama "Cuentos populares de la Bretaña."—Hacemos mención de ella porque en sus cantos y leyendas se narran también muchas *visiones*.

tampoco que en la vida de la ciudad, donde la ilustración por lo común está mejor repartida, fenómenos semejantes afecten también los sentidos produciendo resultados idénticos ó análogos?

Entre nosotros - nos referimos á la ciudad de Caracas—existían hasta no ha mucho curiosísimas consejas, que la anciana abuela, por vía de entretenimiento, relataba á sus traviesos nietezuelos, quienes colocados en torno al sillón donde aquélla descansaba, no se saciaban de oírle referir cada noche con ligerísimas variantes la historia de *la luz del tirano Aguirre*, la de *la mula maniada*, la de *la fantasma*, (también llamada *la sayona*), *ó la del hermano penitente*. Otras noches relatábales *las correrías del carretón de la Trinidad*, el *baile de las brujas*, *la aparición del muerto* ó la de *la dientona;* otras, finalmente, les hablaba del *enano de la torre de Catedral*, del *rosario de las ánimas*, de la *lluvia de piedras*, del *toro de fuego* y de algunas otras historias más que en este momento se escapan á nuestra memoria, la cual ha necesitado remontarse á los felices tiempos de la infancia para evocar tales recuerdos.

I

La luz del Tirano Aguirre.

" Mi amito ¿ha visto la luz ?
—Qué luz ?
La que anda vagando
Allí en el potrero viejo
En las noche de verano.
—Qué luz es esa ?
Es el alma
De un hombre que allí mataron.
—Vete, tonta, esos son cuentos
Que forjó algún visionario.
No, mi amito, es realidad:
El marido era hombre malo
Y allí dió de puñaladas
Un día que andaba arando,
Por celos de la mujer,
Al peón quintero del amo;
Y desde entonces allí anda
la ánima suya penando."
(*Esteban Echeverría.*—Poesía intitulada "La Guitarra" ó primera página de un libro.)



Conocidos son los crímenes de aquel audaz aventurero, de nombre Lope de Aguirre, oriundo de la villa de Oñate en Guipúzcoa, (una de las tres provincias españolas denominadas vascongadas) ; quien, según refiere Baralt en su "Resumen de la Historia de Venezuela", durante más de veinte años que vivió en el Perú, tomó parte en cuantos motines y levantamientos hubo allí entonces ; y el cual habiendo sido condenado á muerte por consecuencia de uno de ellos, escapó como de milagro por medio de la fuga. "Por sus alborotos continuos le desterraron sucesivamente de todas las ciudades del Perú, y en el Cuzco estuvo á punto de ser ahorcado," añade el distinguido historiador; y continuando el relato de las fechorías de aquel malvado, pinta la

traición de que hizo víctima al general Pedro Ursúa, el cuál había sido nombrado gobernador de los Omaguas y el Dorado por el marqués de Cañete, don Andrés Hurtado de Mendoza, que á la sazón (1559) era virey de aquel riquísimo país: la horrible muerte que al mismo Ursúa y á su teniente general don Juan de Vargas les hizo dar con su propia tropa, que Lope de Aguirre había hecho insurreccionar setecientas leguas aguas abajo del Marañón, (hoy más comunmente denominado Amazonas); y finalmente la larga y no interrumpida serie de atrocidades á que con una especie de frenesí se entregó después en cuantos puntos tocó, lo mismo en Borburata, donde parodió á Hernán Cortés quemando sus tres embarcaciones junto con las demás que en aquel surgidero estaban ancladas, que en Valencia, donde cometió horrores, y que en Barquisimeto, por último, donde los ejecutó mayores; mas, habiéndolo abandonado sus secuaces, excepto sólo Antón Llamoso, que se le conservó fiel; y no queriendo quizás por un resto de pundonor que su hija, "á quien amaba por extremo y á la que con solícito cuidado había llevado desde el Perú," fuese llamada *hija de un traidor*, si le sobrevivía, concibió aquel desnaturalizado padre el más horrible de sus crímenes, que ejecutó al punto quitándole la vida á puñaladas: parricidio que con sus demás delitos purgó allí mismo, pues sus propios compañeros los marañones viendo entrar á Paredes exigieron á éste les permitiese arcabucearle. "Ejecutáronlo al instante, dice Baralt, cortándole en seguida uno de ellos la cabeza. Así murió Lope de Aguirre en 27 de octubre de 1561, dejando tales recuerdos en la tierra que es su historia lamentable, aún en el día, *asunto favorito* de las jácaras y proverbios populares."

Bajo la impresión que tan horrendos hechos cau-

saron en los ánimos, los moradores de Caracas creyeron ver en la antigua colina del Calvario, que la mano del arte ha transformado en el magnífico "Paseo Guzmán Blanco," *el alma en pena* del famoso Aguirre. Una lucecita tenue, vagarosa, que en las noches oscuras se divisaba y que ora subía, ora bajaba, ya aumentaba de brillo, ya desaparecía de un punto para aparecer luego en otro, era sin duda el alma de Lope de Aguirre, que el cielo permitía volviese á intervalos del otro mundo para terror de los malvados y para ofrecer á las personas piadosas la ocasión de aplicar por aquella infortunada ánima el sufragio de sus oraciones y plegarias!

Los viejos con la voz trémula de miedo mostraban á los niños la fatídica luz; las mujeres al verla entonaban el *padre nuestro*; y los muchachos espantados con la relación de la historia del *tirano*, corrían á ocultar el rostro en el regazo maternal.

Decididamente, hay que convenir en que la superstición obra prodigios y en que se necesita toda la eficacia de la religión sublime del Crucificado, la cual condena toda especie de patrañas, para poder desterrar de las imaginaciones débiles las preocupaciones que la ignorancia inventa y el fanatismo ó la mala fe propaga para burlar á los tontos y explotar á los cándidos.

Para los que todavía creyeren en *visiones* daremos en pocas palabras la explicación de la *luz del tirano Aguirre*. Un famoso ladrón que existía en Caracas muchos años atrás y de cuyo nombre no queremos acordarnos, perseguido á muerte por la policía, dispersó la cuadrilla de foragidos que capitaneaba, gran número de los cuales habían ya caído en poder de la justicia; y temeroso de que le cupiese igual suerte, ideó refugiarse en uno de los muchos y espesos matorrales que á la sazón existían en la meseta superior de la colina del Calvario;

pero advirtiendo luégo que ni aun allí estaba seguro, determinó cavar en la parte más retirada un hoyo, donde no solamente pudiera guarecerse de la intemperie y ponerse á cubierto de la activa persecución que se le hacía, sino también esconder el cuantioso tesoro que con el producto de sus fechorías había logrado reunir. Hecha la excavación, que por la parte de afuera nadie podía distinguirla, tanto había sido el arte con que el salteador la había construído ayudado de una mujer que compartía su suerte, sepultóse el bandido en ella; pero como su compañera tenía que llevarle diariamente las provisiones de que había menester, apenas oscurecía cuando ya aquélla, que escogía esa hora para no llamar la atención de los vecinos, se encaminaba hacia el escondite dando mil vueltas y rodeos y alumbrándose, como lo hacían entonces todos, con un farol cuya llama mal guardada oscilaba á impulso de la brisa. Y aconteció que una noche que, á causa de otras ocupaciones, no pudo la mujer dirigirse temprano al sitio donde el ladrón se hallaba oculto, la luz de su linterna hubo de llamar la atención de la patrulla que por allí á menudo rondaba; y habiéndola seguido, dieron aunque no sin trabajo con la guarida del malhechor, quien á poco expió sus culpas en el patíbulo con arreglo á la legislación de aquellos tiempos.

Así concluyó la *luz del tirano* Aguirre; mas no por ello dejó el pueblo de continuar viéndola en cuantas luces atravesaban por la noche la colina: ridícula preocupación que sólo quedó destruída cuando con admiración de todos quedó convertida aquella árida y peñascosa elevación en un espléndido y delicioso sitio de recreo, que nada tiene que envidiar á los más celebrados paseos de opulentas metrópolis americanas y europeas.

II

La mula Maniatada.

(VULGO, MULA MANIADA.)

"Decía Empédocles que se acordaba de haber sido mujer, después hombre, árbol, pájaro y finalmente *Empédocles.*"
(Viajes de Antenor por Grecia y Asia.)

Durante el primer tercio de este siglo necesitábase de linterna para atravesar de noche las calles de Caracas después del *toque de queda*, cuya última campanada sonaba al dar las nueve y media en el reloj de la metropolitana. Grave riesgo corrían entonces los que á tales horas se aventuraban á ir de un punto á otro de la ciudad; y gracias si á tanto se atrevían algún ocioso de los muchos que en todos tiempos ha habido donde quiera; algún doncel enamorado que, envuelto en su larga capa de paño de San Fernando y calado hasta los ojos el característico sombrero de *panza de burro*, que á la sazón estaba en moda entre los elegantes de la época, atravesaba sigilosamente un callejón extraviado en busca de aventuras; ó ya en fin, algún pacífico vecino que atacado por una dolencia súbita ó afligido por la de alguien de su familia, se dirigía á la botica más cercana en solicitud de la medicina prescrita por alguno de los contados Galenos de que se componía el *Protomedicato* ó facultad médica de entonces. Mas á despecho de cuantas precauciones se tomasen, rara era la ocasion que la *mula maniada* no le proporcionaba un mal rato al atrevido transeunte.

Acontecía á menudo, según cuentan, que el galán que, arrimado á una ventana, sostenía por entre los hierros de la reja dulcísimo coloquio con su querida beldad, si no era muy avisado veíase expuesto á ser atropellado por una gigantesca mula que, dando saltos á la cozcojita, se le venía encima cuando menos lo esperaba la enamorada pareja. La *mula maniada*, imitando unas veces el relincho de un caballo, ó el rebuzno de un asno, otras, se restregaba en las ventanas y paredes maltratando á las personas que á su paso encontraba. Era este monstruoso animal el terror de las viejas y de los enamorados pacatos, y para muchos era la imagen viva de Lucifer; empero la opinión más generalmente admitida sostenía que la bestia era ni más ni menos que una mujer maligna, muerta años atrás, á quien en castigo de su excesiva curiosidad, Dios había transformado en mula y condenádola á hacer bajo aquella figura lo que como ser racional había practicado en vida. Parece que la tal mujer se ocupaba noche y día en escudriñar lo que pasaba en las casas ajenas, parándose cautelosamente en cuantas ventanas abiertas veía, con el fin de divulgar más tarde por toda la ciudad las conversaciones que oía y que ella por cuenta propia comentaba, desfiguraba y corregía. De lo cual seguramente derivóse aquella peregrina creencia popular, que, en el fondo, es la misma que fué dogma religioso más bien que principio filosófico en el opulento país que el Ganges y el Indo fertilizan; como lo fué también entre las numerosas y aguerridas tribus de la antigua Galia, cuyos sabios y literatos, los druidas, habíanles inspirado tal doctrina. Y he aquí cómo la superstición, ofuscando el entendimiento, puede extraviar aún á aquéllos que han recibido la reful-

gente luz de la revelación cristiana, hasta el punto de hacerlos incurrir en los mismos errores en que la humanidad se hallaba sumergida dos mil años ha. ¡Lástima grande que para contener la murmuración, á que muchos de los moradores de Caracas son tan inclinados, no hubiera actualmente en cada uno de sus barrios sendas mulas maniatadas!

Por desgracia, el progreso moderno no consiente ya que en el centro de la ciudad haya corrales para las bestias, como se acostumbraba hasta no ha mucho entre nosotros; de suerte que en el día no es común ver por las calles asnos, mulos y caballos maniatados ni sueltos que atropellen á la gente. Deseáramos con todo, siquiera con ello perdiéramos en civilización, que aunque fuera una sola *mula maniatada* hubiese, pues, si bien quedaríamos todos de nuevo expuestos á sufrir sus brutales caricias, las malas lenguas tendrían á lo menos un temor que las contuviese........

III

La Fantasma, El Hermano Penitente, El Carretón de la Trinidad

Procul recedant somnia
Et noctium phantasmata.
[Himno de Completas.]

La sayona ó *la fantasma*, que bajo ambos dictados se conocía esta visión, era un espectro de dimensiones gigantescas que recorría majestuosamente las calles de la capital desde el toque del

angelus, que convida á las oraciones de la noche, hasta el último tañido de la campana que pone fin á la queda. A favor de la semi-claridad que producían las tenues luces de algunos pocos farolillos colocados de trecho en trecho en una que otra casa, se distinguía *á la fantasma*, cubierta con un largo sayal negro, cuya cola barría el suelo. Sus cóncavos ojos despedían siniestro fulgor rojizo, y en su pecho y en su rostro veíanse estampadas las huellas de la muerte; á lo que se agregaba, completando tan horrible aparición, un ruido semejante al de huesos que se chocan, que al moverse despedía el espectro.

Generalmente tras la *sayona* se presentaba *el hermano penitente*, que era un espectro blanco con una camándula de grandes cuentas también blancas en el cuello y una enorme cruz del mismo color en la siniestra mano; y el cual con voz gangosa salmodiaba en jerga que quería ser latina, un rezo ininteligible, interrumpido á intervalos por grandes lamentaciones y alaridos, con que acompañaba la confesión pública de los pecados que el espantajo aseguraba haber cometido en vida y que, después de muerto, hacían *penar su alma*. Añadía que la expiación de sus culpas no sería completa, según lo había dispuesto Dios, hasta no haberse dado doscientos mil azotes, á razón de mil por cada día, con el cilicio que en la diestra blandía y con el que descargaba sobre sus espaldas furibundos y acompasados golpes.

Tarea ardua sería pintar el espanto de los vecinos del barrio donde pluguía á la *fantasma* ó *al hermano penitente* aparecerse; bástenos decir que apenas se columbraba á cualquiera de los dos, cuando ya no había puerta ni ventana que permaneciese abierta ni transeunte que no echase á correr

despavorido moviéndose con cuanta velocidad le permitía su miedo; y sucedía con frecuencia que por evitar á Scylla se caía en Caribdis, esto es, que el que huía aquí de la *sayona*, tropezaba más allá con el *hermano penitente*, por lo que no pocas veces alguno de los fugitivos, impresionados doblemente, perdía totalmente el sentido y se desmayaba de terror. Mientras esto ocurría en la calle, en el interior de las casas la escena era distinta: creyendo que las dos horribles visiones eran *cosas del otro mundo*, como casi nadie dejaba de creer entonces, los padres llamaban á sus hijos y al resto de la familia, incluida la servidumbre, á rezar el rosario en una de las piezas más apartadas que de antemano estaba destinada á servir de oratorio, como era costumbre en aquel tiempo; mas en la confusión que el suceso había introducido en el hogar, casi siempre se notaba que las niñas ó algunas de ellas no se presentaban en el oratorio sino cuando ya el rezo habían acabado, lo que sus padres atribuían y ellas mismas explicaban por haber tenido que encerrarse en la sala á causa del pánico que de ellas se había apoderado al aparecimiento de los espectros. Andando el tiempo se supo que ambas apariciones, la de *la sayona* y la del *hermano penitente*, ninguna relación tenían con los espíritus del otro mundo y que no eran más que ardides puestos en juego por los Tenorios y Lovelaces de la época, para hablar á sus anchas con las *niñas de sus amores*, pues, mientras los *papás* atrancaban las puertas y registraban la casa, y las *mamás* guiaban el rosario para ahuyentar al *espíritu maligno*, el hermano penitente y la sayona aprovechándo la soledad de la calle olvidaban su condición de espectros para departir cada cual tranquilamente

por la ventana, y á las veces por el fondo de la casa, con sus respectivas Dulcineas. (2)

A riesgo de incurrir en el desagrado de las personas crédulas, y usando de una locución familiar que siempre nos ha hecho mucha gracia, añadiremos que *sabemos* de *muy buena tinta*, (como que nos lo han referido sujetos que conocieron á algunos de los actores de las escenas anteriormente narradas), que para figurar *la sayona* toda la tramoya consistía en un par de *zancos*, una *calavera*, á la que en su parte interior se le adaptaba una *vela de sebo* encendida, dos *tibias* (canillas) de muerto y unos pocos metros de tela oscura que la voracidad de las sabandijas ó de los roedores domésticos no habían aún destruido por completo; mientras que para representar al *hermano penitente* bastaban un pedazo de *tela blanca*, una cruz y un rosario de *madera de pino* toscamente labrada, un poco de *albayalde* ó de almidón (polvo de la yuca), untado en manos y cara, y unas *tiras de cartón* cortadas en forma de látigo y preparadas de modo que hicieran ruido al golpear el cuerpo, pero sin producir dolor.

Si se toman en consideración las costumbres y las preocupaciones á la sazón imperantes, según las cuales los padres de familia en su generalidad creían que la instrucción lejos de ser beneficiosa para la mujer, la exponía más bien á peligros efectivos, por lo que no enseñaban á sus hijas ni siquiera á escribir, y que el trato social tenía también serios inconvenientes, por lo que mantenían tanto á éstas como

---

[2] Uno de los cantares populares de aquel tiempo aludiendo quizás á esto decía:

"Mariquita, Maricuela,
Yo se lo diré á tu abuela:
Que andabas por los corrales
Comiéndote las ciruelas."
etc., etc.

á sus madres en clausura casi conventual, no debe parecer extraño que los amantes hubiesen echado mano de esos y otros recursos más para lograr una entrevista lejos de las miradas de vigilantes Argos, que seguramente habrían interpretado mal el menor gesto, la más leve mirada, la palabra más comedida ó el más culto ademán.

Recurso tristísimo en verdad y expuesto quizá en ocasiones á funestos resultados; pero disculpable en un pueblo que bajo el respecto de la sociabilidad permanecía en un estado de postración indigno de su civilización y cultura.

El carretón de la Trinidad era otra de las visiones pavorosas de Santiago de León. En las noches oscuras y en horas ya avanzadas se divisaban en la ciudad á favor de la ténue luz de las estrellas las correrías del carromato, que generalmente se extendían desde la plaza del actual "Panteón Nacional" (antigua iglesia de la Trinidad) hasta dos ó tres cuadras al Sur del puente que lleva el mismo nombre; ó bien desde *las dos pilitas* hasta la plaza de la Pastora, en la parte Norte de la población. En el silencio de la media noche, cuando la naturaleza toda parece reposar y hasta el ave que sirve de centinela en el hogar ha cesado de dar la voz de alerta y duerme; á esta hora que, según la gente cándida y las leyendas más antiguas, es la escogida por Satán para venir á este mundo á celebrar pactos con los que han sabido evocarlo; (3) á esa hora precisamente, decimos, se despertaban sobresaltados los habitantes de aquel barrio á causa de un ruido atronador, semejante al que produjeran muchos carros arrastrados por bestias cuyos cascos desempedrasen las calles; y si por acaso algún transeunte trasno-

(3) Véase el apéndice.

chado por el licor ó algún valeroso vecino del lugar cometió alguna vez la imprudencia de averiguar lo que podía dar origen á tan horrísono estrépito, cara hubo de pagar tanta osadía, pues, con los cabellos erizados por el miedo, oyósele referir á la mañana siguiente que el carretón era una especie de arcón que en vertiginosa carrera atravesaba la calle por entre chispas de fuego que las ruedas despedían al tocar el pavimento, sin que en la parte delantera ni en los costados se viese bestia alguna que lo condujese; sino un bulto rojo que también lanzaba fuego por ojos y boca y que al compás de un canto diabólico iba dando saltos como un demonio que era, ya que en la cabeza ostentaba enormes cuernos y en la parte posterior, á guisa de rabo, un largo apéndice, justamente como nos representan al arcángel caído esas antiguas estampas que tanto asustan á los niños.

Desgraciadamente para los que gustan de este género de distracciones, la difusión de las luces, que hace al pueblo menos crédulo, por la una parte; y las rondas nocturnas que los agentes del orden público hacen con frecuencia por aquellos sitios, por la otra, han logrado ahuyentar tan terríficas visiones; lo cual deja presumir que los desocupados que se dedicaban á esas diversiones, contaban con la ignorancia y candidez de aquellos tiempos para hacer creer que mantenían relaciones con *el espíritu maligno.*

IV

Otras visiones

A la misma hora, más ó menos, veían las viejas *el baile de las brujas* en el aire, espectáculo que seguramente debía de ser gracioso; pero que solamente las mujeres de edad muy avanzada tenían el singular privilegio de contemplarlo. Muchas de

ellas, desveladas por la edad, aseveraban con el mayor aplomo que de noche les era imposible *pegar los ojos* por impedírselo el *cuchicheo de las brujas ;* las cuales después de su fantástica danza se estacionaban en los árboles y en las canales de los patios, donde permanecían haciendo ruido y pirateando hasta el despuntar del día. (4) Pero como ya todos saben que los murciélagos,-extraño mamífero alado que ha dado origen á la leyenda de los *vampiros*, tan esparcida en Alemania),- son los que mueven tal ruido al descortezar las frutas, que forman su principal alimento, *la danza de las brujas* no causa ya pavor; (5) antes por el contrario sucede á menudo que los muchachos si logran atrapar alguno de los mencionados *cheirópteros*, que atraidos por la luz se introducen á las habitaciones y ora salen, ora vuelven á entrar en vertiginoso giro, lo clavan á la pared y se divierten grandemente haciéndolo fumar un cigarrillo y zarandeándolo después hasta acabar con la vida del infeliz volador, que ellos firmemente creen que es un *ratón viejo* al cual la edad le ha hecho salir alas.

La aparición del *muerto*, tétrica visión que le ha dado nombre á la esquina situada dos cuadras más abajo del puente de Curamichate, en la parte meridional de la ciudad, se verificaba en años atrás cuando aquel barrio era poco frecuentado. Era un espectro que en las noches más oscuras se descolgaba del balcón de una casa situada cerca de la indicada esquina y que unas veces columpiándose, otras estirando las descarnadas y descomunales piernas hasta tocar la acera opuesta, interceptaba el tráfico por aquella cuadra é infundía pavor á cuantos

---

(4) Véase el apéndice.

[5] Véase el apéndice.

desde lejos veían *al muerto* y oían la especie de traqueo que los huesos del esqueleto producían al entregarse á sus caprichosos ejercicios.

Una antigua tradición cuenta también con referencia á esta esquina, que en cierto día de época ya remota conducían el cadáver, (que tal semejaba), de un sugeto muerto repentinamente, según aseveraban, de la iglesia parroquial de Santa Rosalía al cementerio general que, por estar entonces situado al Oriente de la ciudad, denominaban Campo-Santo del Este. Conforme á la costumbre de aquel tiempo, tratándose de entierros de personas pobres, al muerto lo llevaban en un féretro descubierto, de donde habían de sacarlo para depositarlo en la huesa. Y aconteció que al llegar al sitio donde se cruzan las actuales calles Sur 5 y Este 12, los acompañantes vieron con espanto que el muerto se incorporó ; lo que produjo tal susto á los conductores que soltando la carga que llevaban, echaron á correr ; siendo tan grande el golpe que llevó el pobre resucitado, que entonces sí hubo de quedar muerto de veras. Con razón pudo, pues, decirse de ese *muerto :*

> "Y los que pensaron
> al entierro ir,
> vieron de repente
> al muerto venir etc."

Como dice un canto popular muy conocido.

¿ Sería este *mismo muerto* el que convertido en funámbulo, se aparecía de noche en aquel sitio á las viejas y á los muchachos de antaño ?

Dejando á los espiritistas la resolución del *importante problema*, hagamos constar que aunque la esquina en cuestión conserva todavía su antiguo

nombre, hoy no se ve por allí, así de noche como de día, sino gente viva y muy viva.

La dientona no tenía lugar fijo: tan pronto se la encontraba en un punto como en otro; y aun parece que sus excursiones se extendían á toda la ciudad, gustándole mucho, sin embargo, los barrios más excéntricos. Cuando más descuidado iba el transeunte, tropezaba en una esquina ó en la puerta de un zaguán con una mujerona que, abriendo la boca, le mostraba unos dientes del tamaño de los de un burro; y no faltaba quien dijera que no eran menores que los colmillos de un elefante!

EL DIABLO anduvo suelto un poco de tiempo, según cuentan, por los alrededores de la esquina que en la actualidad lleva el nombre de "El Cristo" y la cual queda tres cuadras al Norte del puente de la Reivindicación. Parece que en una de las casas allí situadas, vivía algunos años ha un sugeto que, en el manejo del pequeño establecimiento de comestibles de que era dueño, mostraba no tener conciencia. Era costumbre en él estafar á los compradores, sisando las medidas; lo que, añadido á su carácter díscolo y pendenciero y á su impiedad en materia religiosa, le valió el afecto de Lucifer, quien, para mejor mostrárselo, cargó con el alma de su buen amigo. ¿Fué ello en vida ó después de la muerte del pulpero?

Los que refieren el cuento no aclaran este punto. Es el hecho que el enemigo del linaje humano dió en dejarse ver por aquellos contornos, á cuyos moradores mantenía en la mayor consternación, y que, para ahuyentarlo, ocurrióseles á un vecino, aconsejado por su confesor, instalar en un nicho la efigie del Cristo, como en efecto lo hizo; cesando desde ese momento Luzbel de atormentar á aquel pacífico vecindario con sus apariciones tan frecuentes como

temidas. En recuerdo del suceso, púsosele á la esquina el nombre que conserva todavía y celebróse en uno de los días inmediatos una solemne función religiosa, que hasta no ha mucho se repetía cada año.

Allí puede verse aún la efigie, que, iluminada constantemente por las noches, advierte al transeunte que puede estar seguro de que en aquel sitio no ha de salirle el diablo.

Pero la conseja más curiosa, sin disputa, y que prueba la grande influencia que el miedo ejerce en la imaginación para llenarla de quimeras es la del *enano de la torre de Catedral.* Los amigos de esas arriesgadas empresas que se conocen bajo el nombre de *aventuras de capa y espada,* cuyo número por fortuna ha disminuido tanto que el *tipo* puede considerarse como que ha desaparecido ya de entre nosotros; los amantes de Terpsícore, que según lo practican los de hoy, acostumbraban convertir el día en noche y la noche en día; y finalmente los que frecuentaban las tabernas y demás lugares *non sanctos*; todos ellos evitaban pasar después de media noche por los alrrededores de la Iglesia Metropolitana, prefiriendo caminar más, á trueque de no tropezar con el temido y espantable enano. Refiérese que una madrugada del mes de enero, tenebrosas cual suelen serlo todas en este mes á causa de la niebla, dirigíase cierto joven á su casa, de regreso del barrio de Candelaria, donde había estado casi toda la noche entretenido; y habiendo acertado á pasar por la torre de la Catedral, vió parado en el ángulo de la esquina que se haya al Noreste á un hombre muy pequeño, tan pequeño, que de lejos se le hubiera tomado por un niño. Y como hubiese notado que el pigmeo fumaba un *puro*, acercósele á pedirle fuego para encender él á su vez un cigarri-

llo que llevaba en la mano. Dadas las gracias, como en tales casos se acostumbra, por el servicio prestado, retirábase ya el mozo cuando hubo de ocurrírsele preguntarle al *enano* qué hora era: "Pronto darán las doce en el reloj de San Pedro en Roma," respondióle el enano con cavernosa voz; y creciendo súbitamente de tamaño hasta alcanzar con el brazo la gran muestra situada bajo la estatua de la Fe que remata la alta torre de la Metropolitana, añadió señalándole con un dedo gigantesco el minutero: "y sólo pocos minutos faltan para que en este reloj suenen las cinco de la mañana." Cuentan que el mozo fué hallado poco después desvanecido; y que trasladado á su casa, debió la vida únicamente á la esmerada asistencia que distinguidos médicos le prestaron durante largos meses que permaneció postrado en cama; y que aun después de restablecido, erizábansele los cabellos, palidecía y temblaba como un azogado cada vez que alguien le exigía el relato de aquella aventura aciaga.

El rosario de las ánimas era también una visión aterradora. En las altas horas de la noche los enfermos y los que por algún motivo se hallaban en vela, dícese que oían un cántico fúnebre, monótono, modulado por voces que parecían salir de las entrañas de la tierra, y al que luego sucedía la recitación del *rosario*, que, como todo el mundo sabe, es un rezo en honor á la Vírgen compuesto del *padre nuestro* y el *ave maría*, repetidos alternativamente cierto número de veces. Añádese además que algunos imprudentes que, encontrándose á esas horas en la calle, tuvieron suficiente valor para investigar de dónde venían aquellos cantos y oraciones, pagaron caro semejante atrevimiento, pues, la sangre se les heló en las

venas al contemplar una legión de sombras, que tal lo parecían, las cuales llevando sendas hachas encendidas marchaban procesionalmente repartidas en filas de cada lado de la calle y todas al parecer revestidas de túnicas más blancas que la nieve: indicio cierto de que eran las ánimas benditas, que habían salido del purgatorio á hacer penitencia en este mundo caracense, probablemente por ser el valle donde la ciudad de Diego Lozada se halla asentada trasunto fiel del valle de Josafat!

En memoria de esta aparición denomínase todavía de *las ánimas* la esquina situada al Norte de la de Manduca, en la alegre y populosa parroquia de Candelaria, que según tradición popular parece haber sido el teatro predilecto de las *pacientes habitadoras* del purgatorio para hacer sus nocturnas peregrinaciones mundanales.

La lluvia de piedras invisibles era si no la más terrible, á lo menos la más perjudicial de todas las visiones de la época á que nos referimos. Apenas caía la noche *se sentía* en diferentes barrios de Caracas una lluvia de guijarros que caían en los techos con un ruido semejante al que una fuerte granizada pudiera producir. En ocasiones veíanse algunas piedras muy pequeñas que cruzaban el espacio en distintas direcciones; pero lo más común era percibir el choque de aquéllas en las tejas, sin distinguir la causa hasta el siguiente día, en que los estragos en éstas efectuados hacían presumir que no otra cosa que piedras podrían haber producido el daño.

El progresivo aumento de la población, el mayor grado de ilustración que ésta ha alcanzado y la eficacia con que los agentes de la seguridad pública desempeñan su delicado encargo, en mucho han

contribuido á ahuyentar las *visiones* que últimamente hemos descrito; mas no han sido parte á borrar por completo su recuerdo de la memoria de algunas *niñas de antaño*, que aún gozan ogaño en relatarlas á los que, como el autor de estas líneas, sienten placer en renovar las memorias de los tiempos que pasaron.

No faltarán quienes en esta narración echen menos la descripción de *los aparecidos*, (vulgarmente llamados *espantos*), los cuales van precedidos y acompañados casi siempre, según dicen, de luces y misteriosos ruidos que se ven y se oyen en ciertas casas, donde generalmente se les reputa como présagos de entierros ó tesoros escondidos. Después de la graciosa tradición que lleva por mote "El Cují de Casquero," debida á la brillante pluma del aventajado escritor patrio, doctor Arístides Rojas, muy poco ó nada tendríamos que añadir sobre el particular; mas como la creencia en *los espantos* es la única que se ha conservado incólume á traves del tiempo entre nosotros, habremos de dedicarle en otra ocasión un artículo por separado.

Al cerrar estos lijeros cuadros, que bajo muchos respectos son como el complemento de las *tradiciones* que de algunos años á esta parte hemos venido publicando, debemos hacer una salvedad: en nuestro propósito de ridiculizar las añejas preocupaciones qne la ignorancia, la superstición y el fanatismo legaron á la generación que precedió á la nuestra, si hemos optado por la forma que se acerca al *ridendo corrigo mores*, en cambio hemos descrito objetos reales y verdaderos que el pueblo, sencillo y crédulo como un niño, se los representaba en su imaginación como artificios del *ángel caído*, según unos, y como imágenes del *otro mundo*, según los

más: artificios é imágenes por permisión divina encaminados á la enmienda de los pecadores ó á la conversión de los incrédulos. No ha sido, pues, nuestro ánimo imitar á la celebrada escritora inglesa Ana Radcliffe, de quien el eminente historiador César Cantú (6) dice que: "Abrió las tumbas, expuso á la vista el cadáver en todo el horror de su inmovilidad y de su próxima putrefacción; todas las máquinas propias del espanto, como trampas, tapicerías dobladas, torturas, chillidos, oscuros calabozos los puso en juego. Después de haber llenado de terror á los lectores con tan larga tela de imágenes espantosas, les hace objeto de su mofa descorriendo la cortina del misterio, revelándonos entre carcajadas su máquina fantasmagórica y enseñándonos que los cuernos del demonio son los de una ternera, y los huesos de los esqueletos, restos de una comida; por lo que el interés de sus novelas se disipa y no puede ser sostenido sino por la magia del estilo". Mas como nuestras pretensiones no rayan tan alto, ningún temor abrigamos en cuanto al interés que pueda despertar esta sencilla narración, que por otra parte nada de novelesco tiene; preocúpanos sí, y en grado sumo, la idea de que se haya agotado la paciencia del lector, quien, estamos ciertos, habrá de alegrarse de que pongamos fin á este trabajo; del mismo modo que el poeta italiano con simulada modestia presumía que habrían de regocijarse por igual motivo los suyos:

"Perchè tutti s' allegrino ch'io sia
Venuto a fin di così lunga via." (7)

---

[6] Historia de 100 años.—Sin embargo de hallarse refundida esta obra en la grande y nueva edición de la "Historia Universal" del mismo autor, hemos preferido tomar de la primera este pasaje por agradarnos más la traducción, á pesar de sus defectos.

(7) Ludovico Ariosto.—"Orlando Furioso".



LOS ESPANTOS Y LOS TESOROS.

(VULGO, ENTIEROS.)

Las fosforescentes llamas que por la noche se divisan en algunos puntos de la superficie terrestre y que la física denomina *fuegos fatuos*, han dado entre nosotros origen á la más rara y peregrina preocupación popular. Cree la gente sencilla (y aún muchas personas que no lo son tanto) que esas luces errabundas son siempre indicio cierto de la existencia de algún tesoro escondido en el sitio donde el fenómeno de la combustión ígnea se verifica. A este respecto cuéntanse multitud de *historias* que, á ser ciertas, justificarían, ya que explicar no pudieran, aquella singular creencia.

Don Fulano, verbigracia, que hasta no ha mucho era un pobre jornalero, cuyo trabajo escasamente le producía lo necesario para la subsistencia de su numerosa prole, de la noche á la mañana transformose en un hombre acomodado, montó casa con gran lujo y boato, abrió un establecimiento fabril á extramuros de la ciudad; y su nombre, que iba antes precedido del *ño* provincial, nadie lo pronunció

ya desde entonces sin anteponerle el clásico *don* que de nuestros antepasados, los españoles, hemos heredado. Pues esa *metamorfosis* se debió, decían, al hallazgo de un *entierro* que el tal don Fulano hizo, guiado por una *luz misteriosa* que en el fondo del corral de su casa se percibía entre noches. Don Fulano parece que señaló con una marca el lugar donde la luz se ocultaba, y al siguiente día, por la madrugada, cavó allí la tierra y encontró un cuantioso caudal en dinero acuñado de oro y plata. Bien es, objetaban algunas personas de criterio, que por las inmediaciones del sitio donde estaba oculto el tesoro, pasaba una cloaca y que debía de ser esta la que originaba el fenómeno que llamó la atención de don Fulano; pero, replicaban muchos—y eran los más—lo cierto es que aquella luz fué el faro que guió al afortunado explorador al puerto seguro del codiciado metal que causaba sus desvelos. Pero hay más. Lo que desde tiempo atrás traía preocupado á don Fulano, era una *visión* que de vez en cuando, aparecía en la casa y que casi siempre iba acompañada ó precedida de golpes sordos, cuya dirección no era posible distinguir; circunstancia esta última que, unida á la visión de la luz, fué para él la revelación de hallarse en la pista de uno de esos *entierros de real* de que tantas anécdotas había oído el buen hombre referir desde su infancia.

Inacabable sería nuestro relato si nos propusiéramos narrar las *historias*, análogas á ésta, con que las personas de avanzada edad se complacen en hacerles aguar la boca á los muchachos describiéndoles los pormenores de los hallazgos de tántos centenares de *fuertes españoles* y cuántos millares de *pesetas columnarias* ó *sevillanas* que la casualidad, la fortuna ó la habilidad deparó á muchos, no sin pasar antes grandes ansiedades, sustos y temores.

En sustancia, todas esas *historias* pueden resumirse así: donde quiera que había ó hay *algún entierro* –porque todavía los hay, el trabajo es encontrarlos.– Se perciben ruidos terribles, extraordinarios, misteriosos: oran suenan cadenas arrastradas á lo largo de las habitaciones y pasadizos, sin distinguirse quién las mueva; ora gritos lamentables, proferidos por alguna *alma en pena;* ya estrepitosos golpes en las ventanas, techos y paredes; ya espectros de diferentes formas y tamaños que, mostrando su blanco sudario, se pasean por los corredores y patios de la casa en silenciosa actitud. La luz, empero, nunca falta: ella es la señal característica de esta compleja visión. *Entierro* sin su correspondiente *luz* no es ni siquiera concebible; será cualquier otro *aparato* —como dice el vulgo—será una *alma que está penando* ó cosa por el estilo; mas no indicará seguramente que se trata de un *entierro.*

¿De qué proviene esta singular y curiosísima conseja? ¿Cómo ha podido ella atravesar incólume las generaciones y el tiempo, que todo lo aclara y pone en el justo punto de verdad?

Cuestiones son estas que no se explican satisfactoriamente sino remontándonos á épocas ya distantes de la nuestra y en que la afición á las *ciencias ocultas*, de que no se libraron algunos de los más esclarecidos ingenios, difundió el deseo de alcanzar por su medio muchas de las quimeras que la astrología, la magia, la cábala y la alquimia tenazmente perseguían. La magia, por ejemplo, constituyó un estudio que tomó tantas proporciones que hubo de dividirse en *magia natural*, *magia matemática*, *magia envenenadora* y *magia ceremonial*; ésta última, á su vez, subdividida en *goecia* y *teurgia*. La división en *magia* ó *mágica blanca*, (que,

según dicen autoridades respetables, fué introducida por los juglares en época reciente,) y *mágica negra* ó *nigromancia* es la que generalmente se conoce; pero mientras que pocas serán las personas que no hayan visto en alguna librería el pequeño tratado acerca de la primera que anda en mano de los prestigiditadores y demás aficionados al juego de escamoteo, no hay quien no mencione con temor la segunda, como que, según formalmente lo aseveran sus adeptos, es ella nada menos que la ciencia que enseña el medio de ponerse en comunicación con el diablo y de evocar á los muertos á fin de predecir el porvenir.

Contraídas las *ciencias ocultas* á la investigación de *la piedra filosofal*, ó sea el secreto para convertir ó trasmutar en oro todos los metales, y á la del elíxir de la inmortalidad, al descubrimiento de tesoros escondidos, al de la panacea ó remedio para curar todas las dolencias, y finalmente, á la adivinación de las cosas futuras y de los más recónditos secretos, no debe causar admiración que en todo tiempo haya habido quienes se hayan afanado por alcanzar objetos en comparación de los cuales, otro cualquiera parecería siempre secundario; ni es tampoco de extrañar, que hombres eminentes, guiados por el nobilísimo deseo de ser útiles á la humadad, se hayan desvelado por tratar de obtener uno siquiera de esos objetos, ya que no todos. ¿Por qué extrañar, pues, que algunos charlatanes, aprovechando hábilmente la credulidad y la ignorancia generales, supiesen sacar partido de secretos que en determinadas épocas sólo pocos poseían, á fin de explotar los bolsillos y adquirir al mismo tiempo fama y renombre? Cagliostro y el Conde de San Germán —por citar sólo nombres conocidos— lograron ser tenidos por hechiceros; y aunque no tuvie-

ron la fortuna de Jacobo Cœur, que por medio de la alquimia se hizo poderoso y llegó á ser ministro de Carlos VII, tampoco hallaron un León X que les diese como premio lo que Cantú, siguiendo las *Crónicas de Jordani*, refiere que aquel pontífice le ofreció á Juan Augurello al presentarle éste un poema que sobre la Crisopeya (arte de hacer oro). había compuesto: una bolsa vacía en que pudiese guardar el preciado metal que con sus habilidades fabricase.

Un erudito escritor de mediados del siglo pasado dice á éste respecto lo siguiente: "digo que los quimistas (químicos) consultando á su avaricia y conociendo á su parecer la temperatura y materia de este metal (el oro), han intentado á fuerza de tragar humo, desvanecer carbón y sudar tinta, hacer un metal parecido al oro, ya juntando vejetables, ya sulfures, azogues y otros mixtos, aplicando á ellos un calor material que pudiese suplir el del sol; pero es locura y necia ambición y desmesurada soberbia querer el hombre ser Dios ó ser naturaleza; á ésta la puede imitar, pero no la puede hacer: es imposible disponer un fuego material cuyo influjo contenga el virtuoso calor del sol; y es tan imposible elegir y conocer entre la virtud de las materias elementales cuál sea la más dispuesta para dicha transformación. —Eso es tan claro como la luz del sol— dijo uno; y crea usted que todos los que estamos aquí, aunque necios, no hemos asentido á semejantes locos; y á mí me olió unos doblones uno que tenía el juicio encebado de esa manía, y aunque me hizo con sus palabras y argumentos muy posible esa transformación, nunca quise ver sus milagros, porque me había de llevar mi dinero, como de contado me intimó que para empezar sus artificios necesitaba de mi

bolsa. —Eso buscan todos y así usted obró cuerdamente, (le dije);....” (8)

Contrayéndonos á la tradición referente á tesoros ocultos, oigamos al insigne historiador antes citado: (9) “Las ciencias ocultas ofrecían dos caminos para enriquecerse: hallar tesoros y trasmutar los metales. Tocante á los tesoros, las crónicas cuentan cosas estupendas. En la Pulla (provincia de Italia) había una estatua de mármol con una corona de oro y la siguiente inscripción: “en las calendas de mayo á la salida del sol, tengo la cabeza de oro.” Nadie comprendió el sentido de estas palabras, hasta que Roberto Guiscardo arrancó el secreto á un prisionero sarraceno; y habiendo determinado bien el sitio en que caía la sombra de la cabeza el día primero de mayo, encontró allí un tesoro. El monje Gerberto vió una estatua con el dedo índice extendido y esta inscripción en la cabeza: “Hiere aquí.” Varias personas habían dado golpes en aquella cabeza muchas veces sin lograr ningún resultado; pero el monje, más avisado, determinó con exactitud el punto donde la sombra proyectada por el dedo caía al mediodía, y cuando fué de noche, se dirigió con un sólo compañero á aquel sitio, cavó y halló un palacio espacioso, todo de oro; los soldados jugaban á los dados, el rey y la reina estaban sentados á la mesa; cerca de ellos un doncel tenía tendido el arco: y todo eso era de oro, y lo alumbraba un tizón que ardía en el centro. Cuando se quería tocar al arquero, se ponían á bailar hermosas doncellas. Gerberto no fiándose mucho en su camarada, cogió de la mesa tan sólo un cuchillo admirablemente

---

[8] Obras de Torres, tomo 1° “Anatomía de todo lo visible é invisible,” pag. 24 y 25.

(9) César Cantú=Historia Universal, t. 3º

trabajado, y en el mismo instante las bailarinas huyeron asustadas, el arquero disparó á la luz y el palacio quedó en tinieblas, viéndose obligado Gerberto á dejarlo todo intacto sin recoger más que vaticinios verificados con posterioridad.''

Multitud de crónicas de este género han venido trasmitiéndose de *aure in aurem*, ó como si dijéramos de *oído en oído*, á través del tiempo, desde las más remotas edades hasta nuestros días; habiendo contribuido á conservar estas peregrinas tradiciones, primero, la superstición y más luego el misticismo y el pretendido conocimiento de las misteriosas relaciones entre el mundo visible y el invisible, que muchos se han jactado de poseer, así en la antigüedad como en la edad media y aún en la época presente. Difícil será, pues, si no inposible, hacer desaparecer la creencia en aparecidos y espantos, precursores de riquezas escondidas en el seno de le tierra; así como la referente á filtros para dañar la salud ó para restablecerla y cuyas propiedades se atribuyen no á las de las plantas de que han sido preparados, sino á las virtudes benéficas ó maléficas que el arte de la magia con sus ensalmos les infunde. "Debe causarnos tanta menos sorpresa, dice en otro pasaje Cantú, que en tiempos de credulidad y de ignorancia se reputara como milagro todo lo que salía del orden común, cuanto que nosotros mismos, en medio de tantas luces diseminadas por la ciencia, quedamos atónitos al presenciar los fenómenos aun no explicados, de la catalepsis, de la electricidad, del magnetismo; de la radomancia, de la galvano-plástica, de la fotografía. La razón, ya adulta, nos ha enseñado á comprobar los hechos y á aguardar su explicación del tiempo y de la ciencia: entonces se querían descubrir las causas, y se recurría para ello á potestades superiores. Figurábanse que le era dable al

hombre hacer pactos con el genio del mal y con su auxilio dominar la naturaleza, ó evocar á los difuntos para que revelasen las cosas secretas: en Sevilla y Toledo había profesores públicos de nigromancia. Estos delirios se convertían á veces en crímenes, llegando hasta el punto de degollar á los niños para con su sangre saciar á las sombras evocadas por medio de los misteriosos talismanes."

De la mágica trae indudablemente su origen la *virgula divinatoria* ó *vara de adivinación*, que es una rama de árbol frutal, en forma de horquilla, ó dos pequeños ramos atados por un extremo de modo que formen una horquilla; la cual vara ha sido aplicada en algunas naciones del viejo Continente para descubrir la situación de los metales en la tierra. "Se ignora quién fué el descubridor de ella, dice un autor desconocido (10); pero Agrícola en su tratado de *res metálica* supone que trae su origen de los mágicos, que pretendían descubrir minas por medio de encanto; otros son de opinión que son de fecha posterior y que el inventor fué ahorcado en Alemania como impostor. Sea de ello lo que fuere, no se ha hecho mención de ella hasta el siglo XI; y aunque ocasionalmente haya ocupado la atención tan largo tiempo, sin embargo, las nimiedades que acompañan su uso, según las direcciones prescritas, y probablemente también la dificultad de dar cuenta de los efectos que dicen ser producidos, por una teoría plausible y compatible con las leyes recibidas de la filosofía natural, pueden haber retardado sus progresos, pues que en el día está casi totalmente ignorada." El mismo autor añade luego que esta experiencia fué sostenida hábilmente en Francia, hacia mediados del siglo XVIII, por De

---

[10] "Curiosidades para los estudiosos."

Thouvenet, quien en un libro que publicó sobre el asunto, relata seiscientos casos en que obtuvo buen éxito *la vara de virtud*, empleada tanto por él, como "por un filósofo de indisputable veracidad, el químico Willian Cookworthy, de Plymonth." Por haberse descubierto por su medio varias piezas de metal ocultas en la tierra y una mina de cobre en Oakhampton, se introdujo su uso en Cornowall, donde hay todavía mineros que creen en su eficacia." Extractando lo demás que sobre el particular trae el ignoto escritor, diremos que el primer conocimiento que aquel químico adquirió acerca de la varita de virtud, le fué dado por un tal capitán Ribeira, que desertó del servicio de España bajo el reinado de Ana y llegó á ser comandante de la guarnición de Plymoúth. Sin embargo, parece que los escritores más antiguos que hacen mención de la vara, han supuesto que la virtud de ésta era efecto de la mágica, por lo que al cortarla y emplearla, habían de pronunciarse ciertas palabras cabalísticas y practicarse ciertas ceremonias, para que en su modo de operar aquélla no encontrase obstáculos. Prescribían cortar la vara antes de salir el sol; en días y horas señalados, hacia el día de la Anunciación de la Virgen María, especialmente en la creciente de la luna, y no de cualquier árbol, sino de uno determinado. Posteriormente se ha convenido en que una vara de *avellano* que forme horquilla, ó dos varas derechas de un año de edad, del mismo árbol, cortadas en invierno y guardadas hasta estar secas, corresponderán mejor á este fin; y que en defecto de aquél pueden emplearse ramas de manzano, grosello, melocotón, encina, ú otro árbol frutal cualquiera, aun estando verdes las ramas. Si la vara hubiere de hacerse de dos vástagos separados —emplearemos las palabras textuales del autor— "Se

les une en sus extremos más anchos con alguna sustancia vegetal; y éstos, dicen, responden mejor al efecto deseado que los de horquilla, los cuales siendo rara vez de igual tamaño y longitud no se manejan tan bien. La vara debe ser de dos y medio á tres piés de largo." Cookworthy prescribe las siguientes direcciones para el uso de la vara adivinatoria: atados los extremos más gruesos de los vástagos y puestos el uno junto al otro, se toman los cabos más delgados, uno en cada mano, de manera que vengan á quedar paralelos al horizonte y luego se ponen en punta hacia arriba, á una altura de 70 grados. Debe asirse la vara con firmeza é igualdad, pues, si al empezar el movimiento ó la atracción de la vara hay la menor oposición, por pequeña que sea, no se moverá aquélla hasta que hayan sido abiertas las manos y se la haya asido otra vez del modo indicado. En muchas ocasiones se ha destruido la virtud de la vara por un resbalón ó por un movimiento contrario; y he aquí, dice Price en su "Mineralogía Cornubiensis," lo que ha dado margen á que se concluya que no hay verdadera eficacia en la vara. Y como "nuestros espíritus animales son muy necesarios á la operación, es menester que en ella el ánimo esté libre de dudas, razonamientos ó cualquiera otra ocupación que impida el libre ejercicio de aquéllos." Añade luego lo siguiente: "La persona que vaya á buscar el objeto metálico ha de andar firme y lentamente hacia adelante, y cuando se acerque á él, á la distancia de su semi-diámetro, dicen que la sentirá (la vara) empujada hacia la cara; si se echa hacia atrás de modo que toque la cabeza de aquélla, se la ha de poner de nuevo en su altura usual, y la vara continuará empujando hasta que el pié delantero de la persona esté sobre el tesoro ó mina; entonces si se tiene

bien agarrada la vara, habrá primero un pequeño empuje hacia la cara, pero será momentáneo, y la vara se inclinará irresistiblemente hacia abajo; y según dicen, continuará así mientras dure el paso sobre el tesoro. Mas tan luego como el pié delantero haya pasado sus límites, la atracción del otro pié, que se hallará todavía sobre la mina, ó la repulsión hacia el lado opuesto, ó ambas cosas, vuelven á echar la vara hacia la cara. Entonces se han de abrir las manos, se ha de levantar la vara con los dedos del medio agarrándola fuertemente de nuevo y teniéndola como antes, pues si se levanta otra vez, sin abrir la mano, dejará de obrar."

"¿Serán muchas las ventajas que el uso de la vara ha producido? En su "Mineralogía Cornubiensis" Price asevera haberse descubierto por su medio muchas minas; pero observa que lo mismo descubre un tesoro que una mina poco ó nada productiva. Y si tomamos en consideración que si bien es verdad, según dicen, que la tal vara no señala con la misma fuerza todos los metales, sino que también es atraída por diferentes sustancias de calidad varia, tales como piedra calcárea, manantiales, carbón, huesos, etc., con distintos grados de fuerza, como lo ha comprobado Cookworthy, deberemos concluir que no es grande la utilidad que de la vara de virtud se habrá de reportar para el descubrimiento de tesoros. Opina el capitán Ribeira que sólo á pocas personas está limitada la virtud que en el cuerpo humano reside para descubrir los metales y otras sustancias ocultas en el seno de la tierra; mas Agrícola y otros autores sostienen que donde ella no obra "debe esto atribuirse á alguna particular y oculta cualidad de la persona"; y Cookworthy y Price, antes citados, creen también que Ribeira se engañaba porque *la virtud* "reside en todas las

varas y en todas las personas, aunque no en cada vara en manos de cada persona.''

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que ni en Inglaterra ni en otra nación alguna, se practica ya esta operación, á pesar de las minuciosas direcciones que para el uso de *la vara adivinadora* dió el químico tantas veces nombrado; la razón de ello es que no se obtienen de la vara las ventajas que pudieran compensar las nimiedades é incertidumbres de que su uso va acompañado, pues que ella, á ser verdaderos los resultados que se le han atribuído, lo mismo señala un tesoro pobre que uno cuantioso y lo mismo una vena pobre que una rica mina.

''La facultad de los descubrimientos subterráneos se ha referido á la teoría del efluvio, ó á la filosofía corpuscular, para su explicación,'' dice el libro cuyo título dejamos enunciado; pero como no se ha dado todavía una sola definición de su modo de obrar (modus agendi), y la teoría de la filosofía corpuscular no pasa de mera teoría, razón tiene el juicioso autor del artículo, para asentar que no pasa ello tampoco de una hipótesis.

Como corroboración agregaremos que Thouvenet afirma que '' se experimentan sensaciones internas muy semejantes á las afecciones morbíficas'' cuando el operador se acerca al sitio donde están ocultos los tesoros, minas ó manantiales, al mismo tiempo que se comunica á la vara un movimiento externo; que aquellas sensaciones –se refiere á las experimentadas por él–, fueron seguidas de no pocos y notables síntomas de irritación nerviosa; que el estado de sequedad de la atmósfera hacía que la vara fuese ''más activa y viva en sus pronósticos'', pero que una comida entera disminuía evidentemente su capacidad para aquella operación; y que una fiebre inflamatoria que le hizo guardar cama

quince días, destruyó su maravilloso poder, por espacio de tres meses. El mismo incógnito escritor anteriormente indicado no creyó aventurar mucho al decir que la acción de la vara "*parece* depender de cierta particular sensibilidad nerviosa; que nuestra imaginación debiera estar predispuesta en su favor, según Price; y que depende mucho su éxito de una distribución armoniosa de los espíritus animales, libres de congoja ó razonamiento respecto á ella, pues que el estado de duda es un obstáculo para su operación."

¿Se necesitará más para desechar por completo este medio de buscar tesoros en las entrañas de la tierra?

Entre nosotros se ha usado y se usa todavía con tal objeto la *aguja de marear*, en cuya descripción y manejo no nos detendremos por ser generalmente conocidos; y no debemos tampoco silenciar que en algunas de las regiones de nuestro extenso territorio se emplean en la ocasión *la oración del Justo Juez* y *la de San Juan Retornao*, que según los operadores, infunden valor y sirven de escudo contra el maléfico poder del espíritu maligno.... ¿Hasta cuándo harán extragos en los cerebros la ignorancia, la superstición y el error?

El sonambulismo y el espiritismo, que hoy están de moda, debieran en conciencia encargarse de la solución del delicado problema. Si leen ó hacen leer el porvenir; si nos hacen poner en contacto directo con los espíritus del otro mundo; si todo lo adivinan y curan todas las dolencias ¿por qué no han de poder escudriñar también el seno de la tierra y desentrañar de lo más profundo de él minas, riquezas y tesoros?

Mientras llega tan venturoso día; y ya que la varita de virtud, (que es semejante al talismán ó

vara mágica con que actualmente está trabajando una señora en los sótanos de la abadía de San Dionisio de París, para descubrir un tesoro que ella pretende haber descubierto, según se lee en *La Opinión Nacional*, número 4.010); ya que la tal vara la aguja imanada (aguja de marear), la oración del Justo Juez y la de San Juan Retornao sólamente los crédulos las usan, atengámonos nosotros, los incrédulos, á la fortuna, que, en su caprichoso giro, puede hacer de un rico un mendigo y de un pobre un potentado.

Caracas: noviembre de 1882.



APÉNDICE

Nota 3ª, correspondiente á la pág. 311 :

En algunos puntos de Alemania muchas personas, especialmente entre la gente del campo, creen venderse ó darse al diablo invocándolo de noche en la encrucijada de algún bosque con la siguiente fórmula, pronunciada y repetida dos veces : "Señor diablo, os doy ahora y para siempre jamás mi mano izquierda si me concedéis tal ó cual cosa."

En ciertos lugares de Francia la evocación debe hacerse en la encrucijada de un camino y al punto de la media noche. El evocador debe ir descalzo y con la cabeza descubierta y, alzando con la mano derecha una gallina negra, gritar tres veces : "¿ Quién quiere comprar esta gallina ?"

En la parte más setentrional de España hay también quienes abrigan la misma creencia. La fórmula de la evocación es casi idéntica. En todas ellas es de necesidad que el pacto diabólico se extienda sobre un pergamino y que quede firmado y rubricado por el contratante humano, pues el demonio no se contenta con meras palabras.........

Razón tiene el gran moralista inglés Pope para decir que los hombres no son más que niños crecidos : "Men are but grown children."

Nota 4ª, correspondiente á la pág. 313.

"La creencia en las brujas es uno de los muchos errrores que la civilización moderna debe á la antigua. Cuentan, (aunque no todos del mismo modo, porque esto sería conducir demasiado al error,) que Lamia, reina bellísima y en extremo altiva, se enamoró de Júpiter y que Juno en un arrebato de celos mató á sus hijos. Lamia, despechada, mandó hacer lo mismo con todos los que había en su reino; añaden que se quedó ciega, pero que conservaba un ojo en un bolsillo y, (por concesión del divino amante), podía transformarse á su antojo. De aquí provenía que el nombre de Lamia se emplease para amedrentar á los niños, y la creencia vulgar en las apariciones y transformaciones de las mujeres iguales á ella y como ella ansiosas de placer é inclinadas al infanticidio. En la antigüedad fueron varias mujeres acusadas como autoras de maleficios. Los latinos decían que chupaban la sangre á los niños, ó los extenuaban dándoles el pecho; y por medio de los ajos y ciertos conjuros los curaban; añaden que después se transformaban en aves nocturnas y que de aquí venía el nombre de *estrigas* (brujas)...... El Talmud, en que, al lado de tantos fragmentos de ciencia tradicional, se encuentran tantos errores, habla de una Lilith, primera mujer de Adán, generadora de demonios y enemiga de los reciennacidos: para librarlos de su influencia, se trazaba en el aposento de la parturiente un triángulo con los nombres de Dios, Eva y Adán y las palabras: "Huye Lilith." Creíase también que apenas Herodías obtuvo la cabeza del Bautista, fué á besarla; pero al ir á hacerlo, la cabeza se retiró y alentó; Herodías desapareció, y desde entónces todas las noches se hacía visible."

"Semejantes creencias en las que se confunde el misticismo con la impiedad, lo horrible con lo ridículo, se perpetuaron al través de la edad media, y de aquí que tanto abunden en las leyendas; los legisladores y los doctores las rechazaban, pero el vulgo no se desprendía ó no podía desprenderse de ellas y, en este estado las cosas, vinieron las ciencias ocultas á amalgamarse con ellas: los

setentrionales les ofrecieron sus brujas, valkirias, gnomos-oldos y espíritus elementales, y los árabes sus hadas." (César Cantú.—Historia Universal, tom. V.)

En cuanto á las metamorfosis de las brujas dice Apuleyo: "Vosotros los que guardáis los cadáveres vigilad, pues esas malditas brujas toman la forma de todos los animales y se deslizan silenciosamente y tan ocultas que podrían escaparse á los ojos mismos del sol." El mismo Apuleyo enumera los objetos que se ven en las casas de las brujas: " cazos aromáticos de todas clases, hojas de bronce cubiertas de caracteres indescifrables, piezas de hierro, numerosos pedazos de carne humana, pertenecientes á cuerpos recien enterrados, clavos de horca, cráneos medio devorados por las fieras del circo." (Metamorfosis, pág. 81.)

"........ Las *Brujas* y *Brujos* es una infeliz especie, engañada por los demonios con sus transformaciones admirables; y así, la primera diligencia que hacen es renegar de la fe verdadera de Jesucristo y de su Santísima Madre, se ofrecen al diablo, le presentan homenaje y le adoran por su Rey y Señor. Hecha esta renuncia de la fe y la infame adoración, las marca por sus esclavas, y les da el demonio uno de sus Ministros, en lugar del Ángel de la Guarda, que las sigue y lleva á los conciliábulos y juntas que ellas hacen, sin apartarse de ellas; á éste le dan el nombre de Martinillo ó Maridillo, según dice el Padre Martín del Río en las *Desquisiciones Mágicas*, y las conduce á los lugares y sitios señalados, adonde las espera su príncipe, el diablo, el cual se les aparece en las formas de galán, ó en la que á ellas les gusta, y también en figura de cabrón, cerdo, perro y de otros animales inmundos. Dudan los Teólogos en como van, porque unos dicen que sólo es persuasión del diablo, que en los sueños las pinta estos sitios y las dibuja todas las sensualidades y deleites á que se inclina su apetito; otros dicen que van real y verdaderamente, llamadas y avisadas de sus demonios y compañeros, y así acuden á los bailes lascivos y fiestas inmundas; y los

más aseguran que van así, y aunque las lleva delante el demonio, y hacen un círculo, diciendo palabras de encantamiento y untando una vara con raros ungüentos, así de niños recien muertos como de los Santos Oleos y de otras cosas sagradas, cuando las pueden hurtar. Luego que llegan delante del demonio, las abraza y las marca, ya en los ojos, ya en la cara ó en las espaldas, con una mano que suele ser de cabrón, macho, gato ú otro animal; y han confesado muchas *brujas*, que ha preso la Santa Inquisición, que aquella parte donde recibieron la maldita marca les queda tan insensible que aunque les aprieten en ella con un puñal no lo sienten. En estos conciliábulos son residenciadas de sus operaciones, y las que no han hecho algún daño á los niños ó á los hombres, son castigadas y azotadas con una vara de hierro. Hecha esta ceremonia, se sigue la adoración, y todas llegan y le besan..... con unas raras ceremonias y genuflexiones; y las que los tienen, le ofrecen sus hijos, y las que no, ofrecen otros niños y los que pueden matar con sus encantamientos.

Después se sigue á la adoración la torpeza......... Ultimamente, acabadas estas maldades, se sientan á comer por su antigüedad lo que el demonio las guisa ó ellas disponen, que regularmente es la carne de los *brujos* recien muertos, ó de los niños que matan ó desentierran, sirviéndoles sus grosuras para hechizos, supersticiones y ungüentos; y de los huesos y partes que no comen hacen polvos, aguas y menjunjes para hechizar y martirizar á los inocentes."......... "Y de todas estas maldades son autores los diablos ó espíritus impíos, que tienen rodeada la tierra, el aire, el agua y el fuego."

(Anatomía de todo lo visible é invisible: Compendio universal de ambos mundos: viaje fantástico: jornadas por una y otra esfera y descubrimiento de sus entes etc. etc. por el doctor Don Diego de Torres Villarroel, del gremio y claustro de la Universidad de Salamanca etc. etc.— Tomo I pág. 283 á 286, edición de Madrid, año de 1794. Reimp. de las anteriores de Salamanca de 1751, 1752 y 1753)

Nota 5ª, perteneciente á la pág. 313.

"El vampiro (phillostoma spectrum), llamado *andira-quan* por los brasileños, no es más que un grande murciélago del tamaño de un pequeño conejo y sus alas abiertas no pasan de dos piés de extensión. El trago (cavidad de la oreja) representa una hojita ovalada, dentada y cóncava en forma de embudo; la lengua del vampiro puede dilatarse y extenderse mucho y termina en dos papilas, dispuestas al parecer para formar un órgano ó instrumento de succión ó absorción; en sus labios se observan también ciertos tubérculos dispuestos con simetría. Tiene la piel de color rojo oscuro, siendo entre todos los murciélagos el que con más ligereza corre por el suelo.

La mayor parte de los viajeros modernos guardan silencio relativamente á sus hábitos sanguinarios; otros dicen que pueden chupar la sangre de los animales dormidos; pero que la herida es muy pequeña y que si algunas veces es peligrosa, es á causa de emponzoñarla el calor del clima. Pero es indudable que el vampiro se alimenta por lo común de insectos, de pequeños cuadrúpedos y hasta, según dicen, de frutas."—(A. U.—El Vampiro.)

FE DE ERRATAS

Pág.	Lín.	Donde diçe.	Léase.
VII.	32.	que son guía ne	que nos guía en
137.	24.	intimó	estimó
179.	4.	J. C. Vetancourt Vigas	F. C. Ventacourt Vigas
182.	2.	Tirajara	Jirajara
183.	7.	idem.	idem.
185.	2.	idem.	idem.

INDICE GENERAL

DE LOS ESCRITOS CONTENIDOS EN ESTA OBRA,

CON EXPRESIÓN DE SUS AUTORES.

PRIMERA PARTE

INDICE

INDICE



